

RICHARD
DUBELL

EL HÉROE DE
RONCESVALLES

DOS PODEROSOS REINOS.
DOS GRANDES GUERREROS.
UN COMBATE MORTAL.

Lectulandia

Bajo Carlomagno, el reino de los francos es una gran potencia floreciente que no deja de extender sus fronteras. Mientras, la Hispania dominada por los sarracenos observa a su vecino del norte con desconfianza.

Para Roldán, un joven guerrero franco, supone un gran honor cuando Carlomagno lo acoge en el ilustre círculo de los paladines, integrado por sus más estrechos consejeros y guerreros de élite, y se considera muy afortunado cuando el rey le promete la mano de la bella Arima, señora del castillo de Roncesvalles. Pero el corazón de Arima pertenece a otro: justamente a Afdza Asdaq, el comandante en jefe de los sarracenos y enviado especial de su pueblo para entablar negociaciones con el rey de los francos.

A pesar de todo, entre Roldán y Asdaq se forjará una profunda amistad... hasta que el destino los lleve a enfrentarse en la batalla más importante de sus vidas. Una lucha a vida o muerte cuyo resultado final dependerá del secreto que guarda la mujer a la que ambos aman.

Lectulandia

Richard Dübell

El héroe de Roncesvalles

ePub r1.0

Titivillus 28.06.15

Título original: *Der Letzte Paladin*
Richard Dübell, 2013
Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para todos los niños que leyeron historias
de héroes con las mejillas encendidas
y cuyo corazón de adulto aún tiene
cabida para los héroes*

Y para ti, Sweetheart

LOS PALADINES

Los doce caballeros del séquito de Carlomagno de la épica medieval francesa. Sus características están inspiradas en los vasallos francos del siglo VIII e influidas por acontecimientos históricos, tales como la confrontación entre el reino franco y el reino sarraceno hispano, y la batalla de Roncesvalles que se libró en el paso de Ibañeta.

NOMBRES DE LUGARES

HISTÓRICOS > MODERNOS

Iruña > Pamplona

Madinat as-Salam (sarraceno) > Bagdad

Medina Barshaluna (sarraceno) > Barcelona

Ortès (gascón) > Orthez

Otun (franco) > Autun

Patris Brunna (franco) > Paderborn

Qurtuba (sarraceno) > Córdoba

Qurunda (sarraceno) > Girona

Saraqusta (sarraceno) > Zaragoza

Siya (sarraceno) > Ejea de los Caballeros

Susatum (franco) > Soest

Wasqa (sarraceno) > Huesca

TÍTULOS HISTÓRICOS

CENTENARIUS

(comparable al centurión romano o al capitán actual)

COMES

Conde

COMES SCARITI

(comparable aproximadamente a un comandante de regimiento actual)

DECANUS

Decano (comparable al decurión romano o al sargento mayor actual)

DUX

Título nobiliario franco (vagamente comparable a un duque)

EDELING

Noble sajón / señor de la guerra

HERITOGO

Título nobiliario sajón (vagamente comparable al de duque)

HIRDMEN

Vasallos de un *edeling*

MARCHIO

Margrave (señor de una provincia fronteriza)

VALÍ

Gobernador (sarraceno)

¡Perecido ha la gloria de Israel sobre tus montañas! ¡Cómo han caído los valientes!

2 SAMUEL, 1:19

PRÓLOGO

Afdza Asdaq

Otoño de 777

PASO DE IBAÑETA



La noche convertía el bosque en un mar negro y las crestas de las montañas en lomos de monstruos que, a la luz incierta, parecían respirar entre las nubes.

Arima se aflojó el paño que le cubría la cabeza y se lo quitó. Incluso allí en lo alto, en la última altiplanicie antes de alcanzar el paso, el aire era pringoso y el viento tibio, a destiempo; el sudor le cubría la nuca. Ella y su acompañante habían cabalgado a la mayor velocidad posible, ya habían dejado atrás el convento de Roncesvalles, agazapado contra la abrupta ladera por debajo del paso de Ibañeta. Más allá y por debajo de ellos, allí donde se encontraba la entrada meridional del paso, rugía una tormenta otoñal. Por encima de las interminables y boscosas crestas de las montañas, las nubes resplandecían iluminadas por los relámpagos.

Si la tormenta se dirigía hacia allí, un torrente helado inundaría el paso. En los Pirineos las tormentas de otoño eran las peores. Empezaban por invadir el paso —que atravesaba el macizo montañoso en el extremo noroccidental— de un aire pegajoso, seguido de lluvia, nieve, granizo y finalmente una niebla persistente. En esos momentos incluso Arima, que se había criado allí y sentía un profundo amor por su patria, se sentía pequeña y solo tolerada.

De vez en cuando las tormentas evitaban el paso. Ojalá el destino también evitara que se convirtiera en escenario de una tragedia de la cual incluso después de siglos nadie hablaría sin estremecerse. Pero solo habría motivos para confiar en ello si Arima lograba llevar a cabo su misión, una misión que se había autoimpuesto.

Pensó en los hombres que se verían envueltos en el estrago casi indefensos: a un lado los francos, al otro los sarracenos, y ambos sometidos a los mismos sufrimientos. Mañana volverían a atacarse mutuamente y no cabía duda de cuál sería el resultado de la batalla. Los francos sucumbirían y con ellos Roldán, su comandante, Roldán de Maine, el mayor héroe del ejército franco y el futuro esposo de Arima.

Arima Garcez, hija del *comes* Sanche Loup Garcez, señora del castillo de Roncesvalles situado en la cresta del paso, disponía de una única oportunidad para impedir la aniquilación del ejército franco.

Se volvió en la silla de montar hacia su acompañante, que se aproximaba a sus espaldas a cierta distancia. Arima sintió el impulso de espolear a su caballo, pero sabía que necesitaba un descanso.

—Te rezagas, amigo mío —dijo, sin aliento.

—Jamás me rezago, *Dúnaelf*, es que tengo un caballo más viejo que yo y, encima, le atemorizan las tormentas —dijo en perfecto franco, aunque con un pronunciado deje anglosajón.

—Pues entonces que se apresure a ponerse a resguardo de la lluvia —dijo Arima, que sabía que quien temía las tormentas no era el caballo sino el jinete y que el término con que se dirigía a ella cuando estaba preocupado por su seguridad (*Dúnaelf*, hada de las montañas) era un cumplido.

—Solo estará satisfecho cuando tenga un techo donde guarecerse.

»Cuanto antes alcancemos el campamento del ejército, tanto mayor será la posibilidad de regresar secos al castillo.

—Vaya —suspiró ella.

El acompañante de Arima alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Como si tú tuvieras intención de regresar a Roncesvalles una vez que hayas alcanzado la tienda del comandante del ejército.

—¡Ese es un comentario impertinente!

—Faltarle al respeto a la juventud es un privilegio de la edad.

Arima guardó silencio.

—¿Siempre resulta tan evidente? —preguntó después.

—¿Qué? ¿El lenguaje del corazón? ¿Tu mirada iluminada cuando hablas de él? Cuando hace buen día ni el sol resulta tan evidente.

—Me sorprende que no me hagas reproches.

—¿Por qué habría de hacerlos?

—Porque en general manifiestas tu opinión acerca de todo y de todos, amigo Ealhwine.

—Un momento, me confundes con otro: quien siempre tiene algún comentario que hacer acerca de todo es el maldito obispo.

—El obispo Turpín dijo lo mismo de ti.

—Humm —refunfuñó el acompañante de Arima.

La expresión burlona se borró de su rostro pálido y barbudo tras mencionar al obispo Turpín y se tornó adusta. Arima comprendió su preocupación, pero no sabía cómo remediarla; su propia inquietud era cien veces mayor y volvió a dirigir la mirada al frente.

—Hemos llegado —dijo poco después.

De pronto, tres silenciosas figuras aparecieron en el estrecho sendero. Arima vio el brillo de yelmos en la penumbra, cotas de malla y aceradas puntas de lanza. Sacó el amuleto en forma de mano de debajo de su túnica, que había mantenido oculto allí todo el tiempo, y se lo tendió a uno de los soldados. Notó su mirada cuando cogió la tibia joya y se la alcanzó al capitán de la guardia. Este contempló el amuleto en silencio y luego a Arima, después se lo devolvió sin pronunciar palabra y le franqueó el paso. El corazón de la muchacha palpitaba tan fuerte que casi creyó oír los latidos. Los guardias se confundieron con la oscuridad por detrás de ambos jinetes. No hubo problemas, tal como se lo habían anunciado. Puede que mañana la implacable batalla entre francos y sarracenos ya hubiese durado tres días, pero los soldados mantenían la disciplina. A lo lejos retumbaban los truenos y el viento traía el aroma de la lluvia.

Una mitad del campamento se encontraba bajo los árboles y la otra, al aire libre. Los soldados estaban sentados en torno a pequeñas hogueras; quien no afilaba su espada, su lanza o su hacha, se atareaba en remendar cotas de malla, botas desgarradas o escudos abollados. Arima oyó el nítido sonido de los golpes de martillo del herrero que volvía a unir las hojas rotas de las espadas y reparaba yelmos abollados. Junto a una hoguera estaba sentado un hombre delgado con las piernas cruzadas; en su regazo reposaba la cabeza de otro al que le cosía una herida abierta en la mejilla. El herido gemía y la sangre le cubría el rostro. Otros soldados heridos y lastimados formaban una larga fila ante la hoguera del médico. Nadie cantaba, nadie reía.

En cambio, por todas partes se percibía una determinación que le decía a Arima que la batalla no alcanzaría un cuarto día. Mañana los hombres saldrían victoriosos o sucumbirían, y le pareció que la suerte que correrían casi les daba igual, que lo más importante es que se acabaran las muertes. Percibió que los soldados no esperaban misericordia ni la concederían: ya solo se trataba de forzar un final.

Al tiempo que ambos caballos avanzaban al paso y se adentraban en el campamento, Arima a duras penas lograba respirar. En escasos instantes vería su rostro, tocaría sus manos, notaría su proximidad. El miedo ante lo que se proponía hacer era casi tan grande como el temor a lo que sucedería el día siguiente, pero aún mayor que su inquietud era el amor que sentía. Si no hubiera estado sentada a lomos del caballo hubiera echado a correr hasta la tienda situada en el centro del campamento, que vislumbró por detrás de las llamas de las hogueras y los guerreros acampados. Unos soldados le salieron al paso, la saludaron con la cabeza, cogieron las riendas de sus caballos y los condujeron hasta el círculo de tiendas apiñadas en torno a la del comandante. Arima dejó que la ayudaran a desmontar y en cuanto apoyó los pies en el suelo junto a Ealhwine, la tienda se abrió.

No había dejado de pensar ni un momento que se encontraría con él allí, rodeado de todo su ejército. Había decidido saludarlo con la cabeza, dejar los cumplidos a cargo de su erudito acompañante y solo cuando ambos se encontraran a solas en su tienda... solo entonces...

Él salió de la tienda y se detuvo. Ella había imaginado que llevaría cota de malla, botas, espada e incluso tal vez el yelmo ornado con una cola de caballo. Pero solo llevaba una túnica brillante que casi rozaba el suelo, estaba descalzo y llevaba suelto el largo cabello. A la luz titilante de las llamas, la cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de la cara se volvió borrosa y el delgado parche que cubría la cuenca vacía de su ojo casi parecía una diadema desplazada. Se había recortado la barba y cuando le lanzó una sonrisa, Arima lo olvidó todo: ese hombre era el amor de su vida.

—He contado los segundos tras recibir tu mensaje —dijo él.

Ese era el hombre por el cual se había internado de noche en un campamento militar, solo acompañada por un anciano...

—Y como guardaespaldas te acompaña el erudito más importante de nuestra

época —prosiguió él y su sonrisa se ensanchó—. *As-salamu alaikum*, amigo Ealhwine de York.

—Sigues siendo el único que pronuncia mi nombre correctamente —gruñó Ealhwine.

Ese era el hombre con quien ella cometería la mayor traición a su pueblo, por quien rompería todos los juramentos que habían marcado su vida, y por quien traicionaría a Roldán, sobrino y paladín del rey Carlomagno, el héroe más importante de los francos, su prometido, a quien ella amaba. Lo amaba, pero no lo suficiente.

—*Hé walá bahebak habibi* —susurró Afdza Asdaq, el comandante del ejército sarraceno que iba a aniquilar a los francos al mando de Roldán—. Juro ante Dios que te amo, estrella mía.

—Roldán está rodeado y no tiene ninguna posibilidad —dijo más tarde, cuando los tres estaban sentados en su tienda.

Afdza había enviado a sus segundos de patrulla. Aunque de mala gana, los hombres obedecieron sin titubear. A diferencia del ejército franco, cuando un respetado comandante de los sarracenos quería algo solo tenía que ordenarlo: sus hombres siempre le obedecían. En cambio, un comandante franco siempre se enfrentaba a discusiones, tenía que persuadir si quería que sus subcomandantes y la tropa lo apoyaran. Los soldados sarracenos seguían a su general en la victoria y en la derrota y, una vez que lo habían reconocido como tal, le eran leales sin protestar. Un comandante franco estaba obligado a alcanzar la victoria: si sufría una derrota, sus hombres se apartaban de él.

Pero Roldán era un caso aparte. Sus hombres lo reverenciaban al igual que los sarracenos admiraban a Afdza, y en ese sentido ambos guardaban un curioso parecido. Roldán y Afdza...

—Se ha retirado con su ejército a un valle lateral —dijo Afdza—. La entrada es tan estrecha que podrá defenderla durante un tiempo solo con un puñado de hombres. Una posición perfecta; en su situación yo hubiese actuado del mismo modo.

Arima asintió con la cabeza, conocía la región tan bien como el patio de su castillo. Un estrecho sendero recorría una cresta abrupta hasta una depresión entre dos altas laderas, tan idílicas como mortíferas.

—Solo que ese valle no tiene salida —añadió Afdza—. Se ha atrapado a sí mismo.

—¿De cuántos guerreros dispone aún? —preguntó Ealhwine.

Afdza se encogió de hombros.

—En todo caso, los suficientes para que mañana vuelva a ser un día sangriento.

—¿Y... qué paladines siguen con vida?

—No lo sé. Bajo el yelmo y la cota de malla todos los hombres parecen iguales.

—Mientes —dijo Arima con calma.

Afdza bajó la mirada.

—Es verdad —dijo.

—¿El obispo Turpín? —preguntó Ealhwine tras una pausa.

Una breve sonrisa recorrió el rostro de Afdza.

—Todavía está vivo, muy vivo. Si el Profeta (*salla-llahu 'alaihi wa salam*) lo hubiese tenido a su lado, haría años que todo el mundo se hubiera convertido a la vera fe.

—¿Y Remi? —preguntó Arima tras una pausa más larga.

Los paladines eran los guerreros de élite de Carlomagno y le eran tan fieles como lo eran entre sí. Uno de ellos se hubiera sacrificado por otro antes que salvarse a sí mismo, y juntos eran guerreros temibles. Un paladín era capaz de enfrentarse a media docena de atacantes y, en el peor de los casos, solo sufría un arañazo causado por él mismo por error. Roldán también era un paladín, como el obispo Turpín y asimismo Remi de Vienne, el muchacho siempre sonriente en cuya mirada brillaba la alegría de vivir, que echaba una carrera con los galgos y era el mejor amigo que un hombre o una mujer podrían desear. Remi siempre había estado tan próximo a Roldán como un hermano. Durante los dos últimos días Afdza y sus oficiales habrían observado atentamente a los paladines, pues uno de ellos era capaz de cambiar el resultado de la batalla por sí solo, si se lo permitían. Afdza estaría muy bien informado sobre la suerte corrida por cada uno de ellos.

El sarraceno suspiró.

—Los únicos que quedan con vida son Roldán, Beggo de Septimania, Gerbert de Roselló y el obispo —contestó—. Lo siento, me hubiese gustado salvarlos a todos pero lucharon como titanes. Ninguno de ellos se hubiera dejado tomar prisionero.

Arima, que se había echado a llorar, dijo:

—Que Dios se apiade de sus almas.

—*Inshalá* —murmuró Afdza.

Arima le cogió la mano y la presionó contra su mejilla.

—Remi... —susurró—. Gereon, Otker, Berengar, el *comes* Gerold, Samo, el viejo Anskar... ¿todos muertos? —preguntó con la vista clavada en el suelo—. Ganelón de Ponthieu desearía estar muerto también.

Afdza Asdaq le lanzó una interrogativa mirada de soslayo a Ealhwine. El viejo erudito se levantó del arcón en que estaba sentado, hurgó en el saco que había traído consigo, extrajo un pergamino enrollado envuelto en cuero y lo depositó junto a Arima con un carraspeo elocuente.

—He de estirar las piernas —dijo entonces—. He pasado demasiado tiempo a lomos del caballo.

Cuando llegó a la entrada de la tienda un sonoro trueno sobre el valle lo hizo vacilar, pero se enderezó y salió fuera.

Arima se secó las lágrimas. Contempló el rostro de Afdza y rozó la vieja cicatriz con la punta de los dedos.

—¿Y tú? —musitó.

—Ni un rasguño —dijo él—. Dios me protege.

—Pensar en la muerte de Roldán me resulta insoportable. Y aún más en la tuya... Afdza aguantó hasta que la joven se recuperó.

—No puedo salvar a Roldán, estrella mía —dijo—. Él no lo permitirá.

—Es un necio.

—No —replicó Afdza—. Es un héroe, a diferencia de mí. Yo solo soy el carnicero del valí de Medina Barshaluna, ni siquiera puedo impedir que mañana comience la peor de todas las masacres.

Ella recorrió la cicatriz con el dedo, después se inclinó hacia delante y besó a Afdza. Fue un beso prolongado y, al igual que la primera vez, despertó una oleada de pasión en su alma que, en vista de su situación, casi resultaba bochornosa, pero que apenas logró dominar. Notó que se ruborizaba, hincó los dedos en el cabello de él y apretó sus labios contra los suyos.

—Tú eres el héroe —dijo, jadeando—. Y tú puedes impedir la matanza.

—Pero ¿cómo, estrella mía, cómo?

—¿Quieres saber de dónde proviene tu cicatriz en realidad? —musitó ella. Apretó la cabeza contra el hombro de él y le susurró algo al oído.

Afdza se soltó y la miró fijamente con expresión estupefacta. De pronto una lágrima se desprendió de su ojo sano y recorrió su mejilla. Sacudió la cabeza.

—Sabes que es la verdad —murmuró Arima—. Lo sabes en tu corazón —dijo y señaló el pergamino—. Y aquí está la prueba.

Afdza trató de pronunciar palabras sensatas, pero no pudo.

—Hemos de decírselo —dijo Arima—. Llévame con él mañana, antes de que empiece la batalla. Si ambos nos presentamos ante él, nos creerá. Ayúdame a salvar a Roldán, Afdza. Por nuestro amor.

RETROSPECTIVA

La señora de Roncesvalles

Primavera de 777

CASTILLO DE RONCESVALLES



Hacía un buen rato que Arima notaba la presión del muslo contra el suyo. Durante unos momentos logró hacer caso omiso de la presión, pero entretanto el enfado que le provocaba era mayor que cualquier reticencia que se hubiera impuesto a sí misma. Apartarse resultó inútil: Adalric de Gasuña se había limitado a volver a acercarse.

El banquete celebrado en la sala del castillo de Roncesvalles, el guardián del paso de Ibañeta y situado por encima de este, seguía su curso. A juzgar por el bullicio, todos se divertían mucho: la delegación franca enviada por Carlomagno, los gascones que acudieron en compañía de Adalric y la delegación de los sarracenos. Todos estaban unidos en el disfrute de la carne, la salsa y el vino, por así decir, salvo que todos esperaban que el bellaco que tenían enfrente cometiera el primer error y que ella, Arima Garcez, hija del difunto Sanche Garcez, señor de Roncesvalles, también cometiera el primer error. Porque derramaría la salsa caliente en el regazo de Adalric, o le rompería un diente con el codo al escanciarle el vino o bien le propinaría tal bofetada que se pasaría tres días retrocediendo.

Algo que los gascones aprovecharían para ponerse de pie ofendidos y gritarle palabras humillantes, lo que a su vez haría que los francos tomasen partido por Arima derribando al primer gascón que se pusiera a su alcance, lo cual impulsaría a los sarracenos a atacar a las otras dos facciones, con el resultado de que ambas partes cristianas se aliarían contra los sarracenos. El precario equilibrio en ese lugar, punto de encuentro entre el reino de los francos y el reino musulmán de Al Andalus, se convertiría en una guerra... cuándo evitarla era el verdadero motivo de esa reunión. Y ella, Arima, sería la culpable de todo y no valdría ninguna excusa porque, además, ella habría infringido la única ley realmente sagrada conocida por los francos: la de la hospitalidad, puesto que ante la mesa del anfitrión incluso el peor enemigo estaba a salvo.

—Echa un vistazo a esos francos —dijo Adalric con la boca llena y se inclinó hacia Arima—, es increíble que alguien sea capaz de devorar toda esa comida. Bueno, a fin de cuentas todos ellos son unos atocinados.

Adalric soltó una carcajada y cogió la mano de la joven; bajo las uñas manchadas de salsa grasienta de la suya se apreciaba la mugre.

Adalric no dejaba de tener cierta razón: la delegación franca disfrutaba comiendo. Eran hombres fornidos de rostros regordetes y barrigas abultadas sobre las cuales se tensaban sus túnicas bordadas. A su lado, los nervudos gascones y los casi delicados y gráciles sarracenos parecían adolescentes.

Sin embargo, Arima sabía que bajo la grasa se ocultaban fuertes músculos. Quien se enfrentaba a un grupo de corpulentos guerreros francos creyendo que acabaría

fácilmente con esos gordiflones cometía el último error de su vida. Los francos cargaban con su gordura con la misma facilidad que los antiguos legionarios romanos con su equipo de combate. Su constitución corporal no se debía a la buena vida sino a un vínculo sacro —para Arima difícilmente comprensible— entre el vientre abultado de una embarazada y el de un hombre nacido libre: ambos simbolizaban hijos y abundancia. Para los francos, la fertilidad del campo, del ganado y del pueblo era casi tan sagrada como la ley de la hospitalidad. Carlomagno tampoco era delgado. Arima recordaba a un gigante no solo corpulento, sino también dos cabezas más alto que los demás. Los únicos francos de constitución atlética que Arima había visto eran los paladines, los guerreros de élite de Carlomagno.

Los cocineros habían preparado tres clases de carnes para el banquete: de ternera y cerdo para los francos y los gascones, de cordero para los sarracenos. Cocinadas de dos maneras: asadas para los francos porque Arima sabía que Carlomagno prefería la carne asada, y hervida para los demás, que era el modo habitual de preparar la carne. Los trozos de carne asada eran más grandes que los de la hervida, que había sido cortada en pequeños trozos que cupieran en las ollas. Desde el principio Adalric optó por la carne asada, al parecer por temor a quedarse con hambre. Su cara enrojecida y la cantidad de vino que bebió revelaban que las fuertes especias del asado que los francos degustaban sin parpadear —o más bien devoraban— no le sentaban bien.

Arima retiró la mano de debajo de la zarpa de Adalric.

—¿Más vino? —preguntó, con la esperanza de emborrachar al gascón y que se durmiera en la mesa.

—Si tú me lo escancias —dijo el hombretón con una sonrisa melosa. Entre sus dientes había restos de carne—. Solo entonces me sabe dulce.

Arima le devolvió la sonrisa y le llenó la copa, imaginando que le rompía la jarra de arcilla en la cabeza. ¡Esa sí que era una idea dulce! Adalric cogió la copa y se acercó aún más a ella.

—¡A la salud de Carlomagno! —dijo Arima.

—¡A la salud de Carlomagno! —repitió Adalric—. ¡Y a la de la flor de Roncesvalles!

Su voz sonó un tanto insegura, más de lo que le hubiese agradado y durante unos instantes la presión de su pierna contra la de ella se redujo.

La joven sonrió para sus adentros; mencionar a Carlomagno había hecho recordar a Adalric quién era el jefe supremo de los francos —¡y de los gascones!—, y que tanto el castillo de Roncesvalles como la propia Arima estaban bajo su protección personal. Incluso los rebeldes gascones sentían respeto por el rey, por el rey y sus paladines.

Arima sabía que ese día le mostraría el tiempo que aún podría seguir como señora de Roncesvalles. Cuando su padre, el *comes* Sanche, yacía en su lecho de muerte y se

preparaba para pasar a mejor vida, la única que quedaría de su familia era ella, su hija. Sus hermanos y su madre se habían ido a la tumba antes que él. Sin embargo, el *comes* Sanche no murió maldiciendo su destino sino con lágrimas en los ojos y una disculpa murmurada por no poder seguir cuidando de Arima, la niña de sus ojos. A su vez, Arima había susurrado que desde allí a donde se dirigía, su alma observaría cómo ella cuidaba de sí misma. Hasta ese momento había logrado cumplir con dicha promesa. En todo caso, ya habían transcurrido seis meses desde la muerte del *comes* Sanche...

Si la reunión que tenía lugar allí, en su castillo en la cima del paso de Ibañeta —el lugar estratégicamente más importante de los Pirineos—, fracasaba, el dux Lope de Gasuña, tío suyo y padre de Adalric, la expulsaría de su hogar. O aún peor: la casaría, a ser posible con Adalric. La claramente manifestada benevolencia de Carlomagno aún la protegía de los tejemanejes de Lope, pero dicha benevolencia se apagaría si esa reunión fracasaba. Y era probable que tal cosa entrara en los cálculos de Adalric.

En aquel entonces, el dux se había considerado muy astuto al endosarle a su hermano menor Sanche la ruinosa propiedad situada por encima del paso: una finca con una empalizada inclinada por el viento cuyo único edificio de piedra había sido una torre de escasa altura, una antigua aduana romana. Lope no podía saber lo que ocurriría: que debido al repentino interés mutuo entre el reino de los sarracenos y el franco de Carlomagno, el paso de Ibañeta se convertiría en uno de los lugares estratégicos más importantes de su época. En vez de un edificio insignificante en el fin del mundo, el castillo de Roncesvalles de pronto se transformó en una especie de joya de la política de dos reinos. Quien dominaba el castillo, controlaba el paso. Quien controlaba el paso, regulaba la única vía comercial entre el reino sarraceno y el franco. Y si bien Arima no sabía mucho de política, tenía claro que la guerra estallaría en cuanto una de las partes lograra controlar el paso, porque entonces la otra temería que la primera le impidiera atravesarlo.

Adalric, que al parecer había comprendido que se había puesto a la defensiva, clavó el cuchillo en un trozo de carne y se lo ofreció a Arima.

—Una exquisitez para la señora de Roncesvalles —dijo.

Arima le lanzó una mirada de soslayo. Su gesto confianzudo suponía una arrogación. ¿Debía aceptar el trozo de asado a pesar de ello? Pero la rescató el jefe de la delegación franca —cuyo nombre había olvidado— poniéndose de pie para servirse más asado del centro de la mesa. Chocó contra el brazo de Adalric sin querer y el cuchillo con el trozo de carne cayó sobre la mesa. El franco se disculpó ruborizado hasta las orejas y, como compensación, le ofreció a Adalric el trozo del que acababa de apoderarse. Arima aprovechó la oportunidad para apartarse de su molesto primo y repasar la situación en que se encontraba.

Hacía ocho años que había muerto Carlomán, el hermano menor del rey, con quien Carlomagno había compartido el reino de los francos tras la muerte de su padre Pipino. Antes, Carlomán había demostrado su auténtico carácter cuando dejó a su hermano en la estacada durante los combates contra los nobles rebeldes de Aquitania. Aunque Carlomagno logró derrotar al ejército rebelde, a partir de entonces ambos hermanos se enemistaron. Tras la muerte de Carlomán, sus seguidores habían temido recibir un castigo terrible por parte de Carlomagno, ya convertido en único rey, pero este se mostró misericordioso. Así que también Lope, el tío de Arima, y Sanche, su padre —que por entonces le habían jurado lealtad a Carlomán—, se libraron del castigo y solo tuvieron que prestar un nuevo juramento de lealtad a Carlomagno. Este se mostró tan misericordioso que incluso apadrinó a Arima, la única hija de Sanche. Entretanto, Arima había comprendido que dicho favor no solo se debía al afecto de Carlomagno. Antes que todos los demás, el rey comprendió la importancia del aparentemente intrascendente castillo de Roncesvalles. Por eso tampoco lo hizo arrasar —tal como acostumbraban hacer los francos con todas las fincas fortificadas cuya construcción no había recibido el permiso manifiesto del rey—, sino al contrario: animó al *comes* Sanche a ampliarlo. Haberse convertido en el tutor de Arima le granjeó la lealtad absoluta de Sanche, y ella también sabía que le debía un profundo agradecimiento. Que después de la muerte de su padre —a diferencia de la costumbre practicada por los francos— Carlomagno no la arrancara de su hogar y la trasladara a su corte, supuso que ella le pagara con un afecto sincero pero también con su absoluta integridad. Aparte de los paladines, era de suponer que en todo el reino franco no había nadie tan leal al rey como Arima Garcez, señora de Roncesvalles.

Pocos miembros de la corte se dieron cuenta de que su lealtad se manifestaba manteniéndose estrictamente neutral con respecto a los intereses de los sarracenos, los gascones y los francos, pero sí Carlomagno, Arima estaba segura de ello. Al no situar Roncesvalles bajo el poder militar de los francos le aseguraba la paz al sur del reino, porque de ese modo el castillo no significaba una amenaza para los sarracenos. Sin embargo, mediante ese proceder también se condenaba a la deslealtad, pues no había ningún hombre de rango que no hubiera tomado partido por los unos o los otros. Ese era el auténtico sacrificio ofrecido a Carlomagno por haberse mostrado clemente con su familia y comportado como un segundo, aunque lejano, padre para ella: la soledad en su lecho de virgen. A menudo, por las noches, cuando no lograba conciliar el sueño y escuchaba los ronquidos de su doncella tendida a su lado, la invadía el amargo deseo de que los ronquidos fueran los de un esposo entre cuyos brazos hubiera podido dormirse apaciblemente.

Entretanto y por desgracia, Adalric se había deshecho del franco parlanchín

sentado al otro lado y volvía a incordiarla.

—Bebe, señora de Roncesvalles —dijo y le tendió la copa.

Arima, que se juró a sí misma que lo ahogaría en una jofaina si volvía a llamarla «señora» en ese tono autocomplaciente, bebió un sorbo. Él le guiñó un ojo y luego giró la copa para que ella viera que él apoyaba los labios allí donde habían rozado los suyos. La expresión de Arima hubiera convertido una olla de agua hirviendo en hielo, pero, por lo visto, Adalric era inmune a semejantes finuras expresivas y le dedicó una amplia sonrisa.

—Me pregunto si sabes que tanto de día como de noche... —empezó, pero se vio bruscamente interrumpido.

Uno de los hombres de armas que había acompañado la delegación desde allende las montañas hasta el castillo entró a la sala, se acercó a uno de los nobles sarracenos y le susurró unas palabras al oído. El sarraceno asintió, se puso en pie y se dispuso a abandonar la mesa.

Arima se levantó y gritó a voz en cuello:

—¡Alto!

El bullicio de la sala se apagó. Con el rabillo del ojo, la joven se percató de que le había dado un empujón a Adalric, que su copa se había volcado y el vino goteaba de la túnica del gascón, que la contempló tan sorprendido como los demás.

—¿Ese hombre os ha traído un mensaje? —continuó Arima, señalando al guerrero.

El sarraceno dijo:

—Sí... —y tras un ligero titubeo, añadió—: señora.

—Cuando un mensajero entra en la corte del valí de Medina Barshaluna, ¿quién es el primero en recibir su mensaje?

La mirada de todos los delegados sarracenos osciló entre Arima y el interpelado. Algunos francos apartaron las manos disimuladamente de la mesa, para tenerlas más próximas al cuchillo que llevaban al cinto. En la sala todavía reinaba el silencio.

—El valí, señora —contestó el sarraceno.

—Entonces, ¿por qué este hombre te lo transmitió a ti y no a mí, la señora de la casa?

El sarraceno volvió a titubear. La delegación solo tenía el encargo de preparar la visita del valí de Medina Barshaluna al castillo de Roncesvalles y era absurdo esperar que actuaran con diplomacia protocolaria. Pero al parecer, el valí Solimán bin al Arabi, el gobernador del emir de Qurtuba en Medina Barshaluna, había formado la delegación con mucho esmero: de esa misión dependían muchas cosas para todas las partes.

El sarraceno hizo una reverencia.

—Perdonadme, señora, he incumplido las leyes de la hospitalidad. Pero ese hombre es un simple soldado y no domina otra lengua que la suya.

—En ese caso, ¿me traducirás el mensaje, sí o no? —preguntó Arima en tono

dulzón.

El sarraceno reaccionó con la agilidad que cabía esperar de un mediador avezado. Volvió a hacer una reverencia, rodeó la mesa con porte majestuoso y se dirigió a Arima.

—La delegación de mi señor, el valí, se aproxima al castillo de Roncesvalles.

—Bien. Lo recibiré personalmente en la puerta.

El sarraceno dio un paso a un lado para que Arima pudiera rodear el banco. Poco a poco, las conversaciones se reanudaron, los gascones se pegaron codazos y señalaron a Arima, los sarracenos se contemplaban las uñas y los guerreros francos se relajaron y se sirvieron más asado.

—Vaya, vaya —soltó Adalric, atónito. El vino aún le manchaba la cara—. ¿Un sarraceno que se deja ningunear por una mujer? ¡Creí que aquí estallaría una batalla!

Arima lo miró. El gascón tenía razón. El sarraceno había infringido la ley de la hospitalidad, pero si se hubiese producido un enfrentamiento la habrían culpado a ella. Posteriormente, se preguntó cómo había podido ser tan impulsiva. En ese caso, también podría haberle roto la jarra de vino en la cabeza a su primo; quizá Carlomagno lo hubiera comprendido mejor que el incidente con el mensajero sarraceno. No obstante, ella sabía que en una situación parecida hubiese vuelto a actuar del mismo modo.

—Si una no recibe respeto no es nadie —dijo ella—. Y yo disto mucho de no ser nadie.

Y siguió al sarraceno al exterior; el corazón le latía aprisa y le temblaban las rodillas, pero nadie lo notó.

El castillo de Roncesvalles estaba situado en una meseta ligeramente inclinada hacia el sur, por encima de la cresta del paso; el camino del paso transcurría mucho más abajo. El castillo dominaba esa vía de comunicación; hacia el sur y hacia el norte la visibilidad era muy buena y, en caso de necesidad, podían enviarse guardias al camino a fin de bloquearlo con obstáculos preparados de antemano. En cuanto al propio castillo, resultaba muy difícil tomarlo, pues el atacante se veía obligado a luchar cuesta arriba; la única desventaja era el tamaño reducido de sus edificaciones, que no podían albergar un número suficiente de guerreros como para resistir un asedio prolongado. No obstante, en los últimos años la neutralidad de Sanche y su hija Arima había supuesto mejor protección que cientos de aguerridos guerreros.

Hacia el norte, la meseta acababa en una empinada ladera cuyo pie estaba cubierto por las últimas estribaciones del bosque que se extendía desde la entrada norte del paso hasta la meseta. La única puerta de Roncesvalles orientada hacia el sur estaba enmarcada por un muro de piedra, pero la mayor parte de la muralla que rodeaba el castillo no era más que una empalizada de madera con un adarve solo en parte cubierto. Un foso doble que el camino al castillo cruzaba por dos estrechos

diques proporcionaba una protección adicional. Bajo el saliente del adarve se encontraban las caballerizas, la herrería y el taller del carpintero y del corta cuernos. Los hornos destinados a la alfarería estaban situados en el centro del patio del castillo, uno a espaldas del otro. Tanto los edificios destinados a viviendas como las dependencias del servicio eran de madera, bajos y apiñados; además de las torres que flanqueaban la puerta, el único edificio de piedra era la vivienda de los señores, una modesta construcción de dos plantas cuya entrada —situada en la planta superior— solo era accesible a través de una escalera de madera. En la planta baja se encontraban los almacenes y la cocina; una capilla, el gran salón y el antiguo dormitorio del *comes* Sanche ocupaban la primera planta y en el altillo se hallaban los secaderos y las habitaciones de Arima y las criadas. Antes de morir, el *comes* Sanche había iniciado la construcción de la torre del homenaje situada en el punto más elevado de la meseta, una torre cuya base era de piedra. Arima había ordenado proseguir con la construcción, al menos hasta poder subir y disfrutar del panorama cuando el tiempo lo permitiera; la plataforma superior aún no estaba cubierta. Era un castillo austero y práctico, poco más que un apeadero en medio del páramo. En los días en que la niebla avanzaba a lo largo del paso y era como si el castillo estuviera separado del mundo, Arima detestaba su hogar, su ubicación solitaria y que precisamente ella fuera la heredera de todo eso. Pero en el fondo amaba Roncesvalles y estaba dispuesta a aceptar muchas cosas a condición de nunca verse obligada a abandonar el castillo.

La delegación del valí se acercaba a lo largo del serpenteante camino, iluminada por las antorchas que llevaban soldados y criados. Los perros de Roncesvalles empezaron a ladrar: bestias negras e hirsutas criadas por el *comes* Sanche que solo lo reconocían a él y al perrero y gruñían feroces a todos cuantos osaran acercarse a las perreras. De vez en cuando Sanche los dejaba salir del castillo por las noches, a través de una portezuela que conducía al exterior situada en la empalizada posterior, donde se encontraba la perrera. Entonces se oían los ladridos y aullidos de los animales e incluso los guardias de la torre se preparaban para pasar una noche tranquila, puesto que quien se acercara al castillo sería atacado por los perros. A partir de la muerte del *comes* Sanche nadie había vuelto a dejarlos salir, porque incluso el perrero no estaba seguro si le obedecerían y regresarían. La manada estaba dominada por una enorme perra sobre la que existía una historia de cuando Arima tenía seis años y el animal era un cachorrillo, pero de eso ya habían pasado doce años y la actual señora de Roncesvalles solo la recordaba vagamente. A veces, cuando visitaba la perrera y contemplaba los perros, tenía la sensación de que la perra la observaba con una mirada fría y calculadora.

Arima, que había subido hasta el adarve junto a la torre de la puerta, mandó que la abrieran para que los hombres entraran en el castillo. Los sarracenos cabalgaban muy pegados, como si se enfrentaran a una amenaza, pero las espadas estaban envainadas y las lanzas con los gallardetes. Los encabezaba un hombre con uniforme

de guerrero franco; al atravesar la puerta dirigió la vista hacia Arima y la saludó con la cabeza. Ella le devolvió el saludo. Era uno de los escasos guerreros francos conocidos por ella que no parecía un oso bien alimentado; aunque ya debía de tener más de cuarenta años, su figura se asemejaba a la delgada y atlética de los gascones. No era un hombre cualquiera: Carlomagno lo había enviado para controlar que todo estuviera en orden en el castillo antes de que llegara el valí y para que saliera al encuentro de los sarracenos y los recibiera. Era Ganelón, el *comes* de Ponthieu y cuñado de Carlomagno. Formaba parte de los nuevos paladines del rey y, a diferencia de los guerreros francos, llevaba los cabellos casi tan cortos como un patricio romano y el rostro afeitado; le había contado a Arima que todos los paladines se afeitaban el bigote, la barba y el pelo, una manera visible de ostentar las señales del servicio y de la humildad que entre los sacerdotes, monjes y esclavos simbolizaban las tonsuras, pero sin poner en peligro su honor como hombres y guerreros.

Mientras los criados atendían a los soldados sarracenos y sus cabalgaduras, Ganelón reunió a los miembros de la delegación en torno a él. Arima se unió a ellos y Ganelón la condujo a un lado.

—Señora, acompañaré a los hombres al salón —dijo en su habitual tono rígido y cortés—. Tienen hambre y sed.

Arima se dispuso a protestar, pero el paladín sonrió y, en voz baja, añadió:

—No te apresures, señora. Me encargaré de que recibas el debido respeto. Aún queda tiempo suficiente para ello.

—¿Acaso pretendes que corra tras ellos como una criada cuando los conduzcas a mi salón?

—No. Es más: te ruego que aguardes aquí fuera. Aún llegará otro enviado más.

—¿Quién? ¿Un rezagado? ¿Qué le ocurre, se ha caído del caballo?

Ganelón dirigió una mirada pensativa a la puerta junto a la que los guardias aguardaban las órdenes de Arima antes de cerrarla.

—Ese hombre no se cae del caballo ni siquiera muerto —gruñó—. Es un guerrero extraordinario, pero no acabo de comprenderlo. Ni siquiera tengo claro qué puesto ocupa en la delegación o si entiende nuestro idioma. No pronunció ni una palabra durante todo el viaje.

—¿Y crees que confiará en mí?

—Ay —suspiró Ganelón—, las mujeres y sus hechizos...

Le hizo una reverencia, se volvió y acompañó a los enviados sarracenos hasta la casa de los señores, al tiempo que decía:

—La señora del castillo me ha dado permiso de conducirlos hasta el salón.

Arima no sabía si enfadarse o reírse ante la numerito diplomático montado por Ganelón. De un modo sutil, había logrado que ella siguiera participando en el juego como señora de Roncesvalles, si bien acompañando a los sarracenos hasta el salón simulaba ser el enviado de Carlomagno y el auténtico anfitrión. Probablemente habría que buscar mucho entre los francos para encontrar un hombre con el talento de

Ganelón. Sin embargo, Arima no logró reprimir su irritación, ni siquiera cuando comprendió que a un hombre como Ganelón hasta los *comes* y los *dux* le cedían el paso. Entonces ordenó a los guardias que dejaran la puerta abierta y luego se refugió del viento en el adarve para aguardar al rezagado.

Solo entonces se percató de lo que Ganelón había dicho: que todavía quedaba tiempo suficiente para obtener el respeto de los sarracenos. ¿Qué significaban esas palabras? Según los planes, la delegación partiría pasado mañana. ¿O es que pensaban quedarse más tiempo? Pero ¡entonces las provisiones no bastarían! Furiosa por no haber pensado con la suficiente rapidez ni haber hecho más preguntas, se dispuso a dirigirse al salón de los señores y pedirle cuentas a Ganelón, pero de pronto una voz le habló desde la oscuridad.

—El *comes* de Ponthieu no se mostraría tan arrogante si junto a la señora del castillo hubiera un señor.

—Y tú crees que eres el indicado, Adalric —replicó ella en tono burlón; había reconocido la voz de su primo de inmediato.

—Tú también lo crees —murmuró él y se aproximó.

Arima se sintió incómoda al notar que aquel sitio no resultaba visible. Adalric olía al humo de la chimenea del salón, a asado especiado y alcohol.

—Allí aún te queda vino —dijo Arima, señalando la manchada túnica de Adalric. Adalric bajó la vista.

—No es culpa mía —contestó su primo y alzó la vista, sonriendo—, pero quizá me derramaste vino en la túnica para poder lavarla tú misma...

—Si me dieras tu túnica, la usaría para limpiar el establo de las cabras.

Algo cambió en la mirada en Adalric y se acercó todavía más. Arima quiso retroceder un paso, pero él lo hubiera interpretado como temor y ella no le concedería ese triunfo. Estaba tan próximo que ella percibió su aliento.

—Siempre tan engreída —susurró—. Tan segura de la protección de Carlomagno. La fría beldad del paso de Ibañeta... Pero la situación no siempre permanecerá igual, querida Arima. Esto solo es un espejismo; habrá guerra entre francos y sarracenos por más delegaciones que se reúnan. Los sarracenos están empeñados en extender su reino y Carlomagno también. Uno de los dos se hará con el paso. En caso de que sean los sarracenos, te convertirán en esclava; si fuera Carlomagno, te desposará con uno de sus gordinflones. Solo es cuestión de tiempo; no tienes motivos para mostrarte arrogante, querida mía.

Arima, que le había sostenido la mirada, no dijo nada. Su actitud no era producto de la arrogancia sino del miedo y la ira. Adalric era un individuo repugnante, pero había manifestado perfectamente los mismos temores que ella albergaba.

Adalric volvió a sonreír y le rozó el antebrazo con un dedo. Podría haber supuesto un gesto suave, pero para Arima resultó intimidante.

—No hay salida, mi bella y fría señora de Roncesvalles. Tú y yo somos gascones. ¿Por qué habríamos de tolerar que un montón de extranjeros pisotee nuestras tierras?

¿Por qué no ocupamos el paso? Mi padre enviaría tantos soldados al castillo que se pisarían los pies entre ellos y ni siquiera una hormiga podría recorrer el camino sin ser vista.

—¿Por qué —replicó Arima entre dientes— tu padre, mi tío, haría semejante cosa?

Los dedos de Adalric le acariciaron el hombro.

—Porque protegería a su nueva hija y a su amado hijo, desde luego, y a todos los nietos que ellos le dieran...

—Somos primos —replicó Arima; fue lo primero que se le ocurrió.

Él se encogió de hombros.

—Lo pasaría por alto —susurró y la miró a los ojos—. Y además, ¿quién diría que no podemos casarnos? ¿El Papa? ¿Qué le importa el Papa a un gascón?

—¿Dices que lo pasarías por alto? —siseó la joven—. ¿Y qué otro defecto mío estarías dispuesto a pasar amablemente por alto?

—Que no llegaras virgen al matrimonio —dijo con voz enronquecida y mirada lasciva—. Venga, Arima, sé qué se oculta tras tu gélida fachada. ¡No dejaste de presionar tu muslo contra el mío durante toda la velada! Ven conmigo, hace frío aquí fuera. ¡Calentémonos en el establo!

Adalric se inclinó, la besó en los labios y un instante después ella notó cómo la lengua de él se agitaba en su boca como un gusano, tan repugnante como el sabor a vino, asado y dientes podridos. Entonces Adalric pegó un respingo, soltó un resuello y Arima escupió. Él se pasó un dedo por los labios y observó la sangre que recogió.

—¡Me has mordido! —balbuceó—. ¡Me has mordido el labio!

Arima quiso pasar por su lado, pero él la aferró del brazo.

—¡Me las pagarás! —espetó.

La atrajo hacia sí y volvió a besarla y, antes de que ella pudiera volver a morderlo, le cogió el mentón con la otra mano y la obligó a abrir la boca. El dolor fue tan intenso que se le saltaron las lágrimas; Adalric introdujo una rodilla entre las piernas de ella y volvió a besarla y esta vez fue el sabor de la sangre fresca lo que penetró en su boca junto con la lengua del gascón, que jadeaba y la presionaba con la entrepierna. Ella trató de resistirse pero él la aferraba con manos de hierro, quiso pedir ayuda pero su boca y sus dedos la amordazaban. Notó algo duro entre los muslos y supo muy bien qué era. Sintió asco y rabia. No podía morder, pero eso no le impidió defenderse...

Un instante después de una violenta sacudida, las manos de Adalric se desprendieron de su mandíbula, se apartó y sus ojos desorbitados empezaron a bizquear. Un gemido surgió de lo más profundo de su garganta.

—¿Suficiente? —siseó Arima y volvió a propinarle otro rodillazo.

Adalric se desplomó y se acurrucó en el suelo, gimiendo como un perro apaleado.

—¡Dios míoooo...! —lloriqueó—. ¡Putá...!

Entonces una oleada de cólera la invadió, al menos tan intensa como la pasión

que antes había obnubilado a su primo y le propinó una patada en las costillas.

—¿Qué me has dicho? —gritó—. ¿Qué me has dicho?

Con cada puntapié iba en aumento la conciencia de cuán alevoso había sido el ataque de Adalric. Si la poseía a la fuerza solo se vería obligado a pagarle el *mund*, la «protección» a Carlomagno, su tutor, además del dinero de la multa correspondiente por violación. Y entonces Arima se convertiría en su mujer y quedaría a su merced. Ni siquiera tendría derecho a divorciarse porque cargaría con la mácula de la deshonra. En todo caso, si tras violarla no se casaba con ella, Adalric solo tendría que pagar la multa, mientras que ella sería considerada una depravada y nadie tendría en cuenta que había sido la víctima. Perdería el derecho sobre sus bienes —de los que Adalric o Lope, su padre, no tardarían en apropiarse— y, para sobrevivir, no tendría más remedio que convertirse en prostituta. Arima estaba absolutamente furiosa.

Adalric trató de defenderse de los puntapiés sin dejar de protegerse con la mano su dolorido miembro viril.

—¡Ay! —gimió—. Basta... Arima... basta...

—¿Cómo me has llamado, so pedazo de gusano miserable? —gritó ella y se dispuso a pegarle otro puntapié, pero entonces alguien le murmuró unas palabras al oído en tono divertido.

—No debéis patear a un enemigo que suplica clemencia, señora. Sobre todo si hay testigos.

Arima se volvió. Creyó que era uno de los criados del castillo y fue a ordenarle que se marchara, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Era un hombre muy alto. Tuvo que alzar la cabeza para mirarlo a la cara. Era indudable que se trataba del ominoso rezagado de la delegación sarracena: Arima vio el amplio atuendo de mangas en forma de embudo que los sarracenos denominaban sayo y que en general era rojo o azul; en la cabeza llevaba un turbante del que surgía la punta de un yelmo. No iba armado. En la penumbra, Arima vio el brillo de sus dientes: el desconocido estaba sonriendo.

—¡Qué descarado, acercarse a alguien a hurtadillas! —siseó ella.

—Me he presentado cortésmente, solo que tú no me has oído. Supongo que el jaleo de tus puntapiés lo impidió...

—¿Cuánto hace que estás ahí?

—Desde que él se ofreció a pasar por alto tus defectos, señora.

Arima le lanzó una mirada beligerante al sarraceno. Adalric seguía retorciéndose y lamentándose en el suelo, pero ni el desconocido ni la señora le prestaron atención.

—¿Y estuviste observando todo el tiempo sin acudir en mi ayuda?

El sarraceno se encogió de hombros.

—¿Ayudarte? ¿Para qué? No observé nada que tú no pudieses resolver sin mi ayuda.

Cuando el hombre avanzó un paso y un haz de luz de la puerta iluminó su rostro, Arima quiso replicarle pero no encontró las palabras adecuadas. Llevaba una barba

corta al estilo de todos los sarracenos, una profunda cicatriz surcaba el lado izquierdo de su rostro y un negro paño de seda cubría el lugar que debería haber ocupado su ojo izquierdo.

Entonces el extraño hizo una reverencia y dijo:

—*Assalaamu a'laikum*, señora de Roncesvalles. Perdóname por llegar con retraso. Soy Afdza Asdaq y te ruego que me ofrezcas tu hospitalidad y me acojas bajo tu techo. Como verás, he dejado mis armas a los guardias de la puerta, porque vengo en son de paz —añadió. Se enderezó y le lanzó una sonrisa.

Ella parpadeó presa de la confusión y tras unos instantes recuperó el habla.

—Sed bienvenido en nombre de Dios y en el mío —contestó, empleando la fórmula correspondiente al saludo del sarraceno.

—*Wa-a'laikum* —respondió Afdza y volvió a sonreírle.

Haciendo un esfuerzo, ella apartó su mirada de la del hombre.

—Sígueme, te acompañaré al castillo. Solo te esperaba a ti.

—Perdona la lentitud de mi caballo y la pereza de su jinete —dijo Afdza.

Arima carraspeó.

—No quise ser tan... ruda.

—Entonces, perdona mi falta de comprensión...

—¡Y deja de pedirme perdón!

—Perdóname, señora.

Arima se volvió y le lanzó una mirada furibunda. Afdza sonreía de oreja a oreja. Era extraño: por más chocante que resultara su rostro deforme a primera vista, uno olvidaba la cicatriz y el parche en cuanto sonreía y, una vez más, Arima tuvo que obligarse a despegar la vista de él. Entonces dirigió la mirada a Adalric, que entretanto se había puesto de rodillas y se mecía gimiendo. Ella aún notaba el miedo causado por su violento intento de aproximación y aquel beso brutal... Sin embargo, en los últimos minutos había olvidado al gascón por completo. Se volvió, echó a correr hacia Adalric y, sin vacilar, lo aferró de los pelos y lo obligó a ponerse de pie.

—¡Te tengo consideración porque eres mi huésped! —espetó—. Aun cuando has olvidado cómo ha de comportarse un huésped. Soy una mujer libre y no solo me tocaste sin mi permiso, sino que incluso me besaste. Solo por eso, podría exigir que me pagaras cien *solidi*, y si notificara a Carlomagno de lo ocurrido tendrías que volver a pagar la misma suma. Si fueras un esclavo podría exigir que te castraran, pero no haré ni lo uno ni lo otro. Seguirás siendo mi huésped esta noche, Adalric de Gascuña, pero mañana te marcharás... ¡Y recuerda que a partir de hoy, esto se interpondrá entre ambos para siempre!

Habló adrede con la máxima formalidad: las palabras, sobre todo las rituales, ejercían un gran poder y tenían más valor que los acuerdos escritos.

—Cometes un error, Arima... —gimió Adalric con el rostro crispado de cólera y dolor.

—Lo dicho, señora, no sé para qué necesitabas mi ayuda —terció Afdza, y su

sonrisa divertida se convirtió en respetuosa.

La siguió hasta la casa de los señores, silencioso como un gato montés. Arima se preguntó cómo Ganelón pudo afirmar que ese era el hombre que jamás decía una palabra. Al parecer, Afdza Asdaq escogía las personas que merecían que les dirigiera la palabra.

Los sarracenos que Ganelón había conducido al interior aún permanecían de pie ante la entrada del salón, intercambiando palabras corteses con el jefe de su propia delegación y con el mayordomo de Arima. Cuando esta apareció seguida de Afdza Asdaq, sus voces se apagaron y formaron dos filas; Arima sospechó que no lo hacían por ella sino por su jefe alto y tuerto. Ganelón les presentó la señora del castillo a los sarracenos y los hombres le dedicaron una profunda reverencia. Una vez más, ella supuso que solo lo hacían porque Afdza estaba a su lado y se enfadó, pero se reprimió con rapidez. Cuando le lanzó una mirada de soslayo a Ganelón, notó que su rostro estaba inexpresivo, pero era evidente que el paladín había planeado la situación desde un principio. Por eso le había pedido que esperase al rezagado. Ninguno de los presentes en el salón podía haber dejado de ver cuán profunda había sido la reverencia de los sarracenos y todos debían de haber considerado que solo estaba destinada a ella. ¿Qué había dicho el paladín? Que se encargaría de que ella recibiera el respeto merecido, ¿no? Arima reprimió una sonrisa.

Cuando además percibió con el rabillo del ojo que Adalric entraba en la sala cojeando y también observaba las muestras de respeto de los sarracenos, alzó la cabeza con aire triunfal, condujo al guerrero tuerto hasta la cabecera de la mesa y le ofreció el asiento anteriormente ocupado por Adalric. Tomó asiento a su lado y comprobó que quienes la contemplaban apartaban la mirada con gesto respetuoso. Ganelón tomó asiento al otro lado y saludó a unos cuantos francos con la cabeza. El mayordomo indicó a los esclavos que trajeran más comida y bebida, los sarracenos recién llegados ocuparon los asientos próximos a la cabecera que los miembros de la otra delegación les cedieron, el bullicio anterior se reinició y resonaron las primeras carcajadas... Arima les lanzó una sonrisa a todos, sin dejar de notar la presencia de Afdza Asdaq, percibiendo su mirada y su sonrisa pese a no volverse hacia él ni una vez.

PATRIS BRUNNA



El castillo palatino más nuevo de Carlomagno se elevaba en una meseta de escasa altura por encima de una extensa zona de fuentes en la que muchos arroyos y arroyuelos se unían formando un río. El curso del río era breve; tras un recorrido de una hora a pie se derramaba en una corriente mayor que fluía a través de la comarca. Los sajones, que hasta el año anterior habían sido los amos de dicha comarca, llamaban Lipia al río grande; al pequeño, al que no consideraban merecedor de un nombre, lo llamaban sencillamente *pader* en su lengua: «agua».

En gran parte, el castillo estaba en obras; el edificio principal estaría terminado a tiempo para la asamblea del reino, pero la iglesia del Salvador solo consistiría en cuatro paredes y carecería de techo. Por encima del bajo terraplén del Pader se elevaba una muralla y el resto de la amplia construcción estaba rodeada de la empalizada habitual. Los únicos edificios de piedra del castillo eran el principal y la iglesia, y en cuanto al primero, lo único que estaba acabado era el *aula regia*, la gran sala; el ala de las viviendas, adjunta y en ángulo recto, era de madera, al igual que las dependencias del servicio y los establos junto a la muralla. El claustro destinado a los monjes benedictinos, a quienes Carlomagno había dado permiso para fundar un convento en ese lugar, aún estaba en construcción. Los monjes, intrépidos como todos los irlandeses, pernoctaban en una tienda junto a una pared de la iglesia y parecían encontrarse a gusto allí.

Los francos, que entonces eran los nuevos amos del lugar, habían adoptado el nombre sajón del pequeño río y se lo adjudicaron al castillo que el rey hacía construir: Patris Brunna; el castillo junto al río Pader. Sin embargo, la mayoría lo denominaba «Karlsburg»: el castillo de Carlos. Una denominación más fácil de recordar.

«Y así —pensó Roldán, de pie junto a la iglesia del Salvador, empuñando una lanza y con la mirada dirigida al resto de edificios—, el pueblo y la comarca se funden entre sí: en lo pequeño, como siempre. Nosotros adoptamos los nombres, algunas costumbres, las mejores recetas de comidas e introducimos las mujeres más bellas de los pueblos conquistados en nuestros lechos, y poco después ya hemos olvidado que los nombres no eran los nuestros y que antes ignorábamos que es posible añadir nabos y especias al agua de la cocción porque entonces la carne sabe mejor... y que los jóvenes y las muchachas a los que llamamos francos solo son medio francos, porque sus madres eran normandas, aquitanas, gasconas, longobardas y sajonas.»

Roldán no se oponía a ello. Él mismo era medio normando; Milan, su padre, había sido un noble normando. No obstante, lo consideraban un franco aunque entre el pueblo de Carlomagno solo se le daba importancia al origen paterno. Pero la madre de Roldán era Bertha de Laon, la hermana de Carlomagno, y el estrecho parentesco convertía el pequeño inconveniente del origen extranjero de su padre en algo secundario.

Lo cual no significaba que de vez en cuando había que demostrar que uno era más franco que todos los francos juntos.

—No sé, no sé —murmuró Remi de Vienne, y su mirada osciló entre la lanza de Roldán y la iglesia, haciéndolo regresar al presente—. No lo lograrás. Solo pesas la mitad que Puvis y ese ya tuvo que esforzarse por arrojar la lanza hasta allí.

—¿Qué estás murmurando, Remi? —gritó Puvis, de pie entre sus seguidores como si fuera un rey—. ¿Acaso le indicas cómo sostener la lanza?

—¡Intento evitar que arroje la lanza y te dé a ti! —gritó Remi—. Temo que no vuelvas a descender si sales volando porque tu cabeza hueca es demasiado liviana...

Los espectadores rieron y también los seguidores de Puvis. La pertenencia al campamento no significaba que uno no se alegrara por una buena broma, aun cuando procediera del otro campamento.

Roldán le guiñó un ojo a Remi de Vienne, su más íntimo amigo, y luego miró en torno: ya se habían reunido varias docenas de mirones y también los trabajadores manuales habían interrumpido su tarea para observar la competición. Un par de hombres parecían mercaderes ambulantes; una suposición que resultó cierta cuando Roldán vio que intercambiaban monedas entre ellos: apostaban por ambos adversarios. El Karlsburg se encontraba en el centro de la conexión este-oeste más importante del reino de los francos, en el *Hellweg*, la ruta más importante que conducía desde el Rin hasta la frontera oriental de la recién conquistada comarca de los sajones. A media hora a pie del castillo, otra importante arteria atravesaba el *Hellweg*: la *Via Regia* que transcurría desde el castillo palatino junto al vado de Frankfurt situado al sur hasta la costa del *Mare Germanicum* al norte. Allí se había establecido el pequeño asentamiento de donde procedían la mayoría de los trabajadores reclutados para la obra en construcción.

—¿Por qué siempre se reúne medio mundo en cuanto alguien me desafía? —preguntó Roldán.

—Bueno... por una parte eres el sobrino del rey y por la otra hasta ahora nadie te ha vencido —dijo Remi con una amplia sonrisa, y murmuró—: Y por eso también te aconsejaría que idearas algo. No podrás arrojar la lanza desde aquí hasta la iglesia. Puvis solo lo logró a duras penas. No querrás que después digan que eres un fracasado.

Roldán se encogió de hombros.

—Cuantos resultan vencidos son unos fracasados. Además, ¿no te parece que es un poco tarde para idear algo?

Puvis se puso en posición y gritó:

—¿Y ahora qué ocurre, Roldán? ¿La arrojas, sí o no? ¿O prefieres abandonar?

Los espectadores soltaron carcajadas.

—¿Es que tienes tanta prisa por verte obligado a reconocer que soy mejor que tú?
—repuso Roldán y el público rio más.

Con una sonrisa de desprecio, Puvis le mostró los dientes.

Roldán alzó su arma y la sopesó. Era una lanza de caza de punta dura y garfio característica de la *ango*, la lanza guerrera de la infantería franca. La *ango* era pesada porque solo era arrojada a poca distancia, pues debía dejar fuera de combate al enemigo con su punta metálica flexible incluso cuando el golpe no resultaba mortal. En comparación, la lanza de caza era ligera y delgada, pero hasta para Roldán los cien pasos hasta la iglesia suponían una distancia considerable. La lanza arrojada por Puvis estaba clavada a media altura entre las piedras, por poco no se había clavado delante de la iglesia sin alcanzar su diana. Aunque Roldán era de mayor estatura que todos los presentes —por lo visto había heredado la gran estatura de su tío Carlomagno—, Puvis pesaba al menos una vez y media más que él: era el típico guerrero franco, fornido y de cuello de buey, de músculos duros como el acero bajo las capas de grasa. ¿Cómo podía confiar Roldán en superarlo?

Entre los guerreros francos, los desafíos estaban a la orden del día. Siempre había uno que intentaba demostrar que era mejor que otro. En una sociedad en la que hasta el rey solo gozaba de respeto si tenía éxito, la competición formaba parte de la vida normal. Y él, Roldán, siempre era desafiado. Lo que Remi había omitido mencionar debido a la amistad que los unía era el tercer motivo: puede que su tío lo hubiera reconocido con todo derecho como un auténtico franco, pero los guerreros de su séquito no dejaban de obligarlo a demostrar que era merecedor de dicho honor.

Y por eso Puvis, el hermano menor de Gerbert de Roselló, uno de los muy célebres paladines del rey, lo había desafiado a una competición con lanza. Casi todos los duelos entre los francos empezaban de ese modo: un duelo deportivo en el cual los adversarios no se tocaban ni un pelo. Las cosas solo iban a mayores después, si los campamentos de ambos contendientes ponían en duda el resultado, se quejaban de algún engaño y luego se enzarzaban alegremente repartiendo puñetazos. Roldán volvió a sopesar la lanza y calculó la distancia hasta la pared de la iglesia. Solo podría intentarlo una vez... y la posibilidad de alcanzar la iglesia era nula.

Entonces clavó la lanza en el suelo y se alejó con paso firme. Tanto Puvis como Remi se quedaron atónitos, los espectadores se burlaron y silbaron. La mayoría de los mercaderes adoptaron una expresión disgustada: todos habían apostado por Roldán.

—¡Ha abandonado! —chilló Puvis—. ¡Soy el ganador! Todos lo habéis visto, ¿verdad? He ganado. Roldán es un fracasado.

Remi apretó los puños.

—¡Repítelo y te daré tal paliza que tu propio perro no te reconocerá!

—Roldán es un...

—¿A qué se debe tanto alboroto? —preguntó Roldán, que volvió a acercarse abriéndose paso entre los presentes—. Solo he ido en busca de una lanza que se adapta mejor a mi manera de lanzarla.

Los espectadores se quedaron boquiabiertos, porque el arma que traía Roldán era la pesada lanza de jinete de uno de los guardias apostados en la puerta del castillo. Era muy larga y no servía para ser arrojada sino para derribar al adversario de la silla de montar. El asta era mucho más gruesa que la de una lanza normal y en la empuñadura y en el punto donde el jinete la sujetaba contra la axila estaba envuelta en cintas de cuero.

Roldán indicó la lanza de Puvis clavada en la pared de la iglesia.

—¿Pretendes que eso es una lanza? —gritó y alzó la suya—. ¡Esto sí es una lanza!

El griterío de los espectadores era indescriptible. Puvis se quedó boquiabierto. Los mercaderes sacaron más monedas de sus talegos e hicieron nuevas apuestas; entretanto, varios guerreros y trabajadores se habían unido a ellos. Roldán se puso en posición.

—Estás loco —murmuró Remi a su lado.

—Cuando no tienes ninguna posibilidad, dobla la apuesta —murmuró Roldán.

Apoyó el asta en un hombro, perfeccionó el agarre, dio un par de pasos, volvió a bajar la lanza, le dedicó una sonrisa al público y le guiñó un ojo a una criada que permanecía entre los trabajadores. Esa era la impronta de Roldán: comportarse como si todo lo que hacía supusiera una gran diversión. Los espectadores le respondieron vociferando y riendo. Volvió a alzar la lanza, disimuló que el corazón le latía desbocado y que desearía encontrarse a mil millas de allí y luego dio dos, tres, cuatro rápidos pasos hasta la marca y arrojó la lanza soltando un grito estentóreo.

Del público se elevó una ronca exclamación. La lanza trazó una parábola perfecta, descendió y de repente perdió verticalidad, como si se deslizara por un colchón de aire, incluso a mayor velocidad... hasta que hizo blanco contra la iglesia muy por encima de la de Puvis, atravesó la pared y se quedó clavada cimbreado. Una exclamación indignada en irlandés reveló que casi le había dado a alguien; los espectadores miraron boquiabiertos hacia la iglesia y Roldán se volvió. Entonces la lanza de Puvis se desprendió de la pared y cayó al suelo.

La multitud de espectadores soltó un rugido más sonoro que una horda de sajones lanzados al ataque: silbidos, alaridos, risas, gritos triunfales de «¡Roldán!», entre ellos los que habían ganado la apuesta y que, sonriendo de oreja a oreja, se embolsaban las monedas.

—¡Fue un engaño! —bramó Puvis, iniciando el segundo acto de las competiciones tradicionales de los francos—. ¡Ven aquí, Roldán, te daré una paliza!

Roldán lo hizo pero no alzó los puños. Se hizo el silencio y Roldán meneó la cabeza con expresión amable.

—No, Puvis, no fue un engaño —dijo—, y no sería yo quien recibiría la paliza

sino tú. Pero estoy dispuesto a perdonarte porque he oído que esta noche, durante el banquete, mi tío quiere que le escancies el vino y sería una pena si durante la práctica de esa honrosa tarea tus dientes cayeran en la jarra de vino del rey, ¿verdad?

Puvis le lanzó una mirada desconfiada.

—¿Es un truco? —preguntó.

—Aguarda, esta noche lo sabrás. Pero si no obstante quieres luchar... —dijo Roldán y dio un paso atrás como dispuesto a luchar.

—No —dijo Puvis—. El honor de escanciarle vino al rey es más importante que mi honor como luchador —explicó, y saludó a Roldán con la cabeza.

Este le devolvió el saludo y se volvió. Como si su gesto hubiese roto un hechizo, los espectadores echaron a correr hacia la iglesia para observar el resultado del lance más de cerca. Roldán y Remi se dirigieron parsimoniosamente al edificio principal, lo rodearon y entraron en el ala de las viviendas, donde a esa hora solo se encontraba el personal de cocina y los esclavos.

—No lo comprendo —dijo Remi—. ¿Cómo lo lograste?

—El lanzón es más pesado y grueso que la lanza. Solo has de darle el suficiente impulso inicial para que siga volando solo. Además, el centro de gravedad está situado más en el centro porque el jinete ha de poder sostenerlo sin perder el equilibrio y el asta no es redonda sino plana, porque así resulta más fácil presionarla contra el cuerpo. Todo ello supone que su vuelo es más estable que el de una lanza.

—¡Pero es una cosa increíblemente pesada! ¿Cómo pudiste arrojarla con tanta fuerza?

—Vaya —dijo Roldán y se apoyó contra un poste; si el camino solo hubiese supuesto una docena de pasos más no habría logrado recorrerlo; lentamente, se deslizó hasta el suelo—. Creo que me he desgarrado los músculos —jadeó—. ¡Casi no puedo respirar...!

—¿Dices que arrojaste el lanzón con tanta violencia que te desgarraste...? —empezó Remi, estupefacto.

—¡He dicho que eso es lo que creía!

—¡Estás como un cencerro!

—Ayúdame a ponerme de pie, Remi. He de ir a ver a mi tío para lograr que esta noche deje que sea Puvis quien le escancie el vino.

—¿Qué? ¿Eso también era mentira? Pero ¿por qué...?

—¿Crees que hubiera podido luchar con Puvis en este estado? Me hubiese derribado de un solo golpe, como a un árbol podrido. Aunque también podría haberme ahorrado el lanzamiento.

Remi meneó la cabeza, pero lo ayudó a levantarse. Roldán apretó los dientes confiando en que sus lesiones no fueran graves, ya que no se le había ocurrido otra manera de salir victorioso del duelo. Siempre era fiel a su divisa: si no tienes ninguna posibilidad, dobla la apuesta.

—Como siempre, mi tío está acompañado de media docena de médicos —dijo,

soltando un quejido al tiempo que cojeaba hacia la entrada del edificio principal—. Y como siempre, no deja que ninguno se le acerque; esos individuos se mueren de tedio. Intenta encontrar a uno de ellos, quiero que me examine tras visitar a mi tío. Si es que para entonces sigo vivo —añadió.

—Estás como un cencerro —repitió Remi.

Roldán le palmeó la mejilla.

—Y dile al médico que acuda con alguna criada poco pudorosa. Cuando ese bellaco me examine necesitaré algo de lo que agarrarme.

—Una criada y un criado —dijo Remi, sonriendo—. ¿Acaso crees que te dejaré solo con ese matasanos?

Roldán le devolvió la sonrisa. Remi le dio un golpecito en el brazo y se dispuso a cumplir con su misión. Roldán inspiró profundamente: del mismo modo que nadie sospechaba que en el fondo aborrecía los duelos y desafíos, tampoco había nadie que supiera lo poco que le importaban los encuentros sexuales casuales con esclavas y criadas, ni siquiera Remi.

Aunque las mujeres consideraban a Roldán un amante ingenioso y atento y, puestas a entregarse a un hombre, lo preferían a él, ni siquiera las que compartían su lecho sospechaban que, incluso en medio de un apresurado apareo de pie en las caballerizas, buscaba desesperadamente la ternura e intimidad que siempre había echado en falta.

Roldán se arrastró hasta el edificio principal con el fin de encontrarse con su tío. Había muy pocas personas en el mundo de cuyo afecto estaba seguro: uno era su amigo y compañero de armas Remi de Vienne, el otro, Carlomagno, y por supuesto su madre Bertha de Laon.



Igual que en todas las *aula regia*, en la de Patris Brunna también había un trono destinado al rey. Era un asiento sencillo con respaldo y apoyabrazos, todo sostenido mediante grapas de hierro y que solo destacaba gracias a su elevada ubicación: estaba apoyado sobre cuatro grandes postes y seis peldaños conducían hasta él. Cuando Carlomagno lo ocupaba —quien incluso sentado superaba en altura a algunos de sus súbditos— parecía un gigante aposentado en un trono. Los jefes de los pueblos que se sometían al rey, pero también los peticionarios y los que acudían para suplicar un indulto, solían arrastrarse entre los postes debajo del asiento en señal de respeto al poder absoluto del rey. Solo había uno que no se subordinaba al monarca, y el simbolismo expresado por la ubicación también lo manifestaba: su asiento se encontraba en la parte occidental del *aula* y orientado hacia el este, por donde un día llegaría Cristo Redentor y pondría fin a todos los gobiernos terrenales.

Carlomagno no estaba sentado en el trono sino en uno de los peldaños que

conducían a este, tenía la cabeza apoyada en una mano y suspiraba.

—He vuelto a dejarme persuadir por el muchacho, ya lo sé.

Había tres hombres de pie junto al trono, dos de sus paladines: Turpín Uí Néill, el obispo francoirlandés de Reims; y Pilgrim, un viejo guerrero. También estaba Styrmí, el abad del convento de Fulda, un anciano que en sus años mozos había sido el hombre de confianza del misionero Wynfreth Bonifatius y que debido a ello gozaba de una gran veneración entre los francos cristianos.

Carlomagno lo veneraba tanto como sus súbditos y lo apoyaba en todo. A partir de entonces la influencia de la Iglesia irlandesa, a la que entre otros pertenecía el obispo Turpín, había mermado de manera considerable a favor de las enseñanzas benedictino-romanas. Los irlandeses, que apelaban a Patricio, el fundador de su misión monjil, consideraban que la Iglesia debía estar arraigada en la sociedad, que los conventos no debían ser más que centros espirituales y que ningún poder central eclesial resultaba necesario: cuando había que tomar una decisión importante, los abades de los conventos la tomaban mediante una votación. Era evidente que una sociedad estrictamente jerarquizada como la de los francos rechazaba semejante división de poderes. Tanto entre los francos como en la Iglesia romana todo el poder residía en el jefe máximo. Eso encajaba con la visión del mundo de Styrmí, quien, como fiel discípulo de Bonifatius, representaba su punto de vista: que Roma era el centro del mundo cristiano.

El obispo Turpín hubiera preferido separar la Iglesia papal del gobierno del rey, lo que en el futuro supondría debilitar la fe cristiana más que todos los sismos anteriores causados por los gnósticos, los donatistas o los arrianos. Pero Turpín evitaba manifestarse en contra del anciano.

La figura del obispo era la misma de sus antepasados irlandeses: nervuda y oscura, y también poseía la iracundia de sus antepasados francos. Cuando predicaba en su iglesia de Reims, esta siempre estaba atestada, puesto que le agradaba soltar comparaciones pintorescas y la comunidad siempre aguardaba con interés una nueva e inolvidable perorata del obispo.

Una misa pascual se volvió célebre porque el obispo se había enardecido hablando de la intervención de Pedro en el monte de los Olivos, cuando los soldados apresaron a Jesús.

—¡Ese necio le cercenó una oreja a un soldado! —había gritado Turpín, fuera de sí—. ¡La oreja! ¡Debió haberle cortado los huevos: eso les hubiera dado algo en que pensar a esos condenados romanos! ¡Ay, yo debería haber ocupado el lugar de Pedro! ¡Les hubiese arrancado los huevos con las manos, se los hubiera colgado del cuello y los hubiera echado a patadas del jardín de Getsemaní para que comprendieran que no podían apresar al Señor como si nada!

«Habla a favor del rey —pensó Turpín ahora—, que me acepte pese a mi conflicto con Styrmí y los suyos. Y no solo como obispo de una de sus ciudades más importantes sino también como paladín.»

Si lo aceptaba, en agradecimiento Turpín estaba dispuesto a cargar con ciertas cosas e incluso a tolerar la palabrería del anciano Styrmí, que aún era capaz de convertir la pregunta sobre cómo se debía arrojar un trozo de carne a la olla en una apología de la sagrada omnipotencia de Roma.

Turpín notó que Piligrim lo miraba de soslayo. Igual que todos los paladines, ambos hombres no necesitaban mucho más para comunicarse entre ellos. Ambos inclinaron la cabeza mientras el abad de Fulda seguía apelando a la conciencia del rey.

—... el joven guerrero —estaba diciendo Styrmí— no debía haberse salido con la suya, oh, rey, porque ha de aprender que ningún mortal debe osar anticiparse a las decisiones del soberano. Al igual que nadie tiene derecho a anticiparse a las decisiones de Jesús nuestro Señor o de las de su representante en la Tierra, el Santo Padre de Roma. Tus jóvenes caballeros han de aprender a obedecer, oh, rey, a obedecer a la Iglesia de Roma y también a tu ley, por supuesto, que por otra parte en el nombre de Jesús nuestro Señor y de...

—De acuerdo —lo interrumpió Turpín—, iré a decírselo.

Carlomagno alzó la mirada. Styrmí acabó su perorata con expresión ofendida.

Piligrim negó con la cabeza.

—Seré yo quien se lo dirá. Lo conozco desde hace más tiempo que tú.

La objeción parecía natural y en absoluto el resultado del rápido intercambio de miradas anterior.

—Bien, pero yo puedo proporcionarle consuelo espiritual si se pone demasiado nervioso —declaró Turpín.

Presas de la indignación, la respiración de Styrmí se agitó. Piligrim simuló reflexionar y preguntó:

—Pero ¿qué harás si se pone tan nervioso que desenvaina la espada?

—Pues le romperé los dientes de un puñetazo. No sería la primera vez.

—Tus palabras resultan chocantes, venerable padre —dijo Piligrim en tono divertido.

Entonces Carlomagno se puso bruscamente de pie.

—¿Qué estáis cotorreando? —soltó—. En caso de que alguien se dirija a Gerbert para decirle que esta noche he confiado la tarea de escanciadoreal a Puvis, su hermano menor, ese seré yo. Y no se hable más.

—Como quieras, señor —dijeron Turpín y Piligrim al unísono.

—Oh, rey —dijo Styrmí—, creí haberte dejado claro que no es bueno que cedas a los caprichos del joven Roldán, y menos cuando se trata de un truco mediante el cual pretende anular la justa victoria de su adversario en la competición...

—Creí haber oído que el rey... —empezó Turpín.

—... dijo «y no se hable más» con toda claridad —completó Piligrim.

La mirada de Carlomagno osciló entre sus dos paladines y una débil sonrisa le cruzó el rostro.

—¿Qué pasa? ¿Acaso ambos opináis lo mismo que Styrmí, que no debería haber cedido al pedido de Roldán?

—¿Qué? ¿Porque ha hecho que Puvis quede como un tonto? Uno aprende a partir de experiencias así, señor —dijo Piligrim—. Además, incluso evitó que Puvis se desprestigie porque logró que se retirara por su propia voluntad a fin de no poner en peligro la tarea de esta noche. Si deniegas el deseo de Roldán, ambos perderán prestigio, tanto Roldán como Puvis. Y piensa en Gerbert: ¿cómo quedará si el hermano de un paladín es considerado un fracasado?

—¡El muy bribón prácticamente me obliga a ceder! —exclamó Carlomagno, pero más que indignación, su tono expresaba diversión.

—Piligrim tiene razón —dijo Turpín—. Puvis debería haber reflexionado antes de desafiar a Roldán. Su vergüenza también es la de su hermano, ahorrémosela a todos los involucrados.

—¡No fue una auténtica competición, oh, rey! —declaró Styrmí.

—También es una competición cuando el espíritu más ágil triunfa sobre el más torpe —dijo Turpín.

—Basta ya —zanjó Carlomagno—. Esta noche Puvis me escanciará el vino. Y le explicaré lo sucedido a Gerbert para que no crea que nadie pretende herir su honor.

Entonces, una vez tomada la decisión, Styrmí demostró que podía ser muy ágil cuando parecía aconsejable.

—Se trata precisamente del honor de los paladines, oh, rey —dijo—. ¿Has reflexionado sobre aquello que te aconsejé?

Turpín aguzó el oído. ¿Qué sugerencia podría haberle hecho al rey el abad benedictino, esa vieja serpiente, con respecto a los paladines?

—Sí —contestó Carlomagno—, pero aún no he llegado a ninguna decisión.

—Sería importante que la tomaras antes de la futura asamblea del reino, oh, rey. ¡Ten en cuenta el simbolismo de la cifra!

—¿A qué simbolismo te refieres? —preguntó Turpín, desconfiado.

—A la cifra de los paladines —dijo Styrmí en tono autocomplaciente.

—Somos nueve —dijo Piligrim—. Es una cifra antigua y sagrada.

—Es una vieja cifra sagrada —destacó Styrmí—. Sin embargo, existen mejores cifras sagradas desde que Jesucristo nuestro Señor llegó al mundo.

Turpín y Piligrim intercambiaron una mirada. Turpín empezó a sospechar algo, pero antes de que pudiera manifestarlo, Carlomagno dijo:

—Styrmí desea que aumente la cifra de los paladines hasta doce.

—¿¡Doce!?! —repitió Piligrim.

—Eran doce los apóstoles que siguieron al Señor —le recordó Styrmí—. Al Señor Jesucristo, que nos trajo la salvación y se la ha traspasado al rey para que todos lo sigan.

—Ignoro qué inconveniente supone la cifra nueve —protestó Piligrim—. Pero tuya es la decisión, señor...

—Que no tomaría antes de pedirte opinión a todos, amigo mío.

—Doce paladines que siguen al rey como los discípulos al Redentor —dijo Turpín lentamente—. Y que serán presentados por primera vez durante la asamblea del reino... durante la asamblea cuyo fin consiste en asegurar la victoria sobre los sajones y al mismo tiempo demostrarles a los sarracenos el poderío del reino franco. Comprendo... Pero, señor, piensa en lo siguiente: el doce es el símbolo del poder de Jesucristo, no del de Carlomagno. Es el símbolo del poder de la Iglesia. ¡Si incorporas doce paladines a la asamblea del reino, no solo tendrás la corona de los francos en la cabeza, también tendrás sentado al Papa en los hombros!

Carlomagno observó a Turpín con expresión pensativa. Después carraspeó.

Styrmi sonrió.

—¿Es que existe un mejor símbolo del poder del rey de todos los francos? —repuso—. ¡El poderío de Carlomagno conlleva la santidad del Papa!

—Styrmi —dijo Turpín en tono malévolo—, ha pasado bastante tiempo desde que te encaramaste a una silla de montar por última vez, pero has comprendido que quien decide en qué dirección avanzar es el que ocupa la silla, ¿verdad?

—Todos somos criaturas en el plan divino.

A Turpín le hervía la sangre.

—En el plan divino, pero no en el plan de un patricio romano ávido de poder, que es el mayor estercolero de la Tierra...

—Haya paz —terció el rey en tono duro—. Acabo de decir que todavía no he tomado una decisión.

—Respecto a aquello de lo cual hablamos con anterioridad, mi proposición adquiere más peso —dijo Styrmi.

Los otros tres le lanzaron una mirada sorprendida.

Styrmi volvió a sonreír.

—Tu propio sobrino, oh, rey, no deja de meterse en problemas porque los demás guerreros siempre lo están desafiando. Cuando sale victorioso genera discordia; cuando resulta derrotado causa vergüenza. Nombra paladín a Roldán, oh, rey, y pondrás fin a los desafíos.

Turpín se quedó boquiabierto. Era una idea astuta y pragmática; al parecer, había menospreciado a esa vieja lagartija. Y entonces Styrmi añadió otra sugerencia.

—Además de Roldán, propongo que nombres paladines a Otker de Aregaua y Beggo de Septimania, oh, rey. En Argovia sus súbditos se han sublevado y nombrando a Otker como uno de tus paladines los sujetarías a tu trono. Y Septimania linda con el ducado de los gascones, de cuya lealtad no puedes estar del todo seguro. Si el dux de Septimania fuese un paladín, los gascones demostrarían bastante más temor ante ti.

—Te lo has pensado muy bien, ¿verdad? —espetó Turpín.

—¿Acaso tienes algo que objetar, Turpín? —preguntó Carlomagno—. ¿Y tú, Pilgrim? ¿Hay algo que objetar a esos hombres? ¿Consideras que serían dignos de

vuestro círculo?

—¡No hay nada que objetar! —replicó Turpín y apretó los labios. ¡Styrmi lo había embaucado, ese viejo reptil!—. Contar con Otker y Beggo supondría un orgullo y cada uno de nosotros diría lo mismo. Son guerreros valientes, nobles, leales e infunden temor. ¡De haber hecho nosotros la sugerencia habríamos nombrado a los mismos! Pero no comprendo por qué la cifra nueve de pronto tiene menos valor...

—Aún no has dicho nada acerca del sobrino de nuestro rey, reverendo padre —insistió Styrmi, simulando inocencia.

Turpín mostró los dientes, al tiempo que una maliciosa sonrisa cruzaba la cara de Styrmi.

—Roldán... —empezó Turpín en tono dubitativo, pero no logró contenerse y exclamó—: ¡Roldán es el mejor de tus guerreros, señor, incluido nosotros nueve, pero para él la victoria es demasiado importante, lo que más teme es una derrota! ¡Si a la larga quiere salir victorioso, un guerrero debe acostumbrarse al sabor de la derrota! No existe victoria sin derrota. Un guerrero no puede tomar una decisión si el temor a tomar la equivocada le resulta insuperable.

—¿Piensas que aún tardará un par de años en madurar, Turpín? —preguntó Carlomagno.

—Con tu permiso, señor, creo que nunca alcanzará dicha madurez. Para alcanzarla, su infancia debería haber sido distinta. Tu hermana, señor, impidió que el muchacho adquiriera grandeza.

—¡Cuánta sinceridad, querido amigo!

—Lo dicho: un guerrero tampoco puede hablar si siempre teme cometer un error. Carlomagno sonrió.

—A lo mejor, el amor y la determinación de una mujer harían que emprendiera el camino correcto...

—¿Acaso quieres casar al muchacho, señor? —preguntó Pilgrim, trasluciendo disgusto.

Pilgrim era el único hombre conocido por Turpín a quien ni la enfermedad o el ataque, ni las fiebres infantiles o alguna otra catástrofe habían logrado apartarlo de su esposa. La mujer con quien se había casado (hacía mil años, al parecer) todavía estaba a su lado y Pilgrim no se cansaba de lamentarse de su destino en el círculo íntimo de los paladines. No obstante, era obvio que en realidad la apreciaba; el único problema consistía en que ella conocía todos sus caprichos, sus excusas y manías tan bien como él y que además no se dejaba impresionar por el hecho de que él formara parte de los paladines. La largamente compartida intimidad impedía que Pilgrim pudiera darse aires, y ¿a qué hombre no le gustaba darse aires cuando quería impresionar a su mujer, incluso cuando era la mujer con la cual se acostaba por las noches hacía decenios?

—¿A quién has elegido para él? —preguntó Turpín.

—A la señora de Roncesvalles —soltó Styrmi antes de que el rey pudiera

contestar.

Turpín creyó haber entendido mal.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz entrecortada.

Carlomagno hizo un gesto afirmativo.

—Styrmi me lo aconsejó y considero que es una buena idea.

Turpín se dio cuenta de que Styrmi debía de haber estado más tiempo a solas con el rey de lo que pensaba. Quiso volver a enfadarse, pero en vez de ira de pronto lo invadió la tristeza. Los tiempos habían cambiado, Carlomagno había cambiado: el Papa y toda la Iglesia romana ya estaban sentados en sus hombros.

—¿Y la neutralidad del castillo, que garantiza que el paso permanezca abierto? —intervino Piligrim—. ¿Qué pasa con eso? ¿Acaso no has dicho siempre que solo dicha neutralidad mantiene la paz entre los sarracenos y nosotros?

—No existe la paz entre paganos y cristianos —repuso Styrmi en tono duro—. Y ahora están débiles porque andan desavenidos.

—Así que tras los paganos sajones les toca el turno a los paganos sarracenos, ¿verdad? —preguntó Turpín en tono amargo.

—Ampliar el reino siempre fue nuestra meta —dijo Carlomagno en voz baja—. ¿Acaso has dejado de apoyar esa meta, Turpín?

—Claro que sigo apoyándola, pero... es... —balbuceó Turpín, cogido a contrapié—. Es... —¿Cómo decirle al rey que no era lo mismo que los guerreros francos ampliaran sus fronteras por ser un pueblo joven y valiente con fuerza suficiente para hacerlo, que lo hicieran para favorecer la grandeza y la influencia de otro, a saber la del Papa? Carlomagno contestaría que su intención no era aumentar la grandeza del Papa sino la de Jesucristo, y eso no admitía réplica, sobre todo para un creyente. Turpín bajó la cabeza—. Siempre te apoyaré, señor —murmuró.

—Temo que si no tomo esa medida, la tomará otro —dijo Carlomagno—. O los sarracenos durante una campaña militar en las montañas o bien los gascones en el transcurso de la próxima rebelión, que solo será cuestión de tiempo. Un rey franco no puede aceptar ninguna de esas dos opciones. Además, también se trata del destino de mi ahijada Arima Garcez. No quiero que acabe en el harén del emir de Qurtuba ni en la cama del dux Lope de Gascuña o de uno de sus hijos.

Piligrim hizo una mueca.

—¡El dux es el tío de Arima! —se escandalizó.

—Lope es un hombre de antiguas tradiciones —dijo Carlomagno—. Para él, el incesto entre parientes es algo normal, pero manda ahorcar a las mujeres infieles.

—¡Ambos suponen un horror y un tufo para el Señor! —sermoneó Styrmi con expresión seria—. ¡Hay que excomulgar al incestuoso y matar a la mujer infiel!

—El Papa y Lope se entenderían a las mil maravillas —gruñó Turpín, pero solo Piligrim lo oyó.

—Si das ese paso, habrá guerra —dijo Piligrim en voz alta.

—¡Y supondrá una nueva y espléndida victoria para la vera fe y para el rey

Carlomagno, elegido de Dios! —exclamó Styrmi, excitado.

—¿Cuándo piensas dar a conocer la noticia? —preguntó Turpín.

—Durante la asamblea del reino, ante todos los nobles y los huéspedes — proclamó Styrmi.

Carlomagno se encogió de hombros.

—¿Se te ocurre una oportunidad mejor?

—¿Y qué pasa con la delegación del valí de Medina Barshaluna? Los sarracenos se sentirán burlados; acuden convencidos de que firmarán una alianza contigo contra Abderramán, el emir de Qurtuba, que amenaza tanto a los principados hispanos del norte como a tu reino... —objetó Turpín.

Ante la mención del emir de Qurtuba el rostro de Carlomagno se ensombreció. Abderramán era quien ejercía el mayor poder en Al Andalus. De momento, solo se había producido un único encuentro entre el emir y el reino franco, hacía más de una docena de años, y se había caracterizado por la perfidia, la traición y el derramamiento de sangre, que incluso había afectado a la familia del rey.

—Y en cambio ofendes a los sarracenos destruyendo la neutralidad de Roncesvalles —añadió Turpín.

—Es de justicia que los sarracenos experimenten el poderío del rey de los francos en su misma presencia —dijo Styrmi—. Ello también enseñará a los últimos rebeldes y paganos sajones que solo les queda un camino: someterse al rey.

—¡Lo que sería de justicia es que cerraras el pico de una vez y dejaras hablar al rey! —espetó Turpín.

Los ojos de Styrmi brillaron de ira.

Carlomagno le lanzó una sonrisa conciliadora.

—Styrmi se limita a manifestar mis propias ideas, mi querido Turpín.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Turpín tras unos instantes de silencio.

—Ahora —dijo Carlomagno—, quisiera pedirlos que informéis a vuestros hermanos la decisión tomada aquí.

Turpín asintió con aire resignado. Por más que ellos también sintieran que formaban parte de la élite de Carlomagno y por más que todos los respetaran, en última instancia los paladines eran tan súbditos del rey como los demás. El rey ordenaba y ellos obedecían. Claro que podrían haberse rebelado contra él, pero su lealtad era uno de los pilares del reino franco. Si estos se tambaleaban, todo el reino se tambalearía. Y por otra parte, la existencia del reino era una de las bases de su credo. Eran prisioneros de su propio supuesto y su juramento. Solo que hasta ese momento Carlomagno nunca se lo había hecho notar.

—Y decidle a Gerbert que venga a verme —añadió el rey, suspirando.

—¿Y qué pasa con Ganelón de Ponthieu? —preguntó Pilgrim—. ¿Cómo quieres que le comuniquemos tus planes?

—Ganelón ya está al tanto. Hablé con él antes de que cabalgara hasta Roncesvalles.

—¿Solo con él? ¿Sin incluirnos a los demás?

—En ese momento todos vosotros aún viajabais hacia aquí —dijo Carlomagno en tono suave—. Ganelón ya se encontraba en Patris Brunna y su misión no podía esperar.

—¿Qué dijo Ganelón? A fin de cuentas es el padrastro de Roldán.

—Sabes tan bien como yo, Turpín, que ambos solo se relacionan a regañadientes. A Ganelón le resulta indiferente con quién se case Roldán.

—Me refiero al ascenso de Roldán al círculo de los paladines.

Carlomagno carraspeó.

—Ganelón aún no sabe nada al respecto.

Cuando Turpín y Piligrim abandonaron la sala y recorrían la obra en construcción —lentamente, en consideración a la cojera de Piligrim— los paladines guardaron silencio. Por fin, Turpín suspiró.

—Todavía no hemos sometido a los sajones por completo y ya iniciamos una pelea con los siguientes adversarios; hay algunos señores de la guerra sajones que solo están esperando que bajemos la guardia: Widukind de Westfalia, Bruno de Angrivaria, Scurfa de Wigmodia...

—Y el juramento de lealtad prestado al rey por el *heritogo* Hessi tampoco tiene mucho valor; al menos las otras hordas sajones no se sentirán obligadas por ello. Aunque Hessi es el más poderoso de los cabecillas sajones y también ha obtenido el apoyo de numerosos nobles en el *Thing*, en el que abogó por el sometimiento a Carlomagno, ya sabes cómo son los sajones. Todos los *heritogo*, todas las hordas y tribus hacen lo que les viene en gana. ¿Recuerdas el pequeño grupo de campesinos libres que siguieron luchando cuando ocupamos Eresburg pese a que los otros sajones ya se habían entregado?

—Por eso acabamos por derrotarlos: porque no disponían de una dirección central en la guerra.

—Sí, eso supuso nuestra ventaja —dijo Piligrim.

—Y ahora puede convertirse en nuestra desventaja. Si los demás sajones descubren que hombres como Widukind o Scurfa pueden humillarnos, se rebelarán y dará igual lo que digan los nobles señores de la guerra. Entonces toda la sangre derramada en los dos últimos años habrá sido en vano y, si la suerte no nos acompaña, el reino volverá a perder Sajonia. No creo que enfrentarse a los sarracenos sea una buena idea mientras no podamos confiar en los sajones.

—¿Acaso estás envejeciendo, Turpín? —preguntó Piligrim en tono burlón.

—¿Envejeciendo? No, pero estoy cansado. A veces imagino qué ocurriría si llegara un llamado a las armas y yo no lograra recordar dónde dejé la espada porque ha pasado mucho tiempo desde que la blandí por última vez. Y entonces se me escapa una sonrisa.

Su acompañante asintió con la cabeza. Ambos volvieron a callar, hasta que de pronto Piligrim dijo:

—Le pediré a Carlomagno que me exima del honor de pertenecer a los paladines. Turpín se detuvo como si hubiera chocado contra una pared.

—¿Qué has dicho? —preguntó estupefacto.

Piligrim le apoyó una mano en el brazo.

—Mírame, Turpín —dijo—. Puede que estés cansado, pero yo me he vuelto viejo de verdad, soy el mayor de los paladines. Las piernas ya no me responden. Cojeo. Y sabes tan bien como yo que el joven Roldán necesita alguien a su lado que modere su impulso permanente de demostrar su valía. Necesita un amigo que le guarde las espaldas, uno en quien confíe... de lo contrario, puede que las competiciones empiecen a producirse entre los paladines. Y Roldán solo tiene un único amigo.

—¿Acaso quieres decir que...?

—Sí, le pediré al rey que ascienda a Remi al círculo de los paladines en mi lugar; Carlomagno no podrá negarse a mi petición aduciendo que Remi es demasiado joven, porque en ese caso tampoco podría nombrar paladín a Roldán. Y en cuanto a su fuerza en el combate, todos saben que Remi la posee en mayor medida que Otker y Beggo.

Turpín sonrió.

—Eres un viejo zorro, Piligrim de Vienne —dijo—, y que conste que lo considero un cumplido. Te retiras del augusto círculo y al mismo tiempo nos envías a tu hijo menor a fin de seguir ejerciendo tu influencia.

—El que me importa es Roldán —dijo Piligrim—. Sabes que desde entonces mantengo un vínculo especial con él y su familia. Y también se trata de mí, querido amigo. Hace tiempo que noto los cambios en los huesos y hoy se han vuelto manifiestos. Este ya no es el reino franco que ayudamos a edificar, Turpín, Carlomagno ya no es el que era. En vez de sentarse en torno a la hoguera y escuchar las historias de los narradores, está sentado en la capilla, rezando. Y en vez de pedirnos consejo habla con los sacerdotes y actúa según sus pareceres. ¿Acaso recuerdas una oportunidad en la que un rey franco solo pusiera al corriente de sus planes a uno de sus paladines y dejara a los demás a oscuras? ¿Y que también hiciera un juego doble con ese único paladín? El concepto de los paladines es cosa del pasado, Turpín. Si nos rebelamos contra las decisiones de Carlomagno romperemos nuestro juramento y ya no merecemos ser llamados paladines; si las obedecemos, en realidad obedecemos a las intrigas de Styrmí y tampoco merecemos ser considerados paladines.

—Sin ti ya no será lo mismo —dijo Turpín con un nudo en la garganta y presa de la consternación, pues sabía que todo lo dicho por el viejo guerrero era verdad.

—Hace mucho tiempo que ha dejado de ser lo mismo. Solo que hasta ahora no hemos querido admitirlo.

En el gran salón, Carlomagno contemplaba su trono con expresión pensativa.

Styrmi también se había retirado y, aparte de algún miembro de la servidumbre que atravesaba silenciosamente el recinto, el rey estaba solo. Lentamente subió los seis peldaños; su número también suponía un símbolo: el seis era la cifra del círculo. Si uno inscribía un hexágono en un círculo, la longitud de cada lado del hexágono era igual a la del radio del círculo; era la cifra que representaba la rueda de la fortuna. En torno a un círculo uno podía dibujar seis círculos más pequeños todos del mismo tamaño. Y era la cifra a la que conducían las tres primeras: el uno, el dos y el tres, daba igual que uno las multiplicara o las sumara. El seis era la cifra a la que todo aflucía y que no tenía fin, igual que un círculo. El seis era la cifra de la monarquía: un reino sin fin.

Los antepasados de Carlomagno habían realizado la tarea previa, pero en realidad el reino franco había empezado con él. Él era el principio y su tarea consistía en encargarse de que no tuviera fin, y por eso se había aliado con el único poder del mundo que también pretendía conservar su vigencia por toda la eternidad: el papado.

Tomó asiento y solo entonces alzó la mirada. Ante el trono se encontraba una figura alta y delgada que llevaba un atuendo largo hasta el suelo. Debía de haber entrado sin hacer ruido. Carlomagno inspiró hondo.

—Supongo que lo has oído todo, ¿no? —dijo.

—No me prohibiste que aguardara junto a la puerta y aguzara los oídos.

—Porque creí que la dignidad natural de la hermana del rey te lo impediría.

—La dignidad de la hermana de un rey tiene límites cuando este se llama Carlos y solo abusa de su familia para sus propios fines.

Irritado, Carlomagno hizo un gesto de negación.

—Eso es ridículo, Bertha —gruñó—. Y lo sabes tan bien como yo. Nunca he...

—Me quitaste a mi marido, Carlos —replicó Bertha de Laon.

—Todavía lo lamento mucho por Milan, pero los guerreros caen en combate. Te he dado un nuevo marido, uno que forma parte de los dignatarios más importantes de mi reino.

—¡Milan era el hermano de Ganelón! ¡Solo te atuviste a las tradiciones y te encargaste de que todo quedara en familia!

El desprecio que, tras más de diez años de matrimonio, Bertha seguía albergando por Ganelón de Ponthieu, su antiguo cuñado y actual esposo, desconcertaba y enfadaba a Carlomagno. A veces se preguntaba si el hecho de que Bertha y Ganelón no tuvieran hijos propios solo se debía a que Bertha jamás había consentido que su esposo compartiera el lecho con ella. Seguramente hacía tiempo que la corte cotilleaba al respecto, pero Ganelón era el cuñado de Carlomagno y un paladín, e incluso el peor de los difamadores evitaría que una chanza sobre semejante hombre se volviera pública. No obstante, al igual que el rey, Ganelón debía de barruntar que se burlaban de él a escondidas. ¿Cómo se sentiría siendo consciente de ello? A diferencia de los hombres como Turpín o Piligrim, Ganelón no era de los que llevan el corazón al descubierto. El hombre al que había convertido en su cuñado con la

mejor de las intenciones le resultaba indescifrable.

—Ganelón es un paladín —dijo en tono brusco.

—El único con el que ni siquiera te tomas la molestia de aguardar a que manifieste su opinión acerca de un asunto que concierne a su hijastro.

—Envié a Ganelón a cumplir con la más importante de las misiones...

—¡Eso es lo mismo que antaño le dijiste a Milan!

—¡Y se correspondía con los hechos!

Bertha de Laon soltó un bufido y le lanzó una mirada rebotante de odio.

—Y ahora también quieres quitarme lo único que me queda: mi hijo Roldán.

—¡De ninguna manera, Bertha! ¿Es que no comprendes el honor que...?

—Es el mismo honor que también le concediste a un hombre como Piligrim. ¡Y su único logro fue sobrevivir, mientras que mi esposo Milan y los demás fueron masacrados!

—No puedes seguir reprochándole a Piligrim que en aquel entonces no perdiera la vida. ¡No dejó a Milan en la estacada! Al contrario, siguiendo las órdenes de Milan cabalgó de regreso solo, para darte la noticia de que...

—¡No aborrezco a Piligrim porque sobrevivió sino porque Milan no sobrevivió!

—Pues aborrece a tu esposo muerto —dijo Carlomagno disgustado—. ¿Por qué no regresó a caballo él mismo, evitando así la catástrofe?

—¡Porque tú lo convertiste en el cabecilla! —espetó su hermana—. ¡Porque debido al juramento de lealtad que te prestó y por el amor que te profesaba estaba completamente obnubilado! ¡Y con Roldán harás lo mismo! ¡Me quitas todo lo que llevo en el corazón!

—No puedo quitarte el amor de tu hijo, Bertha. Nunca lo tuviste.

La hermana de Carlomagno se tambaleó con el rostro anegado en lágrimas. El rey suspiró y meneó la cabeza, entristecido por haberse dejado arrastrar por el enfado y pronunciar esas palabras, por más ciertas que fueran.

—Lo mantuviste a distancia toda su vida —dijo con suavidad—. Comprendo por qué lo hiciste: no querías volver a experimentar el mismo dolor si algún día te lo quitaran. Pero precisamente por eso lo perdiste, Bertha. Tal vez aún no sea demasiado tarde, habla con Roldán mientras todavía puedas. Pronto será un hombre casado y un paladín y entonces solo pisará tu casa como huésped, ya no como tu hijo. Habla con él; y no creas que no comprendo tu dolor...

—¡No comprendes nada —gritó ella—, absolutamente nada! Todos nosotros solo somos piezas en tu tablero. ¡Piezas, Carlos, piezas! ¡Y la más dura de ellas es la pieza en que dejaste que se convirtiera tu corazón!

EL PASO DE IBAÑETA



Dos días después del banquete en el castillo de Roncesvalles, el grupo de viajeros encabezados por Ganelón emprendió la partida. Arima, contra su voluntad y furiosa, formaba parte del grupo.

Tras el primer día de viaje, el grupo a duras penas logró alcanzar el extremo norte del paso y montaron el campamento a un lado del camino. En la tienda que habían dispuesto para ella, Arima se sintió invadida por la cólera y la decepción. Los latidos de su corazón se aceleraron tanto que casi no podía respirar. Durante unos instantes clavó la mirada en el mobiliario de la tienda: los arcones que servían de asiento, las lámparas de aceite que la iluminaban, las alfombras que cubrían el suelo, el camastro que consistía en unas mantas y un montón de hierba recién cortada situado en un rincón, detrás de una cortina... Entonces se abalanzó sobre los arcones, arrancó las alfombras, deshizo el camastro a puntapiés, arrancó una de las lámparas de aceite de su cadena y la arrojó al otro extremo de la tienda, aporreó las mantas sujetadas con cuerdas y maldijo como la hija de un herrero que acaba de descubrir a su amado en brazos de una moza de cuadra. Asustada, su doncella se refugió en el rincón más alejado de la improvisada morada. El ataque de ira de Arima duró hasta que nada quedó en su sitio original; y puede que también hubiese abierto los arcones y arrojado y pisoteado su contenido si su mirada no se hubiera topado con el rostro espantado de la doncella. Arima bajó los brazos, se volvió y se dejó caer pesadamente sobre un arcón.

Pero su cólera aún no se había disipado. Al poco se puso de pie y abandonó la tienda. A unos pasos de distancia dos guerreros francos montaban guardia de espaldas a la tienda, pero Arima se dio cuenta de que debían de haber oído sus gritos. Carraspeó avergonzada e inspiró hondo el fresco aire nocturno. Desde la parte central del campamento llegaba el aroma a carne asada y cocida y a papilla especiada de cereales. El resplandor de las hogueras donde preparaban la comida y las encendidas por los guardias bañaba islotes aislados con una luz dorada y sumía otras en sombras azules oscuras. Arima oyó el tintineo apagado de las copas de arcilla entrechocando y dirigió la mirada hacia allí. Vio una figura espigada recortada contra las llamas y se avergonzó aún más al descubrir que se trataba de Afdza Asdaq, quien se encontraba tan próximo a su tienda que debía de haber oído cada una de sus maldiciones.

—¿Señora? —dijo Afdza.

—¿Qué pasa? —soltó Arima, nuevamente furibunda al oír el tono irónico del sarraceno.

Afdza salió de las sombras y se acercó; llevaba una bandeja de plata que, a juzgar por su rica ornamentación, debía de pertenecer a los enseres de la delegación

sarracena. Una copa y una jarra reposaban en la bandeja y, cuando Afdza se aproximó y ella percibió el aroma de la bebida, soltaron un suave tintineo.

—¿Es aguamiel? —preguntó.

Afdza asintió.

—Que yo sepa —dijo—, entre vosotros un joven suele escanciarle aguamiel a su prometida para apaciguar su ira. ¿Cómo se denomina eso? ¿Un sacrificio para apaciguarla?

—¿Acaso pretendes manifestar que me consideras tu prometida? ¿O bien que me tomas por una furia a la que hay que ofrecer sacrificios? ¡Ambas cosas supondrían una ofensa!

—No tenía intención de ofenderte. Si me lo permites, me retiraré para que tampoco te ofenda mi presencia. Si puedo reparar mi grosera presencia de alguna manera, házmelo saber —añadió, y se alejó.

—No quise decir eso —gruñó Arima.

Afdza se detuvo en el acto y regresó.

—¿No? —preguntó, sonriendo de oreja a oreja—. Entonces ¿aceptarás la sencilla disculpa de un torpe al que no se le ocurrió nada mejor, señora?

—¡No acepto ninguna disculpa! Pero aceptaré el aguamiel.

Afdza inclinó la cabeza y le ofreció la bandeja. Ella cogió la copa y bebió. El aguamiel estaba mezclado con agua caliente de una fuente próxima que reducía el empalagoso dulzor y su regusto a hierbas apaciguó las oleadas de ira que aún agitaban su corazón. Él la contempló en silencio.

—¿Es normal que un hombre sirva a una mujer? —preguntó Arima en tono mordaz—. Creía que en vuestras tierras era a la inversa: que los hombres son los señores y las mujeres, las criadas...

—Una mujer jamás puede ser la criada de un hombre —declaró Afdza—. A más tardar, cuando el amor se apodera de él, ella se convierte en señora y él, en criado.

Arima se dio cuenta de que la conversación la había conducido a unas aguas turbulentas donde acechaban situaciones incómodas como riscos peligrosos. Y el modo casual en que Afdza había abordado el tema solo lo empeoraba. Bajó la mirada y contempló la copa sin saber qué decir. Luego le alcanzó la copa de aguamiel a Afdza.

El sarraceno bebió sin dejar de mirar a la joven, le devolvió la copa e hizo una reverencia.

—Me honras, señora.

Hubo una pausa. La ligera sonrisa que curvaba los labios de Afdza hizo que, una vez más, ella olvidara la cicatriz y el parche que le cubría el ojo. Arima trató de encontrar un tema de conversación; aún ignoraba qué puesto ocupaba él en la delegación, solo sabía que no era el jefe. Este era un hombre llamado Abu Taur bin Quasi, el valí de Wasqa, un estrecho aliado del valí Solimán ibn al Arabi; sin embargo, también Abu Taur daba un paso a un lado cuando Afdza se acercaba, por lo

que Arima había empezado a preguntarse si Solimán también contaba con algo similar a los paladines... y si Afdza sería un paladín sarraceno. Pero que no se sintiera impulsada a regresar a su tienda seguramente no se debía a que quisiera averiguar algo más acerca del puesto ocupado por Afdza, sino a que su proximidad la tranquilizaba más de lo que la confundía.

El sarraceno la liberó de su incomodidad diciendo:

—Me sorprende lo bueno que es el camino que hemos recorrido, y si afirmo que es perfectamente comparable con los grandes caminos de mi tierra lo digo como cumplido.

—Sí. Los reyes francos adjudican un gran valor a consolidar los caminos principales. Por ley, los caminos reales (que además de los comerciantes también recorren los soberanos) han de estar libres de maleza y permitir el paso de una lanza en posición horizontal, y deben ser reparados si la lluvia arrastra la tierra. Los *comes* y los abades a través de cuyas comarcas discurren los caminos reales han de hacerse cargo de ello, y allí donde el bosque es demasiado espeso incluso hay señales indicadoras.

—Estoy impresionado. ¿Y todo eso solo debido al comercio?

Arima le lanzó una mirada.

—No deberíamos hablar como niños que se cuentan historias de hadas. Todo eso también sirve para que los ejércitos avancen con mayor rapidez. Fue así en la época romana, es así bajo los francos y también entre los sarracenos, si no me equivoco.

—Desde luego, señora —dijo Afdza, haciendo una reverencia.

—Y eso hace innecesario montar un campamento nocturno como este —dijo Arima, echando un vistazo al improvisado campamento—. Sin embargo, hemos avanzado más lentamente de lo normal. —«Y eso no solo se debe a que, por culpa del enfado, retrasé el viaje cuanto pude», pensó. Y prosiguió—: En general, a lo largo de los grandes caminos hay apeaderos alcanzables en un día de marcha: o castillos, conventos o albergues administrados por los correspondientes *comes*. Como paladín y mensajero del rey, Ganelón porta una *tractoria*, una...

—... una carta del rey que le asegura alojamiento y comida gratuita a su portador y al grupo de viajeros que lo acompañan —dijo Afdza—. Nosotros también disponemos de algo parecido. Con respecto a la organización de sus tierras, los francos y los sarracenos son bastante similares y eso nos convierte en amigos naturales, ¿no?

—En cuanto a ese asunto, tampoco hemos de ser tan ingenuos como para negar que muchos opinan que justamente ese parecido nos convierte en enemigos.

—Cuando me encuentre ante ti, señora, quisiera considerar a todos los francos como hermanos.

Arima volvió a carraspear. Afdza cogió la jarra y le sirvió más aguamiel. Ella bebió, entre otras cosas para disimular su silencio. La amabilidad del sarraceno era tan directa como elegante. Un franco que procurara indicarle a una mujer que sentía

algo por ella primero recurría a símbolos mudos, en general regalos valiosos: ropas, joyas, piedras preciosas, dinero... Solo la cortejaba con palabras cuando estaba seguro de que no sería rechazado y los padres de la muchacha tampoco pondrían objeciones. Entonces su lenguaje era sumamente sincero y directo y ello suponía que careciera de elegancia. Alguien como Afdza, cuyas palabras expresaban el interés que sentía por Arima y que sin embargo no albergaban nada obsceno, le suponían una experiencia desconocida y una enorme confusión.

—¿Y a todas las francas como hermanas? —preguntó, intentando una ironía.

—No todas —contestó él con una sonrisa—, y no como hermanas.

—¿Sino como qué?

La sonrisa de Afdza se volvió aún más amable, pero no respondió. Desvió la mirada y Arima se percató de que su doncella se había aproximado.

—He vuelto a poner orden, señora —susurró la muchacha y se apresuró a regresar a la tienda.

Arima asintió con la cabeza e hizo un gesto torpe.

—¿Hace un momento... notaste que yo...?

—¿Quieres contarme el motivo de tu pena, señora?

«¡Nunca!», pensó ella. La delegación sarracena no debía averiguar que existía un conflicto del lado franco; los diplomáticos solían aprovechar cualquier discordia entre los miembros del otro bando. Por otra parte, era probable que medio campamento se hubiese enterado de su ataque de ira. Mientras reflexionaba al respecto ya había comenzado a abrirle su corazón a Afdza y, desconcertada, se oyó decir:

—En la mañana posterior a vuestra llegada, Ganelón de Ponthieu me informó que debía viajar a Patris Brunna para ver a Carlomagno. Que el rey en persona lo había ordenado porque deseaba mi presencia en la asamblea del reino. Y que solo disponía de un día y una noche para preparar el viaje. Eso fue todo lo que me dijo, pues no tenía por qué darme más explicaciones. ¡Ni veinte palabras explicando por qué debía abandonar mi hogar durante meses!

—¿Te sientes humillada?

—Carlomagno es el rey de los francos. Cumplir sus órdenes nunca supone una humillación; además soy su ahijada, debo serle leal y lo hago con gusto. Y Ganelón es uno de sus paladines y alguien como él ni siquiera necesita apoyarse en el deseo del rey para impartir órdenes.

—Entonces, ¿temes por la seguridad de Roncesvalles?

—No, tampoco es eso. Mis guerreros son perfectamente capaces de defender el castillo sin mi presencia. Además, Ganelón dejó en el castillo una partida de hombres que lo acompañaron desde Patris Brunna, y los guerreros escogidos por un paladín valen tanto como tres soldados normales juntos.

—¿Y entonces a qué se debe tu cólera, señora?

—A que... —empezó, tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero ya no pudo contenerse—. Por supuesto que estoy furiosa de que Carlomagno me mande

llamar tan apresuradamente, si bien es como un segundo padre para mí. —Apretó los puños—. Y desde luego que temo por Roncesvalles y...

—... y en última instancia estás furiosa porque Ganelón no te dijo por qué Carlomagno te manda llamar a Patris Brunna.

Arima le lanzó una mirada desconfiada.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú misma lo has dicho: «y que encima no tenía por qué darme explicaciones»...

—Es verdad. Ni siquiera sé lo que me espera en Patris Brunna, pero estoy segura de que Ganelón conoce el motivo, solo que se niega a decírmelo. ¿A qué viene todo ese secretismo? ¡Si guardara relación con la ubicación estratégica del castillo de Roncesvalles, entonces la señora de Roncesvalles debería ser la primera en saberlo! Pero Ganelón calla, ni siquiera sé si le agrada que yo forme parte de su grupo de viajeros.

Afdza se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo sé, señora —dijo, y cogió la copa vacía para depositarla en la bandeja—. Solo sé que desearía que los caminos del reino de los francos no estuvieran en tan buen estado, porque en ese caso el viaje sería más largo.

Una vez más, Arima no supo qué decir. Afdza hizo una reverencia y se marchó.

La joven regresó a la tienda, donde, aparte del olor del aceite derramado, ya no quedaban rastros de su ataque de ira, ya desvanecido. De pronto anheló haber encontrado las palabras adecuadas para decirle a Afdza que a ella también le gustaría que el viaje se prolongara.



Vagaba por la llanura. Era una llanura cubierta de hierba seca y amarillenta, mecida por el viento donde no estaba pisoteada. En lo alto el cielo era azul, un azul frío e infinito. Bajo un cielo como ese uno podía morir congelado y al mismo tiempo abrasado por el sol. Un trozo de cielo parecía haber caído a tierra, pero solo era un charco que lo reflejaba. Había sangre por todas partes, y parecía negra bajo el cielo azul y el deslumbrante sol. Los bultos inmóviles que cubrían la llanura eran cadáveres. El viento agitaba los jirones de los gallardetes y los mechones de pelo ensangrentados y deshacía la nube de polvo levantada en el horizonte por los jinetes que se aproximaban, implacables como un frente tormentoso.

Giró una vez sobre sí mismo, vio el viento jugueteando con la hierba y los jirones de tela pero no lo percibió. El sol lo deslumbraba, pero el frío no afectaba su cuerpo. Estaba allí y al mismo tiempo no estaba. Los que estaban allí eran los muertos, y él consideró que debería encontrarse entre ellos. Sospechó que si se acercaba y los contemplaba, todos los muertos tendrían su propio rostro. A veces cobraba suficiente

valor para acercarse y entonces su sospecha se confirmaba.

En esos casos, despertaba sobresaltado y gritando. El mensaje le resultaba muy claro, incluso después de despertar: lo que él denominaba su vida solo era tiempo prestado y un día tendría que devolverlo, y eso ocurriría cuando más lo lamentaría.

El sueño de la noche anterior suponía una novedad; en general, despertaba cuando los jinetes lo rodeaban y desenvainaban las espadas y él temía morir. Esa vez los jinetes aún no se habían acercado demasiado cuando notó una presencia a sus espaldas. Hasta entonces siempre estaba solo durante sus pesadillas nocturnas, solo consigo mismo, los muertos, los jinetes y el terror. La sorpresa había irrumpido en el sueño e hizo que tomara conciencia de que solo se trataba de una ficción y, sin transición, supo quién era, dónde estaba y que acababa de soñar.

Pensativo, clavó la mirada en la oscuridad; eso también era algo nuevo: ese despertar casi sereno, porque en general permanecía tendido en la cama, sudando y presa del espanto. Inspiró profundamente y espiró.

¿Por qué aquella pesadilla —una vieja conocida nada bienvenida— le había aportado algo nuevo esa vez? ¿Quién era la persona que apareció a sus espaldas?

De repente permanecer tendido en la cama le resultó insoportable. Se levantó, se cubrió la larga camisa con un manto y salió fuera. Percibió el olor del humo de las hogueras que se apagaban lentamente y el aroma fresco de la madrugada al pie de las montañas. Un guardia sentado junto a una hoguera lo saludó con la cabeza; en algún lugar entre las sombras que se extendían entre las tiendas se ocultaría un segundo guardia que intervendría si alguien intentara atacar y reducir al primero para irrumpir en la tienda. Él les había enseñado esa táctica a sus hombres. Las pesadillas recurrentes no eran necesarias para dejarle claro a Afdza Asdaq que la vida era algo que podían quitarle en cualquier momento y que el tiempo que a uno le quedaba en la Tierra en última instancia dependía de las medidas que uno tomara. Saludó al hombre sentado junto a los restos de la hoguera con la cabeza.

—*Sidi* —respondió el hombre y le devolvió el saludo.

Afdza arrojó una rama al fuego.

—Si aún no he vuelto cuando se haya quemado, ve a buscarme —dijo.

—¿Queréis que alguien os acompañe, *sidi*?

Sonriendo, Afdza negó con la cabeza.

—Como queráis, *sidi*.

El lugar donde habían montado el campamento se encontraba a cierta altura junto al paso. Afdza se encaramó a unas rocas que asomaban entre los árboles. El otero ofrecía una vista despejada de la comarca que se extendía hacia el norte y el este y que en ese momento empezaba a cobrar una forma borrosa y gris mientras amanecía. El cielo era casi tan claro como el del sueño de Afdza, solo que no era del mismo implacable color azul sino de un índigo más suave y aterciopelado que, hacia el este,

resplandecía en tonos pastel que se confundían entre sí como en el interior de una caracola. Allí y acullá todavía brillaban las últimas estrellas, intentando sujetar la noche. Ese era el reino de los francos: era la primera vez que Afdza lo contemplaba y le pareció apropiado verlo de esa guisa, surgiendo lentamente de la noche, brotando de la oscuridad hacia la luz irreal de un día que aún no había comenzado. No distinguía detalles, solo diversos matices de sombras. La comarca no parecía tener fin, no había una frontera visible entre el cielo y la tierra; el panorama era tan grandioso como solemne... y de pronto quiso conocerlo mejor. Si hubiera dirigido la mirada al sur, hacia Hispania, habría comparado la sensación con una repentina nostalgia, pero de momento no logró encasillarla: lo confundía y lo hechizaba en la misma medida.

Entonces notó la presencia de ella a sus espaldas y permaneció inmóvil, porque de pronto se dio cuenta de que experimentaba la misma sensación que en el sueño. Así pues, la persona cuya presencia había notado a sus espaldas había sido ella: Arima.

—Es maravilloso —dijo después de unos momentos—. La mañana es la parte más maravillosa del día.

—Eso solo se debe a que a esta hora tan temprana nadie ha tenido oportunidad de ensuciar el día con alguna tontería —respondió ella.

Afdza se volvió. Como él, Arima estaba envuelta en un manto. No resultaba difícil encaramarse a las rocas y desde el campamento eran perfectamente visibles, y él se preguntó si por eso ella había trepado hasta allí y, por tanto, su encuentro se debía a la pura casualidad, o si, por el contrario, lo había visto y seguido. Pero no osó preguntárselo.

Por fin, ella preguntó en voz baja:

—¿Permites que alguien más suba hasta aquí?

Afdza, que esperaba ver a Ganelón de Ponthieu y algunos de sus hombres, asintió y al punto notó una desilusión que él mismo se negó a admitir, al ver que la doncella de Arima y el hombre mayor que se encargaba de su caballo ascendían torpemente y se sentaban en una roca situada unos pasos más allá. Arima vaciló, luego tomó asiento junto a Afdza y dijo:

—Vosotros los hombres gozáis de una ventaja de la que no sois conscientes. Ojalá yo, como mujer, pudiera ir sola a cualquier parte.

—Nosotros los hombres —dijo Afdza—, a veces quisiéramos ir a alguna parte con cierta mujer muy precisa y no a solas.

Arima soltó un bufido.

—¿Por qué no dejas de abochornarme?

—Perd...

—No, no te perdono, a menos que te limites a callar durante unos momentos.

Afdza ladeó la cabeza y le sonrió. Tras unos instantes ella le devolvió la mirada y luego clavó la vista en el horizonte, donde comenzaba a despuntar el sol. Cuando

volvió a dirigirle la mirada, él le lanzó una amplia sonrisa. Ella soltó un suspiro de resignación, encogió las rodillas y las rodeó con los brazos, se volvió y observó cómo el paisaje empezaba a cobrar forma a medida que nacía el nuevo día. Afdza siguió sonriendo, y sabía que ella también sonreía.

DE CAMINO



Con respecto a la satisfacción de ciertos deseos, la continuación del viaje a Patris Brunna no supuso un gran éxito. El estado de los caminos no empeoró, tal como había esperado Afdza para que el viaje se prolongara, y Arima tampoco tuvo la oportunidad de ir a ninguna parte sola. A partir del segundo día, dos hombres de Ganelón no se despegaron de su lado. Debido al rostro inexpresivo del paladín resultaba imposible descubrir si solo se trataba de una medida de precaución o si Ganelón había percibido que entre Arima y Afdza reinaba demasiada simpatía y confianza. Pero en todo caso, y aunque fuera posible que el siempre vigilante Ganelón hubiese visto que en la madrugada del segundo día de viaje Arima se había reunido con Afdza en aquellas rocas, ¿qué podía importarle al paladín? Al fin y al cabo, no había acudido a Roncesvalles como casamentero, ¿verdad? Pero no podía pasar por alto la molesta presencia de los guerreros francos y, fuera cual fuese el motivo por el que decidió que la vigilaran, Ganelón solo revocaría la orden cuando le diera la gana, pese a que Arima había aducido que los guerreros la incordiaban y debían cesar su vigilancia.

Avanzaron a buen ritmo. Arima estaba acostumbrada a las cabalgadas y se mantenía a la par de los guerreros, y la delegación sarracena tampoco demostró debilidad. Si Arima hubiese podido acercarse a Afdza habrían seguido conversando sobre lo que compartían los francos y los sarracenos: ambos pueblos eran muchos más resistentes de lo que parecían. Si en el caso de los francos se tendía a subestimarlos debido a su complexión fornida, en el de los sarracenos se debía al esplendor de su presencia: las telas brillaban, las armas refulgían, las empuñaduras de las espadas estaban incrustadas de piedras preciosas, cintas doradas sujetaban los finos forros de cuero de las vainas, en sus muñecas resplandecían brazaletes y llevaban anillos en los dedos. Era casi un milagro que los guerreros no tintinearan a cada paso. Todas las mañanas, cuando montaban, sus mejillas estaban afeitadas, sus barbas recortadas y sus uñas limpias. Y en ese sentido Afdza no suponía una excepción.

En ese apartado, el aseo y el aspecto de Ganelón y los francos no eran comparables, si bien durante el transcurso del viaje al menos Ganelón presentaba un aspecto más pulcro, tal como Arima observó, divertida. Casi todos los días vestía una nueva túnica de las que llevaba en sus alforjas, hasta que alcanzó la cima de su esplendor poniéndose una camisa verde helecho ornada con bordados de oro. Después cambió la fíbula de hierro que sujetaba su manto en el hombro derecho por una de oro, y el brazaletes de piedras semipreciosas azules que poco después lució en su muñeca izquierda ostentaba decoraciones de aspecto sarraceno: debía de habérsela

comprado a uno de ellos. No obstante, junto a los delegados sarracenos seguía pareciendo un criado y el resto de los guerreros francos, una panda de forajidos. Arima se preguntó cómo reaccionaría Carlomagno —que cuando se presentaba en público procuraba que su aspecto fuera lo más esplendoroso posible— ante los elegantes sarracenos.

Arima no había exagerado al describirle a Afdza la calidad de los caminos francos. Claro que allí, en la antigua Galia, la comarca situada entre los Pirineos y el Rin, los soberanos francos aprovecharon la red de caminos construidos por los romanos para toda la eternidad. Al este del Rin, el viaje se ralentizaría un poco porque debían dar un rodeo a lo largo de los caminos trazados por el *Hellweg*: allá los caminos laterales no eran más que senderos mientras que allí, al oeste del Rin, incluso algunos caminos que transcurrían entre dos castillos todavía estaban empedrados. Hasta los puentes presentaban buen estado, y donde no lo estaban habían colocado vigas de madera por encima de los huecos cuando las acciones de guerra o una inundación derribaban los arcos de los puentes. Puro pragmatismo franco.

Salvo escasas excepciones, pernoctaban en los apeaderos oficiales —a veces albergues construidos expresamente para los viajeros—, donde Ganelón causaba un gran ajetreo cuando extraía su *tractoria*. Sorprendentemente, siempre había suficientes provisiones y solo después de un tiempo Arima cayó en la cuenta de que el previsor Ganelón había advertido a los señores de los castillos, los abades y mesoneros durante el viaje de ida. Los sarracenos estaban visiblemente impresionados y se relajaban cada vez más. Al final se dedicaron a regalarles caracolas, piedrecillas talladas y otras baratijas a los niños que, boquiabiertos y hurgándose las narices, los contemplaban desde el linde del camino en vez de lanzarles miradas sombrías, como antes.

Solo en los alrededores de Reims la comarca se volvió más cerril; los bosques se acercaban al camino y los encerraban a lo largo de varias millas. En esos tramos, los guerreros de Ganelón se adelantaban al grupo con el fin de asegurarlos. Tras una breve deliberación con Ganelón, Afdza emprendió una parte de la tarea junto con un puñado de guerreros sarracenos. Una cálida sensación invadió a Arima al ver cómo los guerreros regresaban de sus exploraciones, los sarracenos cabalgando junto a los francos, cómo bromeaban entre ellos, se ofrecían bebidas, intentaban impresionarse mutuamente con la calidad de sus armas e intercambiaban algunas alhajas. Y la sensación cálida aumentaba cuando Afdza le sonreía, aunque desde que Ganelón montara aquel cordón de seguridad en torno a ella, el sarraceno no había intentado acercarse.

A excepción de una oportunidad, cuando uno de los arcones de Arima cayó del lomo de una mula y el contenido se desparramó por el camino. Afdza desmontó de inmediato y la ayudó a recoger sus vestidos, blusas y mantos y volver a guardarlos en el arcón. Sus manos se habían rozado un par de veces y por la noche, antes de

conciliar el sueño, Arima aún creía sentir ese roce.

No se produjo ningún contratiempo ni ninguna intentona por parte de bandoleros, y los únicos animales salvajes que vieron fueron ardillas y de vez en cuando manadas de ciervos. Arima, a la que de niña, con el fin de incrementar sus enseñanzas eclesiales, le habían leído diversas vidas de santos, se preguntó en qué tierras andarían esos santos cuando por la noche se veían obligados a cortar árboles y montar empalizadas en torno a su campamento para proteger a sus cabalgaduras de los animales salvajes.

Dado ese ambiente pacífico, el tiempo soleado que perduró casi hasta el final del viaje y la hermandad cada vez mayor entre francos y sarracenos, ni siquiera el vigilante Ganelón estaba lo bastante en guardia para percatarse de la emboscada en que de pronto cayeron.

PATRIS BRUNNA



Cada vez más hombres se reunían junto a la puerta occidental del castillo de Karlsburg y se asomaron por encima del través de madera, y eso llamó la atención de Roldán y Remi, que subieron al adarve que cruzaba por encima de la puerta.

—Allí —dijo uno de los hombres, señalando hacia el exterior del castillo.

A unos doscientos pasos de distancia había un caballo en el camino sacudiendo las crines y piafando, pero sin moverse del sitio. El jinete que lo montaba no despegababa la vista del castillo. Roldán entornó los ojos.

—Es uno de los nuestros —dijo—. No recuerdo cómo se llama.

—Es Dado —dijo Remi—, tu padrastro se lo llevó para recibir a la delegación sarracena en el castillo de Roncesvalles y acompañarla hasta aquí.

—¿Por qué no se acerca?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Roldán trató de distinguir algo más, pero la distancia y la lluvia que caía desde el día anterior lo impedían. El jinete permanecía inmóvil; mantenía la lanza apoyada en el carcaj junto al estribo, en posición vertical, y de la punta colgaba un gallardete mojado por la lluvia. A diferencia del jinete, el caballo estaba muy inquieto.

Uno de los guardias se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡Eh, Dado! ¿Eres tú? ¿Qué pasa?

El caballo relinchó y se movió a un lado. El jinete agitó la lanza y el gallardete, pero no respondió.

Roldán dirigió una mirada pensativa en derredor; cada vez se reunían más hombres en el adarve, entre ellos Puvis, que saludó a Roldán y Remi con la cabeza.

—¡Ehhh! ¡Dado! —gritó otro guardia—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde están los demás?

El caballo relinchaba y piafaba y Dado volvió a saludar con la lanza. Entretanto, Roldán creyó ver que el brazo izquierdo de Dado colgaba a su lado, que las riendas del caballo estaban flojas y que Dado solo dirigía el caballo mediante la presión de los muslos. ¿Acaso estaba herido?

—Esto me da muy mala espina —dijo Roldán.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Remi.

El solitario jinete le ahorró la respuesta a Roldán: debía de haber espoleado al caballo, porque el animal se sobresaltó, relinchó y se echó a galopar. Dado se inclinó hacia delante y también la punta de la lanza. Atónitos, los hombres apiñados en el adarve comprendieron que el guerrero franco se había lanzado al ataque.

—Ese bribón se ha vuelto loco —dijo Puvis.

—¡Debe detenerse! —gritó Roldán.

Los guardias apostados ante la puerta profirieron gritos en dirección a Dado, que

se acercaba a galope, levantando lodo y agua de los charcos. El jinete se inclinó aún más, casi encima del cuello del caballo.

—¡Detente, so necio! —rugió Remi.

Roldán tendió la mano hacia Puvis.

—¡Dame tu arco, rápido!

Puvis le lanzó una mirada desconfiada y después se lo alcanzó junto con una flecha. Roldán tensó el arco.

—¿Piensas dispararle? —preguntó espantado—. ¡Es Dado!

—Vuelve a llamarlo —ordenó Roldán—. Si no contesta, no es él.

Los cascos del caballo golpeaban la tierra al tiempo que el jinete se acercaba cada vez más. La lanza se agitaba y el gallardete ondeó hasta que se desprendió y cayó al suelo. Dado ya iba pegado al cuello del animal y Roldán apuntó al caballo. Tensó tanto el arco que la cuerda le lastimaba los dedos y los músculos de su brazo empezaban a temblar. Vaciló un instante. Si Dado cruzaba un pequeño charco en medio del camino... La punta de la flecha siguió la trayectoria del jinete que se aproximaba y Roldán se preparó para disparar. Pero el caballo era valioso y no tenía la culpa, así que la flecha apuntó a Dado, que no tardaría en atravesar el charco. Entonces Roldán recordó quién era Dado; en una ocasión había ido de caza con él, habían bebido y el guerrero había intentado cortejar a la hija de uno de los administradores de Carlomagno. Roldán había sentido envidia, porque la muchacha se consumía por Dado. «¡Detente, Dado! —pensó—. ¡Si se trata de una broma dejaré de tener gracia de inmediato!»

Cuando el caballo atravesó el pequeño charco salpicando agua lodosa, la flecha se clavó en el hombro de Dado. La violencia del golpe lo lanzó hacia atrás pero no lo derribó de la silla, y Dado tampoco soltó la lanza, que volvió a recuperar la vertical. Dado miró fijamente a Roldán, como indignado por el flechazo, pero continuó galopando. Un par de hombres situados en el adarve soltaron maldiciones y gesticularon para espantar los malos espíritus. Con expresión incrédula pero no paralizado de espanto, Roldán cogió una segunda flecha de la mano de Puvis. El proyectil se clavó en el pecho de Dado y el caballo tropezó, pero el jinete siguió galopando con dos flechas clavadas en el cuerpo, solo cincuenta pasos lo separaban de la puerta.

—¡Cerrad la puerta! —gritó Remi que, al igual que los demás, reparó demasiado tarde en que nadie había pensado en cerrarla. Saltó del adarve al patio del castillo, rodó por encima de su hombro y echó a correr hacia las hojas de la puerta. Los guardias apartaron la escalera, pero ninguno lograría cerrar la puerta. Roldán cogió una tercera flecha, se inclinó por encima del través y cuando Dado pasó atronadoramente por debajo de él, disparó y la flecha perforó el yelmo del guerrero. Cuando el caballo entró galopando en el patio, Roldán le arrojó el arco a Puvis y, al igual que Remi, bajó al patio. Dado, con tres flechas clavadas, era una figura grotesca que aún aferraba la lanza y se mecía encima del caballo desbocado. Roldán agarró

una de las lanzas apoyadas junto a la puerta y la arrojó: se clavó en la espalda de Dado y lo atravesó. El caballo resbaló en la hierba empapada por la lluvia, se volvió y galopó hacia Roldán. Dado seguía sentado en la silla, erguido y con expresión de indiferencia en el rostro. La flecha que le había destrozado el cráneo surgía por debajo del mentón, la mitad delantera de la lanza se cimbreaba en medio de su pecho y las otras flechas clavadas parecían extrañas insignias guerreras. Cuando el caballo estaba a punto de atropellar a Roldán, este lo esquivó y aferró las riendas.

Remi, que se encontraba a su lado, también las aferró. Presa del pánico, el animal arrastró a ambos guerreros unos pasos hasta que por fin se detuvo bajo el pasadizo de la puerta, soltando espumarajos por la boca, relinchando y temblando. Los hombres echaron a correr hacia él desde todas las direcciones.

Roldán se enderezó y alzó la vista.

—Es Dado —oyó que decía Remi—, muerto y requetemuerto.

—No es ningún milagro tras recibir tantos disparos —dijo Puvis, que había demostrado su valía como guerrero corriendo hacia fuera y apostándose en el camino para dispararles a otros posibles atacantes.

Roldán negó con la cabeza, indicó una herida en el flanco del animal y luego los pies de Dado atados a los estribos, los astiles partidos de dos lanzas sujetos a derecha e izquierda de su cuerpo como dos guías para que no se desmoronara y el lazo de cuero que sujetaba su mano derecha a la lanza.

Puvis se quedó boquiabierto.

—Es probable que alguien puesto a cubierto arrojara una piedra al caballo con una honda —dijo Roldán—. Por eso se lanzó al galope. Dado no podía dominarlo porque ya estaba muerto cuando lo sujetaron a la silla. Por eso no se cayó cuando recibió los flechazos. No, Remi, ya no tiene sentido salir fuera: hace rato que quienquiera que haya lanzado la piedra puso pies en polvorosa.

Muchos de los presentes —que se habían acercado cautelosamente al animal, que no dejaba de relinchar y temblar— se persignaron e hicieron uno de los gestos paganos para convocar a los antiguos dioses. Empezaron a murmurar, a señalar la lanza y las flechas disparadas por Roldán. Un niño pequeño se echó a llorar asustado. Dado permanecía sentado y asaeteado, y sus ojos entreabiertos parecían contemplar todo lo ocurrido con la absoluta indiferencia que es el único regalo de la muerte. La tercera flecha de Roldán había clavado el yelmo en el cráneo, pero por debajo del borde se apreciaba la herida en el cuello del guerrero: su verdugo le había clavado un puñal en la nuca. Dado había muerto en el acto, sin siquiera soltar un grito.

—Pero... ¿qué significa todo esto? —preguntó Puvis, perplejo.

—Dado es un mensajero —dijo Roldán—, y la pregunta es: ¿cuál es el mensaje?

—Lo lleva consigo —dijo Remi, que había regresado y se había colocado al otro lado del caballo. Señaló la mano izquierda del guerrero muerto: el puño, atado mediante una correa, sujetaba algo. Cuando quitaron la correa y abrieron los dedos rígidos apareció un rollo de cuero con letras garabateadas. Roldán lo desenrolló, lo

puso cabeza abajo, volvió a ponerlo derecho, le lanzó una mirada a Remi y luego a Puvis, suspiró y dijo:

—Bien, ¿quién sabe leer?

Poco después, todos los paladines que habían permanecido en el castillo estaban reunidos en torno a Carlomagno, también Roldán y Remi sin que nadie se opusiera a su presencia. El mensaje —leído por Turpín, el único de los presentes que sabía leer y escribir— había causado demasiada agitación como para que alguien notara la presencia de los dos jóvenes guerreros.

Tras volver a leerles el texto, Turpín enrolló el trozo de cuero. La expresión del rey era pétrea.

—Bien —dijo el obispo, carraspeando—, Scurfa, el *heritogo* de Wigmodia, tiene a la delegación sarracena en su poder y ello supone una mala noticia. Scurfa se ha atrincherado junto a sus rebeldes en el castillo de Susatum después de aniquilar a la guarnición del castillo, lo cual es una segunda mala noticia. Allí también mantiene a sus rehenes, lo que significa que no podemos asediado, matarlo de hambre ni tratar de ganar tiempo, so pena de que empiece a ejecutarlos. Además, allí también se encuentra un gran depósito de sal. Aunque Scurfa no lo menciona, podemos contar con que se ha apoderado de él y no necesito explicaros el poder que le proporciona. Y en última instancia, hemos de tener en cuenta la asamblea del reino: no podemos marchar contra Scurfa durante la asamblea.

—Así que hemos de hacer algo con rapidez —dijo Carlomagno—, pero no podemos entrar en guerra abiertamente contra Scurfa. ¿También hay alguna buena noticia?

—Al parecer no hubo demasiados muertos durante la toma de prisioneros. Ningún sarraceno herido y Ganelón sigue con vida.

—¿Y...? —empezó Carlomagno.

Turpín intuyó qué le preguntaría el rey.

—Arima Garcez también está ilesa.

—¿Quién es Arima Garcez? —preguntó Roldán a Remi, que se encogió de hombros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carlomagno al obispo de Reims.

—Porque supongo que Arima es la única que sabe escribir de todos ellos. Puede que Scurfa la haya obligado a escribir este mensaje.

—¡No comprendo por qué Ganelón no presentó una resistencia más fiera ante esos malditos rebeldes! —exclamó Gerbert de Roselló—. ¡Se dejó atrapar como un novato!

Turpín se dispuso a replicar, pero Roldán se le adelantó.

—Si lo hubiese hecho habría habido bajas entre los sarracenos —dijo, y notó que el rey lo contemplaba con aire pensativo y los paladines expresión sorprendida.

—Mi sobrino tiene razón —dijo Carlomagno—. La fuerza de un guerrero no solo reside en su espada, sino también en su inteligencia. Ganelón actuó correctamente.

Gerbert protestó en voz baja, pero no lo contradujo. Los demás paladines volvieron a dirigir la mirada al rey a excepción de Turpín, que observaba a Roldán con la misma expresión pensativa que Carlomagno.

—¿Acaso he dicho algo incorrecto? —le susurró Roldán a Remi cuando Turpín despegó la mirada de él.

—No; se trata de que hayas abierto el pico —susurró Remi—. Calla, de lo contrario nos echarán, aquí no se nos ha perdido nada.

—No, no se trata de eso. Me parece que Carlomagno y Turpín se sorprendieron de que haya tomado partido por mi padrastro. Porque no es decoroso que un joven hable a favor de un hombre mayor, sobre todo cuando este es un paladín.

La sonora voz del rey hizo que volvieran a prestar atención al círculo de los reunidos.

—Bien —dijo Carlomagno—, ¿quién está a favor de atacar a Scurfa de inmediato para tratar de liberar a los rehenes?

Casi todos los paladines alzaron la mano; solo Turpín y Pilgrim negaron con la cabeza.

—Es demasiado peligroso —adujo Turpín—. Scurfa sabe que bastará con cortarle el gáznate a un sarraceno para impedir que lo ataquemos. ¿Cómo podríamos explicarle al valí Solimán que un miembro de su delegación encontró la muerte estando bajo la protección de nuestro rey?

—Siempre hay muertos —dijo Gerbert con crudeza—. También entre los sarracenos. Además, solo he de recordarte lo que antaño le ocurrió a Milan d’Otun. Esa también era una delegación, ¿y acaso los sarracenos titubearon en...?

—En primer lugar —lo interrumpió Turpín—, no queremos reunirnos con los sarracenos para saldar viejas cuentas, y en segundo lugar, haría quedar muy mal a nuestro rey. ¿Es que los sarracenos han de llegar a la conclusión de que su poder ni siquiera basta para proteger a su delegación o que no somos capaces de acabar con unos cuantos rebeldes?

Los paladines asintieron lentamente con la cabeza; Roldán creyó notar que todos procuraban no dirigirle la mirada y suspiró. No recordaba a su padre con claridad y cuando la conversación giraba en torno a su muerte en el reino sarraceno no sentía pena ni vergüenza, pero no dejaba de barruntar que había un secreto relacionado con la muerte de Milan que afectaba su recuerdo, pero del que jamás se hablaba. Hacía más de diez años que el destino corrido por Milan proyectaba una sombra oscura, no solo sobre los vínculos entre francos y sarracenos sino también sobre el matrimonio entre la madre de Roldán y Ganelón de Ponthieu... y por ello también sobre la vida de Roldán.

—Pero si no hacemos nada, nuestro rey también quedará como un cobarde —insistió Gerbert—. Ante los sarracenos, los sajones y la asamblea del reino.

Turpín suspiró.

—Por desgracia, también tienes razón con respecto a eso, amigo mío.

—Hemos de liberar a los rehenes sin atacar a Scurfa —se oyó decir Roldán de pronto.

Todos se volvieron hacia él. Remi puso los ojos en blanco y se situó a su lado. Las miradas de los hombres eran inequívocas: «De momento, hemos hecho caso omiso de vosotros dos porque uno es el sobrino del rey, pero ¡eso no implica una invitación a soltar discursos impertinentes!»

Roldán notó que la sangre le subía a la cara y que Remi le pisaba el pie con disimulo.

Carlomagno arqueó las cejas con paciencia.

—¿Acaso se te ocurre el modo de hacerlo, o tus palabras solo son charlatanería juvenil? —preguntó en tono duro.

—La has cagado —murmuró Remi.

—Sí, se me ha ocurrido —replicó Roldán impulsivamente. La idea acababa de ocurrírsele.

—La has cagado del todo —susurró Remi.

—¿Es que pretendes retar a duelo a Scurfa? —preguntó Gerbert en tono desdeñoso.

Roldán procuró que la burla del paladín no lo afectase.

—No. Le haremos un regalo.

—En su mensaje, Scurfa ha dejado muy claro cuál es el único regalo que quiere —dijo el rey—. Si queremos impedir que mate a los rehenes debemos retirarnos de Sajonia.

—Propongo que le entreguemos otro par de rehenes —dijo Roldán.

Un silencio hostil descendió sobre el recinto. Roldán se enderezó, pero antes de que pudiese continuar Turpín soltó una carcajada. Carlomagno se volvió bruscamente.

—¿Qué te resulta tan gracioso? —espetó.

—Ulises ante Troya —dijo Turpín—, eso me gusta.

Los demás paladines entornaron los ojos; no sabían leer pero todos los francos adoraban las historias y epopeyas, y la de la guerra de Troya se encontraba entre las predilectas en torno a las hogueras.

—¿Y a quién deseas enviarle a Scurfa? —preguntó Gerbert.

Roldán se jugó todo a una sola carta.

—A un obispo y dos monjes.

Turpín emitió una carcajada aún más sonora.

—¡Este muchacho me agrada!

—¿Puedes explicarme de qué diablos estás hablando, Roldán? —siseó Remi.

Pero fue Turpín quien le contestó:

—Nuestro joven amigo sugiere que le proporcionemos tres rehenes más a Scurfa,

entre ellos uno tan valioso como un auténtico obispo. Solo que bajo el ornato del obispo y los hábitos de ambos monjes se ocultarán tres paladines. Scurfa tomará prisioneros a los tres hombres, los meterá en el castillo de Susatum... ¡y lo demás será un juego de niños!

—Un caballo de Troya —dijo Gerbert, sonriendo—. Aunque sin toda la carpintería.

Turpín se acercó a Roldán y le palmeó el hombro.

—Excelente sugerencia, muchacho. Y por suerte he traído mi ornato a Patris Brunna, así que ya tendríamos a un obispo. Los benedictinos nos prestarán los hábitos. ¿Qué opináis, Gerbert y Piligrim, acerca de emprender un viaje de penitencia con el fin de acompañar al reverendo padre de Reims al cautiverio? Claro, siempre que nuestro rey apruebe el plan. Es una idea realmente buena, Roldán.

—Perdona, reverendo padre, pero mi idea es otra —dijo Roldán.

Turpín le lanzó una mirada desconcertada y Roldán reunió todo su valor.

—No pensaba en Gerbert y Piligrim para representar el papel de monjes.

—Pues en ese caso al menos he entendido un tercio del plan —gruñó Turpín—. Deja que lo adivine: en realidad los monjes han de llamarse Roldán y Remi, ¿verdad?

—Sí —contestó Roldán con voz firme, y procuró hacer oídos sordos al gemido de espanto de Remi.

—Ni hablar —replicó Turpín, y se volvió—. Gerbert, Piligrim, deberíamos...

—Perdona, reverendo padre —insistió Roldán, alzando la voz y haciendo caso omiso de los codazos desesperados de Remi—, pero ¡la idea es mía y tengo derecho de participar en su puesta en práctica!

Turpín se volvió y lo miró; el joven tuvo la sensación de que era la primera vez que el obispo realmente lo veía. Gerbert y los otros paladines soltaron un gruñido de protesta y sus miradas perforaron a Roldán y Remi, que no se apartaba de su lado. Roldán hincó la rodilla ante el rey y alzó la vista.

—Os suplico que me escuchéis, señor —dijo en tono formal.

El semblante de Carlomagno reflejaba una mezcla de enfado y respeto.

—Concedido —gruñó.

—Durante toda la guerra contra los sajones, los paladines se han destacado por sus actos heroicos —dijo Roldán—, y Scurfa no es un guerrero sajón cualquiera sino uno de sus jefes. Es de temer que en Gerbert, Piligrim o algún otro reconozca a un antiguo adversario. En cambio, hay numerosas batallas en las que el obispo Turpín no participó y tanto Remi como yo somos desconocidos para los sajones. Ello reduce el peligro de que Scurfa descubra el truco.

Carlomagno asintió lentamente.

—Es un buen argumento. ¿Qué opinan los demás?

Turpín no respondió; se limitó a mirar fijamente a Roldán.

—No se trata de una competición, muchacho, sino de un asunto muy serio —dijo—. ¿Eres consciente de ello?

—Totalmente.

—¿Y tú, Remi? —preguntó Carlomagno.

Remi tragó saliva y le lanzó una mirada a su padre.

—No necesitas mi permiso para hablar cuando el rey te hace una pregunta —dijo Pilgrim con brusquedad.

—Iré a donde vaya Roldán, señor —respondió Remi, procurando sonreír—. Alguien tiene que refrenarlo, ¿no?

—Muy gracioso —susurró Roldán—. Muy útil.

El rey le indicó a Roldán que se levantara y luego contempló a cada uno de los paladines con mirada interrogante. Tras vacilar unos instantes, todos asintieron con la cabeza y Roldán sintió un enorme alivio, pero también angustia temiendo haberse propuesto demasiado.

—¿Sabes por quién aposté cuando competiste con Puvis, muchacho? —preguntó Turpín con una sonrisa maliciosa.

—¿Por mí, reverendo padre? —preguntó Roldán, sonriendo.

—No; por Puvis. Pero esta vez me arriesgaré y apostaré por ti. Partiremos mañana.

Al día siguiente, tres jinetes cabalgaron a través de la aldea de artesanos situada en el cruce entre el *Hellweg* y el camino de los viñedos y enfilaron hacia el oeste. Quienes no trabajaban en el Karlsburg ni en los campos contemplaron al reducido grupo con mirada asombrada. Al frente iba un hombre que lucía el pomposo atuendo de un obispo, cuyos colores y bordados de oro resplandecían a la luz mortecina de un día lluvioso; sus dos acompañantes eran monjes que se rascaban bajo sus hábitos como dos posesos. Dado que llovía, a los mirones les pareció normal que los monjes se cubrieran la cara con capuchas, pero les habría parecido menos normal si hubiesen echado un vistazo bajo las capuchas: en vez de tonsura, los monjes llevaban el cabello largo. Una vez que el grupo hubo atravesado la aldea, los habitantes se pelearon por la bosta de los caballos: esta siempre era un buen abono que, en el peor de los casos, uno recogía en la calle con la mano y transportaba hasta el propio huerto; además, la bosta de las cabalgaduras de unos hombres santos seguramente tendría mayor efecto, y para hacerse con ella merecía la pena pegarle un codazo en el vientre al vecino.

—No sé qué produce mayor picor —gimió Remi—. La tela del hábito o los piojos que alberga.

—Tómame como ejemplo: no les hago ni caso —dijo Roldán, que se rascaba con mayor ahínco que su amigo y maldecía al propietario del hábito a voz en cuello.

Turpín guardaba silencio. Cabalgaba un poco más adelante y si Roldán se hubiera acercado, habría visto que se esforzaba por contener la risa.

El plan consistía en dejarse tomar prisioneros por guerreros sajones en el camino

o, si eso no resultaba, presentarse inocentemente en el castillo de Susatum y pedir que les dieran permiso de pernoctar. Roldán estaba convencido de que la segunda opción no se produciría. Scurfa, cuyo rango como *heritogo* equivalía al de un dux franco, era un hombre implacable y brutal, pero por desgracia también astuto, de lo contrario no hubiese llegado a jefe de una tribu sajona. Scurfa haría vigilar el camino que conducía a Susatum y era de suponer que ya estaba al corriente de que tres eclesiásticos se dirigían al oeste. No desaprovecharía la oportunidad de apresar a los representantes del nuevo y aborrecido orden y a los igualmente aborrecidos representantes de la nueva fe. Como era probable que Scurfa también espicara el castillo de Karlsburg, aunque más no fuera desde lejos, Turpín propuso que Carlomagno fingiera estar preparando una expedición de castigo. Se trataba de hacer creer a Scurfa que Carlomagno se disponía para atacar el castillo de Susatum como respuesta al macabro mensaje portado por Dado, y que el obispo que se encontraba en su corte había puesto pies en polvorosa porque no quería verse envuelto en acciones de guerra. Roldán se dijo que si él fuera Scurfa quizá se habría tragado el anzuelo.

Por la noche habían alcanzado Geiske, uno de los caserones reales construidos a lo largo del *Hellweg* a un día de viaje los unos de los otros, a los que solo una empalizada de escasa altura y sus dos puertas a este y oeste distinguían de una alquería cualquiera. Incluso la casa señorial era de madera y la gran sala solo un recinto austero que ocupaba casi todo el largo de la casa y donde se podía admirar el ahumado techo de cañas. Todos dormían en el suelo: la sala también servía de dormitorio. Cerca del Karlsburg de Patris Brunna el lujo resultaba innecesario en una alquería que solo era el último apeadero antes de la meta.

Habían debatido si no sería mejor pernoctar al aire libre —para ofrecerle a Scurfa la oportunidad de tomarlos prisioneros—, pero ello no se habría correspondido con la dignidad de un obispo ni con el concepto sobre los dignatarios cristianos que tenían los sajones.

Salvo ellos, solo había otro viajero en Geiske. El hombre llevaba la tonsura de un monje pero ropas mundanas y, aunque los saludó con la cabeza y no dejó de echarles vistazos, no les dirigió la palabra. Después de un rato se acurrucó junto a una pared lateral y se durmió. Roldán no lo perdió de vista, pero en el fondo no consideró que se tratara de un espía de Scurfa. Un guerrero sajón no se hubiera hecho una tonsura solo para espiar a tres viajeros a los que su *heritogo* podía atrapar en un santiamén, si eso era lo que quería.

Aquella noche a Roldán le costó lo suyo formularle a Turpín la pregunta que hacía tiempo que ansiaba hacerle: ¿qué era eso tan misterioso relacionado con la muerte de su padre Milan d’Otun trece años atrás que hacía que todo el mundo le lanzara miradas extrañas cuando creían que él no lo notaba? Roldán confió en que Turpín no le preguntara a su vez por qué no se lo preguntaba a su madre, pues entonces se vería obligado a confesar que, a partir de esa desgracia, la relación con Bertha de Laon se había enfriado notablemente y que desde hacía dos años, cuando

Carlomagno lo había rescatado a él y a su madre de aquella finca solitaria de la Marca Bretona y se los había llevado a su corte, prácticamente no hablaba con Bertha.

Cuando le hizo la pregunta, Turpín lo miró de soslayo con aire pensativo.

—Bien —dijo—, primero habría que saber por qué Carlomagno envió a tu padre con los sarracenos, y para eso habría que saber qué sucede con los sarracenos.

—Los sarracenos son el enemigo —dijo Remi.

—¿Quién lo afirma?

—Pues... todos.

Turpín suspiró.

—Los sarracenos —gruñó— son los francos del otro lado. Son valientes y luchadores, están muy bien organizados, sus guerreros son poderosos, sus comandantes son inteligentes y entre ellos quienes quieren ser respetados, desde el soldado hasta el soberano, no pueden ser unos fracasados.

—Pero ¡son paganos!

Turpín resopló.

—¡Bah, paganos! Considerar que otro es un pagano solo depende del punto de vista: todos somos el pagano de algún otro.

—En ese caso, ¿a qué se debe la enemistad entre los francos y los sarracenos?

—Lo dicho: los sarracenos son como nosotros. Tienen su reino, al que denominan Al Andalus y que se extiende desde África hasta Hispania, y están convencidos de que ese territorio solo puede prosperar bajo su gobierno y su fe. Quienes se enfrentaron a ellos fueron derrotados y sometidos. Y cuando se les acababan los adversarios, se pelearon entre ellos. Y ahora lo único que separa al reino franco (que no deja de aumentar de tamaño) del reino sarraceno (que también se extiende cada vez más) es una cadena de montañas, los Pirineos, solo atravesados por un único paso transitable: el de Ibañeta, vigilado por el castillo de Roncesvalles.

—Así que mi padre fue enviado para...

—El soberano de la mayor parte de Hispania es el emir de Qurtuba, Abderramán bin Mu'awiya. Los sarracenos lo llaman Al Dajil, el «recién llegado», porque fue expulsado de su patria por el califa, el soberano máximo de los sarracenos, y hace unos veinte años conquistó el trono de Qurtuba y se nombró emir a sí mismo. Pero en Hispania hay otros principados, tales como Medina Barshaluna o Qurunda, en los que gobiernan valíes del califa de Madinat as-Salam. El más poderoso es Solimán bin al Arabi, valí de Medina Barshaluna. Este Solimán vive temiendo que el emir les declare la guerra y los conquiste, y considero que no le falta razón. Hace trece años, Solimán ya mantuvo contactos con Carlomagno e intentó persuadirlo de que se aliara con él: los valíes sarracenos y el reino franco contra el emir. Sus motivos parecían muy claros y su propuesta resultaba atractiva: si Carlomagno estaba dispuesto a ayudarlo a derrotar al emir, nosotros recibiríamos todo el botín de guerra y Solimán se convertiría en soberano de todo Al Andalus...

—Lo cual hubiese liberado a Solimán y los valíes del norte de la desagradable situación que supone estar encerrados entre dos bloques enemigos: el emirato al sur y el reino franco al norte —añadió Roldán, que había reflexionado más profundamente sobre las circunstancias de lo supuesto por Turpín, pero que sentía demasiada curiosidad por las explicaciones del obispo como para acortarlas.

Turpín asintió.

—Exacto, pues entonces los francos y los sarracenos serían aliados... y podríamos habernos llevado a casa las inconmensurables riquezas del emir. Parecía una buena idea, pero el asunto debió de haber llegado a oídos del emir, pues envió guerreros para atrapar a la delegación de Milan.

—Eso es lo que sé del asunto... —dijo Roldán.

—¿Ah, sí? Ya suponía que eres más inteligente de lo que parece, pero ¿también sabías que uno de los guerreros que lo acompañaba era Piligrim? En aquel entonces todavía no era un paladín.

Roldán se sorprendió.

—No, no lo sabía.

—Antes de que alcanzaran las montañas tu padre le ordenó a Piligrim que regresara a vuestra finca de Otun con un mensaje. Piligrim lo hizo y después regresó inmediatamente junto a Milan. Entretanto, tu padre y su delegación habían cruzado las montañas y penetrado en la zona dominada por los sarracenos. Cuando Piligrim por fin dio con ellos...

—... solo encontró los restos dejados por los carroñeros —murmuró Roldán.

—Se habían defendido —dijo Turpín, asintiendo lentamente con la cabeza—, y con todas sus fuerzas. La delegación de Milan estaba formada por varias docenas de hombres y habían acabado con muchos de sus atacantes antes de que los masacraran a todos. Los enemigos muertos yacían entre nuestros hombres, identificables gracias a las partes de su equipamiento desdeñadas por los saqueadores. Dejaban claro lo que ya se sospechaba: que los atacantes fueron los sarracenos, que el emir les tendió una trampa y que Milan cayó en ella. Carlomagno ignoraba que había enviado a tu padre a la muerte.

—Mi madre nunca se lo perdonó —dijo Roldán, soltando un bufido.

—Si he de ser sincero, hijo, tu madre jamás le ha perdonado nada a nadie.

Roldán volvió a asentir y dirigió la mirada hacia Remi, que no intervenía en la conversación. Este se encogió de hombros y puso cara de circunstancias.

—Tu padre era un hombre valiente —dijo Turpín—. Si aún estuviera con vida, el paladín sería él y no Ganelón, tu padrastro... lo cual no significa que este no sea merecedor de dicho honor: ¡lo es, y cómo! Lo único que pretendo decir es que también tu padre era un héroe.

—Gracias —dijo Roldán.

—No hay de qué, hijo. Y ahora, a dormir. Mañana hemos de lograr que nos tomen prisioneros, así que será mejor que estemos descansados.

Roldán buscó un sitio donde extender su manta y procuró conciliar el sueño, pero no dejaba de pensar en su padre y en la peligrosa misión que le esperaba en el reino sarraceno. Solo cuando los ronquidos de Turpín empezaron a competir con los de Remi, acompañados enérgicamente por el serrucho del viajero solitario junto a la pared opuesta, se dio cuenta de que el obispo había esquivado su pregunta con habilidad. ¿Qué tenía de tan misterioso la muerte de Milan para que todos cuchichearan al respecto? ¿Acaso guardaba relación con el ominoso mensaje que Pilgrim le había transmitido a su madre? Pero Roldán tenía claro que, fuera cual fuese el misterio en torno a la muerte de su padre, no lograría averiguarlo a través de Turpín.

CASTILLO DE SUSATUM



El ataque se produjo cuando solo se encontraban a un par de horas de Susatum. Media docena de sajones salieron galopando de un bosquecillo y se abalanzaron sobre ellos con redes, garrotes y cuerdas.

—¡Por fin! —exclamó Turpín, que espoleó su caballo y simuló una huida antes de dejarse atrapar.

Tal como habían acordado, Roldán y Remi se entregaron sin ofrecer resistencia y lamentándose en voz alta; los sajones se limitaron a soltar siseos desdeñosos y los maniataron a la espalda, sin tomarse la molestia de reconocer concienzudamente a los supuestos monjes. Todo transcurrió en escasos minutos; lo más sorprendente del asunto fue que los sajones ya tenían un prisionero, al cual —tras maniatar a Turpín, Roldán y Remi— sacaron de un escondrijo. Luego partieron hacia el castillo de Susatum junto con su botín.

El prisionero era el hombre que había pernoctado con ellos en Geiske. Cuando emprendieron la marcha, el hombre ya se había marchado, pero no llegó muy lejos. Cuando Turpín le lanzó una mirada interrogativa, puso expresión resignada y se encogió de hombros.

Los sajones no tenían inconveniente en que sus prisioneros conversaran mientras cabalgaban hacia el oeste. Por su parte, el prisionero solitario tenía ganas de hablar.

—¿Sois francos? —preguntó en correcto franco. Y pasó al dialecto empleado por sus apesadores—: ¿O sajones? —Al final lo intentó en latín y se dirigió a Turpín—: ¿O acaso romanos?

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó Turpín.

—Pues... yo.

Roldán sonrió bajo la capucha y Turpín carraspeó.

—¿Y por casualidad posees un nombre?

El hombre pronunció una palabra de sonido agudo.

—¿Alkuini? —probó Turpín; casi había acertado, pero el hombre negó con la cabeza.

—Que resulte difícil pronunciar mi nombre no supone una vergüenza —dijo—. Se pronuncia de una manera diferente a como se escribe: E-a-l-h-w-i-n-e.

—Apuesto a que a tu madre también le resultó difícil —dijo Remi.

El hombre no le hizo caso.

—Procedo de Mercia —añadió, indicando el noroeste con la cabeza—. Soy anglosajón. ¿Y vosotros?

—Soy el obispo de Reims —contestó Turpín alzando la voz, quizá para que los sajones no dudaran de que habían atrapado a un pez gordo—. Mis dos hermanos en

Cristo y yo regresamos del castillo de Karlsburg a mi diócesis...

—Regresábamos —lo corrigió Ealhwine en tono seco.

Turpín calló, irritado. Roldán siguió sonriendo bajo la capucha: al parecer, Ealhwine era un tipo meticuloso.

Dicha suposición quedó confirmada cuando el desconocido dijo:

—«Regresábamos» en el siguiente sentido: regresábamos a Reims, porque ahora ya no lo hacéis y según parece, tardaréis en poder proseguir vuestro viaje.

A juzgar por la respuesta de Turpín, fue evidente que le hubiese gustado ahorrarse tales sutilezas:

—¿Ah, sí? ¿Y adónde te dirigías tú, guardián de las palabras?

—A Ravenna.

—Eso se encuentra a una distancia considerable —gruñó Turpín.

Ealhwine pareció reflexionar.

—Calculo que alrededor del doble de la distancia que os espera a vosotros —dijo; y se corrigió—: Que os esperaba.

Turpín puso los ojos en blanco.

—Seguro que en Ravenna te aguardan con gran impaciencia.

—Con suma impaciencia. Y sí, así lo espero. Me han invitado. Acabo de impartir clases en la escuela catedralicia de York y debo aconsejar a Leo, el arzobispo de Ravenna, cómo organizar una escuela catedralicia en su obispado.

Sorprendido, Roldán descubrió que existían hombres poderosos como el arzobispo de Ravenna que se ocupaban de asuntos secundarios, tales como fundar una escuela. Entre los francos nadie se dedicaba a cosas semejantes. Aunque decían que Carlomagno sentía fascinación por el arte de la escritura y la lectura, él mismo no lo dominaba y tampoco parecía importarle que sus guerreros no apreciaran dichos talentos. Los hombres —sobre todo los soberanos como el arzobispo— debían ocuparse de extender su influencia, ampliar sus posesiones y aumentar su poder, pero no precisamente con ¡escuelas!

Desde lejos parecía reinar la paz en Susatum, pero las puertas del castillo —atravesadas por el *Hellweg* al igual que los apeaderos a la vera del camino— estaban cerradas. Los enormes fogones situados en el exterior de la empalizada y donde, en gigantescas ollas de arcilla, noche y día hervía el agua salada para la obtención de la sal, estaban apagados y las nubes de humo que solían flotar por encima de Susatum habían desaparecido. En vez de trabajadores había guerreros sajones de pie o sentados junto a los fogones. A saber qué había ocurrido con los trabajadores, pero cuando Roldán y los demás se aproximaron al menos descubrieron el destino corrido por la guarnición franca del castillo: cuervos y otras aves trazaban círculos por encima de un lugar donde al parecer habían amontonado ropas viejas. El olor a putrefacción flotaba en el aire.

Después de entrar en el patio interior del castillo, los sajones los hicieron desmontar y avanzar hacia el edificio principal. Debajo de la capucha, Roldán observó a los atareados criados y esclavos; no parecían intimidados ni llenos de rencor hacia el nuevo señor del castillo. Roldán recordó que en su mayoría, todos eran oriundos de la comarca y que, más que rechazar la ocupación del castillo por parte de Scurfa, quizá se alegraran de ello. Allí, el enemigo seguían siendo ellos, los francos, no los sajones.

El *heritogo* Scurfa era un hombre de estatura mediana, de rostro alargado, mejillas hundidas y un bigote hirsuto cuyas puntas rozaban el mentón. Era la primera vez que Roldán se encontraba con él, pero lo reconoció gracias a las descripciones de sus compañeros de armas. Scurfa estaba considerado un guerrero muy astuto que le daba escasa importancia a las promesas cuando la traición le proporcionaba una ventaja. Carecía de escrúpulos y era capaz de clavarle un puñal en la espalda a un hombre al que acababa de perdonarle la vida en el campo de batalla. Sus armas encajaban con él.

La mayoría de los sajones no tardaron en pasar del *sax* —un machete grande de un solo filo que le había dado nombre a su pueblo— a las *spathas*, obtenidas de sus adversarios francos muertos. Estas eran más largas que los *sax*, poseían dos filos, disponían de una buena empuñadura y protegían la mano durante el combate mediante una gran pieza cruzada entre la empuñadura y la hoja. Todos los nobles francos poseían un arma semejante; las mejores procedían de las manufacturas Ulfberth, que confeccionaban piezas de tan buena calidad que estaba prohibido comerciar con ellas fuera del feudo bajo influencia franca y el contrabando de tales armas se castigaba con la muerte. La espada de Roldán provenía de una manufactura sin nombre, pero, al igual que todos los jóvenes guerreros francos, albergaba la secreta esperanza de algún día disponer de un arma que llevara la palabra «Ulfberth» grabada en la hoja y fuese tan valiosa que, como solían hacer los guerreros, la bautizaría con su propio nombre.

En cambio, las armas de Scurfa consistían en el *sax* tradicional colgado de una sencilla vaina de su cinturón y, si uno daba crédito a los rumores, llevaba un segundo machete remetido en la parte de atrás del cinturón, oculto bajo su capa. El mango de otro cuchillo asomaba por encima de las botas anudadas que le llegaban al tobillo. En un gesto de aparente sumisión, Scurfa podía depositar su espada a los pies del adversario sin dejar de seguir estando armado hasta los dientes. Sus pantalones de lana eran largos y, a diferencia de los francos, no los llevaba envueltos en correas por debajo de las rodillas; su capa rectangular era doble y bicolor, y una fíbula la sujetaba a su hombro derecho. En la cabeza llevaba un gorro de fieltro, de su cuello colgaba una cadena de oro con un colgante también de oro en forma de un estilizado *irminsul*, el árbol del mundo de los sajones.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Scurfa en una aceptable lengua franca y con una sonrisa burlona.

Se acercó a Ealhwine, lo contempló y después le pasó la mano por la tonsura. El erudito anglosajón pegó un respingo y se enderezó.

—Un buen siervo del dios de los cristianos que se ha afeitado el pelo para que la bendición del muerto que cuelga de la cruz penetre en su cerebro con mayor facilidad.

Los guerreros sajones rieron, pero a juzgar por el tono de las risas era la enésima vez que oían la misma chanza.

Entonces Scurfa se acercó a Turpín.

—Y aquí... otro siervo del dios cristiano, esta vez uno de alto rango que viste ropas elegantes para que su amo y señor no deje de notar su presencia cuando observa desde las nubes. Hablaría latín contigo, señor romano, si pudiera... y si fuera necesario.

Roldán aguzó el oído. No tuvo que tomar nota del rostro repentinamente tenso de Turpín para comprender que algo comenzaba a torcerse y su corazón se aceleró. Scurfa se apartó de Turpín, se plantó ante Roldán y Remi y les arrancó las capuchas sonriendo. Luego les apoyó una mano en el hombro con gesto fingidamente amistoso, pero la violencia con que les quitó las capuchas denotaba su ira.

—¿Cuál de vosotros es Remi, el hijo de Piligrim el paladín, y cuál Roldán, el sobrino de Carlomagno el usurpador? Claro, has de ser tú, so miserable larguirucho: tú debes de ser el sobrino de Carlomagno —se respondió Scurfa y, suspirando, se volvió hacia Turpín—. ¿Qué te has creído, obispo Turpín? ¿Acaso que yo no contaría con que Carlomagno intentaría un truco con el fin de liberar a la delegación sarracena? ¿Y que con ese fin enviaría a uno de sus mejores hombres? ¿Es que no sabes que tengo espías en todas partes?

Turpín le mostró los dientes como única respuesta.

Scurfa soltó una carcajada.

—Registradlos, a ver si portan armas —ordenó a sus hombres.

Pero él mismo empezó a palpar a Roldán y Remi y no olvidó cachear sus entrepiernas. Roldán comprendió el motivo: Scurfa necesitaba liberar su cólera haciendo daño a alguien.

Sin querer, Remi le facilitó la tarea.

—Lo haces muy bien, Scurfa —dijo—. Es el único motivo por el cual estoy aquí.

—Me alegro —dijo el sajón y le estrujó los genitales. Remi palideció y se le doblaron las rodillas. Scurfa lanzó una mirada de soslayo a Roldán—. ¿Y a ti no se te ocurre un comentario mejor?

—No puedo meter baza porque tú no cierras el pico —contestó Roldán.

Scurfa emitió otra carcajada colérica y soltó a Remi, que se enderezó tambaleándose y gimiendo, al tiempo que tomaba aliento para soltarle otro comentario irónico, pero Roldán meneó la cabeza. Desde el punto de vista de Scurfa, Remi era el rehén menos valioso y si se pasaba en sus provocaciones, el sajón lo mataría.

—No portas armas —dijo Scurfa—. ¿Y tú tampoco, Turpín? ¡Cuánta arrogancia! ¿Venís aquí para liberar a los rehenes y ni siquiera lleváis armas? —Y exclamó—: ¿A quién os habéis creído que tenéis enfrente? ¿Creísteis que el miedo haría que nos suicidáramos, solo porque se presentan un paladín y dos pisaverdes de la corte de Carlomagno, so arrogantes y presuntuosos?

Scurfa se había plantado ante Turpín con el rostro crispado por la ira, cerró el puño y se dispuso a golpear a Turpín, pero el paladín ni siquiera parpadeó. Haciendo un esfuerzo, Scurfa se calmó y bajó el puño.

—No, franco, no te haré ese honor. No te mereces un puñetazo.

Carraspeó y se dispuso a lanzarle un salivazo al paladín, pero este se apartó con tanta rapidez que Roldán apenas logró registrarlo. Un guerrero situado a espaldas de Turpín de pronto bizqueó hacia su frente, de la que goteaba el amarillento escupitajo de Scurfa. Turpín volvió a su posición anterior y miró a Scurfa a la cara.

—¡Hala! —dijo.

Scurfa apretó las mandíbulas y soltó el aliento.

—¡Qué más da! —dijo—. Dos paladines están en mi poder, además del niño preferido de Carlomagno. Wotan tiene buenas intenciones conmigo. Tú y tú, acompañadme, quiero asegurarme de que no hay otros condenados francos merodeando. Y vosotros atad a esos chistosos y colgadlos junto a Ganelón. Quiero que los vigiléis día y noche, y a ese —añadió, señalando a Ealhwine— llevadlo con los sarracenos. Mañana lo utilizaremos para enviarle otro mensaje a Carlomagno, para que el gran soberano de los francos comprenda que, una vez más, he sido más astuto que él.

—Informaré al rey que os encontráis perfectamente —dijo Ealhwine a Turpín antes de que se lo llevaran.

Roldán y Remi intercambiaron una mirada.

—Por suerte el pobre infeliz no conocía a Dado —dijo Remi.

Roldán no contestó. Ardía de cólera por Scurfa y de vergüenza por que hubiese sido su plan el que los había conducido a aquella encerrona. Entonces los llevaron al lugar donde estaba Ganelón de Ponthieu y experimentó una sensación muy distinta: la del más absoluto espanto.



Durante los dos últimos días Arima había sido presa de diversos sentimientos: miedo cuando los sajones atacaron al grupo de viajeros; horror al presenciar la muerte de varios guerreros francos; espanto al ver una docena de arcos apuntando a la delegación sarracena y a ella misma; compasión por Ganelón, quien, dadas las circunstancias, no tuvo más remedio que rendirse; odio por el brutal jefe sajón; consternación ante el asesinato a sangre fría de un guerrero de Ganelón solo para

utilizarlo como macabro mensajero... Lo único que no sintió fue temor por su propia vida. Un único comentario de Afdza bastó; antes de que los maniataran y se los llevaran, él había murmurado:

—No te preocupes, me encargaré de arreglar este asunto.

Ella misma no comprendía cómo ese hombre había logrado tranquilizarla mediante unas palabras y una fugaz sonrisa: él lo había dicho y ella le había creído.

Le creyó cuando los llevaron al castillo, de donde en ese momento los sajones sacaban los cadáveres de la guarnición; le creyó cuando los obligaron a entrar en la gran sala, los separaron de Ganelón y maniataron a todos los sarracenos y francos supervivientes; incluso le siguió creyendo cuando el jefe sajón se plantó ante ella y dijo que para la puesta en libertad de los sarracenos incluiría otra exigencia ante Carlomagno: a saber, que entregara a Arima a los sajones como esclava. Tan segura había estado de que Afdza cumpliría su promesa que su repuesta sosegada ante esa última amenaza fue la siguiente:

—Tres días bajo el mismo techo conmigo, sajón, y tú serías mi esclavo.

A los guerreros sajones el comentario de Arima les había resultado bastante más gracioso que a su jefe, pero a pesar de su visible cólera no le había hecho daño. Ella había contado con que la golpeará, pero él se limitó a darle la espalda.

Aunque los sajones habían atrancado la puerta de la sala por fuera, no los habían desatado. Arima supuso que se debía a que no habían dejado dentro guardias para vigilar a los prisioneros. El grupo de rebeldes era reducido y, al parecer, su jefe necesitaba a todos sus hombres en el exterior. Los prisioneros podían moverse con libertad dentro de la sala porque no les habían sujetado los pies, salvo una excepción ordenada por el jefe rebelde tras el intercambio de palabras con Arima: por lo visto, sabía juzgar quién podría resultarle peligroso. La excepción era Afdza Asdaq, a quien los sajones habían encadenado a la pared mediante dos grilletes. El sarraceno no se resistió, se limitó a no dejar de sonreírle a Arima.

El lecho de los prisioneros consistía en un montón de paja; y otro, situado en el rincón más alejado de la sala, servía de retrete, aunque fue muy poco utilizado pues casi no les habían dado de comer y beber. Arima supuso que se trataba de la recompensa por su actitud impertinente ante el jefe.

Al oír el chirrido del cerrojo todos los prisioneros alzaron la vista. Un instante después tres sajones entraron en la sala, conduciendo a otro prisionero. Era un hombre flaco cuyo escaso pelo formaba una delgada línea de separación entre su frente y la tonsura, y su barba empezaba a encanecer. Examinó la sala con los ojos entornados, el tiempo lluvioso aumentaba la penumbra reinante.

Los sarracenos y los francos bajaron la vista con aire indiferente. Los sajones cerraron la puerta a sus espaldas; dos de ellos empujaron al nuevo prisionero hacia el montón de paja, el tercero miró a Arima con los ojos como platos, al igual que el primer día. Aún era un muchacho y un suave bozo cubría su mentón. Arima le lanzó una sonrisa y, frunciendo los labios, un besito. El joven sajón sonrió, sorprendido, y

se ruborizó. Arima desvió la mirada y la dirigió a la pared donde estaba encadenado Afdza. El sajón la imitó: los grilletes colgaban de la pared, vacíos. El sajón se volvió bruscamente hacia Arima, que señaló el techo con el dedo. Boquiabierto, el muchacho elevó la vista con expresión atónita.



Roldán clavó la mirada en Ganelón y durante unos momentos dejó de forcejear con los sajones que lo habían arrastrado hasta allí, junto con Turpín y Remi. Ganelón estaba envuelto en correas de cuero que le sujetaban los brazos al cuerpo y colgaba de la empalizada a cierta altura. El sitio se encontraba al otro lado del edificio principal y lo habían escogido porque allí daba el sol, la lluvia y el viento. Las manos y los pies desnudos de Ganelón estaban azulados e hinchados y su rostro resultaba casi irreconocible. Le lanzó una mirada a Roldán y trató de decirle algo, pero sus labios reseco sangraron y unas gotas cayeron sobre su barbilla manchada de saliva y mocos.

—Si nos cuelgan allí estamos perdidos —murmuró Turpín—. ¿Lograremos llegar hasta los caballos?

Roldán se esforzó por dominarse, pues el horror le había atenazado la garganta, y tragó saliva.

—Yo iré primero, Turpín —dijo.

—Pero después de mí —dijo Remi, aún medio encogido.

Turpín sonrió.

Los sajones cometieron el error de empezar por Turpín y le pegaron un empellón. Uno cogió una correa de cuero que llevaba y los otros dos retrocedieron un paso para que su compañero pudiera enrollar la correa al cuerpo de Turpín.

De repente, el obispo se convirtió en un torbellino envuelto en un ornato bordado de oro. Tras recibir un tremendo puntapié, un sajón se desplomó y, antes de aterrizar, Turpín ya empuñaba su *sax* y derribó al otro. El hombre de la correa abrió la boca para dar la alarma, pero Turpín le lanzó el machete con la velocidad del rayo. La hoja se clavó en la boca abierta del sajón.

Roldán le asestó un codazo en la garganta a uno de los hombres que lo vigilaban y el guerrero cayó al suelo soltando un gemido gutural. Roldán se agachó y el arma del segundo hombre pasó zumbando por encima de su cabeza. Volvió a enderezarse y aprovechó el impulso para asestarle un golpe en la mandíbula con la palma de la mano. La cabeza del sajón cayó hacia atrás y el guerrero —con el pescuezo roto— se desplomó sin vida. De un brinco, Roldán alcanzó a Remi, que también había acabado con sus dos vigilantes.

La lucha solo había durado unos instantes. Siete sajones yacían en el suelo, uno se retorció y graznaba: la empuñadura del *sax* asomaba de su boca. Turpín arrancó el

arma y se la clavó en el pecho, justo en el corazón. Entonces todos miraron en torno. Su respiración apenas se había acelerado y de momento nadie había notado nada, pero eso no tardaría en cambiar. Turpín se quitó el ornato, por debajo llevaba una camisa, pantalones largos y botas, y dejó caer su pomposo atuendo al suelo.

Roldán le echó un último vistazo a su padrastro y después todos echaron a correr. Su meta eran los caballos que habían llevado a las caballerizas. Cuando los tres hombres cruzaron el patio interior a toda velocidad, algunos sajones se volvieron con expresión sorprendida y en el adarve de la empalizada los guardias lo notaron y dieron la alarma.

—¿Cuántos son en total? —dijo Turpín, resollando.

—Entre veinte y veinticinco —soltó Roldán.

Casi habían alcanzado los caballos cuando el efecto sorpresa se desvaneció y más de una docena de sajones corrían hacia ellos. Dos hombres que habían montado guardia junto a los caballos se lanzaron contra ellos y solo un instante después se retorcieron en el suelo. Con un solo golpe del *sax*, Roldán y Remi arrancaron las mantas que habían sujetado a las sillas de sus cabalgaduras. Turpín cortó las correas que sujetaban una gran alforja de cuero a la silla, la alforja cayó al suelo y se abrió. Tres *spathas* y tres hachas se desparramaron por el suelo. Turpín se deshizo del arma sajona y recogió una *spatha* y un hacha.

—¿Cuánto tiempo necesitáis? —les gritó a los otros dos.

—¡Lo que dura un beso! —contestó Remi, jadeando.

—¡Después te lo daré! —exclamó Turpín y se enfrentó a los sajones que se abalanzaban.

Remi y Roldán se apresuraron a desenrollar los arcos y las flechas ocultos entre las mantas; habían contado con que los sajones empezaran por registrarlos a ellos y solo después mirarían su equipaje. Al menos dicho cálculo había resultado acertado. Roldán tiró del lazo de la camisa que llevaba bajo el hábito: no era un lazo sino la cuerda de un arco; la de Remi había servido para sujetarle los cabellos en la nuca. El entorchocar de armas a sus espaldas hizo que Roldán se volviese: Turpín ocupaba el centro de una escaramuza y lograba mantener a distancia a sus enemigos con la espada en una mano y el hacha en la otra; así les proporcionó a Roldán y Remi los segundos necesarios para poner a punto sus arcos: los que dura un beso. Habían planeado su acción con gran coordinación.

—¿Las mujeres no se han quejado de la brevedad de tus besos? —preguntó Roldán.

Remi hizo un gesto obsceno. Los arcos estaban preparados.



El joven sajón aún tuvo tiempo de soltar un resuello de sorpresa cuando Afdza —

que durante la noche se había liberado de los grilletes y encaramado a las vigas del techo— cayó sobre él. Los pies del sarraceno golpearon al guerrero en la cara y lo arrojaron al suelo. Afdza rodó ágilmente a un lado y volvió a ponerse de pie de inmediato, se abalanzó sobre el joven aturdido y arrancó su *sax* de la vaina. Todo ocurrió tan rápidamente que solo entonces los otros dos guerreros sajones reaccionaron y se abalanzaron sobre Afdza blandiendo sus machetes. Este no dudó un instante y tanto Arima como los guerreros francos maniatados observaron atónitos los movimientos del tuerto, que más bien parecían una danza. En cambio, los sarracenos contemplaron la lucha con leve interés: parecían familiarizados con los talentos de Afdza Asdaq. El primer sajón blandió su arma, pero Afdza ya no estaba allí donde él había creído y le propinó un puntapié en el estómago. El guerrero se encogió, Afdza le agarró la cabeza y se la retorció. Arima hizo una mueca al oír el chasquido del cuello roto del sajón, cuyo *sax* cayó en las manos de Afdza. El hombre todavía no había caído al suelo cuando Afdza detuvo la arremetida del último sajón con las dos armas cruzadas. Después giró rápidamente sobre sí mismo y le arrebató el arma de la mano. Los cuerpos de ambos hombres permanecieron pegados un momento, Afdza por detrás de su adversario, hasta que el sajón exhaló el aliento y se deslizó al suelo: un *sax* surgía del pecho del guerrero, que estiró las piernas, tuvo un estertor y murió.

Afdza se enderezó y Arima lo miró fijamente. El silencio reinaba en la sala, solo interrumpido por los espasmos de los pies del muchacho medio desvanecido. La joven se echó a temblar. En escasos momentos el hombre del rostro deforme —que una madrugada había compartido ideas poéticas con ella y de quien empezaba a enamorarse— había acabado con tres enemigos sin sufrir ni un rasguño. Tragó saliva y procuró dejar de temblar, pero no lo logró. Cuando Afdza arrancó el *sax* del cuerpo de su último adversario, Arima desvió la mirada. El único guerrero superviviente soltó un gemido y parpadeó, pero no volvió en sí.

—Caramba —dijo el nuevo prisionero, a quien sus vigilantes habían arrojado al suelo y que se esforzaba por ponerse en pie. Miró en torno y luego a Afdza—. He de reconocer, muchacho, que buena la has armado.

Afdza sonrió y le dio uno de los machetes.

—Vamos, ayúdame a cortar las cuerdas que sujetan a los demás. Hemos de salir de aquí de inmediato.

Se acercó a Arima, la hizo girar y, con un único movimiento, cortó las ataduras que la maniataban a la espalda. Ella estaba mareada; le hubiera gustado dejarse caer en brazos de Afdza, pero se contuvo. Debían apresurarse a liberar a los demás prisioneros.



En poco tiempo las flechas de ambos guerreros francos acabaron con los sajones

del adarve y después con los que corrían por el patio interior hacia las caballerizas, donde en torno a Turpín se formaba un círculo cada vez mayor de adversarios fuera de combate. Las largas y pesadas flechas abatían a los sajones y sus anchas puntas — normalmente utilizadas para cobrar piezas de caza mayor— se encargaban de que los que no habían sufrido una herida mortal murieran de la hemorragia y proporcionaban un tremendo impulso a los proyectiles. Ningún sajón lograba acercarse a los francos más de unos pasos y, tras el primer ataque, Roldán y Remi echaron a correr hacia el exterior, cargaron los arcos y les dispararon a los rezagados.

Después regresaron a toda prisa, recogieron sus espadas y corrieron a ayudar a Turpín. Los sajones no se rendían. Ensangrentados y jadeando, los tres hombres intercambiaron una mirada cuando el último enemigo por fin rodó por el suelo. Con expresión incrédula, Roldán comprobó que entre los tres habían vencido a más de veinte enemigos.

—Antes de que vosotros, jovenzuelos, celebréis el triunfo, os digo que si Scurfa hubiese estado aquí estaríais tan muertos como esos bribones. Carecían de un jefe, y eso nos salvó —exclamó Turpín—. ¡Daos prisa! ¡Yo liberaré a Ganelón, vosotros id en busca de los prisioneros!

Roldán asintió, jadeando. Era como si la cabeza le flotara, pero las piernas le pesaban. Temió que si perdía el control vomitaría. Tenía rozaduras en el antebrazo causadas por la cuerda del arco, le dolían los hombros y la cuerda le había hecho sangrar los dedos. Tropezó detrás de Remi hacia el edificio principal, pero entonces recordó quién era y lo que representaba, así que adelantó a Remi y alcanzó la entrada a la sala antes que aquel.

Que Remi fuera pegado a sus espaldas y en guardia le salvó la vida. En cuanto abrió la puerta, una mano lo agarró y lo arrastró hacia dentro, alguien le hizo una zancadilla y cuando cayó de bruces oyó el siseo de un cintarazo por encima de su cabeza, bloqueado en el último instante por otro acero. Roldán se volvió bruscamente.

Lo primero que vio fue un tuerto que le mostraba los dientes con el pelo cayéndole sobre la frente: era el que había asestado el golpe; a su lado estaba Remi de rodillas, que había detenido el golpe con su *spatha*. Lo segundo —de lo cual ya no pudo despegar la vista— fue una hermosa joven que lo contemplaba con los ojos muy abiertos y se disponía a asestarle un golpe en la cabeza con un garrote que temblaba entre sus manos.

—Somos amigos —soltó Remi en la lengua de los francos.

—¿Quiénes sois? —preguntó el tuerto.

—Hemos acudido para salvaros —dijo Roldán sin despegar la mirada de la joven—. Así que tened la bondad de dejarnos con vida —resopló.

Fuera se oyó un silbido. Remi, que todavía sostenía la espada que le había salvado la vida a Roldán, clavó la mirada en el tuerto. El sarraceno le sonrió y bajó el arma. Remi lo imitó. Entonces volvió a oírse el silbido.

—Ve a ver qué pasa —le dijo Roldán.

El tuerto le tendió la mano a Roldán y lo ayudó a ponerse en pie. La joven lo contempló con curiosidad. Solo entonces Roldán notó que los demás prisioneros se apretujaban contra la pared a ambos lados de la puerta. Un sarraceno y un franco blandían sendos *sax* y los demás parecían dispuestos a luchar con las manos desnudas. Si hubiesen entrado los sajones no habrían tenido ninguna oportunidad. En medio de la sala yacían dos figuras inmóviles.

Remi entró apresuradamente. A sus espaldas, Roldán vio al obispo de Reims cargando a hombros con el gimiente Ganelón y tambaleándose hacia los caballos. Turpín se metió dos dedos en la boca y emitió un tercer silbido.

—¡Scurfa está regresando! —alertó Remi—. Y ha reunido otro puñado de guerreros ahí fuera.



Arima se mantuvo en el centro del grupo. A su lado iba el joven guerrero sajón, el primero que Afdza había sometido; tenía la nariz rota y el rostro ensangrentado y seguía aturdido. Afdza había impedido que le cortaran el gáznate.

—A lo mejor nos sirve de rehén —había gruñido.

Pero Arima intuyó que carnear al adversario inconsciente como si fuera un cerdo no iba con él.

La situación había cambiado con tanta rapidez que le costaba seguir su desarrollo. En los últimos minutos sus pensamientos solo giraron en torno a la facilidad con que Afdza había acabado con los tres sajones; su destreza implacable la había asustado y excitado al mismo tiempo, y ahora parecía que los tres guerreros francos que habían acudido en su ayuda eran tan feroces y combativos como él. El patio del castillo estaba sembrado de cadáveres; si la situación hubiese sido menos inquietante quizás el espectáculo de las numerosas víctimas la habría consternado, pero no tuvo tiempo de reflexionar.

Solo se percató de que el joven franco a quien Afdza había estado a punto de matar era Roldán, el sobrino de Carlomagno. Lo observó debatir brevemente con Afdza sobre qué convenía hacer. Creyó que discutirían, pero la sorprendió ver que ambos asentían con la cabeza y a continuación Roldán se ponía al frente de los prisioneros francos y Afdza de los sarracenos. Todos se apresuraron a recoger las armas de los sajones muertos. Arima se agachó para recoger un *sax*, pero Afdza apareció a su lado y se le adelantó.

—¡Rápido! ¡A los caballos! —ordenó—. Sal y aléjate del castillo en cuanto comience la batalla en el patio y llévate a ese, por si hubiese otros rebeldes merodeando por ahí —añadió, señalando al guerrero sajón—. Con él como rehén podrás negociar.

—¿Y tú? —preguntó Arima.

—Te alcanzaré, pero podré luchar mejor si sé que estás a salvo.

La joven vaciló un instante, su deseo era permanecer junto al sarraceno: a su lado se sentía más segura que en ninguna parte y temía por él, pero calló. Afdza tenía razón.

El sarraceno le tendió el *sax*, luego aferró al sajón y lo obligó a arrodillarse. El joven jadeó y bajó la vista: Afdza había apoyado la punta del arma en su corva.

—Un golpe y nunca volverás a caminar —gruñó el sarraceno—. ¿Comprendes lo que digo?

Presa del pánico, el sajón asintió.

—Ahora eres su rehén. ¿Por qué dios lo juras?

—Po... por Wotan —tartamudeó el muchacho.

—Jura por Wotan que te comportarás como un rehén. Si algo le ocurriese a ella, te encontraré. Si estuvieras muerto te sacaré de la tumba y me encargaré de que jamás participes en la gran fiesta celebrada en la sala de tu dios, ¿comprendido? Y si siguieras con vida, desearás haber muerto. Júrale lealtad.

—Te la juro a ti —dijo el joven con sorprendente firmeza.

Afdza lo observó y después lo levantó.

—De acuerdo —dijo—. Y ahora rápido, a los caballos.

Afdza echó a correr hacia los suyos. En el exterior se oían gritos, el fragor de la lucha y el atronador golpeteo de los cascos de los caballos. Arima agarró al sajón de la túnica para arrastrarlo, pero el sajón no se hizo de rogar.

El anciano guerrero que había cargado con Ganelón hasta las caballerizas se encargó de las monturas. Tres ya estaban ensilladas. Ganelón yacía en el suelo y procuraba ponerse en pie. Al verlo, Arima se asustó: el paladín tenía un aspecto horrible.

—Quiero... luchar —susurró y volvió a desplomarse en cuanto logró ponerse de rodillas.

Al ver a Arima, Turpín lanzó una mirada a su acompañante y un instante después el sajón estaba tendido de espaldas con la espada del franco presionándole la garganta. El viejo guerrero había reaccionado con tanta rapidez que Arima casi no tuvo tiempo de detenerlo.

—¡No! —gritó y aferró el brazo del obispo—. Es mi rehén.

—¿Ha...?

—¡Sí, ha jurado lealtad!

El franco le lanzó una mirada de soslayo y luego bajó la espada.

—¿Eres Arima Garcez? Soy Turpín Uí Néill. En cuanto...

—Lo sé. ¡En cuanto los atacantes entren en el castillo saldré por la puerta!

Turpín sonrió y de pronto ella se dio cuenta de que el hombre de nombre irlandés era un paladín, al igual que Ganelón, que soltó un quejido y dijo:

—Déjame luchar... so bastardo obispal...

Turpín lo ayudó a levantarse y lo montó a lomos de un caballo. Ganelón casi se cayó por el otro lado, pero el joven sajón lo impidió. Turpín asintió, soltando un gruñido.

—¿Eres el obispo Turpín, el paladín? —soltó el sajón—. ¡Por Wotan!

—¡Puedes admirarme después! —gruñó Turpín, jocosamente—. Aguza el oído, sajón: si a Ganelón o la muchacha les ocurre algo...

—Lo sé —dijo el joven, suspirando—. El sarraceno ya me amenazó con lo mismo. ¿Acaso entre vosotros los juramentos tienen tan poco valor que debéis reforzarlos mediante amenazas?

—Eres un descarado, sajón, pero ¡me gustas! —afirmó Turpín, arqueando las cejas.

Arima percibió un movimiento con el rabillo del ojo. El hombre de la cabeza tonsurada y la barba entrecana, el último prisionero que los sajones condujeron a la sala, estaba junto a las caballerizas empuñando un *sax* y, por lo visto, sin saber qué hacer. Quiso hablarle, pero Turpín se le adelantó.

—¡Eh, tú, erudito! No te autolesiones con ese machete —dijo y luego, dirigiéndose a la joven, añadió—: Llévalo contigo, Arima Garcez, aquí no le resulta útil a nadie... y no se te ocurra preguntarle cómo se llama.

El hombre dejó caer el *sax* como si le quemara las manos.

—Ealhwine —dijo en tono digno—, me llamo Ealhwine. Si haces un esfuerzo, no resulta demasiado difícil.

El sajón ayudó a Arima a montar en un caballo y luego montó en el otro que no estaba ensillado. Ealhwine montó con agilidad desconcertante. Ganelón se había inclinado hacia delante y se aferraba a las crines de su cabalgadura. Arima cogió las riendas del animal.

De repente Scurfa y sus guerreros irrumpieron por la puerta del castillo, lanza en ristre y en medio de un estrépito ensordecedor. Eran más de una docena de hombres que gritaban y rugían a voz en cuello. Dos de ellos fueron derribados de sus monturas, alcanzados por las flechas francas. Turpín corrió al encuentro de los otros atacantes blandiendo la espada. Un soldado sarraceno soltó un alarido cuando una lanza sajona le atravesó el cuerpo.

—¡Vamos! —gritó Arima y espoleó al caballo. Montaba a horcajadas y su vestido se había deslizado por encima de los muslos, pero de momento había cosas más importantes que atender. Se inclinó sobre el cuello del animal y tiró de las riendas del caballo de Ganelón.

Y así, Ganelón, Ealhwine y el rehén sajón huyeron a través de la puerta del castillo.

Arima se volvió buscando a Afdza con la mirada, pero solo vio a Roldán disparando flechas contra los sajones, aunque sin prestar mucha atención a lo que hacía, porque en realidad la seguía a ella con la vista y sus miradas se cruzaron brevemente. Arima hubiese jurado que, en plena batalla, el joven franco le lanzó una

sonrisa.

La asamblea del reino

Primavera de 777

PATRIS BRUNNA



Durante las primeras tres semanas tras su llegada a Patris Brunna, Arima se sintió aún más sola que en el castillo de Roncesvalles. Creyó que Carlomagno la recibiría con los brazos abiertos, sobre todo tras los sufrimientos padecidos como rehén, pero el rey no se encontraba en Karlsburg. Al parecer, había emprendido una campaña de venganza contra los rebeldes sajones acompañado de un grupo de guerreros y paladines en cuanto supo que los rehenes habían sido liberados. Había dejado órdenes de que Roldán, su amigo Remi y el obispo Turpín lo siguieran lo antes posible. Arima se preguntó si se trataría de una demostración de fuerza con el fin de impresionar a los sarracenos, pues a fin de cuentas no había logrado proporcionarles la seguridad necesaria. El ataque de Scurfa había sido un golpe muy duro y era de suponer que Carlomagno quería regresar a casa con la cabeza de Scurfa clavada en una lanza. No obstante, después de fracasar en su intento de reconquistar Susatum y volver a hacerse con los rehenes, Scurfa había sido el único que logró huir. El último guerrero que abandonó el castillo al galope junto con él fue derribado por dos flechas disparadas de manera simultánea por Roldán y Afdza Asdaq. Si el caballo del guerrero no hubiera pegado un brinco a un lado en el último instante, los proyectiles le habrían dado a Scurfa. Que justamente el jefe de los rebeldes hubiese logrado escapar debía de resultar humillante para Carlomagno.

Sin embargo, Arima consideró que hacer esperar a la delegación sarracena tanto tiempo no era muy diplomático y sospechó que tras la acción del rey se ocultaba algo más que el deseo de venganza. Quizá quería postergar el encuentro con sus huéspedes sarracenos, y en ese caso, ¿por qué? ¿Es que sabía algo que condenaba al fracaso las negociaciones sobre una posible alianza?

Arima pasaba la mayor parte del tiempo entre las mujeres: un par de ellas eran las esposas de los paladines que los habían acompañado a Patris Brunna, otras eran las de los escasos funcionarios de la corte de Carlomagno. Arima conocía a Bertha de Laon, la hermana del rey, pero ignoraba que era la madre de Roldán y que, por tanto, este era sobrino de Carlomagno. Bertha se mostraba muy circunspecta con Arima, una reserva que ella no lograba comprender.

Por otra parte, Bertha también se mostraba reservada con su esposo, Ganelón de Ponthieu. El paladín se había quedado en Karlsburg porque aún no estaba repuesto cuando Roldán, Remi y Turpín emprendieron la marcha. No obstante, se había recuperado con rapidez asombrosa. Al final de la tercera semana sin incidentes, mientras aguardaba el regreso del rey, Arima observó que Ganelón y Bertha cabalgaban fuera del castillo, ambos sosteniendo halcones en los puños y seguidos por un reducido cortejo de criados y esclavos. La sensación de tedio y el anhelo de

ser tan libre como un hombre hizo que Arima no despegara la vista de la pareja, que lucía espléndidos atuendos.

Varias veces, Ganelón apoyó la mano en el brazo o el hombro de su esposa cuando le dirigía la palabra: un gesto afectuoso mesurado y digno. Bertha no le correspondió, pero pareció decirle algo brevemente, algo que sorprendió tanto a Ganelón que refrenó su corcel y el halcón posado en su puño agitó las alas, inquieto. El paladín siguió a su mujer con la mirada, pero ella no se detuvo ni miró hacia atrás. Obedientes, los criados se detuvieron detrás de Ganelón. Por fin, el paladín dio alcance a su mujer. Pareció preguntarle algo, como si no lograra dar crédito a lo que acababa de oír, y ella asintió con la cabeza. La actitud de Ganelón cambió por completo, pasó de la amabilidad al abatimiento en un instante. El halcón volvió a agitar las alas y el ademán enfadado de Ganelón hizo que el ave se pusiera aún más nerviosa.

—Que Dios les ayude, son una pareja desgraciada —dijo una voz, y Arima pegó un respingo.

Afdza Asdaq la contempló de soslayo.

—Te he echado de menos —dijo en voz baja.

—Pues la delegación sarracena se dedica todo el día a cazar y a la cetrería, a comer y beber y observar la obra en construcción —repuso Arima, sarcástica—. Si entretanto hubieses dispuesto de un poco de tiempo, podrías haberme encontrado en el ala de viviendas detrás del edificio principal, muerta de tedio mientras las telarañas crecían a mi alrededor.

—La delegación sarracena —replicó Afdza haciendo caso omiso del tono burlón— es muy consciente de que la están entreteniéndola con fruslerías para disimular la afrenta que supone que el rey se haya marchado sin recibirlos.

—¿Hay problemas?

—Todavía no. Pero confío en que el rey regrese pronto.

Dirigieron la mirada hacia fuera, donde el grupo de Ganelón y Bertha desaparecía entre los matorrales. Un centinela de guardia en la empalizada pasó junto a ellos y le lanzó una mirada curiosa al sarraceno. Arima se había acercado a Afdza para dejar pasar al guardia y entonces dudó entre permanecer a su lado o alejarse, pero optó por lo primero. Era tan agradable estar a su lado... Rezumaba el aroma del aceite que se aplicaba en sus largos cabellos, olía a sudor y las hierbas aromáticas que los sarracenos acostumbraban poner en los arcones donde guardaban sus ropas: una mezcla que le despertó el deseo de tocar a aquel hombre fascinante.

—¿Te aburres? —preguntó él.

—Como una ostra —sonrió ella.

—¿Quieres que intente ponerle remedio?

—A las mujeres nos prohíben abandonar el castillo —contestó Arima, suspirando—, debido al peligro que suponen los rebeldes sajones. Y si nos lo permitieran, entonces solo acompañadas de un ejército de criados, guerreros y vigilantes, y sin

alejarnos de la vista de los guardias apostados en el adarve. En invierno, en mi hogar del castillo de Roncesvalles, solía cabalgar por la nieve y en verano con el viento del sur. Pero aquí... —dijo y volvió a suspirar—. No, en caso de que tengas la intención de invitarme a una cabalgada, no podré aceptar; además, aquí en Karlsburg no me divertiría.

—Mi sugerencia no implica ningún esfuerzo —prosiguió Afdza—, no supone salir a cabalgar por senderos intransitables y podemos hacerlo a la vista de todos, para que nadie albergue ideas estúpidas.

—¿Qué ideas, por ejemplo?

Afdza la contempló ladeando la cabeza. Su sonrisa y el brillo de sus ojos se volvieron más intensos, más anhelantes. Una vez más, Arima fue consciente de su cicatriz y del parche del ojo, pero con mucho retraso. Notó que el rubor ascendía por su escote y entonces se sonrojó aún más.

—Finjamos que no te hice esa pregunta —dijo ella.

—Sabes leer y escribir, ¿verdad?

Arima asintió. Él extrajo una pequeña y estrecha bolsita de cuero de su atuendo, colgada de una tirilla de cuero en torno a su cuello junto con un diminuto talismán azul en forma de mano. Afdza sacó un rollo de la bolsita y lo desplegó con cuidado. Era un delgado y flexible pergamino.

Arima contuvo el aliento.

—Es muy bello —dijo.

—Contiene un versículo del Corán, nuestro libro sagrado. Siempre lo llevo conmigo. «Condúcenos por el camino correcto.» Eso que tanto te agrada son nuestros caracteres. Dicen que el mismísimo Dios le regaló esos caracteres al Profeta. ¿Te gustaría aprender a leerlos y escribirlos?

—¡Claro! —dijo Arima sin reflexionar.

Afdza rio.

—Y si no obstante alguien albergara ideas estúpidas cuando ambos estemos sentados juntos cuchicheando, podremos afirmar que estás aprendiendo la escritura de los sarracenos para convertirte en una buena mediadora entre tu rey y sus nuevos aliados.

—¿Tú también sabes escribir?

Afdza se encogió de hombros.

—¿Acaso eso reduciría tu respeto por mí, señora?

Le tendió el pequeño pergamino y ella lo depositó en la palma de su mano con precaución, recorrió los elegantes trazos de los caracteres sarracenos con los dedos y de pronto se sintió avergonzada por tener las uñas sucias. El pergamino, que era de un blanco casi inmaculado y con letras trazadas con una tinta que brillaba al sol, parecía más valioso que el oro y las piedras preciosas.

—Enséñame ahora mismo —pidió ella con voz ronca.

Afdza asintió.

—Iré en busca de pergamino, pluma y utensilios para escribir.

Poco después, ambos estaban sentados, las espaldas contra el muro de la iglesia en construcción. Arima sostenía una tabla en las rodillas y fruncía el ceño con absoluta concentración. Afdza le explicaba que los sarracenos escribían de derecha a izquierda y afilaba el junco con que ella trazaría las letras. Al dibujar la primera letra según el modelo hecho por Afdza en un trozo de pergamino, ella se sintió tan radiante como una niña pequeña. Ver como solo mediante un líquido negro, un junco correctamente cortado y el movimiento de sus dedos creaba signos y palabras, fijaba ideas y daba forma a pensamientos, le causaba un profundo respeto. Cuando Afdza sonrió y le dijo que nunca había visto a alguien escribir la letra *arif* con tanta veneración, su tono irónico casi la enfadó y su irritación no se disipó al comprender que él le había enseñado a escribir la primera letra de su propio nombre. Arrancada de su ensimismamiento, alzó la vista y, al notar que los observaban, parpadeó presa de la confusión.

—No quería molestar —dijo un joven guerrero franco de elevada estatura—. ¿Aprendes a escribir?

—¡Roldán! —se sorprendió Arima—. Te marchaste con Carlomagno, ¿verdad? ¿Es que ya ha vuelto a Patris Brunna?

—Unos cuantos nos adelantamos, nos encontramos con los *dux* y los *comes* que viajan hacia aquí e interrumpimos la búsqueda de Scurfa. Dentro de un par de días se producirá el gran desfile militar, y después dará comienzo la asamblea del reino.

Luego Roldán saludó a Afdza con una torpe reverencia. Con un movimiento ágil, el sarraceno se puso en pie y lo imitó, antes de indicarle que se acercara.

—No molestas, amigo mío, ¿verdad, señora?

Desde la liberación de los rehenes, entre Afdza y Roldán había surgido una gran simpatía.

—No, claro que no —dijo ella, pero en realidad se sentía molesta. Haciendo un esfuerzo por disimular su disgusto y mentalmente preparada para que Roldán soltara algún comentario ignorante acerca de la inutilidad del arte de la escritura, alzó la vista.

Roldán señaló los utensilios para escribir.

—¿Puedo probarlo yo también? —preguntó, provocando el estupor de Arima. La mirada del guerrero franco, luminosa como la de un niño, hizo que su enfado se desvaneciera.

Afdza soltó una carcajada.

—Siéntate, amigo mío. Buscaré más utensilios.

Roldán tomó asiento a una distancia conveniente de la joven y le lanzó una tímida sonrisa. Luego echó un vistazo a las letras que ella había dibujado.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—Yo no podría.

—No es tan difícil...

Roldán contempló el junco entre los delgados dedos de Arima y después sus propias y fuertes manos.

—¿Cómo podría aprender a hacerlo con estas zarpas? —se lamentó.

Arima le tendió el junco, que pareció diminuto en el puño de Roldán. La joven notó la alegría nada disimulada de él: como si hubiera esperado mucho tiempo la oportunidad de aprender una destreza por la que sus camaradas se hubiesen burlado de él. Le devolvió la sonrisa y, casi sin darse cuenta, palmeó el duro puño del guerrero para tranquilizarlo.

—Lo aprenderás en un santiamén —dijo.

Debido a su entusiasmo por aprender el arte de escribir, de pronto la invadió la sensación de que lo conocía desde siempre.

La asamblea del reino se inició con el recibimiento sumamente ritualizado de la delegación sarracena y los nobles del reino de Carlomagno. La circunstancia de que todos ellos habían llegado a Karlsburg con anterioridad o —como los sarracenos— hacía semanas que aguardaban al rey, fue pasada amablemente por alto. Carlomagno, que llegó acompañado de su cohorte de guerreros un par de días después de Roldán, saludaba a sus huéspedes de manera oficial tal como correspondía a un rey: con un desfile de todos los guerreros que había llevado consigo hasta el castillo. Les habían rogado a los huéspedes que abandonaran su alojamiento temprano por la mañana y cabalgaran camino abajo durante dos o tres millas, giraran y regresaran al castillo para que Carlomagno y el ejército pudieran recibirlos. El ejército se había desplegado formando un amplio semicírculo por debajo de Karlsburg, como dos brazos abiertos que recibían a los huéspedes, con la abertura hacia el oeste, la dirección que recorría el camino y donde el paisaje llano y extenso se confundía con el horizonte lejano. Los estandartes indicaban a cuáles de los numerosos pueblos francos pertenecían los hombres agrupados en torno a ellos.

En el ejército franco, la jerarquía se demostraba a través de la posición de cada grupo. Los extremos del semicírculo estaban ocupados por la infantería, que formaban grupos de diez tras sus *centenarii*, equivalentes a centuriones romanos y al mando durante la batalla. La mayoría de esos «soldados» eran campesinos, vasallos de sus nobles señores. Por encima de sus cabezas se elevaba un bosque de puntas de hierro: las lanzas con los mortíferos garfios en las hojas. Tras la infantería se encontraba la caballería ligera, cuyos jinetes estaban equipados con cotas de malla de cuero cubiertas de escamas metálicas y argollas que centelleaban al sol. Llevaban los arcos apoyados en las caderas y Arima creyó oír sisear el viento entre ellos. El tercer grupo estaba formado por los caballeros armados. Al igual que los de la caballería ligera, esos guerreros —enfundados en sus largas cotas de malla— también pertenecían a la nobleza. Llevaban las *spathas* de doble filo en las vainas colgadas de

las sillas de montar y las largas lanzas enhiestas apoyadas en el carcaj de los estribos. A diferencia de la caballería ligera y la infantería, que solo eran convocadas durante las campañas militares o los desfiles, los caballeros armados siempre estaban de servicio; obtenían su sustento de los botines y del trabajo de los campesinos y siervos que cultivaban sus propiedades. Los caballeros armados eran la élite del ejército; convertirse en uno de ellos suponía una formación tan larga y dura que solo la superaban los mejores. Los reyes francos habían constituido otra élite a partir de esos terroríficos guerreros: la *Scara* Francisca, la tropa franca. Todos los paladines habían formado parte de la *Scara*.

En el centro de ambos brazos del semicírculo, rodeado del brillo de las armaduras y las armas, Carlomagno estaba sentado a lomos de su corcel: el inconfundible corazón y cerebro del reino de los francos. El maestro de ceremonias franco había situado a Arima en el grupo de mujeres directamente detrás del rey, junto a la reina Hildegard visiblemente embarazada, su madre la condesa Imma y Bertha, la hermana de Carlomagno. Arima se preguntó qué significaba esa posición privilegiada, porque nada de ese desfile de varios miles de personas era casual o carecía de significado. En parte, el ejercicio del poder era una cuestión de símbolos, y casi nadie era más experto en ese lenguaje que Carlomagno.

Observando la expresión de Roldán, Arima trató de adivinar si el joven guerrero se haría la misma pregunta. Carlomagno le había ordenado que se apostara ante el pequeño grupo de los hijos del rey: el pálido Pipino de siete años y aspecto enfermizo hijo de Himiltrud, la primera esposa de Carlomagno, y sus hermanastros Carlos, Adalhaid y Rotrud. Roldán, montado en su caballo ante los niños y sus amas, parecía el hijo mayor del rey y no solo su sobrino. Pero el rostro de Roldán permanecía inexpresivo e indescifrable. Se había quitado el yelmo y lo sostenía en una mano; quizás era importante que los demás pudieran reconocer, incluso desde lejos, quién era ese joven a quien Carlomagno contaba entre sus más íntimos familiares. Para ese caso, también se empleaban símbolos que Arima solo lograba descifrar en parte.

Junto a la familia real se encontraba el grupo de los clérigos: los monjes irlandeses, el abad Styrmí y el erudito anglosajón de nombre impronunciable, tanto para Arima como para los demás. El anglosajón era el único que no había adoptado una expresión solemne, sino que contemplaba todo con suma curiosidad. Que como extranjero ocupara un sitio tan próximo a la familia del rey quizá se debía a que Styrmí lo protegía. Arima ya había descubierto que el rey rara vez cuestionaba las decisiones del anciano benedictino, así como que la influencia del anciano en la corte no agradaba a todos sus miembros.

La ceremonia tardó un rato en comenzar, pero no resultaba desagradable aguardar al tibio sol primaveral y a la suave brisa con olor a hierba fresca y la acre emanación de cientos de caballos y sus sudados enjaezados de cuero. Arima volvió a lanzarle una mirada disimulada a Roldán. La brisa mecía sus cabellos en torno a su cara proporcionándole un aspecto osado. El bigote y la barba, vueltos a crecer tras la lucha

en Susatum, lo hacían parecer mayor y no encajaban con sus rasgos, pero formaban parte del aspecto de un guerrero franco libre, como su espada y su escudo. Arima recordó el aspecto de Roldán durante la liberación de los rehenes: así como la barba recortada encajaba con los rasgos afilados de Afdza, el rostro afeitado se correspondía con el semblante juvenil de Roldán.

El entusiasmo de Roldán por el arte de escribir se mantenía, aunque sin mucho éxito, a diferencia de Arima, quien ya dominaba con soltura bastantes letras sarracenas. Ella notaba la desilusión de Roldán, pero no lograba comprender por qué se empeñaba en dominar un arte despreciado por todos sus camaradas.

Como fuere, en los últimos días Roldán no había dispuesto de mucho tiempo para practicarlo. Los paladines habían obligado a los guerreros francos a entrenarse para que todos los espectáculos de destreza guerrera pudieran desarrollarse sin inconveniente. Al atardecer, cuando los jóvenes regresaban al castillo, se dormían de inmediato, al igual que sus exhaustas cabalgaduras. Es verdad que Roldán nunca olvidaba dedicarle una sonrisa a Arima e intercambiar unas palabras con Afdza, pero ni siquiera su gran energía le bastaba para proseguir con los ejercicios de escritura.

Al principio la amistad entre Roldán y Afdza la desconcertó. Era evidente que no tenían mucho en común, salvo que ambos destacaban en su entorno, no solo gracias a su estatura sino también a su actitud. En el caso de Afdza, era su dignidad serena e indestructible; en el de Roldán, una manera de pensar y sentir muy diferente a la de sus compañeros de armas.

«Y hay otra cosa que los vincula —se dijo Arima—: ¡que ambos te han robado el corazón!» Pero, pese a que de vez en cuando tenía ganas de correr riendo por los prados con Roldán, las ensoñaciones con Afdza eran de una naturaleza muy distinta.

Unos sonoros redobles de tambor anunciando la llegada de los huéspedes sacaron a Arima de sus cavilaciones. Carlomagno había enviado a todos sus paladines al encuentro de los sarracenos al mando de su suegro, Gerold de Suaborum, *comes* de Kraichgau y Angelgau, otro paladín. Los guerreros de élite cabalgaban en cabeza, detrás se agitaba un bosque de estandartes y gallardetes ondeando de las lanzas. El sol producía reflejos dorados en las cotas de malla, pulidas con ceniza hasta hacerlas resplandecer y también en los lustrados yelmos y adornos. A medida que el cortejo se acercaba, el sonido duro y rápido de los tambores creó una vibración en el estómago de Arima, que de repente empezó a seguir el ritmo de los redobles moviendo la cabeza, como muchos de los presentes. Contra el azul del cielo, los colores de los gallardetes y estandartes poseían un brillo casi mágico. En el amplio círculo de guerreros francos surgió un sonido profundo y vibrante: cada vez más hombres respondían al redoble de los tambores exclamando: «¡Homn, homn, homn!» Era como si los redobles hallaran un eco, como si la extensa formación de caballos y guerreros, banderas y armaduras devolviera los redobles y el sonido se percibiera en los huesos, aún más que los propios redobles: era como si la tierra y el aire se elevaran en torno a Arima al son de ese «¡homn!».

El cortejo formado por los delegados se aproximaba y Arima distinguió la alta figura de Afdza entre los sarracenos ataviados con ropas brillantes y coloridas. Al verlo, su corazón latió al ritmo cada vez más acelerado de los redobles y, sin darse cuenta, también empezó a repetir «¡homn!».

Entonces notó que alguien la observaba; se volvió y su mirada se cruzó con la del anglosajón de barba gris. Ealhwine la contemplaba con expresión cordial y ella le sonrió, pero no era su mirada la que había percibido, sino la del abad Styrmi que la observaba fijamente y que ni siquiera desvió los ojos cuando ella lo descubrió. Bajo la frialdad de su mirada, la sensación de formar parte de un todo y pertenecer a ese lugar desapareció. No lograba explicarse el motivo de la expresión inquisidora del anciano benedictino, pero cuando se giró ya no pudo volver a sumergirse en el torbellino del evento y los reflejos de las lustradas piezas metálicas de pronto le lastimaron los ojos.

La mirada de Styrmi persiguió a Arima hasta bien entrada la noche. En ese primer día oficial de la asamblea del reino, el tema central fue el arte marcial de los francos. Durante toda la jornada flotó por encima de Karlsburg una nube de polvo, bajo la cual los guerreros montados simulaban maniobras, libraron duelos con armas sin filo y competiciones de lanzamiento de lanzas y flechas, sin desaprovechar ninguna oportunidad para demostrar su valía. No hubo conversaciones, a excepción de las celebradas durante los interminables banquetes nocturnos, pero que rara vez fueron más allá de los recuerdos causados por el consumo del vino, las heroicidades del pasado remoto y los comentarios vulgares. En cierto momento, las mujeres se retiraron cuando la reina Hildegard les hizo un gesto, pero el silencio tardó un buen rato en volver a reinar en la sala. Arima permaneció tendida en su lecho, incapaz de conciliar el sueño y por fin ya no aguantó seguir allí en la penumbra. En su hogar de Roncesvalles solía pasear por el adarve cuando estaba inquieta. A lo mejor también aquí esa costumbre la ayudaría a dormir.

Mientras recorría el edificio principal descalza y sin hacer ruido oyó ronquidos procedentes de la sala. Al parecer, quienes se habían dormido en la mesa se habían tumbado en los lechos de paja dispuestos a lo largo de las paredes; los sarracenos — como siempre apartados— estaban tendidos en los camastros montados por sus criados. Arima pensó en Afdza y sintió un repentino anhelo y un cosquilleo en el estómago. ¿Y si entraba de puntillas en la sala y lo despertaba? ¿Si lo conducía al exterior, a la larga noche de fines de primavera hasta un rincón oculto del castillo? ¿Si ella... si ella hiciera... qué? ¿Seducir a Afdza? ¿Cómo se seducía a un hombre? De pronto se detuvo y reflexionó. ¿Cómo sería dar el primer paso? Un paso que para ella sería el primero de verdad... ¿A quién quería hacerle el regalo que una mujer solo puede hacerle a un único hombre sino a Afdza? Pero ignoraba qué debía hacer o decir para hechizar a un hombre, aunque cuando una vez más empezó a imaginar lo

que un hombre podría hacer para seducirla a ella la invadió una oleada de calor. La idea de entregarse a Afdza, de satisfacer sus deseos, de aceptarlo en el reino del placer como su señor y hacerlo feliz hizo que enrojeciera de excitación y se alegró de que nadie la viera.

Cuando estaba a punto de entrar en la sala casi a hurtadillas oyó el entrecocar de dos espadas. Dos hombres luchaban junto a la iglesia en construcción, en el lado apartado de la casa señorial. Arima se acercó sin hacer ruido y vio que la luz de la luna hacía resplandecer las espadas y sus torsos desnudos bañados en sudor. Soltó un resuello al reconocer a los contrincantes: ¡Afdza Asdaq y Roldán! Giraban uno en torno al otro acechando cada movimiento del adversario; su respiración agitada y el sudor delataban que la lucha ya duraba un buen rato. ¿Por qué se habrían enfrentado? Quiso correr hacia ellos para detener la lucha, pero vaciló al distinguir las oscuras siluetas de los guardias del castillo, que presenciaban la lucha.

En ese instante Roldán atacó mediante una finta y Afdza no fue lo bastante rápido: el franco le enganchó el pie con el suyo y el sarraceno cayó al suelo y perdió la espada. Entonces Roldán apuntó su *spatha* a la garganta de Afdza. Arima dio un respingo y, horrorizada por la imagen del arma en la garganta de Afdza y el rostro crispado de Roldán, echó a correr hacia los contendientes. Cuando su vista se aclaró, Afdza apresaba la muñeca de Roldán con las dos manos; el joven guerrero franco le lanzó una mirada atónita y el sarraceno le hizo una zancadilla, Roldán cayó hacia atrás y, aprovechando el impulso, Afdza se puso de pie, hizo un movimiento complicado con las manos y entonces la punta de su espada se colocó delante de los ojos de Roldán, que aún empuñaba la suya pero ya no la dominaba. El sarraceno le lanzó una sonrisa triunfal. Arima vio el brillo de su blanca dentadura en su rostro moreno, pero entonces sus largos cabellos se deslizaron por encima de su hombro como un velo y ocultaron los rostros de ambos contrincantes.

—¡Dios santo! —exclamó Arima.

Tropezó con uno de los guardias, que se volvió al oír su exclamación y la aferró.

—¡Alto o...! ¡Oh, perdón, señora!

—¡Detenedlos, por amor de Dios! —gritó la joven.

Pero entonces oyó la voz de Roldán:

—¡Increíble! ¿Cómo has logrado hacerlo?

Y la respuesta de Afdza:

—Es muy sencillo, te lo enseñaré si lo deseas.

Con las rodillas temblorosas, Arima se apoyó contra el guerrero que la había retenido. El hombre se volvió para no rozarla de manera indecente: Arima solo llevaba una camisa y el manto que le cubría los hombros. Afdza ayudó a Roldán a ponerse de pie, se volvió y dirigió la mirada hacia ella.

—¿Arima? —preguntó, sorprendido.

Ella se enderezó, las piernas aún le temblaban.

—¿Qué estáis haciendo, so necios? —se oyó decir.

Los guardias soltaron risitas. En voz baja, uno de ellos dijo:

—Bien, Roldán y el sarraceno han empatado. Todos a sus puestos, nadie ha visto nada, ¿comprendido? —Era Remi de Vienne, el mejor amigo de Roldán, que al parecer esa noche hacía las veces de jefe de la guardia del castillo.

Los hombres que pasaron junto a Roldán y Afdza camino de la empalizada les palmearon el hombro a ambos. Roldán se frotó las muñecas tras clavar la *spatha* en el suelo. Afdza se recogió los cabellos y se ajustó el parche sobre el ojo, pues se había deslizado hacia abajo durante el combate. Cuando se plantó ante los dos hombres, Arima olió su sudor y su corazón volvió a latir. Afdza y Roldán le lanzaron miradas de soslayo: parecían dos niños pequeños pillados robando dulces por su madre. Presa de la ira y la risa, Arima solo pudo repetir la misma pregunta anterior.

—¿Qué estáis haciendo, so necios?

—Nos batimos en duelo —dijo Afdza.

—Pacíficamente —añadió Roldán.

Afdza se tocó la comisura de la boca donde brillaba una gota de sangre.

—Bueno... —gruñó.

—No fue adrede —dijo Roldán—. Además, hace un momento casi me rompiste las muñecas.

—Tuve que agarrarte con fuerza, de lo contrario te hubieras zafado.

—¡Ja! —exclamó Roldán—. Admítelo: ¡estuve a punto de derrotarte, como la primera vez!

—En absoluto —replicó el sarraceno en tono digno.

Entretanto, Arima había comprendido lo que acababa de suceder. Desde que llegó al castillo había oído historias sobre Roldán: que salía victorioso de todos los desafíos, que era un guerrero fuerte pero también listo y astuto, capaz de convertir la mayor desventaja en una ventaja, y que nunca evitaba una competición. Durante las demostraciones del ejército siempre había estado en el centro de las pruebas más peligrosas. Era más que previsible que se midiera con Afdza, y en el fondo Arima había estado aguardando que sucediera. Sin embargo, entre ambos hombres había surgido la amistad, una amistad que impedía que se batieran a duelo en público, puesto que el derrotado sufriría una humillación. Así que esa noche se habían citado para medir fuerzas, porque los demás, tras comer y beber en exceso, no se enterarían de nada; porque Remi de Vienne, el compañero de armas íntimo de Roldán, estaba a cargo de la guardia, lo que garantizaba el secreto de lo que ocurriría allí, y porque, dadas las circunstancias, daba igual quién ganara. ¿Y qué habían averiguado? Que eran iguales. Arima no había esperado otra cosa, y si ambos se lo hubiesen preguntado podrían haberlo averiguado sin curtirse a palos.

—¡Sois como niños! —les recriminó en tono burlón, apoyando las manos en las caderas; entonces recordó el miedo que sintió al creer que Roldán mataría a Afdza y, furibunda, se volvió y se marchó.

Afdza le dio alcance a la sombra del edificio principal.

—Aguarda, señora —susurró.

Ella se volvió bruscamente. Quería gritarle que le había dado un susto de muerte, pero en el último instante se contuvo y lo miró fijamente. Él se había puesto una camisa de una tela tan fina que a la luz de la luna refulgía como plata líquida; donde se pegaba a su piel sudorosa ella vislumbró el contorno de su cuerpo.

—Sigues persiguiéndome como siempre, señor —dijo.

—Como siempre, con la esperanza de alcanzarte, señora.

Arima soltó un bufido. En realidad debería haberse sentido molesta por la insistencia de Afdza. Sin duda alguna tendría que haber sido imposible que se enamorara de un hombre como él. No obstante, el miedo que había pasado por él supuso la última prueba de que amaba a Afdza Asdaq. Él la hacía sentir una mujer deseable, le proporcionaba la certeza de que estaba dispuesto a dominar el cielo y atravesar el infierno con tal de conquistarla, y era indudable que estaba seguro de que lograría ambas cosas. Hacía que ella sospechara que la condescendencia con que él se enfrentaba a sus comentarios sarcásticos no obedecía a falta de orgullo, sino a una sensibilidad que le permitía saber que de vez en cuando ella no lograba dominarse. Ella siempre había creído que su más íntimo deseo —el de poder apoyarse en un hombre— permanecía oculto, que todos la consideraban una mujer tozuda, independiente y capaz de apañarse siendo señora de Roncesvalles. No obstante, Afdza había percibido de inmediato cuáles eran sus sentimientos y deseos. Lo que él le ofrecía —a través de su paciencia inquebrantable— eran un hombro y un brazo que siempre la protegerían y un corazón de cuya llave ella sería la única dueña, en caso de aceptarla. Al mismo tiempo, su preocupación y sus atenciones indicaban que ella no se vería obligada a pagar dicha protección sometiéndose a él. Sería un guía cuando ella lo necesitara, no un soberano. Él le indicaría el camino si ella se perdía, pero no la arrastraría a lo largo de este. Y si ella escogía el camino equivocado, él marcharía a su lado y apartaría todos los obstáculos que se interpusieran. Lo único que él quería era su corazón y su amor. A su lado, ella podría ser ella misma... Nunca había conocido a un hombre así.

Pero ¿qué significaba que durante un instante el temor por Roldán había sido casi tan grande como el temor por Afdza?

—¿Acaso aquello era necesario? —preguntó en un tono más duro del que había previsto, porque la sonrisa de él reveló que había adivinado sus sentimientos y porque lo que acababa de pensar la confundía—. Me refiero a esa pelea con Roldán —añadió.

—Para él, sí —respondió Afdza.

Una vez más, sus palabras le impidieron encontrar una respuesta y, como tan a menudo, tuvo que recurrir a la burla:

—Entonces espero que el hecho de que lograra dominarte una vez no te haya sorprendido.

Afdza se encogió de hombros, y esta vez fue ella quien le adivinó el pensamiento.

—Así que la primera vez... ¿lo dejaste ganar?

—Nunca he luchado con un adversario mejor, tanto en serio como en una competición.

—No has contestado a mi pregunta.

—Lo dejé ganar porque se lo merecía. No solo es el mejor adversario que he tenido, también podría ser mejor que yo.

—No comprendo...

—La victoria es demasiado importante para él. La derrota aún le causa demasiado temor. Por su bien, confío en que sus camaradas no se hayan dado cuenta de ello... y tampoco el rey. Roldán podría ser el mejor, pero primero ha de vencer algo que reside en su interior: su miedo a la derrota.

—Nunca ha sido derrotado en una competición.

—Porque aún no se ha enfrentado con un adversario que lo cale. No me sorprendería que los guerreros experimentados conozcan dicho punto débil de Roldán, por ejemplo el obispo Turpín, que tiene esa mirada tan escrutadora que te hace temer que vea tus sentimientos más íntimos.

—¿Entonces por qué no lo dejaste ganar la segunda vez?

—A lo mejor no quería que me tomaras por un cobarde, señora —sonrió Afdza.

—¡Tonterías! ¡A ti te resulta indiferente lo que los demás piensen de ti!

—Tú no eres los demás, señora.

Afdza le cogió la mano. Ella quiso retirarla, pero él no la soltó. Lo miró y supo que, por un momento, él vio su desesperación antes de que ella lograra disimularla: la consternación causada por su intento inútil de rechazar ese amor imposible.

Entonces Afdza le cogió las dos manos.

—Ven conmigo cuando la asamblea del reino haya acabado, señora —susurró—. No quiero tener que volver a despedirme de ti.

Arima negó con la cabeza, pero él no la soltó.

—Ven conmigo. Te mostraré el mundo.

—Mi mundo es Roncesvalles —musitó ella—. Lo demás me da igual a condición de poder conservar Roncesvalles y... —Se interrumpió antes de decir algo de lo que luego podría arrepentirse.

—¿Roncesvalles y...?

—Calla —suplicó ella.

—Podría ir contigo allá —dijo Afdza en voz baja y sonriendo—. ¿Qué hombre podría pedirle algo más a la vida?

—Ese mundo pronto te resultaría demasiado estrecho —afirmó ella en un último intento de atajar lo inatajable.

—Tú eres mi mundo, señora. Quiero dedicar mil años a conocerlo.

Ella meneó la cabeza con desesperación. Él soltó su mano, le rozó la barbilla y logró que ella lo mirara a la cara. Arima quiso decir algo, pero él le apoyó un dedo en los labios con suavidad; después volvió a cogerle la mano, se la llevó a los labios y

besó la punta de sus dedos. Arima cerró los ojos y suspiró. Él le soltó la mano.

Cuando ella logró volver a abrir los ojos, él había desaparecido. Ella contempló sus dedos y luego presionó los labios contra el lugar que habían rozado los suyos. Nunca se había sentido tan confundida, tan desorientada, tan ignorante de lo que le depararía el futuro... ni tan feliz.



Esa noche Afdza volvió a tener el sueño del campo de batalla a través del que cabalgaba y en el que todos los muertos tenían su rostro. Al igual que la anterior vez, alguien se situó detrás de él. Le dio la espalda al escenario de la batalla y se volvió: era Arima. Dio unos pasos hacia ella, hacia sus brazos abiertos, y ambos se besaron.

Entonces despertó, tan excitado que le dolía la entrepierna. En su hogar tal vez hubiera llamado a una esclava y se hubiese ocupado de que el resto de la noche ella se sintiera como una reina. O quizás hubiera permanecido tendido con los ojos abiertos, pensando en Arima. Durante sus ensoñaciones con Arima, Afdza Asdaq era más feliz de lo que jamás había sido en brazos de ninguna mujer.

El sarraceno se alegró del día venidero.



El obispo Turpín despertó y tuvo que hacer un esfuerzo para despegar su cráneo dolorido de la mesa; después salió fuera tropezando, envuelto en el frescor y la oscuridad de una incierta hora nocturna, y orinó contra la pared posterior de la casa señorial. Entonces notó una luz que ardía en la iglesia; se dirigió hacia allí y se topó con el anglosajón de nombre impronunciable y talante sabiondo, arrodillado ante el altar y rezando. El obispo estimó que podía ser maitines: la segunda hora después de medianoche, la primera oración del día. ¡Cuánto tiempo hacía que no respetaba la liturgia de las horas! ¡Cuánto que no abandonaba el lecho, maldiciendo la hora temprana con el cuerpo dolorido, y se arrastraba hasta la iglesia! Y cuánto que después no experimentaba esa sensación de pureza posterior a la primera oración del día, consistente en saber que ese día Dios también velaría por él, la tranquilidad que suponía haber hecho lo correcto para poder entregarse humildemente en manos de Dios, con la convicción de que el día sería bueno porque uno lo iniciaba libre de pecados.

Soltando un quejido, se arrodilló junto al anglosajón. Este lo saludó con la cabeza sin interrumpir sus oraciones. Ealhwine musitaba plegarias y Turpín empezó a entonarlas en voz baja. Tras un momento, Ealhwine lo imitó y ambas voces se ofrecían un apoyo mutuo: la áspera voz de barítono de Turpín y la de tenor clara y

casi juvenil del anglosajón. Las plegarias se volvieron cada vez más sonoras hasta que los cánticos resonaron en el recinto sagrado. Durante un breve lapso, los guardias apostados en el adarve olvidaron sus obligaciones y escucharon los cánticos, y la sensación de que ese día sería bueno también se apoderó de ellos.



Roldán le prestaba compañía a Remi, quien, como jefe de la guardia, estaba apostado en el través encima de la puerta. Ninguno de los dos mencionó que por esa puerta había entrado el cadáver de Dado con las flechas de Roldán clavadas en el cuerpo. Aunque estaba prohibido, Roldán había traído un odre de vino para los guardias y tanto él como Remi se sentían ligeros y abrigados. Cuando los cánticos de aquellos dos eclesiásticos llegaron hasta ellos, Roldán comentó en voz baja:

—¡Dios, es tan hermosa!

—¿Quién?

—Arima Garcez.

—¿De veras? —repuso Remi, que prefería las mujeres menudas y regordetas que llevaban los rubios cabellos trenzados en torno a la cabeza.

—No tienes ni idea —dijo Roldán.

—Hay alguien más que no logra despegar los ojos de la señora de Roncesvalles, o mejor dicho, el ojo.

—¿Afdza Asdaq?

Remi asintió y Roldán, con la mirada perdida, se sorprendió. Entonces fue como si se desprendiera de una idea que, de lo contrario, lo hubiera conducido a la incertidumbre.

—¿Qué opinión te merece? —preguntó.

—¿Te refieres a lo que haría si me enfrentase a él en el campo de batalla? —quiso saber Remi.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Las conversaciones celebradas durante la asamblea del reino versan sobre alianzas. Se trata de la paz, no de la guerra.

—¡Da igual de qué tratan: estoy preparado! —replicó Remi con expresión beligerante.

Roldán sonrió. Curiosamente, se sentía bien pese a haber perdido la segunda lucha con Afdza; no lo sentía como una vergüenza. Pensó en Arima, sobre la cual ya había hecho averiguaciones. Se sentía atraído por ella desde la primera vez que la vio, y le parecía que ella también sentía algo por él. De momento era inalcanzable, porque era la señora de Roncesvalles y Carlomagno no daría su consentimiento si le pedía su mano. La neutralidad de Roncesvalles garantizaba el éxito de las negociaciones, pero en algún momento la paz quedaría asegurada, y entonces... Puede que un hombre se impacientase cuando se trataba de encontrar una compañera de cama por una noche,

pero cuando se trataba del amor la paciencia era una virtud. El amor podía ser peligroso si uno se lanzaba a él de manera irreflexiva, y él, Roldán, se juró a sí mismo que demostraría su valía como hombre y tendría la paciencia necesaria. Estaba seguro que ello haría aumentar el aprecio de Arima por él. ¡Dios, su repentina aparición durante el duelo! Le pareció que era una de las antiguas diosas que los sajones todavía adoraban: su diosa.

¿Y también la de Afdza Asdaq?

Aunque era un guerrero, siempre prefirió la paz y no la guerra. Entonces era la primera vez que tenía un motivo concreto para preferirla. Le tendió la copa de vino a Remi y dirigió la mirada a la casa señorial: en alguna parte del ala de viviendas estaba acostada Arima Garcez. ¿Aún estaría despierta? ¿Se habría vuelto a dormir? ¿Soñaba con él... o con Afdza Asdaq?

Por la mañana la invitaría a una cabalgada. Aprender a escribir era fascinante, pero Roldán barruntaba que con lo aprendido hasta entonces no lograría impresionarla. Pero despertaría su entusiasmo con su talento como jinete. Aunque tuviera que llevarse a una legión de guardianes de la decencia... ¡tanto daba! Estaría en compañía de Arima. Y con respecto a las suposiciones de Remi —que Afdza también sentía interés por Arima—, bien, toda la vida era una competición, ¿verdad? El sarraceno lo había derrotado una vez, pero no volvería a suceder, ¡y daba igual cuánta amistad existiera entre ambos!

¡Mañana sería un buen día!



Carlomagno estaba arrodillado ante el crucifijo en un rincón del ala de viviendas que hacía las veces de capilla; procuraba concentrarse en la oración, pero solo lo logró a medias. Estaba convencido de que aquello que proclamaría por la mañana era lo correcto, pero también sabía que supondría el final de varios sueños, sobre todo el de la única persona a quien apreciaba tanto como a una hija. Había observado a Arima y Afdza, y ni siquiera había que ser muy buen observador para darse cuenta de lo que ambos sentían el uno por el otro. Bien, él no era responsable de la felicidad o la infelicidad del sarraceno, pero en el caso de Arima... Empero, él era el rey y su tarea no consistía en hacer felices a las personas sino en crear un reino y conservarlo. Un pacto con los sarracenos paganos estaba fuera de cuestión. El mismísimo Dios, le había dicho el abad Styrmi, era el responsable del mensaje que podía extraerse de la delegación del valí de Medina Barshaluna: que había desavenencias entre los sarracenos, que estaban debilitados y por tanto era el mejor momento para atacarlos. La felicidad y la paz solo surgirían cuando los seres humanos estuvieran unidos en la omnipotencia del Señor y la gloria de Jesucristo, cuyo general en la Tierra era el rey. Esa felicidad universal merecía que se sacrificara la felicidad de algunos, aun cuando

la idea le rompiera el corazón.

Mañana sería un mal día.

El joven guerrero sajón estaba en la sala. Tenía el rostro hinchado y la nariz ensangrentada; uno de sus vigilantes o él mismo debía de haberle arreglado la nariz rota, pero era evidente que tras cicatrizar quedaría torcida. Llevaba las manos maniatadas, pero las cuerdas estaban flojas y solo eran de carácter rutinario, puesto que no tenía la menor oportunidad de escapar. Turpín lo contemplaba con expresión compasiva. El obispo no sentía el menor escrúpulo si tenía que dar muerte a un enemigo para salvar su propia vida, pero si no estaba en medio de un combate prefería ejercer la misericordia cristiana. Sin embargo, sabía que ese día el joven sajón se convertiría en un ejemplo e incluso comprendía la necesidad política de hacerlo. No obstante, hubiera preferido evitar la ejecución.

El joven parecía ignorar el destino que le aguardaba. Su actitud no era sumisa, pero tampoco desafiante. Cuando el rey entró en la sala acompañado del abad Styrmi y los monjes benedictinos, hizo una genuflexión al igual que los demás.

—¿Este es el sajón del séquito del rebelde Scurfa que fue tomado prisionero en Susatum? —preguntó Carlomagno. Solo era una formalidad, todos sabían quién era el joven, pero las formalidades eran importantes, sobre todo si se trataba de la vida y la muerte.

Turpín dio un paso adelante dispuesto a certificar que se trataba de él; antes solo debía tomar la palabra el hombre que había hecho prisionero al sajón.

—Sí —dijo una voz y Turpín se volvió, sorprendido.

Siempre había supuesto que Roldán había atrapado al sajón durante la liberación de los rehenes y nunca había preguntado al respecto. Pero quien había respondido al rey había sido aquel sarraceno —cuyo papel en la delegación Turpín no tenía del todo claro—, el tuerto de la cicatriz. Un murmullo recorrió la sala y Carlomagno parpadeó con expresión sorprendida. Por lo visto había supuesto lo mismo que los demás.

El sarraceno inclinó la cabeza.

—Perdona —dijo con calma—. ¿Debería haber callado? No conozco muy bien las costumbres de tu corte, señor. Creí que había que responder a una pregunta.

Carlomagno carraspeó.

—No; has actuado muy correctamente. Tú eres Afdza Asdaq, miembro de la delegación de mi amigo el valí de Medina Barshaluna, ¿verdad?

Carlomagno tenía fama de recordar los nombres de incluso los guerreros o los huéspedes menos importantes.

—Para mí supone un honor encontrarme ante ti, señor.

—Bien —dijo el rey y se dirigió al sajón—. ¿Cómo te llamas?

—Aercenbryht, hijo de Spaerhafoc, hijo de Maethalweald —respondió el prisionero.

El rey procuró pronunciar los nombres. Turpín suspiró. Aunque más no fuera por sus nombres, los sajones se merecían ser conquistados. En realidad debieran estar agradecidos de que muy pronto sencillos nombres francos como Angegis, Héliſachar o Wandregisilus predominarían en su gente.

Turpín había regresado a su sitio pues Carlomagno, sorprendido por la aparición del sarraceno, al parecer había olvidado llamarlo como testigo.

El rey se dirigió a uno de sus escribientes, sentado junto a su trono con una tabla apoyada en las rodillas y encargado del protocolo.

—¿Puedes escribir esos nombres?

—Ni siquiera puedo pronunciarlos, señor.

Resonaron carcajadas. Turpín barruntó que el rey había contado con dicho problema y lo aprovechaba para demostrar que su jurisprudencia era capaz de superarlo todo.

—Llamaremos Clodoveo al prisionero —dijo el rey con una sonrisa—. Dicho nombre debería ser comprensible para todos.

Clodoveo era un antiguo nombre merovingio de reyes, perteneciente a la familia que se había separado de la línea de Carlomagno. Al igual que todo lo demás, el nombre era un símbolo: pertenecía al pasado, y también el prisionero sajón pronto pertenecería al pasado, y prontamente todos los sajones que se rebelaban contra la regencia de Carlomagno.

La sentencia era breve y el motivo, inapelable. Scurfa y sus rebeldes habían atacado un castillo del rey y asesinado a sus fieles criados, tomado prisioneros y maltratado a los huéspedes del rey, torturado a Ganelón de Ponthieu, uno de sus paladines, raptado a Turpín, obispo de Reims, y ofrecido resistencia a la liberación de los rehenes. Resumiendo: habían roto la paz del rey proclamada en ocasión de la asamblea del reino. El castigo era la muerte. Puesto que el *heritogo* Scurfa optó por escapar del castigo dándose a la fuga y puesto que los valientes guerreros francos al mando del obispo Turpín y de Roldán, el sobrino del rey, habían acabado con los demás rebeldes, el castigo recaería sobre el único rebelde sobreviviente, a saber, el allí presente sajón Clodoveo. Que Dios se apiadase de su alma.

—¿Lo has comprendido? —le preguntó el rey al prisionero.

Clodoveo asintió; había palidecido, y observar cómo trataba de dominar su miedo resultaba aún más amargo que si se hubiese arrodillado y llorado.

—¿Tienes algo que decir?

—No, señor —murmuró Clodoveo.

Carlomagno se puso de pie y cogió la espada apoyada contra el trono y se dispuso a desenvainarla para indicar que había dictado sentencia. La espada solo regresaría a su vaina tras la ejecución. El rostro de Clodoveo se crispó.

—Pero yo tengo algo que decir —dijo Afdza Asdaq.

Turpín notó el desconcierto de los demás delegados sarracenos. Carlomagno vaciló un momento y volvió a sentarse.

—Te concedo la palabra con sumo gusto —dijo—, porque sé que la acción de Scurfa también ha afectado el orgullo de nuestros amigos sarracenos. Pero ten en cuenta que ocurrió en suelo franco, por eso la jurisprudencia debe ser franca.

—No se trata de eso —dijo Afdza—. Se trata de lo siguiente: no puedes condenar a muerte a este hombre.

En la sala reinó el silencio. Uno de los delegados sarracenos hizo ademán de coger a Afdza del brazo y arrastrarlo hacia atrás, pero se lo pensó mejor.

—¿Qué no puedo, dices? —exclamó el rey, arqueando las cejas.

—Este hombre es un siervo. Y para condenar a un siervo es necesario la conformidad de su amo. ¿O acaso no he comprendido vuestras leyes, señor?

Carlomagno se quedó boquiabierto y le lanzó una mirada a su escribiente. Este asintió con la cabeza: el sarraceno tenía razón.

—El sajón —explicó Afdza— se sometió a mí en Susatum, así que según el derecho franco, yo soy su señor.

Carlomagno le lanzó una sonrisa forzada.

—¿Eso significa que quieres llevar a cabo su castigo tú mismo? No tengo inconveniente.

—No, no deseo eso. Es más, deseo que no sea castigado en absoluto.

El rey se puso bruscamente en pie y un murmullo recorrió la sala, un rumor que no tardó en crecer. Algunos delegados sarracenos se cubrieron el rostro con las manos. Los paladines adoptaron una expresión furibunda. Roldán contempló con irritación a su reciente amigo. Turpín se preguntó adónde quería ir a parar el sarraceno y al mismo tiempo pensó: «Sí, tiene razón. Misericordia para con los delincuentes y compasión para con los descarriados: ¡esa es la moral que Jesucristo intentó enseñarnos!» Que fuese precisamente un pagano que le exigiera dichas virtudes al rey lo hizo sonreír, y, al ver que los monjes irlandeses tuvieron que abanicar a Styrmí porque la indignación estaba a punto de asfixiar al viejo abad, su sonrisa se ensanchó todavía más.

Afdza Asdaq parecía indiferente al griterío cada vez más furioso que se elevó contra él. Carlomagno volvió a tomar asiento; su rostro permaneció inescrutable, pero Turpín conocía demasiado bien a su antiguo compañero de armas: Carlomagno se había dado cuenta de que, sin saberlo, el sarraceno le estaba haciendo el juego. Si después ofendía a la delegación sarracena con sus planes de matrimonio con respecto a Arima Garcez, no despertaría una gran simpatía entre los mensajeros del valí Solimán y más adelante podría afirmar que los sarracenos habían iniciado las hostilidades. Durante un instante, Turpín se preguntó si todo ello no estaría amañado y en realidad Afdza Asdaq actuaba por encargo del rey. Pero la consternación de Styrmí era demasiado auténtica y Carlomagno no hubiese urdido un doble juego tan perverso sin el consentimiento de su nuevo hombre de confianza, el maldito abad.

Afdza le dirigió unas palabras al sajón, pero debido al vocerío nadie las comprendió; los que más vociferaban eran los hombres de Afdza. El sajón se

arrodilló, Afdza apoyó la mano derecha en su frente y alzó la izquierda, entonces Clodoveo se puso de pie.

—Ahora —dijo Afdza, alzando la voz por encima del bullicio—, este hombre es mi siervo y por tanto miembro de la delegación. Nadie puede hacerle daño.

Pero para alguien esa fue la gota que colmó el vaso: Ganelón de Ponthieu se plantó ante Afdza y Clodoveo con la mano en la empuñadura de su espada, seguido del asustado Turpín. Si Ganelón desenvainaba la espada allí, en la sala...

Pero otro fue más rápido que Turpín: Roldán se acercó con decisión a su padrastro, se le adelantó y se interpuso entre este y el sarraceno. Ganelón se detuvo como si hubiese chocado contra una pared y la mano a punto de empuñar la espada se agitó. Entonces volvió a reinar el silencio, tan denso que casi resultaba tangible.

—Apártate —dijo Ganelón con aspereza.

Roldán negó con la cabeza.

—Le ofrecí mi amistad al sarraceno —dijo con firmeza—. Somos compañeros de armas. Mi deber es apoyarlo.

Turpín se había detenido. Si él también procuraba influenciar a Ganelón la ira del paladín se volvería ingobernable. Cuando Remi de Vienne intentó abrirse paso y ayudar a Roldán, los presentes se agitaron inquietos. Turpín le lanzó una mirada de advertencia y Remi se detuvo.

—¿Te pones de su parte, contra mí? —exclamó Ganelón, apretando las mandíbulas.

—Es mi compañero de armas —contestó Roldán alzando la voz, y luego susurró, de manera que solo Ganelón y Turpín pudieron oír sus palabras—: Solo pretendo ayudarte. Si desenvainas la espada aquí, habrás quebrado la paz real. ¡Y entonces te deshonorarás!

Ganelón titubeó; la cólera le enrojecía el rostro. Turpín se acercó a Ganelón, lo cogió del brazo, rodeó a Roldán y se situó con él detrás de Afdza Asdaq y el sajón, como si su deber consistiera en guardarles las espaldas. En la sala todavía reinaba el silencio. Afdza observó la acción de Turpín con mirada curiosa, luego volvió a dirigirla al frente, al rey.

—Señor —dijo Turpín alzando la voz—, dos paladines aguardan tus órdenes. Si el sarraceno tiene razón, los acompañaremos a él y su siervo a su lugar. De lo contrario, dinos cuál es el castigo que deseas imponer.

Carlomagno tomó aire. Su escribiente le susurró algo, pero él no pareció oírlo.

—El sarraceno tiene razón —dijo.

Entonces estalló un tumulto. Turpín le golpeó el brazo amistosamente a Ganelón y luego, dirigiéndose a Afdza, dijo en voz baja:

—Tu acción ha sido tan noble como necia, sarraceno. Has salvado la vida de un hombre a costa de la paz.

—*Inshalá* —murmuró Afdza.

Escoltaron a ambos hasta la delegación sarracena. Cuando regresaron a sus

puestos, Ganelón tragó saliva y murmuró:

—Gracias.

Mediante su elegante maniobra, Turpín le había evitado la humillación.

—Da las gracias a tu hijastro —susurró Turpín. Ganelón hizo una mueca.

De pronto Roldán se aproximó a Afdza Asdaq. El sarraceno lo saludó inclinando la cabeza y por tercera vez el silencio reinó en la sala.

Roldán extrajo algo del saco colgado de su cinto y Turpín vio que era un trozo de junco, de esos que los sarracenos usaban para escribir. Roldán lo alzó, lo rompió y dejó caer los trozos a los pies de Afdza.

Roldán cruzó la sala y se acercó a Remi; tenía el rostro crispado. Los demás considerarían que se debía a la ira reprimida, pero el perspicaz Turpín sabía que se debía al pesar, y al ver que antes de recuperar la compostura el rostro de Afdza adoptaba la misma expresión, lanzó otro suspiro. Alguien empezó a aplaudir y entonces los aplausos estallaron en toda la sala por el gesto de Roldán, con el que rescindió su amistad con su compañero de armas.

A juzgar por su expresión, era como si alguien le hubiese hecho un regalo inesperado a Carlomagno y se preguntase si aceptarlo no supondría demasiados sacrificios. El único que parecía satisfecho era el abad Styrmí: se había puesto de rodillas y no dejaba de persignarse; era evidente su alegría de que, en su gran bondad, el Señor hubiera vuelto a darle un giro favorable al asunto.



—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Arima un poco más tarde. Había encontrado a Afdza junto a la iglesia, en el lugar donde él le había enseñado las letras sarracenas. Sentado en la hierba unos pasos más allá, Clodoveo tenía cara de no haber asimilado aún el giro que había dado su destino—. Dicen que has puesto en peligro las negociaciones de paz.

—Una paz por cuya causa un único hombre pierde la vida no merece ser llamada así —dijo Afdza sin mirarla.

—Ese no es el único motivo —contestó Arima con voz trémula. Tras difundirse rápidamente lo sucedido en la sala, ella había corrido hasta allí sin que los guardias pudieran detenerla. Y como no vio a Afdza entre los miembros de la delegación, había salido fuera.

—No —dijo Afdza, y súbitamente preguntó—: ¿Recuerdas lo que sueñas?

—A veces.

—¿Qué opinarías de un sueño en el que te encuentras sola en una llanura cubierta de cadáveres y de repente unos caballeros de mirada fría y asesina se aproximan a ti en silencio hasta rodearte?

Arima se estremeció.

—Rogaría no volver a soñarlo nunca.

—Pues, la verdad, salvé a Clodoveo a causa de ese sueño.

—Dios mío, Afdza. ¿Lo soñaste anoche?

—Lo sueño desde siempre. Pero no todas las noches, lo cual supone una bendición —añadió con una sonrisa un tanto forzada.

Arima lo miró con expresión espantada. El deseo de sentarse a su lado y abrazarlo era muy intenso, pero alguien podría aparecer a la vuelta de la esquina. Permanecer allí a solas con él ya iba contra todas las convenciones.

—Al verlo allí, recibiendo su sentencia de muerte —dijo Afdza—, de pronto supe cómo se sentía. Sentía el mismo pánico que yo en el sueño. Y de repente comprendí por qué en mi sueño los caballos de los guerreros siempre parecen tan enormes. Es que yo soy pequeño, en ese sueño siempre soy un niño. Miré a Clodoveo y comprendí que en el fondo él también aún es un niño. ¿Cuántos años le calculas, Arima? Pasa por alto la suciedad y las marcas de su cara causadas por la mala alimentación, y también sus manos callosas. Contempla sus ojos. Yo lo hice cuando él escuchó la sentencia; él se esfuerza por parecer un guerrero pero seguro que apenas tiene quince años. Es un niño, Arima. Scurfa es un perro, nunca hubiese debido llevarlo consigo.

Arima le echó un vistazo a Clodoveo y recordó cómo lo había atraído y luego engañado en el castillo de Susatum, y se avergonzó. Clodoveo le lanzó una sonrisa tímida.

—El ojo —dijo, sin saber por qué lo preguntaba—, ¿cómo te lo dañaste?

Afdza se llevó la mano al parche que le cubría la cuenca vacía.

—Es un castigo de Dios.

—¿Qué?

—No, claro que no lo es, pero yo lo considero así. No lo recuerdo bien, aún era un niño pequeño. Me contaron que me lastimé peleando con otro niño por una copa de cristal de la que insistí en apoderarme. Lo derribé, cogí la copa y eché a correr, pero tropecé, la copa se rompió y caí de bruces con la cara contra la astilla más grande. Me alegro de no recordarlo. Al parecer, un médico se esforzó por conservarme el ojo pero al final tuvo que desistir y eliminar lo que quedaba.

Arima tragó saliva, pero algo de su relato no encajaba.

—¿Te lo contaron? —preguntó—. ¿Quieres decir, tus padres?

—Nunca conocí a mis padres. Mi padre era un oficial del ejército del valí de Medina Barshaluna y cayó en un combate, y mi madre murió tras el parto. Me crié en la corte de Solimán junto con otros huérfanos de los cuales el valí se había hecho cargo.

—¿Entonces el valí es como una especie de padre para ti?

—No; siempre se mantuvo distante. No, un padre no. Pero algo parecido a lo que Carlomagno significa para ti... o para Roldán. He observado vuestras caras cuando lo contempláis.

—Ahora Roldán es tu enemigo —le recordó Arima y se sintió invadida por la tristeza.

—No podía actuar de otra manera. Lo que hizo demostró mucho coraje y un gran honor. Estoy orgulloso de él.

—Y yo de ti.

—¿Arima Garcez? —llamó otra voz.

Ella se volvió. El obispo Turpín se acercaba a paso rápido.

—El rey desea verte en la sala.

—¿En la sala?

—Será mejor que vayas —dijo Afdza, que se había puesto de pie para saludar a Turpín—. Debe de tratarse de algo importante si el rey envía a su mejor paladín como mensajero.

Carlomagno la saludó con una sonrisa y le indicó que tomara asiento en un banco que habían arrimado a su trono. Presa de la confusión, Arima obedeció. Su desconcierto aumentó cuando poco después la reina Hildegard entró en la sala y, soltando un quejido, se sentó a un lado de Arima, seguida de Bertha de Laon, que se sentó al otro lado. La reina suspiró y le palmeó la mano.

—No permitas que nadie te diga que el embarazo es un regalo del Señor, niña —dijo la reina, que llamaba «niña» a todas las mujeres de la corte aunque ella todavía no había cumplido los veinte—. En realidad, es Su manera de poner a prueba la paciencia de las mujeres.

—No tengo intención de quedar embarazada pronto, señora —musitó Arima.

La reina rio.

—¡Ay, niña, eso dicen todas las jóvenes! —exclamó, y se volvió para contemplar a los guerreros reunidos en la sala, pero sin soltar la mano de Arima.

Más perpleja aún, Arima se inclinó hacia Bertha de Laon.

—¿Sabes por qué me encuentro aquí, señora? —susurró.

La hermana de Carlomagno la miró fríamente y señaló el trono.

—Él lo sabe.

—Pero...

—Calla, está por empezar —dijo Bertha.

Lentamente, la perplejidad de Arima dio paso a la preocupación. ¿Acaso estaban por acusarla en público por haberse acercado a Afdza Asdaq con demasiada frecuencia y sin estar acompañada, al hombre que había osado poner en duda la jurisprudencia del rey? Entonces recordó algo que había olvidado y un escalofrío le recorrió la espalda: ¡Adalric de Gascuña! ¿Es que su primo se había quejado por su comportamiento ante el rey? O aún peor: ¿había contado mentiras sobre ella para vengarse? Para Adalric hubiera sido muy sencillo viajar secretamente a Patris Brunna y simular que quería pedirle su mano a Carlomagno y, de paso, comentar que ella ya

le había correspondido, sobre la paja de la caballeriza de Roncesvalles, a la sombra de las rocas del paso de Ibañeta o bajo el cielo azul de los Pirineos. La reina Hildegard la contempló con aire compasivo y Arima se dio cuenta de que tenías las manos heladas.

—No hay motivos para ponerse nerviosa, niña —dijo—. El rey solo quiere lo mejor para ti.

—No comprendo...

—¡Chitón!

Uno por uno, los paladines que habían permanecido de pie detrás del trono de Carlomagno hincaron la rodilla ante el rey y luego se apostaron formando un semicírculo de cara al público. El semicírculo estaba incompleto. Los puestos a derecha e izquierda de Turpín, que se encontraba en el centro, estaban libres y también los penúltimos a derecha e izquierda. Los paladines llevaban todos los símbolos de su rango: la *spatha* colgada de la bandolera, el cuerno junto a la cadera, el hacha colgada del cinturón y el escudo colgado del hombro. El obispo solo se diferenciaba de ellos mediante la cruz de oro incrustada de piedras preciosas colgada de una cadena en torno al cuello.

Carlomagno se levantó y, para sorpresa de Arima, señaló al abad Styrmí en vez de tomar la palabra él mismo. El viejo benedictino avanzó hacia el centro de la sala con aire orgulloso.

—¡Nueve guerreros protegen a nuestro rey! —exclamó Styrmí—. Nueve héroes, tales como a Hildebrand, Wittich, Fasolt o Heime que se reunían en torno al gran Thidrek. ¡Pero Jesucristo nuestro Señor reunió a doce seguidores en torno a Él! ¿Consideráis correcto que Carlomagno, que es la espada y el escudo de nuestro Señor y que lleva Su palabra a los paganos, tal como Cristo llevó las palabras del Señor al desierto, tenga menos héroes a su lado?

Y antes de que alguien pudiera responder o comentar que aquello aplicable al hijo de Dios no necesariamente era aplicable al rey de los francos, por más que lo venerara su pueblo, Styrmí contestó a su propia pregunta retórica.

—¡No, no lo consideráis correcto! —Y tras una pausa elocuente, añadió—: ¡Esa es la cifra de Dios nuestro Señor: el doce! Doce apóstoles siguieron a Jesús. Doce meses tiene el año. ¡Y doce paladines han de estar junto a nuestro rey!

Los semblantes de los paladines permanecieron impasibles, pero incluso en medio de su confusión Arima notó que Turpín apretaba los puños y que los dedos de Ganelón se clavaban como garras en su cinturón. La sensación de encontrarse en medio de una pesadilla era creciente. Nunca había oído decir que un paladín estaba en desacuerdo con las órdenes del rey. Y entonces también notó la repugnancia en la mirada de Pilgrim de Vienne. Apenas se percató de que la reina le aferraba la mano con más fuerza; solo la oyó murmurar:

—Tranquila, niña, tranquila, todo irá bien.

—¡Doce! —clamó una voz entre la multitud, y luego otra—: ¡Doce!

Lentamente, los presentes empezaron a mostrar entusiasmo por la proclama de Styrmí, como si el hecho de aumentar el sagrado número de paladines no fuera un asunto decidido hacía tiempo.

Carlomagno alzó las manos y el silencio se hizo en el acto.

—¡Ruego... —dijo alzando la voz, e incluso en medio de su confusión Arima comprendió cuán hábil era su formulación: Carlomagno impartía una orden que suponía el mayor honor de su vida para el destinatario, y la disfrazaba de súplica—ruego al dux de Septimania que responda a mi llamado y entre en el círculo de los paladines!

Los gritos y aplausos estallaron y se convirtieron en vítores cuando el dux Beggo, que aún era un hombre joven, fue escoltado hasta el centro de la sala por su mujer y su hijo de tres años, que tropezaba cogido de la mano de su padre con el rostro enrojecido de emoción. Beggo, aún más resplandeciente de felicidad que su hijo y cubierto de todos los adornos permitidos por el gusto más bien rústico de los francos, se arrodilló ante Styrmí y recibió su bendición. Después el viejo benedictino lo condujo hasta uno de los dos penúltimos puestos y se apostó allí con el mismo porte orgulloso de los demás paladines. Los que estaban a su lado le apoyaron una mano en el hombro, los otros lo saludaron con la cabeza.

Entretanto, el grueso del público había constatado que nueve paladines más cuatro puestos sin ocupar sumaban más de doce. Los hombres intercambiaron codazos y tomaron nota del aparente error de cálculo del maestro de ceremonias de Carlomagno. El siguiente en ser llamado y, henchido de orgullo, conducido al círculo de los paladines fue Otker de Aregaua.

—Señora —susurró Arima una vez más cuando con un pequeño suspiro la reina Hildegard desvió la mirada de la ceremonia y se frotó su vientre abultado—, ¿qué hago yo aquí?

—¿No te lo imaginas, niña? —repuso la reina, sonriendo.

El misterio del aparente error de cálculo seguía sin resolverse cuando Remi de Vienne fue llamado como tercer paladín. Remi se quedó atónito. Al parecer —y a diferencia de sus dos antecesores—, nadie le había avisado. Mientras el joven procuraba recuperar la compostura, Pilgrim, su padre, abandonó el círculo de los paladines y se situó junto a Styrmí. Conducido por su madre, Remi fue hasta el centro de la sala, donde Pilgrim se desprendió de sus armas y se las entregó. Entonces el sorprendido público comprendió que el padre cedía su lugar entre los paladines al hijo... ¡y que el cálculo del rey era correcto! Pilgrim, el anciano guerrero, estaba visiblemente emocionado, no menos que su hijo Remi. Numerosos espectadores también dieron muestras de su emoción ante el noble gesto y la retirada del anciano. Hasta en los ojos de Carlomagno brillaron las lágrimas cuando Pilgrim, tras conducir a Remi a uno de los puestos desocupados, se volvió hacia el trono, hincó la rodilla ante el rey y solicitó formalmente que le permitiera retirarse. Carlomagno descendió del trono, lo ayudó a ponerse en pie y lo abrazó al tiempo que estallaban los aplausos.

Luego Piligrim abandonó la sala acompañado de su mujer. Los paladines se acercaron los unos a los otros y el hueco dejado por Piligrim desapareció.

Arima buscó a Roldán entre la multitud. ¿Cómo se tomaría el hecho de que Remi, su mejor amigo, se hubiese convertido en un paladín? Temió verlo con expresión ceñuda, pero Roldán era el que más aplaudía y su rostro irradiaba felicidad. Si alguna vez alguien se había alegrado por el ascenso de un amigo, ese era Roldán.

Después de unos momentos el silencio volvió a reinar en la sala. Todas las miradas se dirigieron al puesto desocupado del duodécimo paladín y todos intuyeron que las sorpresas aún no habían acabado. Styrmí extendió los brazos.

—Al círculo de los paladines es convocado... —dijo e hizo una pausa intencionada— ¡Roldán, el sobrino del rey!

Roldán se quedó boquiabierto. Alguien le dio un empujón en la espalda y tropezó un paso hacia delante. Bertha de Laon se puso de pie repentinamente y atravesó la sala para coger a su hijo de la mano y conducirlo hasta Styrmí. La tormenta de sentimientos que cruzó el semblante del joven y que este procuró ocultar enterneció a Arima; el desconcierto de Roldán no era fingido. Por lo visto, ni siquiera el nombramiento de su amigo hizo que le pasara por la cabeza que el último puesto libre podría estar reservado para él. Y entonces los aplausos dieron paso a un murmullo agitado al ver que quien abandonaba el semicírculo y escoltaba a su hijastro no era Ganelón de Ponthieu, sino el propio Carlomagno, que descendió del trono y se situó a un lado de Roldán. Arima observó el rostro de Ganelón: parecía tallado en piedra.

Al igual que Remi, Roldán había acudido a la sala sin sus armas y símbolos de su rango. Entonces entraron dos esclavos portando un escudo sobre el que reposaban una *spatha*, un hacha, un cinturón ornado de remaches y un cuerno, y pasaron tan cerca de Arima que esta no pudo dejar de admirar la esplendidez del cuerno. Todos los guerreros poseían un cuerno para enviar señales, casi todos cuernos de toro. Pero este era el más bello que Arima había visto nunca, de un blanco casi puro y ribeteado de anillos de plata. Al verlo, Bertha de Laon palideció.

Carlomagno ajustó el cinturón en torno a las caderas de Roldán y luego alzó la *spatha*. Todos vieron que se trataba de una pieza singular: el arma era más larga de lo acostumbrado y la hoja, más decorada. Piedras preciosas brillaban en la empuñadura y Carlomagno desenvainó la espada a medias. Los colores del arco iris resplandecieron en la hoja de acero damasquino, y por un instante brilló un nombre grabado en ella. Arima supuso que las letras formarían la palabra Ulfberht y la espada debía valer una pequeña fortuna. Un murmullo recorrió la sala.

—Esta espada —dijo Carlomagno para que todos lo oyeran— fue obsequiada por un rey a otro rey: mi padre. Y ahora vuelve a ser el obsequio de otro rey al más nuevo de sus paladines. Tiene un nombre: se llama *Durandarte*. El cuero de la empuñadura supuestamente está teñido de la sangre de san Basilio y alberga un diente del apóstol Pedro. —Sonrió—. En vez de un trozo de piel de cabra en la abertura de la vaina, se dice que tiene un trozo del atuendo de la Virgen María y, si mal no recuerdo, el

martillo del herrero incorporó un cabello de san Dionisio en la hoja. Todo eso hace que esta espada sea invencible. Ignoro cuánto de verdad hay en ello —añadió Carlomagno y su sonrisa se ensanchó—, pero hay algo que sí sé: los mandobles que mi padre repartió con ella partieron yelmos y armaduras y las cabezas de los enemigos salían despedidas como pelotas.

El público rio y aplaudió. Carlomagno deslizó la espada en el cinturón de Roldán. —Que también te vuelva invencible a ti, muchacho —dijo.

Después llegó el turno del hacha; el rey la sopesó unos instantes y después se la arrojó a Turpín. El obispo la recogió con rostro inexpresivo.

—Un guerrero que recibe un equipo nuevo al menos debe conservar una de sus viejas armas, porque estas le dieron suerte —explicó Carlomagno, mirando en torno con una amplia sonrisa—. De lo contrario, él ya no estaría aquí —añadió, causando más aplausos y risas.

»Esta es tu hacha, Roldán. El obispo Turpín me dijo que la empleaste exitosamente en el castillo de Susatum, por eso debe ser él (que como primer paladín fue tu compañero de armas) quien te la entregue.

Entonces el rey cogió el cuerno y habló en voz tan baja que todos callaron, deseosos de oír lo que diría:

—El cuerno es la boca de un comandante del ejército. Con él imparte la orden de atacar y con él llama a sus compañeros para que acudan en su ayuda cuando el enemigo lo supera en número. He hecho confeccionar este cuerno según un modelo, según otro cuerno que, al igual que tu espada, lleva un nombre: *Olifante*. El original pertenecía a tu padre, lo llevaba cuando cayó en tierras enemigas. Deja que quien te lo cuelgue del cinto...

Carlomagno se volvió hacia Bertha de Laon para entregarle el cuerno, pero ella se giró bruscamente y abandonó la sala como perseguida por las Furias. El murmullo aumentó de volumen.

—... sea yo, no como rey sino como tu tío, que aprecia a su sobrino como si fuera su propio hijo.

Carlomagno sujetó el cuerno al cinto de Roldán y los aplausos volvieron a estallar, pero menos entusiastas que los anteriores: la salida elegante del rey no logró borrar la conducta de Bertha.

Por fin el rey le entregó el escudo. Era redondo y la cara delantera estaba dividida en cuatro sectores: dos negros y dos blancos.

—Toma —dijo Carlomagno—, coge tu escudo y protege tus tierras... ¡Roldán de Maine, *marchio* de la Marca Bretona!

El público, desconcertado, tardó unos minutos en comprender, y también el honrado: Roldán no solo era ascendido a paladín, al mismo tiempo también obtuvo el cargo de margrave sobre toda la comarca fronteriza del reino franco al noroeste de la Galia. Hasta entonces Carlomagno tenía un administrador en ese lugar, pero ahora la Marca Bretona obtenía un nuevo señor. Era bastante habitual que los *marchios* de las

comarcas fronterizas se convirtieran en dux: el recorrido entre un vasallo dependiente del rey hasta un aliado casi independiente no era largo. No era imprescindible que un *marchio* viviera en la comarca de la que había sido nombrado señor, pero le incumbía asegurarla y también la lealtad de sus vasallos al rey, además de financiar el servicio militar debido al rey de por vida mediante los ingresos proporcionados por sus tierras.

—¿No estás orgullosa de él, niña? —preguntó la reina cuando Roldán, con sus armas y el nuevo escudo colgado del hombro, se arrodilló ante el rey y le prestó el juramento de lealtad como *marchio*.

—¿Orgullosa? —repitió Arima, confusa—. Me alegro por él... pero ¿por qué habría de estar orgullosa? Yo no contribuí en absoluto.

En ese momento Carlomagno ayudó a su sobrino a ponerse en pie, se dirigió a Arima haciendo un amplio gesto y exclamó:

—Y ahora, *marchio* Roldán, recibe el último obsequio. Este no procede de tu rey sino de tu tío. ¡He aquí a mi ahijada Arima Garcez, señora de Roncesvalles! Coge su mano y condúcela al trono, futuro señor de Roncesvalles. Arima Garcez será tu...

Un tumulto apagó la última palabra del rey. Los sarracenos se agitaron y soltaron rugidos de indignación. Quienes entre los espectadores habían confiado en la paz entre sarracenos y francos se unieron al vocerío, los que estaban a favor de la guerra lanzaron vítores y aplaudieron. Arima se quedó perpleja y apenas oyó las palabras de la reina Hildegard, que le presionaba la mano y, radiante de felicidad, exclamaba:

—¿Ahora lo sabes, niña? ¡Me alegro mucho por ti!

Lo único que vio fue el rostro sorprendido de Roldán, pero que luego se volvió cada vez más sonriente y lo único que realmente oyó fue la última palabra de Carlomagno, resonando en su cabeza cada vez con más fuerza: «¡esposa!».



La delegación sarracena partió al día siguiente. Se habían pronunciado palabras muy hostiles tras el anuncio de Carlomagno de que la neutralidad de Roncesvalles se esfumaba a causa del vínculo entre Arima y Roldán, demasiadas palabras hostiles. La despedida de los sarracenos fue silenciosa. Los guardias del castillo, reforzados con algunos guerreros avezados al mando de Puvis de Roselló, formaron una calle. Eran los únicos presentes. Les habían prohibido a todos los paladines, guerreros, criados y esclavos que abandonaran sus alojamientos. Los sarracenos habían llegado como amigos y se marchaban como enemigos, y Carlomagno se negó a ofrecerles una despedida honrosa. Abrieron la puerta y solo cuando se cerró detrás de la delegación, el abad Styrimi se acercó e hizo la señal de la cruz ante las hojas de la puerta, como si tuviera que purificarla de la presencia de los paganos que la habían atravesado a caballo. En lo alto, el cielo lucía brillante y azul, pero para quienes contemplaron la partida de los sarracenos y recordaron que hasta el día anterior se habían hermanado

con los hombres de Hispania, fue como si las sombras de la noche oscurecieran el día.



Arima aguardaba junto al camino tras haber cabalgado una hora. Llevaba un hábito de monje y la capucha que le cubría la cabeza la volvía irreconocible; montaba un caballo pardo de pelaje hirsuto que no era el suyo. La acompañaban dos jinetes, uno de ellos Ealhwine, de cuya alforja procedía el hábito con que ella se había disfrazado. El otro era el obispo Turpín. Sin el disfraz, Arima jamás hubiera logrado salir de Karlsburg, ni siquiera con la ayuda de Turpín. No obstante, los guardias apenas le habían echado un vistazo al erudito anglosajón y al supuesto monje en compañía del obispo.

Cuando los sarracenos se aproximaron, ambos hombres se retiraron tras los matorrales junto con sus caballos. Turpín se volvió una vez más hacia Arima; sostenía su arco con una flecha preparada.

—Si te sientes amenazada, grita —le dijo.

La joven asintió en silencio. Sabía que si abría la boca se echaría a llorar y temía que después no podría parar. La precaución de Turpín era tan conmovedora como inútil. Ningún miembro de la delegación sarracena le haría daño, no mientras Afdza Asdaq existiera.

Aunque se había quitado la capucha, los sarracenos no se dignaron mirarla. Afdza no formaba parte de la delegación y entonces Arima casi no pudo contener las lágrimas. No sabía qué esperanzas había cifrado en esa despedida; anhelaba que Afdza pudiera permanecer a su lado para siempre, y habría muerto de pena si no hubiese podido decirle adiós. Porque esa era su única esperanza... Entonces rompió a sollozar. No comprendía cómo un corazón podía soportar tal dolor sin dejar de latir. ¿Dónde estaba Afdza? ¿Acaso quería evitar esos últimos minutos que ambos podrían disfrutar juntos? ¿La detestaba, ahora que se convertiría en esposa de Roldán? «No me odies, Afdza —pensó, presa de la desesperación—, pues tu amor por mí es lo único a lo que me aferraré el resto de mi vida.»

—¿Cómo podría odiarte, señora? —dijo Afdza en voz baja.

Arima se volvió. Él estaba montado en su caballo, en la hierba junto al camino, a unos veinte o treinta pasos detrás de ella. Como siempre, se las había arreglado para acercarse con sigilo. Clodoveo, que desde el día anterior no se despegaba de su amo, había detenido su caballo un poco más allá. El joven sajón parecía triste, y entonces Arima comprendió que había pronunciado su ruego en voz alta.

Afdza condujo su caballo junto al de ella. Parecía no haber conciliado el sueño en toda la noche; bajo el yelmo asomaba un mechón de pelo. Arima sabía que su propio aspecto no era mucho mejor. El sarraceno se quitó el guante de la mano derecha y

rozó la mejilla de ella, que apoyó el rostro contra su mano, temblando y sollozando.

—Ven conmigo —dijo él con voz trémula—. Abandona a Roldán, abandona Roncesvalles. Ven conmigo...

—No puedo renunciar a Roncesvalles —repuso ella entre sollozos—. Es mi hogar. Roncesvalles es lo que yo soy.

—El hogar de un ser humano reside en su alma, no en un lugar, Arima, y el alma va allí donde va el ser humano.

—¿Es que no lo comprendes, Afdza? Si te escojo a ti e ignoro la orden de Carlomagno, me convertiría en una proscrita. ¡Nunca podría volver a Roncesvalles!

El rostro de él se crispó.

—Conquistaré Roncesvalles para ti y defenderé el castillo contra todo ataque, provenga de donde provenga. ¡Sacrificaría mi vida por defender tu hogar, a condición de poder dar el último suspiro entre tus brazos!

Arima meneó la cabeza.

—Llevaríamos la guerra a Roncesvalles, y ¿cuál sería el resultado? Mi hogar quedaría destruido, tú estarías muerto y yo acabaría mis días en un convento.

—Pero ¡habrá guerra de todos modos! Ni el emir ni el valí Solimán permitirán que el paso de Ibañeta quede en manos de Carlomagno.

—No quiero ser el motivo por el cual él acuda a Roncesvalles. ¿Cómo habría de vivir sabiendo que he traicionado mi hogar y causado su destrucción?

—¿Cómo podrías vivir sabiendo que has traicionado nuestro amor?

—Tendré que hacerlo.

—¡Dios mío, Arima!

Ella vio el dolor reflejado en su mirada.

—Por favor —volvió a susurrar Afdza, pero no pudo decir nada más.

La joven negó con la cabeza, convencida de que en cualquier momento se desplomaría del caballo, porque su corazón se rompía en mil pedazos.

—Adiós, amado mío —dijo y se volvió.

—¡Aguarda!

—No lo hagas todavía más difícil, Afdza. —Ella no quiso volver a mirarlo, pero cambió de parecer.

Con manos trémulas, Afdza trataba de quitarse una cinta que llevaba atada al cuello; entonces la arrancó de un tirón y extrajo la bolsita de cuero con el rollo de pergamino y el amuleto en forma de mano.

—Quiero regalártelo —dijo.

Ella aceptó el presente a pesar de que una voz interior le dijo que lo rechazara, porque de lo contrario lo contemplaría y tocaría todos los días y se acordaría de él y la herida de su corazón nunca cicatrizaría. Pero la otra voz, la que decía «así al menos tendrás algo suyo» era más poderosa.

—La gente de mi pueblo llama *jamsa* a ese amuleto —dijo él—. Es la mano de Fátima, la hija del Profeta. Mantendrá alejado de ti todo mal. Y el papiro... —Su voz

se quebró.

—Condúcenos por el camino correcto —susurró Arima.

—Nunca más transitaré por el camino correcto. Y ya no tengo que temer el mal, porque lo peor que podía sucederme ya me ha sucedido.

—No me odies, Afdza.

—Te amo —respondió él.

Ella asintió sin corresponderle. No quería decirlo. Reprimir esa declaración casi la asfixió, pero lo logró. Él volvió a contemplarla con esperanza desesperada, luego bajó la cabeza, volvió su caballo y cabalgó hacia Clodoveo. El joven sajón lo saludó tímidamente con la mano. Afdza le dijo unas palabras y luego espoleó su caballo. Levantando lodo y briznas de hierba, ambos se alejaron al galope.

—¡Te amo, Afdza! —gritó ella a sus espaldas. ¡Dios, cómo pudo hacerle eso, cómo pudo negarse a decírselo!—. ¡Te amo!

Pero sabía que su voz no lo había alcanzado y se derrumbó en la silla de montar. El regalo de Afdza se deslizó de su mano y cayó al suelo. No tuvo fuerzas para recogerlo.

Turpín y Ealhwine salieron de entre los matorrales. Hacía un buen rato que el obispo había guardado la flecha en el carcaj. Ealhwine desmontó, recogió la bolsita y el amuleto y se lo tendió. Ella le dio la espalda. Ealhwine aguardó un instante y después se guardó el talismán.

Turpín no dijo ni una palabra. Le cubrió la cabeza con la capucha, cogió las riendas de su caballo y la llevó de regreso a Karlsburg.

A la mañana siguiente, cuando Arima despertó de un sueño que había sido como un desvanecimiento, lo primero que vio fue el regalo de Afdza apoyado en la almohada. Ealhwine debía de haber recurrido a una treta para conseguir que un criado lo dejara en su lecho mientras ella dormía. Lo cogió, se lo llevó al corazón y lloró amargamente, aún más amargamente que al llorar la muerte de su padre.



Tras despedirse de Arima y galopar sin rumbo como un demente en un intento de escapar del dolor insoportable que lo atenazaba, Afdza, seguido a duras penas por Clodoveo, volvió a dar con sus hombres. Los sarracenos se habían detenido a escasa distancia de un jinete atravesado en el camino, que los contemplaba sin aproximarse.

Los delegados y los soldados sarracenos se apartaron y Afdza avanzó a lo largo del pasaje que formaron. Pese a la distancia, reconoció al solitario jinete: era Roldán.

Afdza ordenó a Clodoveo que no lo siguiese y espoleó su caballo. Abu Taur bin Quasi, el valí de Wasqa y jefe de la delegación, lo detuvo.

—Podría ser una trampa, *sidi* —le advirtió.

Afdza negó con la cabeza.

—No, no lo creo. —Saludó al valí con la cabeza y cabalgó hacia Roldán.

El franco estaba pálido y parecía tenso. Ambos hombres se saludaron inclinando la cabeza y guardaron silencio.

—Estás desarmado —dijo Afdza por fin.

—No he venido con afán de pelea.

—¿Estás solo?

Roldán meneó la cabeza e indicó un seto. Remi, que se había retirado con su caballo detrás del seto, se dejó ver, saludó al sarraceno con la cabeza y volvió a su escondite.

—Carlomagno prohibió a todos los paladines que se despidieran de nuestra delegación —dijo Afdza.

—No estoy aquí para despedirme de la delegación sino de ti.

Afdza asintió lentamente; Roldán jugueteaba con las riendas y el sarraceno se percató de su nerviosismo, pero sabía que el joven paladín debía encontrar por sí mismo las palabras que le abrasaban el alma.

—No quería que las cosas tomaran ese cariz —soltó por fin.

—Creo que solo unos pocos lo deseaban.

—Y tampoco quiero ser tu enemigo. Ten... —dijo Roldán y le tendió el junco que había roto ante sus narices durante la asamblea del reino. Había vuelto a unir ambos trozos con una cinta de cuero.

Afdza aceptó el obsequio con aire digno y Roldán esbozó una sonrisa.

—Temo que escribir con ese junco no resultará fácil.

—Es verdad —contestó Afdza—, no encaja muy bien en la mano.

Roldán soltó un bufido.

—¡Y que lo digas!

—La impaciencia es mala consejera para un alumno.

—En mi caso la paciencia resultaría inútil. Sencillamente, no puedo hacerlo.

Afdza se inclinó y le dio una palmadita en el hombro.

—Puede que la próxima vez nos enfrentemos en el campo de batalla —dijo—. Créeme si te digo que hasta ese momento deseo que Dios guíe tus pasos y tu mano.

—La correcta respuesta franca a tu deseo sería la siguiente: tú también a mí —replicó Roldán, pero le devolvió la sonrisa.

Afdza guardó el junco.

—Si complaciera a Dios que no volvamos a encontrarnos en el campo de batalla, te dictaré la correcta respuesta franca en mi propia lengua y exigiré que la escribas con este junco.

Ambos se miraron, conscientes de que lo que realmente debería haberse dicho todavía no se había pronunciado.

—Siempre serás bienvenido en Roncesvalles —dijo Roldán.

—Gracias, pero jamás aceptaré tu invitación.

—Yo también la amo —añadió Roldán en voz baja.

Pese a que esas palabras le desgarraban el corazón, Afdza asintió en silencio. «¡Nunca podrás amarla como yo!», pensó.

—¿Nos deseas suerte?

Afdza tuvo que apretar los dientes para que su expresión revelara lo que sentía y volvió a asentir.

—Lo siento mucho —dijo Roldán.

—*Yarhamukalá* —repuso Afdza con un nudo en la garganta—, que la bondad del Señor sea contigo.

El amor de un paladín
Principios de verano de 777

PATRIS BRUNNA



Arima tardó varios días en recuperar el interés por su entorno y aún muchos más hasta que la vieron sonreír por primera vez, y solo fue la sombra de una sonrisa. Para ella fue una época en la que llegó a la conclusión de que nada tenía sentido; el dolor que la invadía era tan profundo que ya no lo percibía como dolor sino como un estado. Incluso la sencilla tarea de coger un peine para arreglarse el cabello le resultaba casi imposible. El ligerísimo peine de hueso pesaba demasiado en su mano y, además, ¿para qué habría de peinarse si el único con respecto al cual su aspecto no le era indiferente se encontraba a una distancia inalcanzable? Así que a menudo permanecía sentada con la mirada perdida, hasta que una de las doncellas acudía y la peinaba. Antes la enorgullecía realizar sus tareas cotidianas sin ninguna ayuda, pero ahora las doncellas y criadas le resultaban imprescindibles para todo. Ya no había nada que la enorgulleciera, excepto la certeza de que la herida en su corazón sangraría mientras siguiera con vida. Durante las primeras semanas tras el fallecimiento de su padre lo echó mucho de menos al ver su silla vacía en la mesa o al acariciar su escudo y su espada colgados en la sala, pero a Afdza lo echaba de menos con cada respiración, con cada latido de su corazón, con cada parpadeo... A veces lo sucedido le parecía tan inconcebible que creía encontrarse cautiva de una pesadilla; entonces su desesperación se reducía unos instantes porque le parecía que Afdza acudiría en el acto y la despertaría de ese sueño atroz. La oscuridad en que se sumía tras dichos instantes era absoluta y fría, una garra helada e invisible que le envolvía el alma y la estrujaba hasta quitarle el aliento. A veces se veía obligada a sentarse en el suelo porque las piernas no la sostenían. En cierta ocasión en que la encontraron junto a la iglesia, encogida sobre la hierba como una larva y al parecer sin percatarse de la lluvia que la empapaba, el rey dispuso que una criada la acompañara en todo momento, incluso al retrete. Eso no le provocó vergüenza ni molestia, lo único que sentía era el vacío, un vacío que jamás volvería a llenarse.

De vez en cuando reunía energía suficiente para maldecir a alguien: a Carlomagno, que se había apropiado de su destino para conducirlo en la dirección equivocada; a ella misma, por no haber comprendido que la propuesta de Afdza de marcharse con él era lo mejor que podía haberle ocurrido, y por ser tan necia de haberlo rechazado. Maldecía Roncesvalles, porque era lo que la anclaba al mundo y le había impedido seguir los dictados de su corazón. Y a veces también a Afdza, solo por existir: si jamás se hubiese encontrado con él, el amor no habría despertado en su corazón y no podría torturarla como en el presente. De vez en cuando incluso maldecía el mismísimo amor.

Si bien algunos días el sol primaveral ya entibiaba la casa de madera situada

detrás del edificio principal, en su interior reinaba un frío gélido. Cuando estaba tendida en su lecho con la mirada clavada en la oscuridad de la noche y muerta de frío, todo su cuerpo se encogía de dolor. A pesar de comer lo suficiente —porque sus criadas insistían hasta que se llevaba unos bocados a la boca y los tragaba sin saborearlos— adelgazó mucho. Cuando la reina Hildegard gritaba de dolor durante el parto de su hijo Carlomán, Arima quiso apropiarse de ese dolor con la esperanza de que apagara el suyo. En cierta ocasión fue a las caballerizas y ensilló su caballo para escapar, para cabalgar sin rumbo hasta que ella y el animal se desplomaran exhaustos. Más de una vez la visión de estar tendida en un páramo, de morir y que su alma se deslizara hacia el gran olvido, le resultaba una fantasía seductora.

Había dos personas que no dejaban de alimentar la cada vez más menguada voluntad de vivir de Arima, tanto como para que la pequeña llama siguiera titilando sin apagarse del todo. Uno de ellos era Ealhwine. Cuando Turpín se hizo cargo de él, el abad Styrmi y los monjes benedictinos dieron la espalda al erudito anglosajón. Pero Turpín se marchó poco después de la desavenencia con los sarracenos —prácticamente sin la bendición de Carlomagno, según se rumoreaba— y dejó al anglosajón librado a su suerte.

Ealhwine vio a Arima sentada en la hierba con la mirada perdida y se acercó; unos pasos más allá, la criada se ocupaba en trenzar un cesto con ramitas de sauce. Si Ealhwine le hubiese dicho lo mismo que todos los que procuraban sacarla de su ostracismo, ella quizá ni siquiera habría notado su presencia. Pero el erudito no murmuró «que se haga la voluntad del rey», ni «los caminos del Señor son insondables» ni «¡todo se arreglará!». Se limitó a decir:

—El sarraceno era el único que sabía pronunciar mi nombre correctamente.

Arima alzó la vista.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Ealhwine llevaba un pergamino envuelto en cuero bajo el brazo y parpadeó como una lechuza.

—Me refiero a Afdza Asdaq —respondió.

—Ya —fue lo único que contestó Arima, pero había salido de su ensimismamiento y no desvió la mirada. Ealhwine gesticuló con el otro brazo.

—¿Puedes trazarlas sin su ayuda? —preguntó.

—¿Que si puedo trazar qué?

—Las letras sarracenas.

Arima le lanzó una mirada sorprendida.

El anglosajón siguió gesticulando.

—Hace una eternidad que albergo una idea —soltó—. Le agradecerá a tu rey, pero antes de presentársela quiero estar seguro de que he reflexionado correctamente al respecto. De ahí mi interés por la escritura sarracena.

El rollo de pergamino cayó al suelo cuando Ealhwine empezó a agitar el otro brazo; lo recogió, tomó asiento junto a Arima en la hierba, estiró las piernas y dijo:

—¿Permites que me siente a tu lado?

—Un «no» ya no tendría sentido, ¿verdad?

Su criada observó al anciano con mirada suspicaz, pero luego siguió con su tarea.

—Él te las enseñó, ¿no? Las letras, quiero decir. Todas, ¿verdad? —preguntó Ealhwine, retorciendo el pergamino.

—¿Cuál es esa idea? Esa que albergas hace tiempo...

Ealhwine alzó las manos como si quisiera abarcar el mundo.

—La de una nueva escritura —dijo en tono significativo.

—¿Así que opinas que aún no existen escrituras suficientes?

—Al contrario. ¡Hay demasiadas! ¡Y las que existen no son las adecuadas para el reino de los francos! Mira, señora... —dijo, y desenvolvió el misterioso rollo.

Contenía trozos de pergamino, cortezas de abedul y cuero cubiertos de letras.

—En la zona meridional del reino de Carlomagno escriben con mayúsculas, tal como hacían los césares. Al norte han eliminado las mayúsculas; aquí, todas las letras se han convertido en una escritura denominada *uncialis*. Al este, es decir en esta región, escriben de un modo similar al de mi patria; esa escritura se llama *futhorc* y no guarda ningún parecido con las otras dos.

—Ajá —dijo Arima—. Y tu idea consiste en unir todas esas escrituras en una sola.

—No del todo. Para ser exactos, se trata de inventar una escritura completamente nueva.

—¡Oh...!

Ealhwine tomó impulso.

—Entonces dicha escritura será empleada en todas las notarías y escribanías del reino franco, la comprensión entre el oeste y el este, entre el norte y el sur dejaría de ser un problema. Y mediante la ampliación del reino franco, la nueva escritura llegará a todas partes... Todos utilizarán las mismas letras y les adjudicarán el mismo significado, todos se convertirán en hermanos y hermanas espirituales... ¡Un solo pueblo, unido no por la espada sino por la pluma!

—¿Qué aspecto tendrán tus nuevas letras?

—Pues... Bien, en honor a la verdad, aún las estoy bosquejando —dijo el erudito, a la defensiva.

Arima se sorprendió de estar sonriendo.

—Por eso me gustaría ver las letras sarracenas... A lo mejor me sirven de inspiración.

La joven cogió el junco que, junto con los demás utensilios de escritura del erudito, había contenido el rollo de cuero: un saquito de tizne, otro de goma arábica en polvo y una pequeña ánfora de arcilla tapada con un corcho que contenía vino o vinagre para disolver el tizne y la goma arábica y convertirlas en tinta. Las letras que

Afdza le había enseñado aparecieron ante ella y también el recuerdo del modo en que se hacían los trazos para que la escritura resultara pareja. Entonces comprendió que nunca más podría dirigirle una mirada interrogativa a Afdza tras dibujar una letra ni volvería a oír sus elogios o correcciones. Se echó a llorar y Ealhwine la abrazó y dejó que se desahogara.

—Ya, ya —murmuró tras unos momentos y le dio unas palmaditas en la espalda—, ya, ya, *Dúnaelf*: lo sé, lo sé... a veces es como si el mundo se hundiera.

Solo mucho después Arima se preguntaría si toda esa historia de la inspiración a través de las letras sarracenas no habría sido una excusa del anciano erudito. Hasta entonces ella había llorado su pena en la hierba o bajo las mantas, tendida en su lecho; y a partir de aquel momento dispuso de un hombro y el consuelo de un corazón compasivo. ¿Acaso Ealhwine se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba a alguien entre cuyos brazos desahogarse? No se lo preguntó y él jamás lo mencionó. Pero era un hecho que, tras aquel encuentro en el jardín, por primera vez en mucho tiempo empezó a encontrarse un poco mejor.

La otra persona que contribuyó a mantener vivas las ganas de vivir de Arima durante esas penosas semanas fue una de quien no se lo habría esperado: Roldán.

Tras la partida de los sarracenos, Carlomagno ordenó reforzar las patrullas. De la conversación de los hombres, Arima dedujo —sin que realmente la afectara— que varios espías habían seguido a la delegación sarracena durante varios días. Si los sarracenos hubieran intentado establecer contacto con los rebeldes sajones, Carlomagno lo habría averiguado a tiempo. Pero, por lo visto, los sarracenos solo tenían una meta: llegar a casa lo antes posible para informar a su señor, el valí Solimán bin al Arabi, del fracaso de la misión y de que quizá se avecinaba una guerra. Las patrullas estaban formadas por los restantes paladines y otras partidas recorrían los alrededores para comprobar que los jefes sajones derrocados no preparaban otra rebelión en alguna parte. Por fin, Carlomagno se tranquilizó con los informes de sus guerreros y prosiguió con la asamblea del reino como de costumbre: dictando sentencias, estableciendo convenios comerciales, realizando conciliaciones, fijando límites territoriales y firmando ceremoniosos acuerdos. Pilgrim entregó el gobierno de su condado en la ciudad de Vienne, vinculado a su rango de paladín, a su hijo Remi, y Carlomagno le adjudicó otro feudo en una comarca fronteriza al pie de los Pirineos. Durante el nombramiento, Arima aguzó el oído porque el feudo se encontraba a escasa distancia de Roncesvalles, pero después volvió a olvidar el asunto. Varios grupos reducidos de sajones se hicieron bautizar, al parecer obligados por sus *edelinges*, quienes, debido al ataque de Scurfa, temían represalias de los francos. Con infinito entusiasmo, Styrmi sumergió a los bautizados en las aguas del río Pader, de las que emergían empapados y como flamantes cristianos pero con cara muy poco amistosa. Pasaron revista a muchachos que podían portar armas por

primera vez; los guerreros más fuertes se medían entre sí lanzándose insultos y participando en competiciones. Los veteranos permanecían sentados a un lado en la hierba al sol, comentaban sus cicatrices, se aseguraban los servicios de una criada bien dispuesta para pasar las noches, de las que los participantes en las competiciones no podían disfrutar porque caían en sus camastros cubiertos de moratones y rasguños, además de borrachos como cubas.

Durante esos días, los paladines apenas hicieron acto de presencia. Todas las mañanas, los once hombres restantes abandonaban el castillo a caballo y solo regresaban al atardecer. Se cuchicheaba mucho sobre la partida de Turpín y sobre que, de momento, el número de paladines no se correspondía con la cifra anterior ni con la nueva y sagrada. En caso de que los guerreros de élite se hicieran preguntas al respecto, lo disimulaban muy bien. El objetivo de esas cabalgadas consistía en integrar a los cuatro nuevos miembros al grupo cuanto antes, en averiguar sus principales virtudes y corregir sus defectos. Cuando los paladines entraban en combate no lo hacían en formación ni colectivamente: eran un grupo de combatientes individuales y cada uno ejercía sus destrezas al tiempo que procuraba favorecer a sus compañeros de armas. Regresaban de esas excursiones cubiertos de polvo, a veces de moratones y chichones, siempre sudorosos y agotados.

Junio casi había acabado cuando Roldán se plantó ante Arima. Habían transcurrido varios días desde el encuentro con Ealhwine, quien había proporcionado cierto alivio al maltrecho corazón de la joven, como si las lágrimas derramadas en el hombro del anciano hubiesen lavado una parte de su pena. Sus pálidas mejillas habían recuperado un poco de color y ese día se había peinado y trenzado los cabellos ella sola por primera vez.

—Por fin te veo —dijo Roldán—. ¡Cielo santo, si hubiese sabido que el nombramiento como paladín significaba que no podría hablar contigo durante tanto tiempo, lo habría rechazado!

Arima inspiró profundamente. Después de despedirse de Afdza había tratado de no pensar en Roldán, temerosa de que su aprecio por él se convirtiera en odio. Que sintiera algo por Roldán volvía aún más amarga la tragedia causada por Carlomagno.

—¿Quieres tomar asiento? —preguntó Arima en tono casi tímido, e indicó el sitio a su lado.

Sonriendo, Roldán sacudió la cabeza.

—¡Qué va! ¿Acaso quieres quedarte sentada en un banco en esta sala oscura cuando fuera luce el sol, cantan las aves y Dios creó el día para disfrutar de él? ¡Ven conmigo!

Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, como solía hacer en los días en que todo aún era sencillo. Entonces titubeó y volvió a retirarla, carraspeó e hizo una pequeña reverencia.

—Señora, te ruego que os preparéis, tú y tu criada, y me acompañéis.

—¿Adónde?

—A ninguna parte, a cualquier lugar, pero fuera de este oscuro edificio. —E hizo un ademán que abarcaba todo el orbe—. ¡Ya he hecho ensillar tres caballos!

—No tengo ganas, Roldán. Gracias de todos modos.

—¡Tonterías! Lo único que pasa es que aún ignoras que tienes ganas.

—¡Sé muy bien de qué tengo ganas! —contestó Arima en tono duro.

—¿Y quieres quedarte aquí sentada y ayudar a tu criada a trenzar cestas?

—Sí, así es.

—Eso demuestra que no sabes lo que quieres —replicó Roldán, sin dejarse impresionar.

—Sí que lo sé.

—No, no lo sabes.

—Sí... —Arima se dio cuenta de lo estúpida que sonaba esa conversación.

Roldán puso los brazos en jarras y, con una imitación sorprendentemente exacta del tono empleado por Arima la noche de su duelo con Afdza, dijo:

—¡Como los niños!

—Señor —dijo Arima en tono formal, dejó a un lado su labor y se puso de pie—, no deseo «disfrutar del día» contigo.

Roldán pasó por alto su reticencia y señaló a la criada.

—Eh, tú, deja la cesta y empaca algo de comer y beber para ti y tu ama. Y trae unos mantos, por si una tormenta corona el día soleado. Lleva todo a las caballerizas, donde aguardan los caballos.

—Sí, señor —dijo la criada.

—Un momento —saltó Arima al tiempo que la muchacha se alejaba a toda prisa—. Acabo de manifestar con toda claridad que...

—... que no sabes lo que es bueno para ti. Iremos de excursión a caballo, prometida y prometido. Y para que no haya habladurías también nos acompañarán tu criada, Remi y el viejo Piligrim.

—Pero ¡yo no! —estalló Arima con tozudez y a duras penas reprimió el impulso de patear el suelo como una niña.

—Sí, sí —se empecinó Roldán y se dispuso a marchar—. Te aguardo en las caballerizas.

—¡No iré contigo!

—Luce el sol y las aves cantan —añadió Roldán antes de abandonar la sala—. ¿Ya te lo he dicho? Da igual. ¡Luce el sol, las aves cantan y quiero mostrarte algo que te gustará!

Arima se quedó sin habla y lo siguió con la mirada. Luego se sentó y cogió la cesta, algo con lo que Roldán parecía haber contado porque instantes después unos gritos y un par de maldiciones llegaron desde el exterior y entonces se abrió la gran puerta de la casa señorial —antes solo estaba abierta la puertecilla—. Incredula,

Arima vio cómo Roldán entraba a caballo arrastrando otro corcel de las riendas: la yegua de Arima. Los cascos repiquetearon en el apisonado y duro suelo de la sala.

—Monta —dijo Roldán.

—Ni hablar.

La yegua de Arima alzó la cola y dejó caer un montón de bosta en el suelo.

—Todos te culparán a ti —dijo Roldán—. A fin de cuentas es tu caballo y si no nos damos prisa, habrá más bosta.

La yegua de Arima piafó y agitó las crines: era como si dijera «monta de una vez para que este pesado cierre el pico».

Arima miró en derredor. Los mirones se apiñaban junto a la puerta y las miradas de todos oscilaban entre ella y Roldán. Tenía dos opciones: montar un escándalo o someterse al descaro de Roldán.

—De acuerdo, iré contigo —dijo y alzó el mentón, tan furiosa que lo habría estrangulado; era la misma ira que sintió cuando Ganelón la obligó a abandonar Roncesvalles. Pero Arima había comprendido que su compromiso con Roldán y el engaño de los sarracenos ya estaban decididos cuando Ganelón recibió el encargo de Carlomagno de cabalgar hasta el castillo de Roncesvalles.

Con una sonrisa burlona, el paladín hizo un ademán elegante.

—Después de ti, señora.

Hirviendo de cólera, la joven arrastró su yegua fuera de la sala. El día era tan veraniego y tibio como Roldán había afirmado, pero ello no mitigó su enfado. Solo tras cabalgar en silencio un buen rato a través del verdor estival tomó conciencia de que no se sentía tan viva desde que Afdza había desaparecido de su vida.

Los días continuaron veraniegos y tibios y las cabalgadas con Roldán se convirtieron en algo habitual. Que de repente pudiera dedicarle más tiempo a ella se debía a que los invitados a la asamblea del reino empezaron a marcharse y con ellos los paladines. El viejo *comes* Gerold, suegro de Carlomagno, fue el primero en partir; después, junto con el dux Beggo de Septimania, se despidieron los recién nombrados guerreros de élite. Poco a poco, el círculo de los paladines se redujo y también los ejercicios de los guerreros novatos. Claro que su partida, como la de los demás dignatarios y nobles, estaba relacionada con la preparación de la ineludible campaña militar contra los sarracenos. En todo caso, la despedida de los paladines produjo una sensación desagradable, un presentimiento de finitud. Nadie hizo comentarios al respecto, todos procuraron que nadie notara nada, pero la sensación flotaba en el ambiente y hacía que las risas de los hombres parecieran más artificiales; la puesta a punto de las armas, más minuciosa; y las competiciones, más peligrosas.

Arima intentó que dicha sensación desagradable no la afectara. Por fin había logrado alcanzar algo parecido a un equilibrio anterior y, si bien el recuerdo de Afdza seguía doliéndole más que los músculos tras las cabalgadas con Roldán, había dejado de temer que el dolor acabara con su vida. Siempre había poseído la capacidad de bloquear el dolor espiritual si este se volvía intolerable durante mucho tiempo, y eso

le permitió recuperar su vida. Sus esfuerzos se veían apoyados por el entusiasmo de Roldán y su manera alegre de mangonearla. Pero no tenía fuerzas para ocuparse mentalmente de los oscuros nubarrones que se acumulaban en el horizonte del mundo de Carlomagno. Al igual que ella, todos trataban de reprimir esos oscuros presentimientos. El único que parecía disfrutar de la situación era el abad Styrmí. El miedo al futuro que se había apoderado de los robustos francos le proporcionaba la certeza de que la fe de sus corderitos no vacilaría. Según la teología del anciano abad benedictino, era mejor para las almas de los creyentes pasar por una etapa de incertidumbre y oscuridad.

Finalmente, solo tres paladines se quedaron en la corte: Roldán, Remi y Ganelón. Hasta entonces Arima había hecho más de una docena de cabalgadas con Roldán y su pequeño séquito de guardianes de la decencia; varias veces, Roldán la llevó al mismo lugar de la primera vez, el sitio donde se entrenaban los paladines.

El paisaje consistía en una pradera desnuda, solo interrumpida por matorrales y bosquecillos de abedules o de charcos y zonas llanas pantanosas. La comarca era tanto ideal para las carreras de caballos como para las luchas simuladas y los ejercicios físicos. La primera vez, cuando Roldán le anunció adónde iban, Arima había puesto los ojos en blanco; sus relatos acerca de quién le había roto un diente a quién o le había hecho sangre en la nariz durante una competición no le interesaban. Pero entonces Roldán le mostró la entrada de una guarida de zorro, y en cuanto él y Remi depositaron trozos de carne y hueso en el suelo aparecieron unos cachorros hambrientos.

Los zorritos eran huérfanos. Durante uno de los primeros días de ejercicios, la madre de los cachorros se había metido entre las patas de los caballos. Roldán, el más rápido en reaccionar, la había clavado en el suelo mediante un flechazo y solo después descubrieron la guarida. El *comes* Gerold declaró que Roldán se encargaría de los zorritos, ya que él había matado a su madre. Era indudable que Gerold se refería a que Roldán también debía matar los zorritos para evitar que murieran de hambre. Pero Roldán decidió que su deber consistía en criarlos e hizo caso omiso de las burlas de sus compañeros de armas.

Cada vez que Arima observaba cómo Roldán jugaba con los cachorros, que se habían vuelto muy mansos, era como si un rayo de sol le entibiara el corazón pese a su pena por Afdza. Aquello era producto de la inesperada dulzura de Roldán. ¿Quién hubiese imaginado que un paladín fuera incapaz de matar unas crías de zorro y en cambio se convirtiera en su amigo y protector? De pronto se alegraba de la presencia del guerrero franco y de que la hubiese sacado de su lobreguez espiritual... y cuánto bien le hacía que fuera su amigo. Últimamente, la idea de convertirse en su esposa había dejado de resultarle tan horrenda.

Después de unos días, el número de los guardianes de la decencia que los acompañaban empezó a menguar. El asunto no preocupaba demasiado a nadie, pues de todos modos Arima y Roldán estaban prometidos. Además, Roldán era el sobrino

del rey y Arima su ahijada, y si para el monarca no suponía un problema que una joven y un joven cabalgaran por el mundo casi a solas, entonces al resto de la humanidad podía darle igual. Por otra parte, Arima estaba convencida de que Carlomagno tranquilizaba su mala conciencia imaginando que entre ella y su prometido parecía abrirse paso algo más que la mera simpatía.

Y así era hasta el día que Roldán la besó por primera vez. El joven había previsto la bofetada que ella quiso propinarle y le agarró la mano, pero no se imaginó que ella le hiciera una zancadilla y cayó de espaldas. La miró fijamente y en su mirada ardía tanta ira que ella creyó que se pondría de pie y la azotaría. Pero entonces él sacudió la cabeza y empezó a sonreír, aunque de manera forzada.

—No vuelvas a hacerlo —dijo.

—Pues entonces no vuelvas a besarme —repuso ella.

—¿Qué significa esto, Arima? ¡Soy tu futuro esposo!

—En cuanto lo seas —replicó ella—, podrás preguntarme amablemente si puedes besarme.

Dicho lo cual, ella montó en su caballo y regresó al castillo.

A la mañana siguiente Roldán volvió a aparecer como si nada hubiera pasado y la invitó a otro paseo. Si Arima hubiese tenido que explicarle a alguien por qué no lo mandó a freír espárragos y en cambio también simuló que nada había ocurrido, no habría sido capaz de hacerlo.

Unos días después Roldán intentó besarla otra vez, claro está, y ella volvió a tratar de abofetearlo, cómo no. Él le aferró la muñeca y dio un paso a un lado cuando ella intentó ponerle la zancadilla. Pero no había contado con que esta vez ella le propinara un rodillazo.

—¿Tampoco he de volver a hacer esto? —preguntó la joven mientras él caía de rodillas y apoyaba la frente en la tierra.

—Te... ruego... que no... lo... hagas... —masculló Roldán, soltando un gemido.

Un poco más allá, Remi, tendido en la hierba, se desternillaba y golpeaba la tierra con los puños. Pero a diferencia de la primera vez, Arima no se alejó al galope sino que se sentó al lado de Remi y aguardó que Roldán recuperara el aliento. Después los tres siguieron cabalgando.

La tercera vez que intentó besarla, él ya no impidió que lo abofeteara y se limitó a sonreírle al tiempo que su mejilla enrojecía.

—El precio por un beso parece disminuir —dijo.

Esas palabras le valieron otra bofetada. Remi se retorció, presa de un ataque de risa.

—¡Parad ya, o acabaré haciéndomelo en los pantalones!

Después, con una mezcla de temor y enfado, Arima aguardó el cuarto intento. No estaba enfadada con la obstinación de Roldán, sino consigo misma, porque sospechaba que quizá dejaría que el cuarto beso ocurriese. El carácter tozudo y paciente de Roldán ejercía un hechizo sobre ella del que lograba zafarse cada vez

menos. Al mismo tiempo, Arima se había dado cuenta de que bajo el caparazón del impertinente atrevido se ocultaba otro Roldán, un hombre más dulce y más reflexivo que habría emergido si hubiese vivido en otro entorno. Puede que el verdadero Roldán no hubiera sido muy distinto de Afdza Asdaq. Y por eso Arima temía el cuarto beso: porque podría convertir la amistad que sentía por Roldán —y debido a la compasión que le causaba saber que él siempre se veía obligado a interpretar un papel — en algo parecido al amor. Se conocía bastante bien como para saber que eso podría suceder. Y entonces su corazón se desagarraría de manera definitiva.

El cuarto beso ocurrió cuando ella menos lo esperaba.

Las voces se oían incluso delante de la iglesia. Si Arima —cuya alma herida había recuperado el sosiego suficiente para retomar los ejercicios de escritura y no olvidar la promesa hecha a Ealhwine de que escribiría el alfabeto sarraceno— hubiera sospechado que Ganelón y Bertha de Laon elegirían la aislada obra en construcción para mantener una batalla verbal, no habría vuelto a sentarse en su antiguo sitio junto a la pared sur de la iglesia. Muy pocos huéspedes visitaban la obra, pues la asamblea del reino prácticamente había tocado a su fin y el clima era ideal para emprender prolongadas cacerías. Además, no resultaba demasiado atractivo observar cómo los trabajadores amontonaban piedras. Cuando estos iniciaban una de sus numerosas pausas y se retiraban a la choza de madera que habían montado junto a la muralla del castillo, en general la iglesia permanecía desierta.

Arima se preguntó si debía abandonar su involuntario puesto de escucha o si lo más inteligente era quedarse allí. Por fin la venció la curiosidad y no se movió.

—Con todos mis respetos —exclamó Ganelón en tono airado—, no es honroso que para mantener esta conversación tenga que correr detrás de ti. ¡Soy un paladín!

—Te enorgulleces tanto de ello... —siseó Bertha—, pero ¿cuánto valor aún posee dicho honor? ¡Los nueve guerreros junto a un rey se han convertido en doce corderos al mando de un pastor!

Al parecer, Ganelón hizo un gesto furibundo, porque Bertha añadió:

—Soy la hermana del rey. ¡Y nadie me mandará callar, ni siquiera tú!

—¡Las cosas no pueden seguir así! —estalló Ganelón—. Casi todos los paladines sienten lo mismo que yo, solo que son demasiado leales para manifestarlo. Pero antes que nada, la lealtad está relacionada con la verdad, y por eso es mi obligación manifestarla...

—¡Sí, sí, tú y la verdad! —se burló Bertha.

—Y la verdad es que yo soy el primero que aprueba la guerra contra los sarracenos, pero no ahora, cuando aún cargamos con las rebeliones de los sajones y los hombres como Scurfa campan a sus anchas por ahí, solo para causarnos más problemas. Y ahora, encima, tenemos cuatro novatos entre los paladines y...

De pronto Ganelón, cuyas propias palabras lo habían ido enervando, interrumpió

su monólogo y Arima oyó que preguntaba en tono incrédulo:

—¿Qué has dicho?

—Me has comprendido muy bien.

—¿Aún sigues con esa historia? —exclamó Ganelón, furibundo.

—¡Siempre será esa historia! ¿Acaso crees que una mujer es capaz de olvidar algo así?

—Yo tampoco la he olvidado, pero ¿por qué me haces estos reproches, Bertha? Al fin y al cabo, mi hermano controlaba el asunto...

—Sí, Milan controlaba el asunto. Pero tú tienes la culpa de que todo haya salido como salió.

—¡Era la guerra, Bertha! Y en la guerra mueren hombres.

—¡Hombres, sí, hombres!

Sus palabras se convirtieron en un sollozo. Arima escuchaba con los ojos como platos. Siempre había tratado de esquivar a la ruda madre de Roldán y su recalcitrante actitud de rechazo, pero escuchar ese único sollozo torturado, que incluso desde lejos permitía adivinar con cuánta desesperación procuraba reprimirlo, hizo que sintiera compasión por ella.

—¿Por qué no lo dijiste? —preguntó Bertha con voz áspera—. ¡Si hubieses dicho la verdad, todo habría sido diferente!

—¿Cuántas veces he de decirte que lo siento, Bertha? ¿Mil veces más? Por favor, si quieres lo haré, pero por Cristo y por su Madre, deja atrás el pasado de una vez... ¡y perdóname! No me merezco ser aborrecido por ti durante toda la vida.

—¿Que no te lo mereces? —gritó Bertha—. ¿Acaso te he oído decir una sola palabra para que ahora no me quiten también a Roldán? ¿Que lo hayan convertido en uno de los paladines que juran interponer su cuerpo entre cada lanza y cada flecha disparada contra el rey?

Repentinamente, una tercera voz más serena intervino en la conversación, una voz que hizo que Arima pegara un respingo: Carlomagno.

—No le pedí consejo a Ganelón antes de decidir que Roldán se convirtiera en paladín, como tú bien sabes, querida hermana.

Arima se quedó boquiabierta. Por lo visto, el rey también había entrado en la iglesia.

—Pues entonces hablemos de ello por fin, señor —dijo Ganelón—. Yo...

—No hay nada que hablar, Ganelón. Soy el rey y esa es mi decisión.

—No solo existe el juramento de lealtad de los paladines al rey, también está el del rey a sus paladines —soltó Ganelón.

Durante unos momentos reinó el silencio; después, en tono compungido, el padrastro de Roldán dijo:

—Lo siento, señor.

—Ya ha sido dicho y las cosas no tienen marcha atrás —dijo Carlomagno lentamente—. Sobre todo porque tienes razón, mi querido Ganelón. Con respecto a

eso y a todo lo demás. Y pedirme cuentas no solo es tu derecho como paladín, sino también tu derecho como mi cuñado. Y mi justificación es que no pude hacer otra cosa.

—Como Ganelón no pudo hacer otra cosa que callar, en vez de evitar que encima de la muerte de su hermano...

—Calla, hermana —dijo Carlomagno casi con suavidad—. Ganelón tiene razón: deja en paz al pasado. Se trata del futuro.

—¿Acaso el futuro significa yacer en un campo de batalla y morir lentamente con las tripas en las manos?

—Ganelón —dijo Carlomagno, ignorando a su hermana—, convertí a Roldán en paladín porque ello lo convierte en un hombre temido más allá de las fronteras del reino franco. Y dicho temor albergado por nuestros enemigos supone la mejor protección para el castillo de Roncesvalles. Todos estarían encantados de atacar a Roldán de Roncesvalles, sobrino del rey, entre otras cosas porque es mi sobrino. Pero en el caso de Roldán de Roncesvalles, el paladín, se lo pensarán dos veces. Y ambos estamos de acuerdo, mi querido Ganelón, en que Roncesvalles no debe caer en manos del enemigo.

—Roncesvalles podría haber permanecido neutral.

—A la larga, nada de nuestro mundo puede permanecer neutral, y aún menos cuando se encuentra entre dos reinos, como el de los francos y el de los sarracenos. Los sarracenos llegaron pronunciando bonitas palabras sobre la paz... ¿Acaso piensas que di algún crédito a sus palabras? Solimán solo trató de utilizarnos como piezas en su conflicto con el emir de Qurtuba. Me limité a anticipar aquello que de todos modos hubiese revelado antes o después: la enemistad existente entre los sarracenos y nosotros. Y prefiero adelantarme a los acontecimientos en vez de tener que reaccionar frente a una acción hostil de los sarracenos. Sobre todo porque nos enfrentamos también a los rebeldes sajones.

Arima, que escuchaba con atención, notó que se le había secado la boca. Barruntar que uno no era más que una pieza en el juego de los poderosos era una cosa; comprobarlo con tus propios oídos, otra muy diferente.

—Por ese motivo comprometí a Roldán con Arima. Y por si quieres saberlo con mayor exactitud, porque también consideré un derroche que una mujer tan bella e inteligente pasara la vida condenada al celibato. Quería que conociera el amor.

—Cualquiera de nosotros, los paladines, habría podido conservar el castillo de Roncesvalles para ti, señor. Yo lo hubiese hecho.

—Una vez que el reino sarraceno haya sido derrotado, el cruce del paso será el futuro, Ganelón. Los hombres jóvenes representan el futuro, los hombres como Roldán. Nosotros los viejos tenemos el deber de entregarles el futuro. Y resulta que dominar Roncesvalles está relacionado con la mano de Arima Garcez. ¿O es que debería haber disuelto tu matrimonio con mi hermana y casarte con Arima?

Todos guardaron silencio. El rey carraspeó; por lo visto, consciente de que con su

comentario no había demostrado mucho tacto.

—De acuerdo, tendré en cuenta tus reparos con respecto a que antes de lanzarnos a una nueva guerra debemos asegurar la paz en territorio sajón. De todos modos, no iremos a la guerra contra los sarracenos antes del próximo verano. Es una empresa que exige una minuciosa preparación para aspirar al éxito, y hasta entonces pueden pasar muchas cosas que quizá vuelvan innecesarias tus preocupaciones.

—Solo quiero evitar que, a causa de una aventura, arriesguemos todo lo que ya hemos conquistado. Pagamos un precio muy alto en sangre por las comarcas sajonas.

—¡Y en tierras sarracenas se derramó la sangre de nuestra familia! —exclamó Bertha—. ¡Por si lo has olvidado, querido esposo!

Al parecer, ese último reproche fue demasiado para Ganelón y unos instantes después Arima vio que abandonaba presuroso la iglesia. Se apretó contra la pared y le indicó a su criada que la imitara, pero el paladín no se volvió ni una vez. Sus pasos bruscos revelaban la ira que lo poseía. Carlomagno y Bertha lo siguieron unos momentos después y Arima volvió a apretarse contra la pared sin osar respirar, pero tampoco el rey ni su hermana se volvieron.

—¿Crees que la tortura a la que lo sometió Scurfa ha quebrantado su valor? —preguntó el rey.

—Lo sobrestimaste desde el principio —contestó su hermana.

Arima ya no pudo oír la respuesta del rey y, atónita, permaneció unos instantes con la vista perdida. ¿Qué significaba todo eso? Jamás había oído decir que un paladín se rebelara contra las decisiones del rey. Pero aún más que la discordia entre Ganelón y Carlomagno la inquietaba el odio que Ganelón y Bertha se prodigaban. ¿Acaso un día les sucedería algo parecido a ella y Roldán? Tal vez Ganelón y Bertha se habían amado al principio y luego su amor se echó a perder, o puede que el corazón de Bertha solo le perteneciera a Milan, su primer esposo, pese a que tras su muerte se vio obligada a casarse con Ganelón. El paralelismo entre la situación de ambos y la de la madre de Roldán y su padrastro atemorizaba a Arima. ¿Llegaría un día en que el hecho de haber perdido a Afdza Asdaq debido a una estrategia de guerra y recibido a Roldán en compensación la llenaría de odio contra su esposo? ¿Cuándo comenzaría la podredumbre que destruiría a dos personas al mismo tiempo?

—¿Señora? —preguntó su criada, preocupada.

—Estoy bien. ¿Qué has comprendido de lo ocurrido allí dentro?

La joven criada, que ya había adquirido la sabiduría de los de su condición, dijo:

—Perdonad, señora, pero no he comprendido nada de lo que dijeron.

Su ama asintió con la cabeza.

—Adelántate —dijo—. Ve al ala de las viviendas, te seguiré enseguida.

—Pero no puedo dejaros...

—¡Iré enseguida!

—Muy bien, señora —dijo la joven y se marchó.

Arima la vio marchar con cierto alivio; necesitaba reflexionar a solas unos

momentos. El estrecho círculo en torno a Carlomagno —su familia, un reducido número de funcionarios, los paladines— siempre le había parecido el polo inmóvil de un mundo cambiante que no dejaba de cuestionarse a sí mismo. Pero observado de cerca, allí reinaba la misma inseguridad y las mismas abrasadoras emociones que en todas partes. Se puso de pie y dobló la esquina de la iglesia, donde los monjes irlandeses habían montado sus tiendas. Los monjes estaban de cacería con el abad Styrmí, a quien, armado de un hacha y protegido por una docena de guerreros, le gustaba batir sotos donde rezaban oraciones paganas y adoraban árboles sagrados. Había un hombre junto a una tienda y, con solo verlo, Arima supo que él también había escuchado la discusión.

—Vaya —dijo sorprendida y se detuvo.

—Las cosas que uno averigua cuando en realidad no tiene ninguna gana de averiguarlas —procuró bromear Roldán, pero fue en vano—. Remi y Pilgrim han salido de caza pero yo no tenía ganas... Te estaba buscando y entonces llegué aquí y...

—Descuida, yo también lo oí. ¡Ay, Roldán...!

El joven agachó la cabeza.

—Siempre ha sido así —dijo en voz baja—. Desde que recuerdo, mi madre y mi padrastro se aborrecen. Y yo... bueno, mi madre cree que tomo partido por él, pero en realidad comprendo a Ganelón mucho mejor que ella.

—¿Qué es esa mentira que Ganelón supuestamente ha contado?

—No lo sé.

—Lo siento por ti... —Se acercó a Roldán y le apoyó la mano en el brazo para consolarlo.

—Puede que para mi tío se trate de una estrategia —murmuró él—. Y también para los demás, pero no para mí. Has de creerme, Arima... Desde la primera vez que te vi...

Ella negó con la cabeza. No quería que lo dijera, no quería oírlo, no de él. Le apoyó los dedos en los labios porque sintió que a su negativa debía seguirle un gesto más suave. Entonces de pronto se encontró entre sus brazos, pero no era una conquista, sino más bien como si él la hubiera cogido de los hombros en busca de un sostén. Y cuando la besó con ardor desesperado no lo rechazó, y entonces su corazón se desgarró en dos, tal como ella había temido.

MEDINA BARSHALUNA



Cada vez que Afdza Asdaq regresaba a su ciudad natal, cabalgaba hasta una de las colinas que circundaban la estrecha planicie a orillas del mar donde se encontraba enclavada. Desde allí disfrutaba del panorama de la ciudad, que se elevaba contra el resplandeciente azul del mar. En las etapas finales de su imperio, los romanos habían construido una segunda muralla en torno a la ciudad, bordeada de seis docenas de elevadas torres que conferían a Medina Barshaluna el aspecto de una cabeza coronada. La piedra clara, el azul del mar, el dorado de los campos circundantes que siempre acababa por confundirse con el verdor cada vez mayor a medida que la mirada se distanciaba de la ciudad... ese era su hogar y contemplarlo lo deleitaba cada vez que regresaba de las misiones a que lo enviaba su señor.

Pero esta vez no le proporcionó ninguna felicidad; era como si hubiera perdido el significado de la palabra «hogar». Su hogar se encontraba donde se encontraba Arima, pero Arima estaba muy lejos de allí y nunca volvería a verla.

Después de cruzar la puerta de la ciudad, los demás se despidieron de él en silencio. Afdza sabía que Solimán lo haría esperar hasta haber recibido los informes de la delegación. Entonces lo mandaría llamar y Afdza le contaría lo que realmente había ocurrido. Solo que en esta ocasión, Afdza había decidido callar una parte de la verdad: la relacionada con sus sentimientos.

Afdza moraba en unos aposentos del palacio del valí. Comparados con el esplendor en que vivían Solimán, los principales funcionarios y generales de su corte o algunos acaudalados comerciantes, sus aposentos eran casi pobres; pero en comparación con la vida a que estaban acostumbrados los guerreros y nobles francos, vivía como un soberano. Clodoveo, el joven sajón que desde la partida de Patris Brunna no se había separado de él, se quedó boquiabierto al contemplar las habitaciones amuebladas en el magnífico estilo sarraceno.

—¿Puedes pisar los aposentos del valí así sin más, señor? —preguntó atónito.

Afdza sonrió. Habría tiempo para explicarle la verdad a Clodoveo: a saber, que esos aposentos eran suyos. Confiaba en que Clodoveo superaría lo siguiente: Afdza disponía de tres dormitorios y tenía la intención de alojarlo en uno de ellos, porque de lo contrario Clodoveo pernoctaría en el suelo, junto a la cama de Afdza, que se quitó un anillo llamativo y le dijo:

—Póntelo. Si alguien te dirige la palabra muéstraselo, entonces todos sabrán que estás conmigo.

—¿Por qué, señor? —preguntó el joven, alarmado—. ¿Es que piensas marcharte?

—No, el que se marchará eres tú. Echa un vistazo al palacio: si quieres serme útil, has de familiarizarte con él.

Durante el viaje, Clodoveo había pedido convertirse en el guardia de corps de Afdza, sin dejarse acobardar por el hecho de que Afdza, incluso dormido, era diez veces más diestro que él en la lucha.

—¿No sería mejor que permaneciera a tu lado? —quiso saber.

—Esta es mi casa —respondió Afdza forzando una sonrisa, porque era la primera vez que no tenía esa sensación.

Deslumbrado, Clodoveo se marchó. Afdza supuso que nadie molestaría al muchacho, aunque sin duda todo el palacio ya sabía que Afdza había llegado en compañía de un siervo sajón infiel. En el peor de los casos, Clodoveo iría a parar a la cocina del palacio y después tendría dolor de estómago durante tres días tras comer las exquisiteces que el cocinero le serviría buscando congraciarse con Afdza.

Solimán tardaría un buen rato en solicitar su presencia. A pesar del hechizo ejercido por Arima, había algo que Afdza había echado mucho de menos durante las numerosas semanas que había pasado en el reino franco: un baño caliente. Ordenó a sus criados que le preparasen el baño y poco después Clodoveo regresó, para sorpresa de Afdza, acompañado por Abu Taur, el jefe nominal de la delegación sarracena.

—Este estaba ante tu puerta, señor —dijo el sajón, un modelo de elegancia cortesana.

Abu Taur miró en torno, vacilante. Afdza aguardó.

—La joven del castillo de Roncesvalles... Arima Garcez... —empezó Abu Taur.

—¿Qué pasa con ella?

—No la mencionaré en mi informe.

—Pues es una parte importante de los acontecimientos, señor.

—Sí, pero me refiero a que no mencionaré que tú y ella...

Afdza sabía que aunque Abu Taur no gozara de su simpatía debía hacerle concesiones, pero no pudo evitar cierta sensación de alivio. ¿Qué pensaría Solimán si se enterase de que Afdza se había enamorado de Arima? ¿Pensaría que Afdza había comprometido la misión? Era mejor que el valí no lo supiera todo.

El ofrecimiento de Abu Taur no obedecía a la amistad, solo al interés personal: a partir de entonces, Afdza estaría en deuda con él. Sin embargo, que el jefe de la delegación y valí de Wasqa se acercara a Afdza precisamente entonces, pese a que al principio de la misión en Patris Brunna siempre lo había ignorado y durante el viaje solo intercambió las palabras necesarias con él, lo sorprendió. Pero los hombres como Abu Taur solían seguir sus propios sinuosos caminos.

—No sucedió nada entre nosotros —repuso Afdza, en el tono que en la corte de Medina Barshaluna significaba «acabo de pronunciar una mentira diplomática y tú lo sabes».

—Exactamente. Por eso no lo mencionaré —contestó Abu Taur en el mismo tono. Ambos hombres se miraron significativamente.

—En ese caso, ¿el pasado, pisado? —preguntó Abu Taur.

Afdza tradujo la frase para sus adentros: «¿Aún la amas o podemos contar con

que sigues fiel a tu pueblo?»

Una respuesta sincera habría sido «aún la amo y también sigo fiel a mi pueblo».

—El pasado resulta más útil para saber cómo actuar en el futuro una vez que lo dejamos atrás —dijo Afdza, sin embargo.

Abu Taur asintió.

—El valí aguarda mi informe —dijo por fin, y se despidió.

Mientras tanto, la media docena de criados encargados de las necesidades de Afdza había llenado la bañera de agua caliente perfumada y dispuesto aceite, ramas frescas, una rasqueta, una delgada y afilada navaja y paños envueltos en piedras calientes para entibiarlos. La bañera, empotrada en el suelo, era de tamaño generoso. Afdza se sumergió en el agua caliente soltando un suspiro y disfrutó de la sensación hasta que se imaginó cómo sería compartir el baño con Arima, algo que jamás ocurriría.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el borde de la bañera; no obstante, sacó la mano del agua con la velocidad del rayo y aferró la muñeca de la mano que se había acercado a su cabeza. Oyó un jadeo sorprendido y se incorporó sin soltarla.

—Ni siquiera te he tocado, señor —dijo perpleja la joven cuya muñeca aferraba—. ¿Cómo has advertido mi presencia?

—Pero confiamos en que nos lo permitas —dijo una segunda joven—. Que te toquemos, señor, quiero decir. Has estado ausente durante mucho tiempo...

Afdza se obligó a sonreír, aunque en realidad no le apetecía estar con las dos muchachas. El puesto ocupado por Laila y Nuri entre sus criados no estaba claro; se las había enviado Solimán, no eran esclavas pero de algún modo suponían un regalo del valí y estaba seguro de que lo espiaban por encargo de Solimán. De momento, lo único que podían informarle era que las destrezas amorosas de Afdza las satisfacían en gran medida y que él aprendía rápidamente las cosas que ellas le enseñaban. Ambas solían acudir juntas a su lecho, pero a menudo, después de que las dos se hubiesen marchado, una u otra regresaba a hurtadillas, lo despertaba, disfrutaba de su pasión a solas y se dormía entre sus brazos el resto de la noche. Afdza había creído amar a las dos bonitas jóvenes, pero ahora sabía que había confundido la atracción física y el deseo con el amor. Hasta ese momento nunca se había avergonzado de su virilidad, pero entonces le pareció indecoroso que su miembro se irguiera al ver a las dos mujeres, cuando su corazón solo anhelaba la presencia de Arima. Salvo las alhajas en las muñecas y los tobillos, las muchachas estaban desnudas y, a excepción de la cabeza y las cejas, llevaban todo el cuerpo depilado. Ambas sonrieron.

—Muchísimo tiempo —dijo Laila.

—El valí me espera —repuso Afdza. Le parecía que, si se dejaba seducir por esas siervas del amor, profanaría el recuerdo de Arima... pero su miembro viril, ese viejo traicionero, palpitó dolorosamente al ver las miradas lascivas de Nuri y Laila, que lo contemplaban bajando los párpados pintados de negro.

—Sí —susurró Nuri y se deslizó dentro de la bañera—. Él aguarda y nosotros te

hemos aguardado a ti.

Sus labios rozaron los de él y luego se desplazaron hacia abajo. Laila también se deslizó dentro de la bañera, detrás de él. Afdza notó el roce de sus muslos, pechos y manos, y la respiración se le aceleró.

—Solo es un aperitivo, señor —le susurró Laila al oído—. Para que puedas concentrarte en la audiencia con el valí y no pienses en nosotras todo el tiempo...

Le besó la nuca y se restregó contra él, sus manos deslizándose hacia su entrepierna.

—Más tarde podrás entregarnos el regalo que nos has traído —musitó Nuri.

Afdza gimió. Lo sentía como una traición, pero su cuerpo cedió al impulso acumulado tras semanas de abstinencia involuntaria, metió los dedos entre el pelo de Nuri y se entregó a su lengua y a las manos de Laila. Si las dos notaron que no susurraba sus nombres cuando tras unos momentos su simiente se derramó, no lo mencionaron.

Solimán bin al Arabi era un hombre musculoso de rostro blando y labios gruesos enmarcado por una barba sedosa. Las primeras canas se eliminaban con un esmerado tinte y todas las mañanas borraban las arrugas en torno a sus ojos mediante un masaje. En presencia de Solimán, Afdza Asdaq siempre era muy consciente de su rostro deforme. El valí de Medina Barshaluna era un hombre apuesto, atractivo tanto para las mujeres como para los hombres; más de una vez, Afdza había observado que un noble sarraceno o un cortesano le indicaba discretamente al valí de que se sometería a él en la cama gustosamente. Pero Solimán solo repartía sus favores entre el sexo débil. Los hombres que, como él decía, devoraban caracolas con el mismo placer que caracoles le resultaban incomprensibles, pero dado que en la sociedad sarracena el amor por los muchachos no estaba proscrito, el asunto le resultaba indiferente.

El valí estaba sentado en un podio ornado de cojines, mantas y pieles de león y cubierto por un baldaquín de seda. Afdza se arrodilló y rozó el suelo con la frente.

—Señor —dijo en tono formal—, ser recibido por vos me honra.

Después, a diferencia de la mayoría de los recibidos por Solimán, se puso de pie y adoptó una postura relajada. Un exceso de humildad no encajaba con él y tampoco se lo exigían.

Para el valí Solimán, Afdza Asdaq suponía lo más parecido a un paladín de Carlomagno; poseía la confianza del valí, que esperaba que sus actos sirvieran a su propio bienestar y también al de Medina Barshaluna. En cierto sentido, su relación era todavía más estrecha que la existente entre Carlomagno y sus paladines. Los paladines eran nombrados entre el círculo de hombres poderosos y seguros de sí mismos para quienes dicho honor significaba la culminación de sus ansias, pero que también hubieran sido poderosos y temidos sin ser paladines. Sin Solimán, Afdza

habría sido un don nadie, solo el huérfano de un oficial y su mujer, y habría tenido que abrirse paso en la vida.

—Dispondrás del informe sobre el viaje —dijo Solimán, indicando a dos escribientes que comparaban las declaraciones de Abu Taur y los otros dignatarios entre susurros— antes de la *maghrib*, la cuarta oración diaria de los musulmanes.

Afdza asintió. Comprobaría si contenía incongruencias y procuraría pasar por alto las manipulaciones y exageraciones a favor de los jefes de la delegación, a condición de que no se apartaran demasiado de la realidad. Supuso que se toparía con algunas declaraciones en que Abu Taur se atribuía laureles inmerecidos, y que haría la vista gorda en honor al acuerdo tácito entre él y Abu Taur tras la visita de este. El enfrentamiento más violento en el campo de batalla era más fácil de dominar que la vida en la corte.

—Según me dijeron, la partida de la corte de Carlomagno fue hostil —dijo Solimán.

—Algo que sin duda ya averiguasteis antes de nuestro regreso, señor —replicó Afdza.

—Eso significa que habrá guerra entre los francos y nosotros.

—Así parece, señor.

Con expresión pensativa, Solimán se recostó en los cojines. Palmeó las manos y apareció un esclavo portando una jarra de vino, dátiles, higos, *qatayef* y otros dulces en una bandeja. Afdza, a quien Nuri y Laila solo habían ofrecido unos bocados, cogió unos dátiles y antes de llevárselos a la boca aguardó a que el valí se hubiese servido. Solimán escanció el vino en dos copas y le tendió una a Afdza, lo miró por encima del borde y por fin sonrió y bebió a su salud.

—Bien hecho, *sidi* —dijo, empleando el rango utilizado por los siervos y soldados para dirigirse a Afdza, pero su tono no era de burla—. No esperaba menos de ti.

—No merezco vuestro elogio, señor. Los propios francos proporcionaron la excusa.

Solimán asintió.

—El control sobre el paso de Ibañeta —murmuró—. Te ruego que me digas qué habrías hecho para provocar la ruptura entre los francos y nosotros si Carlomagno no se hubiese empeñado en iniciar una guerra.

—Más que el rey, es su consejero cristiano Styrmí quien insiste en ir a la guerra contra nosotros, señor.

—Sí, ese viejo infiel que nos llama «paganos».

—Creo —dijo Afdza, retomando la pregunta de Solimán— que hubiese matado al abad Styrmí. Con eso al menos le hubiera hecho un favor a un hombre: Turpín, obispo de Reims y uno de los paladines de Carlomagno.

—¿Turpín es un hombre peligroso?

—Muy peligroso, señor.

—Pues deberías haberlo matado, ¿no, *sidi*?

—Hubiese supuesto una pérdida para el mundo y un pecado. A un hombre como Turpín hay que matarlo en el campo de batalla, en un duelo, no con un puñal en un oscuro pasadizo.

—Pues al parecer no fueron necesarias las muertes de uno ni de otro.

Afdza no dijo nada, Solimán cogió unos dátiles y le indicó a Afdza que se sirviera el resto.

—Ha sido mejor así —dijo el valí tras un momento—. Si hubieras emprendido algo, puede que Abu Taur y los demás hubiesen descubierto que tu encargo consistía en hacer fracasar las negociaciones.

Afdza se encogió de hombros.

—No debemos minusvalorar a los francos —afirmó Solimán—. Tarde o temprano nos habríamos enfrentado como enemigos. Hubiese preferido que fuera antes, pues en nuestro lado el emir Abderramán aún es demasiado débil para atacarnos por la espalda y en la frontera oriental de Carlomagno los sajones rebeldes mantienen ocupados a muchos guerreros francos.

—Sin olvidar a los vascones —añadió Afdza.

—¿Os molestaron durante el viaje de regreso? —preguntó el valí.

—No, señor, pero vimos sus guerreros a lo lejos. Si nuestro grupo hubiera sido más reducido o solo una caravana comercial, seguramente nos habrían hecho una visita.

—Son molestos. Las tropas del emir en el sur, los francos al este y los vascones al norte... ¡la vida en Al Andalus no resulta fácil para un auténtico creyente! —dijo Solimán, sonriendo—. ¿Crees que Carlomagno nos librará de esa molestia?

Afdza también sonrió.

—No albergará mucha simpatía por ellos, porque acosarán a su ejército tanto como a nosotros en cuanto él haya atravesado el paso. Al igual que antes, cuento con que aplique la estrategia y primero destruya Iruña, la ciudad de los vascones, antes de seguir avanzando, con el fin de guardarse las espaldas.

—Deberíamos darle dinero en vez de hacerle la guerra. Solo espero que Carlomagno haga lo que esperas de él.

—Hace mucho tiempo que los gascones de allende las montañas están emparentados con los vascones. Fui testigo de cuando el joven dux de Gascuña intentó asegurarse el control de Roncesvalles. Carlomagno se enteró de ello y alberga muchas sospechas respecto de los vascones.

—Por eso nunca juego al *shatranj* contigo, *sidi* —suspiró Solimán. Era un excelente jugador de *shatranj*, una forma primitiva del ajedrez, y aún no había encontrado un adversario que estuviera a su altura—. Contigo uno nunca puede estar seguro de que no has hecho las jugadas con antelación y manipulado en secreto al adversario.

Puesto que era verdad, Afdza lo tomó como un cumplido sin cambiar de

expresión.

—¿Cuándo consideras que Carlomagno atravesará las montañas? —preguntó Solimán.

—No antes del próximo verano. Su reino es demasiado grande y antes no podrá disponer de los guerreros necesarios.

Solimán asintió.

—Confiemos en que así sea. ¿De qué sirven las mejores jugadas de *shatranj* cuando las piezas del adversario llevan un paso de ventaja? Si Carlomagno aceptara la aventura que supone mi invitación y emprendiera la guerra contra nosotros este mismo año, yo mismo habré cavado nuestra tumba con mi astucia.

—Carlomagno todavía no ha sido derrotado en ninguna campaña militar y no arriesgará el éxito de la próxima atacando demasiado temprano y con pocos guerreros, corriendo el riesgo de que llegue el invierno.

—Pero la paciencia no es precisamente una virtud de los francos, agresivos como son. ¿Qué puedes decirme de sus guerreros?

—¿Qué os ha contado Abu Taur?

—Que son gordos, poco ágiles y fáciles de derrotar.

—Abu Taur solo ha visto la superficie.

—Como siempre —dijo el valí y suspiró—. ¿Tu opinión difiere de la suya?

—Son gordos.

Solimán rio.

—Pero no poco ágiles.

—Y en ningún caso fáciles de vencer.

—Acaba tu vino, amigo mío —dijo Solimán y se inclinó para rellenarle la copa; estaba muy próximo a él y lo miró de arriba abajo—. ¿Existe un Afdza Asdaq entre sus filas?

—Podría haber uno —dijo Afdza, titubeando—. Solo necesita un poco más de experiencia en combate. —Él mismo no tenía claro por qué se negaba a mencionar la verdadera debilidad de Roldán: su miedo a ser derrotado en un combate.

—Quizá te enfrentes a él cuando entremos en guerra, pero lo vencerás.

Ambos acabaron el vino y vaciaron la fuente de exquisiteces. Después Solimán le mostró su nuevo corcel que había hecho transportar en barco desde su antigua patria, y también el elefante de pie a la sombra de un árbol en el jardín del palacio, el único superviviente de los cuatro elefantes también transportados en barco.

—Es un elefante macho —dijo Solimán y lanzó un suspiro—. Las otras tres eran sus hembras. Creí que demostraría su pena por la pérdida de su harén, pero parece indiferente, ¿no crees? Ni siquiera lo he hecho encadenar, sus cuidadores me aseguran que tiene motivos para estar contento, pues la jefa del grupo era una de las hembras, no él. Y ahora él es su propio amo.

—Aparte de que vos sois su amo —observó Afdza con una sonrisa.

—Sí, pero aún nadie se lo ha dicho. Dime, *sidi*, ¿Laila y Nuri siguen siendo una

compañía placentera?

—Son joyas en forma de mujer, señor.

—Durante tu ausencia me las llevé al lecho un par de veces, y me pregunto cómo te las arreglas para sobrevivir a sus desvelos noche tras noche...

Afdza sabía que la revelación de Solimán tenía otro significado, que entre líneas el valí le recordaba que su situación era similar a la del elefante: aparentemente, era su propio amo y gozaba de casi todas las libertades imaginables, pero en última instancia solo era el siervo de Solimán en todos los aspectos de su vida. No sabía si Solimán quería darle celos o si había oído algún rumor sobre él y Arima e intentaba sonsacárselo.

—Me alegra de que ambas os proporcionen placer, señor —respondió educadamente. Que Laila y Nuri hubiesen compartido el lecho con Solimán le resultaba indiferente. Y no tenía ninguna intención de que Solimán descubriera hasta qué punto Arima dominaba todo su ser. Respetaba al valí, pero se comportaría igual que el elefante, del que nadie sabía si se alegraba o se apenaba de la desaparición de sus compañeras.

Afdza regresó a sus aposentos poco antes de la *maghrib* y se encontró con Clodoveo, que estaba sentado en el diván presa de la desesperación. Cuando Afdza entró se puso de pie, se arrodilló ante él y exclamó:

—Mátame, señor. ¡Mátame porque es la única manera de romper mi juramento!

Afdza ayudó al joven sajón a levantarse.

—¿Qué tonterías dices? —gruñó.

—Nunca me exigiste que abjurara del *heritogo* Scurfa —repuso Clodoveo.

Afdza quiso responder que no tenía importancia ya que Scurfa se encontraba en la otra punta del reino franco, pero titubeó al notar la expresión angustiada de Clodoveo. Entonces dijo lentamente:

—No puedes servir a dos señores si yo soy uno de ellos.

—No, señor, pero he prestado juramento.

—¿Le juraste lealtad a Scurfa?

—Sí, señor.

—Pero te comprometiste conmigo en agradecimiento porque te perdoné la vida: eso anula el primer juramento.

—No en mi tierra, señor.

—¿Así que aún estás comprometido con Scurfa?

—Sí, señor, mientras siga con vida.

Afdza asintió y se acercó al arcón donde reposaba su espada y la desenvainó. Clodoveo lo observó pálido y tembloroso, pero no hizo ademán de huir.

—Mi siervo Aercenbryht —dijo Afdza lentamente sin mirar al sajón—. A los francos les resultó tan difícil pronunciar tu nombre que te llamaron Clodoveo.

—Sí, señor.

—Arrodíllate, Aercenbryht —ordenó Afdza y repasó el filo de la espada con el pulgar.

—Sí, señor —repitió el joven y se arrodilló.

—¿Hay alguna plegaria que quieras pronunciar?

—Me... me gustaría sostener un arma en la mano, para que Wotan vea que fui un guerrero cuando mi alma se encuentre ante él.

Afdza le alcanzó otra de sus espadas. Aercenbryht la desenvainó. El sarraceno blandió la suya y el sajón se estremeció cuando el filo le rozó la nuca.

—¡Wotan! —gritó Aercenbryht y cerró los ojos.

Afdza asestó un golpe y la espada que había aferrado el sajón cayó al suelo con estrépito.

Laila y Nuri irrumpieron en la habitación.

—¿Nos has llamado, señor...? —preguntaron, contemplando la escena estupefactas.

—Puedes volver a abrir los ojos, Clodoveo —dijo Afdza.

El joven parpadeó; la espada del sarraceno le había rozado la nuca con tanta precisión que la afilada hoja ni siquiera le rasgó la piel. Clodoveo se desplomó bañado en sudor.

—No pasa nada —dijo Afdza a ambas mujeres—. Acabo de dar muerte a un sajón llamado Aercenbryht. Preparad agua caliente: Clodoveo, mi nuevo siervo, debe familiarizarse con algunas normas de etiqueta sarracenas y lo primero que ha de hacer es tomar un baño.

Clodoveo cogió la espada que Afdza le había dado y trató de volver a envainarla; solo lo logró en el segundo intento.

—No estoy seguro si me comprendiste correctamente, señor —balbuceó—. Durante un instante creí que... —Pero no pudo seguir hablando y le tendió la espada con manos trémulas.

Afdza sacudió la cabeza.

—Pertenece a un valiente guerrero llamado Aercenbryht. Estoy seguro de que hubiera querido que tú la tuvieses.

—Señor —dijo Clodoveo con los ojos anegados en lágrimas—. Señor... ¡Scurfa se encuentra aquí, en Medina Barshaluna!

Unos instantes después ambos recorrían apresuradamente los pasillos del palacio y quienes se cruzaban en su camino se apartaban con presteza.

—No me ha visto, señor —jadeó Clodoveo—. Llevaba ropas sarracenas, pero lo reconocí enseguida. Lo acompañaban otros sajones también ataviados como sarracenos; no lo habría visto en la callejuela si no hubiese salido del palacio por casualidad; los guardias solo me dejaron volver a entrar tras examinar tu anillo cien

veces.

—¿Estás seguro con respecto al hombre en cuya compañía viste a Scurfa?

Clodoveo asintió.

—Lo vi durante semanas, cuando viajábamos hacia aquí.

Afdza maldijo para sus adentros, presa de la cólera y el temor. Tenía la sensación de saber muy bien por qué Scurfa y su puñado de rebeldes llevaban ropas y armas sarracenas. Incluso creyó adivinar el motivo por el cual Scurfa había atacado Susatum. Nunca se trató de humillar a Carlomagno y los francos para obligarlos a negociar. En última instancia, todo en ese conflicto giraba en torno a una única cosa... y esta se había convertido en la cosa más preciosa de su vida. ¿Qué había dicho Abu Taur?: «¡Ella es la figura clave!»

Afdza irrumpió en la casa como una fuerza de la naturaleza. El primer guardia que se enfrentó a él rodó por el suelo con la mandíbula rota, el segundo se encogió tras recibir una patada en la entrepierna mientras el yelmo del primero aún rodaba por el patio interior. Los demás se mantuvieron a distancia prudencial, impresionados por el ímpetu de Afdza, y sobre todo porque se trataba del misterioso tuerto que gozaba de la confianza del valí Solimán.

Afdza aferró al que había recibido el puntapié en los genitales y lo levantó.

—¿Dónde está tu señor? —rugió.

—Arriba... —graznó el guardia.

Afdza subió la escalera a toda prisa, seguido de Clodoveo, quien blandía su nueva espada muy ufano. Afdza iba desarmado, tal como había salido de la audiencia con Solimán. Notó las miradas de los guardias en la nuca y se preguntó si no hubiera sido mejor llevarse un par de hombres del palacio del valí, pero el factor sorpresa era más importante que la precaución.

Las casas de los ricos comerciantes de Medina Barshaluna eran todas bastante parecidas, todas guardaban similitud con la arquitectura del palacio. Dado que durante la temporada los comerciantes siempre estaban de viaje, les agradaba alquilarle sus casas al valí, quien a su vez alojaba a sus invitados en ellas. Las habitaciones de la primera planta estaban vacías y Afdza solo se topó con algunos criados. Su búsqueda se vio por fin recompensada cuando abrió la puerta del cuarto de baño.

Abu Taur se incorporó bruscamente y apartó a la joven medio desnuda acurrucada a sus pies ocupada en hacerle una pedicura. Una mesita sobre la que había una bandeja con dátiles, higos y un pequeño cuchillo se volcó con estrépito. Afdza ni siquiera tuvo que lanzarle una acusación a la cara: que el valí de Wasqa se hubiera llevado una espada al baño y la cogiera le reveló más que cualquier palabra. Así que le propinó un puñetazo en el estómago y, cuando Abu Taur se encogió soltando la espada, volvió a alzarlo aferrándolo por el cuello de la larga camisa de seda y lo empujó de espaldas contra la pared. Abu Taur, que era nervudo y musculoso, se golpeó la cabeza y resolló. Afdza no lo soltó y, furioso, lo presionó contra la pared.

—¡No dejes salir a las muchachas! —ordenó a Clodoveo, que permanecía allí boquiabierto. Además de la esclava que se encargaba de la pedicura del noble sarraceno, había otras dos jóvenes en el baño. Las tres solo llevaban un paño alrededor de las caderas.

—¿Qué... significa esto? —soltó Abu Taur.

—¿Dónde está el sajón? —preguntó Afdza.

—Solo veo al que tú trajiste del reino franco... —empezó Abu Taur, pero exhaló soltando un quejido cuando Afdza le propinó otro puñetazo en el vientre, y se derrumbó.

Acto seguido, se puso en pie empuñando el enjovado cuchillo de la fruta. Casi sin mirar, Afdza hizo el mismo movimiento con el cual había vuelto la espada de Roldán contra este mismo en Karlsburg, y Abu Taur de nuevo cayó de rodillas, bajó la vista con expresión incrédula y vio que, con la ayuda de Afdza, se había clavado el cuchillo en la mano izquierda. Abrió la boca y soltó un alarido aterrado que se convirtió en un quejido cuando Afdza arrancó el cuchillo y lo arrojó a un lado. La sangre empezó a manar de la herida y Afdza cogió al valí de los cabellos.

—Basta de bromas, señor —dijo—. ¡Encierra a las muchachas en el baño turco y vigila la puerta, Clodoveo!

El sajón no tuvo que esforzarse: las tres muchachas corrieron sin rechistar al baño turco. El joven bloqueó la puerta con un banco y luego se apostó delante.

—El primero que pretenda entrar es hombre muerto, sea quien sea —ordenó Afdza—. Si resultara ser el mayordomo con una jarra de vino, mala suerte.

Clodoveo asintió.

Abu Taur, que se apretaba la herida con la otra mano, gimió.

—Te estás arruinando la vida, *sidi*.

—Ya está arruinada, señor, ¡y porque acabo de descubrir tu traición! ¿Dónde está el sajón?

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Se acercó a mí pero le dije que se marchara. Debe de haberse ido de Medina Barshaluna.

Afdza dio un paso atrás y Abu Taur, con expresión aliviada, volvió a derrumbarse. Pero Afdza solo se había hecho sitio: le retorció el brazo derecho a la espalda y arrastró al asustado valí hasta la bañera, lo obligó a arrodillarse, lo aferró de la larga cabellera y le sumergió la cabeza bajo el agua. Abu Taur empezó a patallar, pero Afdza lo sujetaba con manos de hierro.

—¡Se acercan algunos! —anunció Clodoveo y empuñó la espada.

—¿Cuántos?

—¡Media docena, señor!

—¡Maldición! ¡Hazte a un lado!

Los guardias de Abu Taur irrumpieron violentamente en el baño y se quedaron

azorados al ver a su señor sumergido en la bañera, al parecer a punto de ahogarse.

—¡Soy Afdza Asdaq! —rugió Afdza sin dejar de mantener la cabeza de Abu Taur bajo el agua. El agua caliente y perfumada salpicaba y la sangre de la herida del valí la había teñido de rojo.

»¡Soy la mano derecha de Solimán bin al Arabi y estoy aquí por orden suya! ¡Quien se enfrente a mí se enfrenta a Solimán!

Los guardias intercambiaron miradas.

—¡Largaos! —bramó Afdza.

Los hombres se entrechocaron en su ansia por salir.

—¡Sigue montando guardia! —le dijo el sarraceno a Clodoveo—. La orden anterior aún sigue en pie.

Entonces sacó a Abu Taur —cuyos movimientos se volvían espasmódicos— fuera del agua. El jefe de la delegación sarracena tomó aire y luego vomitó agua y bilis en la bañera, agitado por las convulsiones. Sin soltarle el pelo, Afdza le volvió la cabeza para que lo mirase bizqueando.

—No soy un torturador —dijo—, así que no volveré a repetir lo que acabo de hacer, pero sí soy el verdugo de Solimán, y la próxima vez que te sumerja la cabeza en el agua dejaré que te ahogues. ¿Has comprendido?

Abu Taur asintió; tenía el rostro manchado de moco y saliva.

—Dispongo de poco tiempo, así que escúchame. Luego podrás decirme si me equivoco o no. Scurfa no nos atacó en Susatum para fastidiar a los francos, sino que se trataba de Arima Garcez, la figura clave de estas intrigas políticas. Quien posea a Arima, poseerá Roncesvalles. Cuando su plan fracasó, Scurfa huyó y no se reunió con sus propios hombres ni se ocultó en el bosque, sino que se dirigió a Medina Barshaluna. No lo habría hecho si aquí no contara con un aliado, alguien que se sirve de los rebeldes sajones para sus propios fines, ¡a saber, tú! ¿Correcto hasta aquí?

Afdza estaba convencido de no equivocarse y se maldijo por haber estado tan hechizado por Arima como para no haber advertido las maquinaciones de Abu Taur. Seguro que el jefe de la delegación había actuado con cautela, pero Afdza poseía un instinto que le permitía descubrir la traición. Sin embargo, en esa oportunidad había estado centrado en Arima, ciego y sordo a todo lo demás. Quien verdaderamente había traicionado los planes de su señor era él mismo: Afdza Asdaq.

—Observaste las costumbres de los francos al igual que yo. Y cuando descubriste que Arima Garcez sería dada en matrimonio viste la oportunidad de proseguir con tus planes: convertirte a ti mismo en señor de Roncesvalles. Poseer el castillo es imposible sin poseer a su señora, y tú sabías que, poco después de nuestra partida, lo más probable es que Arima haya emprendido viaje a su hogar a fin de prepararse para recibir a su futuro esposo. Arima ya no tiene padres, su tutor es Carlomagno y la prestación matrimonial destinada a su ahijada es el castillo. Por eso Scurfa y sus rebeldes (y sin duda un montón de mercenarios sarracenos contratados por ti) va camino de Roncesvalles para tomar prisionera a Arima por segunda vez. Y cuando

estuviese hecho, tú mismo pensabas ir a Roncesvalles para convertir a Arima en una de tus mujeres, ¿verdad?

Afdza hizo un esfuerzo por reprimir el impulso de volver a sumergir a Abu Taur en la bañera. Pero como este no contestó, le golpeó la cabeza contra los azulejos.

Abu Taur clavó la vista en el único ojo de Afdza y lo que vio hizo que asintiera desesperadamente con la cabeza.

—¡Eres un necio! —espetó Afdza—. Scurfa aborrece a los francos, y aún más porque sabe que su rebelión en el norte está condenada al fracaso. Los francos ejercen un excelente control sobre su tierra, pero si Scurfa logra instalarse en Roncesvalles cambiarán las tornas. No te entregará el castillo y tampoco a Arima Garcez, sino que la utilizará para volver a avivar la guerra contra aquellos que atacaron a su pueblo. Es un hombre decente a su manera, pero eso no lo puede comprender alguien como tú, ¿verdad, señor?

—¡Te equivocas! —graznó Abu Taur.

—Hay algo más que quiero saber: ¿cómo diste con Scurfa? Ni siquiera yo sabía que existía hasta que sus hombres nos atacaron, lo que me llevó a informarme todo lo posible acerca de la situación en el reino franco antes de emprender nuestra misión.

El jefe de la delegación pareció resignarse.

—A través del dux de Gascuña.

Afdza reflexionó un instante.

—¿Lope de Gascuña?

Abu negó con la cabeza.

—Su hijo.

Afdza recordó aquel rostro crispado tras recibir un puntapié allí donde a un hombre más le duele y una voz que gemía: «¡Cometes un error!»

—Adalric —dijo.

—Antes de nuestra partida del castillo de Roncesvalles se ofreció como mediador. Al parecer, él y su padre ya habían apoyado secretamente a los rebeldes sajones con armas y dinero.

Afdza entornó los ojos. Todos querían apoderarse de Roncesvalles y de Arima Garcez. Y él era uno de ellos, pero era el único que la deseaba por ella misma, no como un medio para alcanzar un fin, no como la llave para hacerse con el castillo de Roncesvalles, y precisamente él era el único que con toda seguridad no la obtendría. Haciendo un esfuerzo, recuperó la compostura y se puso en pie. Abu Taur se encogía en el suelo y se apretaba su mano ensangrentada en la axila.

—Eres un traidor, señor —dijo Afdza—, y te aliaste con un pagano para cometer esa traición. Solimán te hará crucificar.

Abu Taur jadeó.

—¡Sálvame, *sidi*! —gimió—. Me debes un favor.

—Ya —contestó Afdza con amargura—. Lo urdiste muy bien. Tomaste precauciones por si tu plan era desbaratado. Eres un miserable conspirador que

contaba con el fracaso de su conspiración. Evitaré que mueras en la cruz, pero tendrás que morir.

Cuando Afdza entró precipitadamente en la sala, seguido de Clodoveo y con los guardias pisándoles los talones, Solimán alzó la vista del tablero de *shatranj*.

—Reconozco que mi rey se encuentra en un aprieto y no hallo la solución —dijo Solimán con calma e indicó el tablero—, pero no había tanta prisa...

—No he venido a jugar al *shatranj* —dijo Afdza. Rozó el suelo con la frente e hizo que Clodoveo lo imitara, pero cuando el joven trató de ponerse en pie igual que él, le empujó el pescuezo hacia abajo.

—Claro, puesto que no te mandé llamar para que me ayudaras y tampoco a tu... ¿criado? —dijo Solimán, y a sus guardias—: Gracias, todo está en orden.

Afdza aguardó a que los guardias hubiesen abandonado la sala. Solimán contempló la figura postrada de Clodoveo con mirada curiosa. Afdza le pegó un empujón con el pie y el joven se levantó con actitud titubeante y la mirada gacha.

—¿Por qué lo has traído? —preguntó Solimán.

—Porque sin él no hubiera podido descubrir la traición que os amenaza, señor.

Solimán arqueó las cejas.

—¿Traición? ¿Y la has descubierto tú? ¿Cuánto hace que regresaste, seis, siete horas? Esto resulta notable, incluso para ti, *sidi* —dijo el valí en tono aparentemente burlón, pero la tensión en las mandíbulas reveló que se tomaba el asunto en serio.

—La mitad del mérito también le corresponde a este hombre —insistió Afdza, señalando a Clodoveo—. Quizá querréis recompensarlo.

—¿Qué sugieres?

Aunque no estaba de humor para sonrisas, Afdza sonrió.

—En la casa del traidor hay tres esclavas encerradas en un baño turco. Puesto que ahora os pertenecen a vos y aún recuerdo la expresión de nuestro joven amigo cuando las vio, tal vez podríais regalárselas.

—¿Son dignas?

—Son dulces, señor —dijo Afdza y su sonrisa se ensanchó.

El tiempo apremiaba, pero era importante aparentar calma y distensión para que Solimán accediera a la petición que Afdza quería formularle, y también para que no se diera cuenta del temor que lo atenazaba. Conocía a su señor: al igual que Carlomagno, Solimán tendía a actuar impulsivamente, pero nadie sabía mejor que Afdza que para Al Andalus aún no había llegado el momento.

—¿Y quién es el traidor?

Afdza abrió el puño izquierdo sobre el tablero de *shatranj*. El anillo de Abu Taur, con su sello, cayó y una gota de sangre manchó el tablero.

—Humm —dijo Solimán, reconociendo el anillo—. ¿Dónde está el resto de él?

—Debe de haber acabado de desangrarse en su bañera, señor.

Solimán asintió lentamente con la cabeza. Cogió un paño y, con gesto elegante, depositó el anillo en la fuente de fruta junto al tablero de *shatranj*, pero tras la expresión indiferente del valí Afdza notó su preocupación.

—Ruego que me permitáis perseguir a los compinches de Abu Taur, señor.

—¿Es que hay más traidores?

En pocas palabras, Afdza le contó lo que Abu Taur le había confesado.

—El buen Abu Taur... —suspiró Solimán—. Pero lo tengo merecido: cuando confié en él, actué en contra de mi intuición. Un hombre siempre ha de prestar oídos a su intuición, *sidi*.

«Mi intuición me dice que debería de partir cuanto antes en busca de Arima», pensó Afdza, pero guardó silencio.

Solimán se dirigió a Clodoveo en la lengua franca.

—¿Puedes comprender mis palabras?

—Sí, señor.

—De todas las voces que un hombre oye durante el transcurso de su vida, la de la sangre siempre es la más insistente —prosiguió Solimán—. Al igual que una higuera, que siempre produce higos, la planten donde la planten, un hombre siempre obedecerá a la voz de su sangre, viva donde viva y se haya criado donde se haya criado.

—¿Quieres decir, señor —dijo Clodoveo—, que en última instancia un sajón siempre pensará como un sajón y un sarraceno como un sarraceno?

Solimán asintió con una sonrisa y volvió a dirigirse a Afdza.

—Al parecer, *sidi*, has escogido un siervo inteligente. La calidad de un soberano se reconoce a través de la calidad de sus súbditos, ¿no?

—Eso dicen, señor.

—Hace treinta años, el abuelo de Abu Taur se vio involucrado en el asesinato del califa Al Walid —continuó el soberano—. Hizo causa común con Ibrahim, el primo de Al Walid y al mismo tiempo se sirvió de él contra el valí Marwan bin Muhammad, quien, al igual que Ibrahim, quería convertirse en el nuevo califa. Marwan derrotó a Ibrahim y después hizo ajusticiar al abuelo de Abu Taur como medida de precaución, pues no confiaba en él. La traición no mereció la pena para el abuelo de Abu Taur, y ahora Abu Taur imitó a su modelo porque en él, la sangre traidora habló en voz más alta que el eco de sus juramentos de lealtad. Así que comprenderás por qué me acuso a mí mismo: debería haberlo sabido.

—Nadie es capaz de saber lo que finalmente hará un hombre, señor.

—Pues yo creo que sí. Por ejemplo, sé que tú eliminarás la amenaza, *sidi*, y harás lo que te parezca correcto para lograrlo.

—Podéis confiar en mí, señor.

—Coge los soldados que necesites.

—No necesito ninguno, señor.

—*Alá yisallimak!* —dijo Solimán con una sonrisa.

—Que Dios también te proteja a ti, señor —respondió Afdza, y se dirigió a la salida junto con Clodoveo.

Antes de alcanzar la puerta, Solimán lo llamó:

—*Sidi...*

—¿Sí, señor?

—Cuando arrojaste el anillo sobre el tablero debes de haber movido una pieza. Mi rey está a salvo.

—Así ha de ser —repuso Afdza, y pensó: «Que Dios también me ayude a salvar a la reina... y con ella, a todo el tablero de *shatranj*.»

PATRIS BRUNNA



Turpín vio el humo del fuego desde lejos y se agazapó tras un seto a unos treinta metros del campamento, procurando decidir qué hacer. Había dos opciones: limitarse a rodear el campamento y los dos guerreros —y con ello correr el riesgo de que más adelante lo sorprendieran por la espalda— o atacarlos. El brillo de las estrellas bastaba para arriesgarse; además, uno de ellos —el que montaba guardia— se había dormido. Turpín lo vio luchar contra el sueño y por fin caer vencido. El obispo ya llevaba un rato oculto tras el seto.

¿Qué haría un franco? No cabía duda: primero les cortaría el gáznate y después haría las preguntas. Él también consideraba que, ante la duda, la mejor defensa era el ataque; a fin de cuentas, su madre también tenía sangre franca. Pero allí había algo que no encajaba, solo que no lograba descubrirlo.

A lo mejor solo veía fantasmas. El hecho de que hacía un par de días se había escapado tras provocar un pequeño baño de sangre había mermado su confianza. Pero ¿quién podría haber sospechado que, entre el pequeño grupo de guerreros al que se había unido, se encontraba justamente uno al que antaño se había enfrentado en combate y que lo reconoció? Él, Turpín, debería haberlo sospechado. Un paladín debía estar permanentemente en guardia. Y él no lo había estado.

Por eso ahora vacilaba. ¿Debía atacar a esos hombres mientras dormían, para asegurarse? Lo que había averiguado era demasiado valioso para Carlomagno como para arriesgarse a que la noticia no llegara al rey, así que optó por arrastrarse sigilosamente entre los matorrales hacia el campamento.

El encargado de la guardia no dormiría tan profundamente como el otro y primero tendría que ocuparse de él. A unos pasos del hombre desenfundó el cuchillo que llevaba en el cinto. Le cubriría la boca desde atrás y le cortaría el gáznate.

—Vaya —siseó de pronto una voz junto a su oído—. Es una descortesía acercarse a hurtadillas a unos desconocidos. Por cierto, lo que notas en las costillas es una hoja condenadamente afilada.

Turpín se quedó paralizado. No había sentido la presencia del hombre, que debía de haberse escondido a un lado del campamento. Sin embargo, un paladín estaba preparado para toda clase de emboscadas.

—Y lo que tú notas junto a tus partes más nobles también es una hoja condenadamente afilada —susurró a su vez—. Tal vez adolezca de cortesía, pero si no retiras el cuchillo adolecerás de tus huevos.

Entonces el guardia que simulaba dormir dijo:

—No me lo puedo creer. ¡Es Turpín!

El obispo clavó la mirada en el rostro atónito de Roldán, que era quien había

interpretado el papel del guardia dormido. Luego miró por encima del hombro y vio al hombre que lo había sorprendido.

—Si no te importa, reverendo padre, tú conservarás la vida y yo mis huevos —dijo Remi en tono jocosos.

—Eres tan feo como un sajón —declaró Roldán poco después, cuando todos estaban sentados en el campamento.

Turpín había apagado los rescoldos de la hoguera y murmurado que a los jóvenes todavía había que enseñarles a no encender una hoguera en una noche cálida como esa, porque el humo se olía a millas de distancia. Pero en realidad sentía una curiosa mezcla de pesar y orgullo: pesar porque por lo visto estaba envejeciendo si dos novatos podían engañarlo como si nada, y orgullo porque, una vez más, esos dos novatos formaban parte de lo mejor que había dado el reino de los francos.

—Se debe a que parezco un sajón —replicó Turpín—, pero es inútil esperar un comentario inteligente de alguien que ni siquiera sabe encender una hoguera sin humo.

Turpín llevaba una túnica corta, amplios calzones con cintas en torno a las pantorrillas y cortas botas de cuero hasta el tobillo. Un ajustado gorro frigio le cubría la cabeza y se había vuelto a poner la capa rectangular que los sajones se fijaban en el hombro de manera asimétrica mediante una fíbula, que antes había dejado tras el seto. Incluso se había dejado crecer el típico bigote sajón cuyas puntas caían desde las comisuras de la boca hasta la barbilla, aunque todavía no había transcurrido el tiempo suficiente para que se volviera espeso. Y para amargura de Turpín, cuando el día anterior por la mañana había contemplado su cara en un charco, descubrió varias canas en el bigote.

—Creímos que te habías largado debido a una pelea con Carlomagno —dijo Remi.

—Un paladín no se pelea con su rey, hijo mío.

—Entonces, ¿solo se trató de un ardid?

—Fuiste a espiar entre los sajones, ¿verdad? —preguntó Roldán—. Por eso tienes este aspecto. Y para que los criados de Karlsburg que aún simpatizan con los sajones no lo descubrieran, Carlomagno y tú simulasteis que te marchabas ofendido.

Turpín calló. No era necesario reforzar la verdad aún más.

—Es a causa de Scurfa, ¿no? —preguntó Remi—. Mientras el bribón corretea por ahí en libertad, el peligro de que incite a más sajones a rebelarse contra nosotros es muy grande. Intentaste encontrarlo y entonces...

—¿Adónde os dirigís? —lo interrumpió Turpín.

—A mi provincia —dijo Roldán—. Quiero comprobar que allí todo está en orden, presentarme y someterme a las ceremonias necesarias, y luego regresar a Roncesvalles para reunirme con Arima.

—¿Solo vosotros dos?

—Nosotros dos y unos cientos de guerreros que Carlomagno me proporcionó.

Nos adelantamos un día a ellos. Ya sabes que yo...

—Una vez más, Roldán se puso impaciente —explicó Remi en tono divertido.

—¿Encontraste a Scurfa? —preguntó Roldán, y Turpín vio que el joven echaba un vistazo al cuchillo que él llevaba en el cinto.

—No, pero logré averiguar adónde se dirigió. ¿Qué has dicho? ¿Que Arima Garcez partió rumbo a Roncesvalles?

—Mucho antes de que nosotros nos pusiéramos en marcha —dijo Roldán; parecía inquieto.

—¡Maldición! —murmuró Turpín.

Tres días después Turpín llegó a Karlsburg. Entretanto, se había deshecho de su disfraz de sajón. Las comarcas que rodeaban Patris Brunna estaban en poder de los francos y, más que protección, el disfraz le hubiese valido un flechazo en el estómago.

A primera vista todo parecía igual que siempre cuando la partida del rey era inminente. Carlomagno había celebrado la asamblea del reino, había impartido justicia y realizado todo lo que se había propuesto. En el ínterin, el abad Styrmi se había dedicado a bautizar a todos los sajones paganos que se presentaron a tal efecto. El rey partiría y se dirigiría a otro lugar de su reino donde su presencia era necesaria por motivos políticos. Claro que también pasaría por Aquisgrán, incluso si le suponía dar un rodeo. Turpín sabía que Carlomagno apreciaba esa ciudad más que ninguna otra.

Pero tras echar un segundo vistazo, a Turpín le pareció que los guerreros hacían sus preparativos con mayor esmero que de costumbre. El herrero había contratado más aprendices, encargados de manejar el gran fuelle, acarrear carbón y preparar viejos trozos de metal para fundirlos. Ante el cobertizo de los armeros —dos viejos veteranos cuyos cuerpos estaban cubiertos de antiguas heridas de guerra— se había formado una cola más larga de lo normal; los hombres aguardaban pacientemente que les tocara el turno de que afilaran sus espadas o las enderezaran a martillazos. Que los guerreros comprobaran sus sillas de montar y aparejos antes de emprender un viaje era normal; sin embargo, no lo era que cambiaran viejas correas por otras nuevas a las que les colocaban nuevas hebillas, incluso cuando las viejas todavía no estaban del todo desgastadas.

Un observador poco familiarizado con las costumbres de los francos no hubiese advertido dichas actividades con suspicacia. No obstante, ese no era el caso de Turpín.

—Te preparas para una campaña militar, señor —dijo tras recibir el saludo cordial de Carlomagno—, y no creo que marches contra los sajones.

El rey negó con la cabeza.

—Ya lo suponía —declaró Turpín—. Ahora nuestros enemigos son los sarracenos y si les damos un año de tiempo para prepararse, derrotarlos será más difícil. Todo lo que dijiste acerca de «esperar» y «pasar revista al ejército» y «quién sabe qué

sucedirá dentro de doce meses» solo era una argucia.

—Es de suponer, mi querido Turpín, que los sarracenos están haciendo lo mismo. Por eso resulta importante sorprenderlos.

—Lo sé, lo sé: no puede existir una paz duradera entre ellos y nosotros. Si me lo permites, señor, he de decirte que oigo la voz del abad Styrmí en tus palabras.

—No, Turpín, oyes hablar al rey de los francos, cuyo abuelo rechazó a los sarracenos en Poitiers y que está preocupado por su reino.

El obispo carraspeó. Sabía que la réplica de Carlomagno también servía para rebatir sus propios argumentos; era indudable que en parte se correspondía con la verdad tal como la consideraba Carlomagno, pero el reproche de Turpín también resultaba razonable: que el rey solo impulsaba la misión cristiana en nombre de la Iglesia de Roma, motivo por el cual Styrmí no dejaba de darle la tabarra.

El paladín sabía cuándo había que dejar de contradecir a Carlomagno. El rey había decidido marchar contra los sarracenos ese mismo verano y no se dejaría convencer de lo contrario, y que daba igual cuánto de su decisión se debía a las palabras ponzoñosas de Styrmí, que consideraba que las vidas que no se atenían a los principios de la Iglesia romana carecían de valor. Y eso aunque Turpín todavía no le hubiese informado a qué conclusiones había llegado respecto a la huida de Scurfa al oeste. Y Carlomagno también ignoraba que Roldán no cabalgaba a su nueva provincia sino que había enviado a Remi y sus guerreros allí, mientras que él se dirigía apresuradamente a Roncesvalles por el camino más directo. Las informaciones de Turpín solo servirían para convencer a Carlomagno de que su decisión era la correcta y se apresuraría a emprender la campaña militar. Incluso el experimentado paladín sintió vértigo cuando comprendió que durante las pasadas semanas la situación había dado paso a una única salida: la guerra entre sarracenos y francos.

—No comprendo por qué enviaste a los nobles a casa en vez de llevártelos contigo durante la campaña...

La sonrisa irónica de Carlomagno detuvo a Turpín, que entonces empezó a comprender.

—¡No los enviaste a casa!

—He distribuido a todos los guerreros en los castillos y apeaderos a lo largo del *Hellweg*. Cualquier espía creará que lo único que me importa es reforzar la defensa de estos, algo que tras el ataque de Scurfa también parece lógico.

—Y cuando te dirijas al oeste los recogerás a todos uno tras otro. Hasta las estribaciones de los Pirineos habrás reunido un ejército.

—Correcto, mi querido Turpín.

—Hubo una época en que habrías comentado este ardid de guerra con tus paladines, en vez de informarlos a posteriori y poco a poco.

Carlomagno parecía desconcertado.

—¡Mantener el secreto era importante! —exclamó.

—¿Acaso ya no nos confías tus secretos?

—Styrmi consideró... —empezó el rey, pero se interrumpió.

Turpín sintió una punzada en el corazón, tan dolorosa como el final de todos los amores intensos que jamás había experimentado.

Carlomagno volvió a carraspear.

—¡Es importante que derrotemos a los sarracenos en el primer intento y así lo he decidido!

—Sí, señor —asintió Turpín, porque ya no había nada más que decir.

El rey sonrió.

—Ahora cuéntame lo que has averiguado sobre Scurfa. Supongo que no acabaste con él, de lo contrario habrías llegado con su cabeza ensartada en una lanza. ¿O es que no quedó nada de él? —Y su sonrisa se ensanchó.

Cuando Turpín encontró a Ganelón, este estaba cazando. El padrastro de Roldán se había llevado un halcón y dos siervos, pero el halcón estaba posado en su percha y los siervos estaban tendidos en la hierba, tan aburridos como el ave. Ganelón estaba en cuclillas al borde de un charco, arrojando piedras. Turpín se acuclilló a su lado y ambos compañeros de armas guardaron silencio.

—Todo se está desmoronando —dijo Ganelón por fin.

—Eso me suena conocido —repuso Turpín, suspirando—. Antes de la asamblea del reino Piligrim dijo algo parecido.

—Piligrim tomó una sabia decisión.

—¿Qué? ¿Dimitir? ¿Retirarse del círculo de los paladines? Lo hizo porque está viejo, no por ningún principio.

Ganelón arrojó otra piedra y la imagen perfecta del cielo reflejada en el agua pantanosa se hizo añicos.

—Emprenderemos la guerra contra los sarracenos, pese a que es una locura. No estamos bastante preparados. Aunque Carlomagno tenga numerosos grupos de guerreros camuflados y pretenda recogerlos de camino, nunca logrará poner en pie a todo el ejército franco en tan breve tiempo. Sabes que piensa partir dentro de un par de días, ¿no?

Turpín asintió.

Malhumorado, Ganelón arrojó otra piedra y el agua salpicó.

—Hace poco me dijo que no emprenderíamos la marcha antes del próximo verano y que hasta entonces, gracias a la divina providencia, todavía podían pasar muchas cosas que volverían innecesaria la guerra. ¡Bah!

—A mí me dijo que mantenerlo en secreto era tan importante para él que ni siquiera quiso confiar en nosotros.

—Estoy seguro de que le confió todo a ese maldito abad benedictino. ¡Y ni siquiera cara a cara sino arrodillado ante él y salmodiando!

—Eres injusto con él —dijo Turpín, lanzando un suspiro, aun sabiendo que en ese

momento él era el injusto con Ganelón.

Una vez más, el silencio reinó entre ambos. Una sensación poco habitual invadió a Turpín: la imposibilidad de pronunciar palabra. No sabía qué podría decir para que todo resultara menos insoportable. El más afectado por la situación era Ganelón: como esposo de la mujer que lo culpaba de la muerte de su primer marido, al que seguía llorando; como cuñado del rey, que en realidad debería haber confiado más en él que en el taimado Styrmí; como padrastro del hombre al que Carlomagno prefería entre todos los guerreros, incluso él mismo, y finalmente, como el franco leal a quien la seguridad y la continuada existencia del reino le importaban más que su propia gloria en el campo de batalla y cuyas reflexiones de vez en cuando eran más inteligentes, eficaces y políticas que las del propio rey. Fue Ganelón quien desde el principio le había advertido sobre el peligro de emprender una aventura militar contra los sarracenos, porque previó que estos olvidarían sus desavenencias en cuanto un pueblo —a quien ellos consideraban pagano— los atacara. ¿Y acaso los sarracenos no disponían de una provisión casi infinita de guerreros en su tierra, si recurrían a la ayuda del califa en Madinat as-Salam? Puede que el califa considerase que los sarracenos de Al Andalus eran unos renegados, pero los ayudaría si la vera fe era atacada. No obstante, ya con anterioridad nadie había prestado oídos a las advertencias de Ganelón y seguro que en el presente aún menos.

En cualquier caso, Ganelón se encontraba entre la espada y la pared, y estaba desesperado. Todo lo que estaba ocurriendo debía de parecerle un terrible error y el curso de los acontecimientos le suponía una humillación tras otra. Turpín le lanzó una mirada de soslayo, más preocupado que nunca por su amigo.

CASTILLO DE RONCESVALLES



Arima y su comitiva aún se encontraban a una hora de la cima del paso de Roncesvalles. Los exploradores, que acababan de regresar tras recorrer el siguiente tramo del camino, presentaron su informe. Arima ordenó un alto. El decano de la caballería ligera que los acompañaba cabalgó hasta ella.

—¿Qué sucede, señora?

Arima observó el cielo del atardecer. El aire límpido de las montañas hacía brillar los colores del firmamento: era como si se encontrasen bajo la cúpula de un enorme y precioso cáliz de cristal turquesa. A cierta distancia, vislumbró las siluetas de las aves que volaban en círculo y se destacaban contra el esplendor del atardecer. De vez en cuando algunas descendían trazando espirales y desaparecían tras las copas de los árboles.

—Hay algo que no encaja —dijo Arima. Intentó recordar una imagen, pero no lo logró; tenía la sensación de que antes ya había visto aquello.

El decano soltó un sonoro suspiro. Arima sabía que el largo viaje le había exigido una buena dosis de paciencia; al parecer, y según la opinión del decano, ella no se comportaba como la futura esposa de un *comes* y un paladín: a saber, con distancia y dejando las decisiones en manos de los hombres. En cambio, opinaba sobre los tramos a recorrer todos los días y estaba presente cuando los exploradores regresaban con sus informes. Los guerreros le demostraban abiertamente cuánto la apreciaban, aunque más no fuera porque ella exhibía más talento para organizar el viaje que el comandante. Gracias a dos guerreros que enviaba a cazar, día por medio todos disfrutaron de carne fresca. Y gracias a que todos los días ordenaba a sus criados que se adelantaran junto con los exploradores, encendieran una hoguera y preparasen papilla de cebada y espelta, les proporcionó una estadía agradable en cada nuevo campamento.

—Los exploradores han informado que el camino hasta el castillo de Roncesvalles está libre y que en el propio castillo todo parece transcurrir con la rutina habitual: hay guardias en el adarve, el estandarte ondea por encima de la puerta y se oyen balar las cabras en los establos —dijo el decano—. Si lo deseas, enviaré a los hombres una vez más, para que informen de nuestra llegada y pregunten si todo está en orden. —Su tono revelaba su silenciosa indignación.

—No —se apresuró a decir Arima—, yo misma quiero comprobarlo.

El decano le lanzó una mirada sorprendida y abrió la boca para manifestar su desacuerdo, pero ella no lo dejó hablar.

—Quiero que me acompañes tú y...

—... y también yo —suspiró Ealhwine—. Ya me lo temía. ¿Cuándo acabarás por

comprender que no soy un guerrero sino un maestro, y que mi sitio no está en una partida de reconocimiento sino en una sala y ante un público cultivado?

—Pero ¡si todos te consideran un noble guerrero! Sobre todo desde que renunciaste a seguir viaje a Ravenna y continuaste con nosotros.

—Eso solo se debió a que el condenado obispo de Reims me obligó a hacerlo.

Arima sonrió. En Patris Brunna se había desarrollado una gran amistad entre Turpín y Ealhwine en poco tiempo, que resultaba todavía más notable dado que ambos prácticamente no coincidían en nada y no dejaban de reñir. Solo había un punto en el que sí coincidían, y era el más importante: sobre cómo había que tomarse la vida y que el bien solo se alcanzaba luchando, mientras que el mal venía por sí solo. Turpín no había obligado a Ealhwine a acompañar a Arima, sino que se lo había solicitado antes de abandonar Karlsburg. Y Ealhwine había accedido sin vacilar.

El vínculo entre Ealhwine y Arima también se había estrechado. Era como si en Ealhwine hubiese regresado una parte de la personalidad de su difunto padre: no el duro, decidido y a veces furibundo guerrero y *comes*, cuyo mayor enemigo había sido su propio hermano, sino el hombre que en la sala ordenaba a sus guerreros que hablaran en voz baja cuando su pequeña hija dormitaba junto al fuego y que después la cargaba en brazos hasta su lecho para sentarse a su lado hasta que ella se durmiera del todo.

—Llevaremos un par de hombres más —dijo el decano.

Arima negó con la cabeza.

—Si todo está en orden no necesitamos a los guerreros, y si hubiera algún problema, un puñado de hombres no nos serviría de nada. Tú, Ealhwine y yo seremos suficientes.

—¿Qué problema podría haber, señora? —preguntó el decano en tono mordaz.

—Si lo supiera, no tendríamos que ir a comprobarlo.

Arima volvió a contemplar las aves que volaban en círculo. ¿Dónde había visto una imagen semejante? Entonces de repente lo recordó.

El frío aire de la montaña había impedido que el proceso de putrefacción avanzara tanto como en el castillo de Susatum, pero el olor era perceptible, flotaba alrededor y se pegaba a la piel. Como en Susatum, los muertos formaban un desordenado montón, desechados como viejos harapos. En lo alto, allende el saliente de roca que se elevaba por encima de ese cementerio de cadáveres insepultos, se encontraba el castillo de Roncesvalles. Los verdugos se habían limitado a arrojar los cuerpos al precipicio, a un lugar al pie de la pendiente que resultaba invisible desde el adarve del castillo; para verlos, alguien hubiese tenido que patrullar al borde del precipicio, bastante lejos de la empalizada.

Mientras contemplaba la macabra escena, Arima fue presa del espanto. En su mayoría, los muertos habían caído unos sobre otros con los miembros retorcidos y las ropas manchadas de sangre oscura. Varios habían quedado enganchados en los árboles. Un cadáver yacía a solo unos pasos de ella, Ealhwine y el decano; no

presentaba heridas en el rostro y no estaba cubierto de sangre. Tenía los ojos de mirada ciega clavados en el cielo, la piel ya blancuzca. Era un hombre mayor: el perrero del *comes* Sanche que nunca había estado seguro si tras la muerte del *comes* los perros lo obedecerían. Arima no necesitó ver los rostros de los demás para saber que allí yacía la mayor parte de la servidumbre y los guardias del castillo de Roncesvalles. Cuando cayó la noche, los cuervos habían desaparecido, pero era como si el hedor a muerte hubiera ascendido hasta Roncesvalles: Arima oyó los aullidos y ladridos de los perros. Los conquistadores del castillo los habían dejado con vida, pues eran más valiosos que las personas que habitaban en el castillo.

Las lágrimas humedecieron las mejillas de la joven: tantos muertos... y los supervivientes seguramente servían como esclavos a los atacantes. Arima no se hizo ilusiones acerca del destino de las mujeres y muchachas de su servidumbre. A juzgar por lo que veía, casi todos los cadáveres eran hombres, incluso el de un niño pequeño que pendía obscenamente entre las ramas de un árbol.

Sin embargo, eso tampoco era lo peor. Lo peor era una extraña figura que al parecer se ocupaba en mover los cadáveres amontonados al tiempo que les susurraba algo. Arima se quedó paralizada. Ealhwine murmuró una oración y el decano exclamó:

—¡Dios santo! ¡Un demonio!

Ealhwine acabó su plegaria y preguntó en tono áspero:

—¿Qué clase de criatura es esa?

La aterradora figura arrastraba los cadáveres de un lado a otro. En su espalda se agitaba algo que parecía unas alas plegadas, su cara resultaba invisible pero era como si la circundaran serpientes. Sus susurros eran tan apagados como si surgieran entre un pelaje. Ocultos tras un grueso árbol, observaron cómo la criatura se agachaba, arrastraba un cadáver, lo miraba fijamente y volvía a dejarlo caer. De la cabeza del cadáver colgaba una larga y apelmazada cabellera: era una de las escasas mujeres víctimas del ataque. En lo alto aún se oía el aullido de los perros, el único sonido procedente del castillo, por lo demás sumido en un silencio tan profundo como el del infame cementerio a sus pies.

Presa de la pena y la rabia, Arima tenía un único objetivo: ahuyentar a esa criatura que profanaba los cadáveres de su gente. Apretó los puños y se dispuso a salir de detrás del árbol con Ealhwine a su lado antes de que el decano, paralizado de terror, pudiera reaccionar.

—Señora... —siseó, y enmudeció tan repentinamente que Arima se volvió hacia él.

El comandante se había apresurado a seguirlos, pero ahora estaba inmóvil porque alguien se le había acercado por la espalda y le presionaba un cuchillo contra la garganta. La figura atisbó por detrás del hombro del decano. El pañuelo que cubría la cabeza de Arima se había deslizado hacia atrás revelando sus cabellos despeinados.

—¿Arima Garcez? —preguntó el asaltante con incredulidad y después exclamó

en voz baja—: ¡Por Wotan, señor, aquí está Arima!

La joven se volvió bruscamente. La criatura que registraba los cadáveres se había detenido y enderezado, iluminada por la luna y las estrellas. Aquello que parecían dos alas plegadas era un manto oscuro, lo que parecían serpientes eran sus largos cabellos sueltos y las puntas del turbante con que se había cubierto la cara para protegerse del hedor. A Arima se le aflojaron las rodillas y tuvo que apoyarse en Ealhwine.

Entonces Afdza llegó a su lado y la sostuvo con el brazo. A pesar del hedor a cadáver que lo envolvía, ella percibió su aroma y, a pesar del temblor que le agitaba el cuerpo, él la abrazó con tanta fuerza que ella se quedó sin aliento. Ella lo rodeó con sus brazos y notó un infinito alivio cuando él apretó su rostro contra su cabello sin dejar de repetir:

—*Alahu akbar!* ¡Te buscaba allí, entre los muertos!

—Ha sido Scurfa —dijo Afdza poco después, una vez que se ocultaron entre los árboles.

Aunque la noche era fría, Afdza dejó su manto junto a los cadáveres y también el turbante con que se había protegido del hedor; no obstante, el olor a cadáver persistía. Arima lo percibía pero lograba ignorarlo. Tras la aparición del sarraceno, el espanto mudo que la había embargado desapareció, pero no la rabia y la determinación. ¿Así que alguien se había apoderado de Roncesvalles? ¡Pues había que echarlo!

—Ya lo imaginé al ver los cadáveres. Es igual que en Susatum, pero ¿qué hace Scurfa aquí? ¿Y qué busca en Roncesvalles?

—Es una larga historia que te contaré después —dijo Afdza—. ¿Cuántos guerreros te acompañan, decano?

El decano, que evidentemente no sabía de quién desconfiar más, del sarraceno o del sajón que lo acompañaba, calló.

—Diez hombres, todos armados con *spathas* y hachas. Tres de ellos además llevan lanza y dos tienen arcos y flechas —informó Ealhwine.

Afdza esbozó una sonrisa.

—Una vista de halcón, amigo Ealhwine.

—Si no me crees, compruébalo tú mismo —replicó el erudito—. No tienes por qué jactarte solo porque eres el único capaz de pronunciar mi nombre correctamente. Por cierto: se dice vista de lince, no vista de halcón.

—¡Nunca se me ocurriría desconfiar de tus afirmaciones!

—Así lo espero —gruñó Ealhwine.

Afdza se dirigió al decano.

—Son muy pocos para lanzar un ataque. Será mejor que tú y tus hombres os mantengáis al margen hasta que nosotros consigamos ayuda... o, si lo preferís, podéis informar a Carlomagno de nuestro fracaso.

La mirada indecisa del decano osciló entre Afdza y Arima.

—Señora, yo no acepto órdenes de...

—¡Claro que lo harás! —replicó Arima, irritada—. Y sin rechistar. ¿Qué te propones, Afdza?

—Lo que siempre te he prometido: reconquistar el castillo de Roncesvalles para ti.

—¿Tienes un plan?

—Todavía no.

—Pues no te preocupes, yo sí tengo uno.

En pocas palabras, Arima le explicó el plan que había urdido tras ver la mirada muerta del perrero. Afdza le lanzó una mirada pensativa. Ealhwine y Clodoveo callaban, solo el decano intervino:

—¡Es una locura, señora! No puedo permitirlo. Soy responsable de ti.

—Responsable... —repitió Arima en tono desdeñoso—. Si no fuera por mí, nos habrías conducido directamente hasta las puertas de un castillo tomado por el enemigo.

—¿De verdad quieres hacerlo? —preguntó Afdza.

A pesar de su tono sereno, Arima notó su tensión. Supuso cómo debía de sentirse: hacía unos momentos creía que la encontraría entre un montón de cadáveres, al final la había hallado con vida cuando ya casi no le quedaban esperanzas, y entonces ella le salía con un plan sumamente peligroso. Si el amor que sentía por él no fuese tan profundo, el hecho de que no tratara de disuadirla lo habría vuelto más profundo. La confianza que depositaba en ella era como un abrazo, así que rozó la mejilla de él con la mano. No le importó lo que pudiese pensar el decano de esa muestra de intimidad.

Afdza le apretó la mano y luego se dirigió al decano:

—Necesito las armas de tus arqueros, por favor.

El decano le lanzó una mirada encendida.

—¿Bromeas, sarraceno?

—Vi cómo este hombre acababa con los sajones en el castillo de Susatum —terció Ealhwine—. Es mejor que le obedezcas, créeme... sobre todo porque tiene prisa.

El decano apretó los dientes con expresión obstinada.

—Te relevo de tu puesto, decano —decidió Arima—. A partir de ahora tú comandarás a mis guerreros, Clodoveo.

—¡¿Qué?! —graznó el decano—. ¡Es un sajón, uno de los esbirros de Scurfa!

—Afdza confía en él, así que yo también. Y ahora ve a buscar los arcos y las flechas.

El decano le lanzó una mirada furibunda, pero tuvo que bajarla.

—Como quieras, señora —barbotó.

—Lo acompañaré —dijo Clodoveo—. Por si se le ocurriese poner pies en polvorosa junto con sus hombres.

Pálido de ira, el decano espetó:

—¡No eres quién para dudar de mi lealtad, sajón!

Arima se dio cuenta de que Clodoveo había dicho lo apropiado para asegurar que el decano y sus hombres siguieran siendo leales. Sin ellos, su plan fracasaría; con ellos, la posibilidad de fracaso era considerable. Le lanzó un besito a Clodoveo, igual que aquella vez en la sala del castillo de Susatum antes de que Afdza lo derribara. El joven comprendió que se trataba de un cumplido y se alejó con el decano.

—Espero que me perdones que haya dispuesto de tu siervo —le dijo Arima a Afdza.

—Reconozco cuando una decisión es inteligente. La primera vez que nos encontramos me bastó para comprobar que en realidad no necesitas mi ayuda.

—Tú no participarás, Ealhwine —dijo Arima.

—He aquí otra decisión inteligente —replicó Ealhwine.

Arima basaba la primera parte de su plan en un recuerdo casi olvidado. En cuanto a la segunda parte, se apoyaba en la suposición de que, como guerrero, Afdza era tan perfecto como en todo lo demás; por lo que Arima había visto en ese aspecto, no tenía la menor duda. Pero sí la albergaba acerca de la primera parte del plan.

Tras ver al perrero muerto y oír los aullidos de los perros, Arima recordó la historia relacionada con ella y los perros cuando era una niña pequeña. Un día, ella había desaparecido; registraron todo el castillo en vano y el pánico iba en aumento cuando de repente alguien tuvo la idea de registrar la perrera. Los perros no dejaban de armar alboroto, pero todos habían supuesto que su nerviosismo se debía a la agitada búsqueda. Pues bien, la pequeña Arima se encontraba en la perrera: había logrado escurrirse a través del pesado cerco de madera y estaba tendida y dormida junto a los cachorros de una de las perras. Nadie se explicaba cómo los animales no la habían despedazado en el acto. Tal vez tenía un hálito del olor de su padre y, cuando la manada quiso abalanzarse sobre la niña, la perra junto a cuyos cachorros Arima se había acostado la defendió. Solo despertó cuando su padre entró en la perrera, apartó a los perros y la sacó fuera en brazos.

—¿Estás completamente segura? —preguntó Afdza.

Arima asintió.

—Dios mío, Arima, confías en que la perra que ahora lidera la manada sea uno de los cachorros de antaño...

—Me crie junto a esos perros, Afdza, sé que es así.

—Pero debe de ser viejísima.

—Mi padre siempre se enorgulleció de que todos sus perros eran longevos.

—¿Y confías en que esa perra vuelva a reconocerte, aunque tú misma has dicho que tras la muerte de tu padre los animales no aceptaron ningún amo, ¡ni siquiera al perrero!?

—Confío en que tú mantengas a raya a los sajones mientras yo corro hacia la

puerta del castillo y la abro.

—En todo caso, podéis contar con que yo no me moveré de aquí —gruñó Ealhwine, que los había seguido a hurtadillas y chocado dos veces contra un árbol.

—A no ser que... —empezó Arima.

—Sí, sí, a no ser que. Pero es que no será —prosiguió Ealhwine en tono casi cariñoso.

Lo que Arima quería decir era que Ealhwine debería llegar hasta Carlomagno en caso de que la liberación de Roncesvalles fracasara y ella, Afdza y los guerreros muriesen.

De momento, debían aguardar hasta que la luna se ocultara tras la cima de una montaña. Después rodearían la pendiente situada detrás del castillo y remontarían la ladera a través del bosque. En la meseta donde se elevaba el castillo no crecía ni un árbol y no resultaría sencillo acercarse, ni siquiera cuando reinara una oscuridad casi absoluta. Por la parte de atrás —donde también se encontraba la perrera— resultaría más fácil: allí estaba el precipicio y por ese lado los guardias no esperaban ningún peligro.

Nubes grandes y pequeñas recorrían el cielo; las más grandes ocultaban las estrellas. A su sombra, Arima se aproximaría al castillo, se deslizaría dentro de la perrera a través del pasadizo y confiaría en que los animales la reconocieran, o al menos que la perra líder la aceptara. Después vendría la parte más difícil.

Afdza cogió un odre, derramó un poco de agua en la tierra y metió los dedos en el lodo. Con movimientos semejantes a caricias, embadurnó el rostro y las manos de Arima con el fango y después hizo lo propio con el suyo. Cuando le lanzó una sonrisa, sus dientes formaron un resplandor blanco en medio de una mancha oscura.

—Estás preciosa —le dijo.

Arima asintió con la cabeza. Le hubiese gustado decirle algo estimulante, pero el nerviosismo la enmudecía. Todo parecía tan claro y lógico cuando presentó su plan... Pero en ese momento, poco antes de llevarlo a cabo, se le ocurrían mil posibles errores y cosas imposibles de prever. El corazón le latía aprisa y respiraba entrecortadamente.

—Dios nos conduce por el camino correcto —añadió Afdza.

Ella habría querido besarlo, pero la angustia la paralizaba. Durante un momento él permaneció a su lado y luego desapareció. Ella se imaginó cómo atravesaba la oscuridad en dirección al sitio que ella le había asignado y miró en torno. Ealhwine también había desaparecido. Arima sabía que se encontraba cerca, entre los árboles. De pronto sintió tanto miedo que tuvo que esforzarse para no arrastrarse hasta él y poner fin a todo aquello. Desesperada, trató de pensar en algo que le diera ánimos.

Entonces pensó: «Nos tenderemos en las pieles ante el fuego en mi habitación, solo los dos, Afdza, tú y yo, y me entregaré a ti y tú me llevarás al cielo con tu cariño y ternura y me darás alas, y me convertiré en tu mujer y te habré hecho el único regalo que no puedo hacerle a nadie más... Pero será después de que hayamos

reconquistado Roncesvalles.»

Era el mejor de los pensamientos, mejor que «¡Por Roncesvalles, mi padre y Carlomagno!», y mucho mejor que «¡Morid, bastardos sajones!».

Alzó la vista hacia las nubes, notó que la capa de lodo de su cara se tensaba y avanzó con sigilo.



Roldán se percató de que el caballo se quebrantaría antes de que empezara a tropezar. Desmontó de un brinco y rodó a un lado. Un instante después el animal lanzado al galope cayó al suelo y se quedó tendido, resoplando.

—Lo siento —murmuró Roldán, y desenvainó su nueva espada.

A continuación se la hundió en el cuello para que no siguiera sufriendo. La sangre caliente lo empapó. Se secaría, al igual que las dos veces anteriores. Roldán contempló el último caballo que le quedaba y que también estaba cubierto de sudor. Lo montó y se aferró de las crines. El olor de la sangre espantó al animal, pero Roldán logró dominarlo. Era como si todas las fibras musculares de su cuerpo se hubieran desgarrado, como si se hubiese roto todos los huesos y el agotamiento apretara su cabeza entre dos planchas de hierro. No tenía remedio, llegaría demasiado tarde pero no tenía remedio.

Los Pirineos se recortaban contra el cielo nocturno como sombras grises de puntas resplandecientes, allí donde las cimas nevadas reflejaban el resplandor nocturno.

No podía llegar demasiado tarde. ¡Era un paladín, no un fracasado!

Roldán espoleó al caballo.



Arrastrarse a lo largo del par de docenas de pasos que la separaban de la empalizada le supuso un esfuerzo terrible y a mitad de camino Arima ya estaba bañada en sudor. Procuró respirar sin jadear pero resultaba agotador. No dejaba de detenerse y dirigir la mirada hacia la empalizada, que se destacaba como una sombra oscura contra el entorno más claro en cuanto la iluminaba el claro de luna, y se volvía casi invisible cuando las nubes cubrían el cielo. No veía al sajón que montaba guardia en el adarve, pero por suerte el individuo murmuraba o canturreaba. De pronto un curioso chapoteo la desconcertó, hasta que comprendió que el guardia estaba orinando por encima de la empalizada.

—Guarro —susurró Arima, aunque en el fondo le estaba agradecida por no vigilar la parte trasera de la empalizada situada por encima de la perrera; al parecer,

los sajones se sentían seguros.

En vista de que Scurfa, sorprendido por el enemigo, ya se había visto obligado a huir de un castillo que creía haber conquistado, cabía esperar que esta vez fuera más precavido. Pero Roncesvalles se encontraba a mucha distancia de Patris Brunna y en los alrededores no había ningún paladín a quien el sajón pudiera temer.

—Pero sí la señora de Roncesvalles —gruñó Arima para sí, y añadió—: Y su amado, el guerrero más poderoso del reino sarraceno.

Sonrió y un par de trozos secos de lodo se desprendieron de su cara.

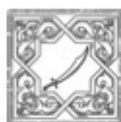
Cuando por fin llegó exhausta contra la empalizada trasera, hizo un alto para que su corazón desbocado se serenara. Aguzó el oído. El guardia se acercó a la esquina, carraspeó, bostezó, soltó una ventosidad y regresó a su puesto. Arima se arrastró hasta el pasadizo de la perrera y oyó los movimientos y jadeos de los perros al otro lado de la empalizada: habían notado su presencia y estaban inquietos. Se arrastró con mayor rapidez; a través de las rendijas de la empalizada vio las tenues llamas de una pequeña hoguera seguramente encendida en la herrería, pues el techo de esta reflejaba la luz.

Cuando alcanzó el pasadizo, vaciló. De pronto recordó que en cierta ocasión alguien le había preguntado a su padre si no consideraba peligroso abrir un pasadizo en la empalizada a través del cual los atacantes podrían acceder al castillo. El *comes* Sanche había contestado que confiaba en que no tardara en ocurrir, porque el alimento de los perros le salía bastante caro.

Arima estiró la mano y tocó la puertita guarnecida de hierro que cerraba el pasadizo. Solo debía empujarla hacia dentro. Al otro lado se oyó un gruñido furioso y Arima retiró la mano. Después inspiró hondo, abrió la puertita y se deslizó a través de ella.

Por un momento los perros se desconcertaron, al igual que hubiesen hecho las personas. La perra líder estaba justo delante de la puerta y entonces retrocedió, mostró los dientes y el pelaje de la nuca se le erizó. Soltó un gruñido grave y...

... Arima temió que quizá se había equivocado al evaluar la situación.



Afdza aguardaba recibir la señal convenida. Tanteó la cuerda que se había enrollado alrededor del cuerpo y por enésima vez comprobó que las cuerdas de los arcos que colgaban de su espalda estaban intactas. Hasta entonces siempre había entrado en combate con tranquilidad, sin ponerse nervioso. Pero era la primera vez que la vida de una mujer estaba en juego, una mujer a la que amaba más que a nadie en el mundo. Todavía no se había repuesto del todo del horror que le había supuesto registrar aquel montón de cadáveres en busca de Arima. Su corazón le había dicho que no podía encontrarse entre los muertos porque él hubiera notado que el alma de

su amada abandonaba el mundo; pero la voz de su corazón se había vuelto cada vez más queda al contemplar los ojos muertos, las mandíbulas flojas, las gargantas cercenadas y las puñaladas en la nuca. Había musitado plegarias y suplicado a Dios que el siguiente cadáver que volviera no fuera el de Arima.

No debía pensar en lo que había sentido, o ya no sería capaz de cumplir con su parte del plan. Nunca había sentido tanto temor ante un combate.

Entonces, repentinamente oyó los ladridos y gruñidos furiosos de una manada de perros y el grito agudo de Arima y comprendió que algo había salido mal, pero no vaciló. Solo existía una posibilidad de hacer algo y esta consistía en continuar con el plan. El instinto del guerrero reprimió el miedo que lo atenazaba, su espíritu se serenó al tiempo que su cuerpo entraba en acción como por cuenta propia.

Agazapado, echó a correr hacia la empalizada, donde todos los guardias se habían vuelto bruscamente y escudriñaban el patio del castillo. Cuando Afdza alcanzó la empalizada resonaron los primeros gritos. La cuerda, con un lazo anudado en la punta, voló por el aire, se enganchó en las puntas de la empalizada veinte pasos más allá y Afdza echó a correr junto a la empalizada, recogiendo la cuerda a toda velocidad al tiempo que los gruñidos y aullidos se volvían cada vez más sonoros y también el vocerío de los guardias. Arima había dejado de gritar... pero el instinto guerrero volvió a apartar el temor, Afdza aprovechó el impulso que se había dado a sí mismo y, durante unos pasos, remontó la pared vertical como un volatinero cogiéndose de la tensa cuerda. Cuando uno de los guardias se asomó por el borde de la empalizada, lo vio y le arrojó la lanza, Afdza se lanzó a un lado. El efecto pendular de la cuerda lo arrastró en dirección opuesta y siguió ascendiendo por los troncos de la empalizada. Llegó a las puntas, se impulsó con una mano y aterrizó en el adarve, botó, se enderezó y cogió uno de los arcos colgados de su hombro. Los alarmados sajones abandonaron sus alojamientos y echaron a correr hacia la hoguera que ardía en el centro del patio y recogieron unas cuantas ramas en llamas. El fuego había alterado su visión nocturna y, además, gracias a las antorchas que portaban, se convirtieron en excelentes blancos. Para Afdza, que había evitado mirar las llamas, toda la escena estaba brillantemente iluminada.

Así pues, todo se desarrollaba según lo planeado. Ya había ajustado la primera flecha en el arco cuando uno de los guardias del adarve se precipitó hacia él. El disparo abatió al sajón, que cayó del adarve al tiempo que Afdza se volvía con la rapidez del rayo y derribaba a un segundo guardia que se acercaba por el otro lado. Oyó los gritos de los demás y los ladridos enloquecidos de los perros y le disparó al tercer guardia por encima del flanco de la empalizada. El flechazo lanzó al sajón por encima de la barandilla y desapareció en la oscuridad al otro lado del baluarte.

Entonces Afdza echó a correr a lo largo del adarve hacia el flanco trasero del castillo y la perrera... aunque podría haberse ahorrado el recorrido.

De repente los perros surgieron de la perrera, una nutrida manada de pelaje negro, fauces y colmillos. Un instante después se dispersaron: un mortífero abanico que se

abalanzó sobre los guardias, que retrocedieron presa del espanto. Arima se encontraba en el centro de la manada junto a una enorme sombra que no se despejaba de su lado al tiempo que ella corría hacia la puerta. No alzó la vista hacia Afdza e hizo caso omiso de los sajones que procuraban recuperarse de la sorpresa. Algunos trataron de detenerla, pero fueron atacados por un par de animales babeantes y Arima corrió en línea recta hacia la puerta.

La perra que corría a su lado derribó a un sajón y siguió a Arima mientras el guerrero se retorció en el suelo y un borbotón de sangre brotaba de su cuello desgarrado por la dentellada. El segundo fue derribado por una flecha de Afdza, que corría por el adarve manteniéndose a la par de la joven. Un sajón había subido una escalera y se encaramaba al adarve, pero un puntapié lo derribó junto con la escalera. Otro sajón se acercó demasiado a Arima y cayó a sus pies con una flecha clavada entre los omóplatos. Ella brincó por encima del cuerpo. Silbó otra flecha y un guerrero —que había intentado clavarle una lanza a la perra— rodó por tierra. Afdza las defendía a ambas: a Arima y a la perra que la protegía, y en ese instante sentía el mismo aprecio por ambas.

Fuera del castillo resonó un atronador golpeteo de cascos y el fragor de los guerreros francos lanzándose al ataque. Arima alcanzó la puerta casi al mismo tiempo que un sajón se interpuso en su camino. Una flecha lo clavó contra la puerta. El hombre se revolvió y trató de aferrar a Arima, pero un segundo flechazo le atravesó el cráneo y quedó colgado de la puerta como de una percha. Arima forcejeaba con el cerrojo. Afdza oyó pasos a su espalda, se volvió y derribó a su atacante golpeándolo con el arco, que se partió en dos. Afdza cogió el segundo; de momento, todas las flechas habían dado en el blanco, y la siguiente acabó con el arquero apostado en la escalera que daba a la casa señorial.

Arima había logrado levantar la tranca. Tras vencer la primera resistencia, las piedras colgadas de cadenas que hacían de contrapeso la elevaron aún más. Arima abrió las hojas de las puertas. Afdza le disparó una flecha entre los ojos a un guerrero que había vuelto a colocar la escalera y alcanzado el adarve. A otro, que blandía un hacha para arrojársela a Arima, le perforó un hombro. El herido avanzó trastabillando hacia Arima y la perra lo derribó. Soltó unos breves aullidos de dolor.

Entonces los guerreros francos irrumpieron por la puerta abierta al galope, encabezados por Clodoveo, que traía a alguien más en su corcel. Llegaban justo a tiempo. Los guerreros sarracenos que Abu Taur había proporcionado al *heritogo* sajón surgieron de la casa principal esgrimiendo espadas y lanzas. Afdza había supuesto que los desconfiados sajones no les asignaran el servicio de guardia, sino que los reunieran en la casa señorial para mantenerlos a raya. No se había equivocado. Los sarracenos se apresuraron a orientarse y se prepararon para entrar en combate.

Afdza bajó presuroso la escalera. En el patio del castillo reinaba un caos formado por los perros furiosos que mordían y tironeaban de los cadáveres y los heridos,

sarracenos que se enfrentaban a los fuertemente armados francos, jinetes que rugían y caballos que relinchaban. Afdza echó a correr hacia los sarracenos y gritó en su propia lengua:

—¡Alto!

Su turbante se había soltado y sus largos cabellos ondeaban. Los sarracenos se quedaron paralizados de la sorpresa, proporcionándole a Clodoveo el tiempo suficiente de alcanzar la casa señorial. Casi todos debían de conocer a Afdza Asdaq, la mano derecha del valí de Medina Barshaluna. Medio muerto, el acompañante involuntario de Clodoveo iba a horcajadas del caballo delante del joven sajón, que lo sostenía con una mano al tiempo que le apoyaba un cuchillo en la garganta.

—¡Deteneos! —gritó el hombre con voz áspera a los guerreros—. ¡Soy Abu Taur! ¡Os ordeno que os rindáis a Afdza Asdaq!

Los sarracenos clavaron la mirada en su señor; tenía un aspecto lamentable, pero no cabía duda de que se trataba de él. Bajaron las espadas y cuchichearon. Clodoveo dejó que Abu Taur se deslizara del caballo y, jadeando, este quedó arrodillado en el suelo. El sajón miró en torno, dispuesto a apoyar a los francos, pero estos ya habían ganado la batalla. Los guerreros de Scurfa supervivientes se habían rendido.

Solo un hombre se negaba a soltar su espada; lo habían arrinconado y a sus pies yacían tres perros muertos y, un poco más allá, un guerrero franco. Era Scurfa. Al ver que los sarracenos no lo ayudarían soltó un rugido de rabia. Alzó la espada y, estupefacto, la bajó cuando Arima se plantó ante él.

—Te conozco —dijo—. Tú eres la franca que tomé como rehén en Susatum. ¡La descarada!

La joven elevó la barbilla.

—No soy franca, soy Arima Garcez, señora de Roncesvalles, y habrás de rendirme cuentas por lo que le has hecho a mi gente.

Scurfa la miró fijamente y después a Afdza, que había llegado a su lado. Más que nunca, Afdza ansiaba abrazarla, pero sabía que ese no era el momento para eso.

—Con esto te devuelvo Roncesvalles, señora.

Scurfa estaba atónito.

—Tú también has sido mi prisionero una vez —graznó.

—Por poco tiempo —contestó Afdza en tono casi amable.

—¿Y ella es Arima Garcez? —preguntó Scurfa, señalándola.

—Por lo visto, en Susatum no fuiste lo bastante cortés como para preguntarle su nombre.

Scurfa reflexionó un momento y dejó caer su *sax* con aire derrotado.

—¿Dónde está ese piojo? —bramó.

—¿De quién hablas? —preguntó Arima.

—¡De... —exclamó Scurfa— de Adalric de Gascuña, el hijo del dux de Gascuña! Sorprendida, Arima se volvió hacia Afdza y este asintió.

—Formaba parte de este complot.

—¿Dónde lo viste por última vez? —preguntó Arima en tono tan furibundo que Scurfa dio un paso atrás.

—En la casa señorial.

—Que alguien lo saque de mi casa —ordenó la joven sin mirar a nadie.

Hasta encontrar a Adalric —oculto en un almacén detrás de los barriles de carne en salazón—, los francos y los sarracenos que se habían sometido a Afdza Asdaq habían impuesto cierto orden en el patio interior del castillo. Junto con Clodoveo —que en pocos minutos obró el milagro de entablar amistad con la perra líder—, Arima volvió a encerrar los animales en la perrera y Clodoveo se quedó allí para ocuparse de los mastines heridos, que lo dejaron hacer después de que la perra líder les soltara un gruñido. Nadie se ocupó de Abu Taur; el valí de Wasqa permaneció tendido y resollando en el patio. Los que habían sido sus guerreros no se acercaron a él. Abu Taur estaba ojeroso y pálido y de vez en cuando se estremecía. El pelo grasiento le asomaba bajo el turbante, le faltaba el antebrazo derecho y las vendas que cubrían el muñón apestaban empapadas de sangre.

Los prisioneros sajones fueron maniatados y obligados a sentarse en la herrería junto a la hoguera. Cuando un franco también quiso maniatar a Scurfa, este se resistió.

—No me humilles —suplicó a Afdza.

—Aquí quien manda es ella —contestó Afdza, señalando a Arima.

Arima contempló a Scurfa, y Afdza adivinó en qué estaba pensando: en el montón de cadáveres al pie del precipicio.

—Maniatadlo —ordenó.

Tuvieron que arrastrar a Adalric de Gasuña porque se resistía como una fiera. No estaba solo: lo acompañaba una joven que se soltó, corrió hasta Arima y, sollozando, se abrazó a sus rodillas. Llevaba uno de los vestidos de Arima pero tenía un ojo amoratado, la cara rasguñada y cuando el vestido se deslizó descubriendo uno de sus hombros, Afdza comprobó horrorizado que había sido azotada. Con los ojos muy abiertos, Arima escuchó el relato de la joven en el dialecto gascón de la lengua franca, que Afdza no dominaba. La señora le contestó en la misma lengua.

El sarraceno le lanzó un vistazo a Adalric, a quien habían obligado a ponerse de rodillas; el labio inferior le temblaba e intentaba inútilmente adoptar una expresión terca. Luego se dirigió a Scurfa.

—El gascón juró que la señora de Roncesvalles se encontraba en el castillo —dijo Scurfa, indicando a la joven con la cabeza—. Afirmó que no había dejado de vigilarla y que esa desgraciada era ella. Llevaba la bata de una criada, pero Adalric dijo que era un disfraz. Al principio ella lo negó pero después de dejarlo unos momentos a solas con ella, confesó que era Arima Garcez.

—Porque Adalric le pegó y la amenazó con entregarla a Scurfa y sus hombres si no confirmaba su mentira —intervino Arima, que se había acercado—. Al igual que las mujeres y la mayoría de los hijos de los criados.

Afdza se dirigió a uno de los sarracenos.

—¿Dónde están esos infelices? —preguntó en tono duro.

—Ya los sacamos del calabozo, *sidi*. Oímos lo que los sajones les hicieron, pero os juro por el Profeta que nosotros no participamos.

—Pero tampoco lo impedisteis.

—No, *sidi* —admitió el sarraceno y bajó la cabeza.

—¿Cómo podía saber que el maldito novato mentía? —dijo Scurfa.

—¿Así que creíste que yo era esa muchacha? —exclamó Arima.

Scurfa se encogió de hombros.

—¿Y permitiste que Adalric la violara varias veces, la golpeará y azotara y... —gritó, y desgarró el vestido de la joven que todavía se aferraba a sus rodillas. Todos contuvieron el aliento al ver las mordeduras que le cubrían los pechos y que en el sitio de los pezones tenía heridas costrosas— y le hiciera esto porque decía que era yo?

Arima soltó a la muchacha, que trató de cubrirse con los jirones del vestido; luego, sollozando, se tambaleó y cayó sentada en el suelo.

Scurfa reflexionó.

—Permitiría que sucedieran cosas aún peores en aras de la libertad de mi pueblo.

—Eres hombre muerto, Scurfa. —Afdza alzó el arco y colocó una flecha.

Scurfa miró el arco.

—No te atreverás, sarraceno, y además, ¿por qué habrías de hacerlo? Estás liado con la señora de Roncesvalles, con la auténtica, y te estás imaginando que era ella a quien maltrataba el novato, ¿verdad?

Afdza tensó el arco en silencio. Scurfa adoptó una mueca irónica.

—Abu Taur me habló de ti. ¡El honorable guerrero sarraceno! ¡El paladín de Solimán bin al Arabi! El hombre que se encargó de que le perdonaran la vida a ese renegado de Aercenbryht, el que nunca mataría a un indefenso por venganza...

El arco soltó la flecha y Scurfa, que estaba sentado en el suelo, cayó de espaldas. Se incorporó a medias, miró la flecha que le perforaba el pecho casi hasta las plumas y le lanzó una mirada incrédula a Afdza.

—Abu Taur solo te contó mentiras —dijo Afdza.

Scurfa cayó de lado, resollando. Sangraba por la boca y la nariz, agitó las piernas y su entrepierna se oscureció, empapada. Afdza se apartó. Antes de dar muerte a Scurfa se había sentido asqueado por toda la maldad que había visto, pero ahora se sintió aún más asqueado.

Adalric aprovechó la oportunidad. Agarró a la criada que había sido su víctima durante todos esos días y la arrastró hasta un caballo, pese a que la muchacha se resistía. Un pequeño puñal apareció en su mano y lo presionó contra la mejilla de la joven, justo debajo del ojo. La muchacha se quedó paralizada. Al parecer, los sarracenos solo lo habían registrado superficialmente.

—¡Si no quieres que le clave un cuchillo en el seso me dejarás marchar, Arima!

—siseó y esbozó una sonrisa triunfal—. No solo me siguió el juego porque la obligué sino porque creyó que así podría protegerte en caso de que regresaras. Pero tú no regresaste a tiempo, de lo contrario todo esto no hubiese sido necesario.

Afdza había tensado el arco, apuntó y dijo con calma:

—Solo has de pronunciar una palabra, señora.

Adalric seguía parapetado detrás de la muchacha.

—No —dijo Arima—. No quiero que le ocurra nada más, no corramos ningún riesgo.

Afdza bajó el arco. Le hubiera dado a Adalric sin tocarle un pelo a la criada, pero comprendió la ansiedad de Arima.

Adalric montó en el caballo y se escudó detrás de la muchacha, que les lanzó una mirada suplicante a Arima y Afdza.

—La dejarás en libertad cuando estés a salvo —dijo Arima.

—No estás en situación de exigir nada —replicó Adalric—, pero por una vez seré bondadoso y te prometo que la soltaré —añadió antes de espolear su montura y salir por la puerta del castillo.

Afdza subió la escalera hasta el adarve. Además de la hoguera de la herrería habían encendido otra en el centro del patio y su resplandor se proyectaba hacia al exterior a través de la puerta abierta de par en par. Afdza tensó el arco, el gascón abandonaría el último tramo iluminado en un instante y se pondría fuera del alcance de las flechas. Vio que Adalric arrojaba a la criada del caballo y después se lo tragó la oscuridad y la abrupta ladera que daba al camino del castillo. La muchacha quedó tendida en el suelo, inmóvil.

Cuando Afdza llegó a su lado Arima ya estaba junto a ella y le lanzó una mirada impotente. La muchacha estaba muerta: de la ensangrentada cuenca de su ojo surgía la empuñadura del puñal de Adalric.

El castillo de Roncesvalles había pagado un alto precio por recuperar la libertad.

Depositaron los cadáveres delante del castillo. Al día siguiente los guerreros sajones supervivientes los trasladarían y enterrarían. Los sajones suplicaron que los dejaran enterrar a sus muertos en tumbas individuales junto con sus armas, como a los francos, pero después de haber visto la saña que habían mostrado con mujeres y niños, Arima les denegó dicho permiso. Los guerreros francos —a quienes Arima había vuelto a poner a las órdenes del decano después de que Clodoveo le contase que el hombre había luchado como un jabato durante la reconquista del castillo— se encargaron junto con los sarracenos, que ya habían pasado a ser guerreros de Afdza, de la seguridad nocturna del castillo. A Abu Taur lo trasladaron a la sala. Deliraba y Clodoveo, que examinó el muñón del brazo y trató de limpiar la herida, se encogió de hombros cuando Afdza le preguntó si el valí sobreviviría.

Afdza persuadió a Arima de que durmiera un poco. Luego se sentó delante de su

habitación con la espalda apoyada en la puerta y montó guardia. Hubiese sido incapaz de expresar lo que sentía, aparte de un profundo anhelo por la joven. Tenía claro que al matar a Scurfa había acabado con el bellaco menos indigno y que el verdadero criminal, a saber Adalric de Gascuña, había escapado. Antes ya había visto cosas como los cadáveres en la quebrada y las criadas violadas con anterioridad: tras cada batalla, tras cada conquista, tras cada ocupación de un territorio enemigo. Cuando los sarracenos irrumpían en territorios extranjeros no solían practicar violaciones en masa —esa era la especialidad de los soldados cristianos—, pero ambos bandos acostumbraban matar a casi todos los hombres y muchachos y vender al resto como esclavos. Sin embargo, ahora estaba conmocionado: Scurfa había logrado que imaginara que, con un poco de mala suerte, la pobre criada torturada y asesinada por Adalric podría haber sido Arima, y no lograba desprenderse de esa idea.

Entonces la oyó sollozar en la habitación y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acudir a consolarla, pues eso hubiese supuesto atravesar un punto de no retorno. Y él no podía permitírselo, porque para él y Arima no existía un futuro. Apretó los puños y las uñas se hincaron en las palmas.

La puerta se abrió de pronto y Arima apareció en el umbral con la cara llorosa y el pelo alborotado. Lo miró y por un momento ninguno de los dos pudo decir nada.

—Esta noche no puedo dormir sola —susurró ella.

Afdza asintió y, en silencio, se puso en pie y la siguió al interior de la habitación. El rostro de ella expresaba tanto temor como anhelo, y Afdza se maldijo por la reserva que se imponía a sí mismo, pero no podía evitarlo: si hubiese considerado que el anhelo superaba el temor, entonces... pero así...

Arima se tendió en la cama y él la cubrió con las mantas, se acostó a su lado, la atrajo hacia sí y se amoldó a su espalda. Arima volvió la cabeza hacia él con los labios entreabiertos. Afdza la besó con tanta suavidad que el roce fue como de alas de mariposa.

—Cuando todo empezó, creí que los perros te habían atacado —dijo tras un momento en que solo la miró a los ojos.

—Los machos casi lo hicieron, pero la perra líder se colocó delante de mí, gruñendo y enseñando los dientes a la manada.

—Te oí gritar.

Arima carraspeó.

—Eso fue después, una vez que abrí la perrera. Creo que grité: «¡A por esos malnacidos!»

—Una orden apropiada.

—El sarraceno herido que Clodoveo sostenía delante de la silla era el jefe de tu delegación, ¿no?

Afdza asintió y le explicó el papel desempeñado por Abu Taur. Arima reflexionó y él notó que se adormilaba lentamente.

—¿Por qué le falta la mitad del brazo? —preguntó.

—Sufrió una herida cuando lo tomé prisionero en su casa y entonces se me ocurrió decirle a Solimán que había muerto, porque de lo contrario mi señor lo hubiera hecho ajusticiar. Yo sabía que debía traer a Abu Taur hasta aquí para lograr que sus hombres me obedecieran. Durante la cabalgada hasta Roncesvalles la herida se infectó y tuve que amputarle el antebrazo para salvarle la vida... Pero no sirvió de mucho.

—Tanta sangre, tanta crueldad... —murmuró la joven y Afdza sintió una punzada en el corazón. Pero acto seguido comprendió que no se refería a él sino a ella misma —: Y todo por mi culpa. Los espíritus de los muertos me perseguirán.

—No, no lo harán, porque yo velaré por ti. Ahora duérmete, estrella mía.

Poco después su respiración se volvió más sosegada y su cuerpo —al que a pesar de las mantas percibía con tanta intensidad como si estuviera desnuda— se relajó. Afdza sabía que no pegaría ojo en toda la noche, pero no le importó: le bastaba con estar junto a ella. Y también era mejor así. Se escabulliría de la habitación antes de la madrugada para que el honor de Arima no se viera afectado.

Pero él también se durmió.



Roldán había obrado un milagro. Había perdido la cuenta, pero debía de haber cabalgado diez días hasta alcanzar el castillo de Roncesvalles. Incluso los correos de Carlomagno tardaban al menos quince días en recorrer su reino de una punta a la otra. Había reventado media docena de caballos y cuando los mesoneros de los apeaderos a lo largo del *Hellweg* no le creían que era un paladín del rey, se apropiaba de los caballos de relevo mediante la violencia. Ignoraba cuántas veces había dormido o comido, lo único que sabía era que no había dedicado ni un minuto a asearse.

El último caballo se había desplomado a media altura del paso de Ibañeta y a partir de allí Roldán avanzó a pie, sin percibir el frío matutino de la alta montaña a través de sus ropas empapadas en sudor. Al ver el castillo iluminado por la primera luz del día la única imagen que penetró en su exhausta conciencia fueron unos guerreros sajones sacando cadáveres por la puerta para tenderlos junto a otros muertos. La luz dorada bañaba los contornos de las figuras retorcidas tendidas en la hierba e iluminaba las nubecillas de vaho que exhalaban los que cargaban los cadáveres, que, debido a su posición encorvada, parecían extraños demonios de aliento llameante que arrastraban los muertos hacia la eterna oscuridad. Roldán desenvainó la espada y se acercó a ellos tambaleándose. Quiso soltar un grito guerrero, pero de su boca solo surgió un graznido.

Alguien lo retuvo por el brazo.

—¿Eres tú, *comes* Roldán? —preguntó atónito el hombre en lengua franca.

Roldán no lo conocía; quiso apartarlo de un empujón y atacar a los sajones, pero

el hombre no lo soltó y el paladín lentamente tomó conciencia de que se trataba de un guerrero franco. Entonces soltó un quejido.

—Los sajones se rindieron, *comes* Roldán. ¡Qué aspecto tienes, Dios mío! ¿Has luchado?

Roldán se zafó y lanzó un alarido. El guerrero franco retrocedió unos pasos con la mano en la empuñadura de su *spatha*. Roldán apenas se sostenía en pie.

—¿Dónde está ella? —balbuceó.

—¿Quién? ¿Arima Garcez?

—Sí. ¿Dónde... está? —Volvió a alzar su espada y tropezó hacia los sajones que lo miraban fijamente, como si fuera un fantasma.

—La señora está en la casa señorial... —informó el guerrero.

—¿Está... está...? —gritó Roldán, gesticulando.

—No te preocupes, se encuentra perfectamente, está durmiendo.

De pronto Roldán cayó de rodillas y, perplejo, contempló la espada que había caído de su mano; se inclinó para recogerla y casi se fue de bruces. Tras un segundo intento logró recoger a *Durandarte*. Cuando el guerrero quiso ayudarlo a incorporarse, Roldán lo rechazó y, con esfuerzo, se puso en pie.

—La casa señorial... —murmuró—. En la casa señorial...

Cruzó la puerta tambaleándose. Al verlo, los hombres y mujeres que a pesar de la hora temprana se encontraban en el patio del castillo, pegaron un respingo, pero él casi no lo notó. Remontó los peldaños hasta la casa señorial arrastrando a *Durandarte* detrás, desconcertado por el traqueteo. Aunque nunca había estado allí logró llegar hasta las habitaciones de la última planta. Y sin reparar en que aún no era el señor de Roncesvalles y Arima todavía no era su mujer, solo impulsado por el inmenso alivio y por el recuerdo del temor igualmente inmenso por ella que lo había impulsado a lo largo de diez días, irrumpió en la habitación de Arima. Se detuvo tambaleándose, procurando comprender lo que veía.

Y lo comprendió.

Afdza Asdaq se incorporó, su largo cabello cubriéndole la cara como una cortina. Arima parpadeó y despertó de golpe.

—Tú —se oyó decir Roldán y su brazo se alzó para señalar a Afdza con el dedo. El alivio y el temor soportado dieron paso al desencanto y, un instante después, a la ira más absoluta.

Afdza se levantó de la cama de un brinco y se interpuso entre Roldán y Arima antes de que el joven franco lograra alzar la espada. Atónito, Roldán pensó: «Se interpone entre Arima y yo como si tuviera que protegerla, ¡como si yo fuera capaz de hacerle daño!» Y por otra parte, con el corazón atravesado por una espada ardiente que se retorció implacablemente, pensó: «Pero ¡el que morirá dentro de un instante es él!»

Blandió *Durandarte* y se lanzó contra Afdza Asdaq.

Roldán estaba demasiado agotado como para seguir el desarrollo temporal de los

hechos. Vio cómo *Durandarte* salía volando antes de notar el golpe en el brazo y notó el filo de una cimitarra sarracena en la garganta antes de darse cuenta de que estaba cayendo de espaldas. Clavó la mirada en el único ojo de Afdza antes de chocar contra el suelo y quedarse sin aliento.

—¡No! —oyó gritar a Arima.

Entonces pensó: «¡Eso me resulta conocido! ¡Aún nos encontramos en Karlsburg midiendo nuestras fuerzas y el muy bastardo ha vuelto a vencerme! ¡Más adelante me las pagará, pondré su carne en salazón hasta que la lengua le cuelgue de la boca!» Entonces tomó conciencia de que se encontraban en Roncesvalles y que había descubierto a su amada en la cama con ese hombre, ese hombre que casi era su mejor amigo... y que el amor que lo embargaba se había visto manchado y deshonrado por completo.

Afdza dio un paso atrás y le tendió la mano, pero Roldán rodó a un lado y se puso de pie.

—Has malinterpretado lo que has visto —oyó que decía Afdza, sin comprender las palabras.

Su espada estaba caída en un rincón. Una voz interior lo animaba a cogerla y reemprender la lucha, pero algo lo retenía, algo que siempre lo había retenido: saber que sería derrotado. En su estado ni siquiera hubiese podido hacerle frente a un pastor de cabras armado de un palo. Era como durante la competición con Puvis de Roselló, solo que esta vez no disponía de un truco que convirtiera su defecto en una victoria.

De pronto permanecer allí le resultó insoportable, era como si le hubiesen escupido a la cara. Salió fuera y tropezó escaleras abajo hasta la sala.

Allí había una joven sentada. Estaba sollozando y vio un niño pequeño que entraba en la sala. Supo que no se encontraba en la sala del castillo de Roncesvalles sino en la del castillo paterno: el pasado cobraba vida ante sus ojos. La mujer era su madre, Bertha de Laon, el niño era él mismo.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó el niño que era Roldán.

Ella se apartó.

—¿Es por papá? ¿Cuándo regresará?

Bertha no contestó.

—¿Mamá? ¿Ha ocurrido algo?

—Déjame en paz —le espetó su madre.

—¿Regresarán? ¿Papá y...?

—¡No! No regresarán. ¡Nunca regresarán! ¡Están muertos! ¡Los han asesinado y nunca más volveré a verlos!

Bertha se deslizó del banco en que estaba sentada, se encogió en el suelo y aulló como una loba.

Roldán salió a trompicones de la sala de Roncesvalles, al igual que en aquel entonces había abandonado la sala del castillo de su padre. Fuera, el recuerdo volvió a revivir: Ganelón de Ponthieu estaba en el centro del patio del castillo junto a

Piligrim, que ya en aquel entonces le había parecido un anciano. Piligrim estaba tan sucio como un correo real, y colgaban espumarajos de los belfos de su caballo, que temblaba como una hoja. El propio Piligrim apenas lograba tenerse en pie. El pequeño Roldán corrió hacia Ganelón y le cogió la mano.

—¿Qué ha pasado, tío?

Ganelón bajó la vista y lo contempló, Ganelón, que siempre bromeaba, que siempre había cargado a hombros a su pequeño sobrino para correr por el patio del castillo como si él fuese un corcel de batalla y Roldán un guerrero valiente. Ganelón, que cuando su madre era exageradamente severa, siempre encontraba el modo de consolar el alma herida del pequeño. Ganelón, el hermano menor de Milan, el padre de Roldán. Ganelón, cuyo rostro estaba pálido como la cera y sus mejillas bañadas en lágrimas y que dijo:

—Ay, Roldán, están muertos por Jesucristo, ambos están muertos y yo tengo la culpa... solo yo...

Y el niño Roldán soltó la mano de su tío y su susurro espantado superó los años y también la repentina sensación de completa soledad, porque debido a su dolor no podía acercarse a su madre, a quien su tío Ganelón había roto el corazón, y también el de Roldán... El susurro de un niño capaz de penetrar el alma de un adulto como un cuchillo ardiente y causarle heridas que nunca cicatrizarán del todo atravesó el alma del Roldán adulto, como antaño debía de haber atravesado la de Ganelón.

—Te odio... te odio... te odio...

Golpeó con sus pequeños puños a Ganelón, que se resistió, pero Roldán siguió aporreándolo como un poseso. De repente estaba sentado en el suelo y su mejilla ardía porque Ganelón le había devuelto el golpe. Quiso ponerse de pie y abalanzarse contra su tío, pero no lo logró y se echó a llorar.

Cegado por las lágrimas, Roldán agarró un caballo de las crines y lo arrastró fuera de la caballeriza. Un guerrero franco intentó detenerlo, pero el paladín lo apartó sin mirarlo, se encaramó a lomos del caballo y lo espoleó. En el adarve había un sarraceno que le apuntaba con el arco tenso; le resultó indiferente y casi lamentó que un guerrero franco se apresurase a apoyar una mano en el brazo del sarraceno para hacerle bajar el arco. Era un fracasado. Ya había sido un fracasado de niño, cuando resultaba importante.

Roldán, futuro señor de Roncesvalles, huyó del castillo que pertenecía a su futura esposa y, cuando llegó al pie del paso y logró pensar con claridad, pensó lo siguiente: Carlomagno quería ir a la guerra contra los sarracenos y él, Roldán, lo convencería de que lo hiciera ese mismo año. Entonces Roldán y Afdza Asdaq se enfrentarían por fin en el campo de batalla y él reconquistaría su amor, su honor y su prometida, su corazón herido cicatrizaría y él dejaría de ser un fracasado.

Todo se arreglaría.

No obstante, la idea de matar a Afdza no suponía ningún triunfo y solo sintió una profunda tristeza.

COLONIA AGRIPPINA



El obispo de la ciudad celebró una misa al aire libre ante los sarracenos. Tal vez creyó que le hacía un favor a su colega Turpín al involucrarlo en la celebración de la misa, pero Turpín estaba distraído. Una y otra vez, su mirada recorría los paladines apostados a derecha e izquierda del rey. Ganelón formaba parte de ellos, con el rostro pálido y tenso; parecía haber envejecido años desde que partieran de Patris Brunna ocho días atrás. Como siempre, el rostro de Gerbert de Roselló expresaba determinación. De algún modo, el joven Remi parecía fuera de lugar sin Roldán a su lado y todavía tenía un aspecto acalorado. Esa mañana se había topado con el ejército junto con un reducido contingente de guerreros, de regreso de la Marca Bretona, donde había reforzado la pretensión sobre el margraviato en nombre de Roldán. Y por detrás de los paladines y el rey, el ejército franco. Para entonces ya era muy numeroso. Carlomagno había recogido doscientos guerreros en sendos apeaderos, y de camino a Al Andalus su número no dejaría de aumentar hasta que una oleada armada hasta los dientes se derramaría desde las cumbres de los Pirineos e inundaría el reino de los sarracenos, que, según las promesas de Styrmi, no estarían preparados para el ataque puesto que Dios no estaba de su lado y los había vuelto tontos.

¿Cuánto tiempo habían disfrutado de la paz tras conquistar la tierra de los sajones? ¿Un año? ¿Menos de un año? ¿Acaso alguna vez había reinado la paz? De pronto se preguntó qué impresión causaría el pueblo franco visto desde lejos: ¿un montón de tribus diversas, osadas y dispuestas a luchar, cuyo único logro consistía en conquistar a todos sus vecinos?

Era la guerra. No era la primera guerra en que Turpín acompañaba a su viejo amigo Carlomagno, pero por primera vez temió no regresar de ella.

Furor Francorum

Otoño de 777

IRUÑA



La campaña militar estuvo malhadada desde el principio. Se había detenido, y eso era la segunda peor cosa que podía sucederle a una campaña militar. La peor era que los hombres empezaran a no confiar en su comandante. Se podía obligar a los soldados a luchar y obedecer, pero el corazón del ejército franco estaba constituido por guerreros de pensamiento independiente que formaban pequeños grupos, y estos, más que a las órdenes de los decanos o *centenarius*, tendían a obedecer a la personalidad de su rey. Sin embargo, la suerte parecía haber abandonado al rey.

Además, era la primera vez que la discordia imperaba entre los paladines.

En parte se debía a los cuatro nuevos miembros: Roldán, Remi, Otker y Beggo. A los guerreros a sus órdenes —cada uno de los cuales ostentaba el rango de un *comes scariti* y mandaba una tropa de caballeros armados— les resultaba sospechoso que últimamente hubiera doce en vez de nueve paladines. Mal aconsejado por Styrmi, Carlomagno no se atuvo a su proceder anterior, consistente en proporcionar a los guerreros sencillos la sensación de que ellos también participaban en sus decisiones. Los hombres se sentían confusos y temerosos. Junto al crucifijo que colgaba de una cinta de cuero en torno al cuello de muchos de ellos también llevaban los viejos símbolos paganos de aquellos dioses que siempre les habían dado suerte en la batalla, confiando en que no se hubieran enfadado y apartado de ellos. Y análogos fueron los comentarios mordaces de los viejos paladines, que comprendieron que el problema residía en los cuatro nuevos guerreros, aunque estos no tuvieran la culpa. La discordia reinante entre los ocho viejos paladines y los cuatro nuevos no dejaba de crecer. Era la primera vez que sucedía y los guerreros sencillos tomaron las rencillas como otro mal augurio.

Pero Ganelón de Ponthieu, uno de los viejos paladines, también contribuía al mal humor y la discordia general. Él mandaba una mitad de los mejores entre los mejores: la *Scara* Francisca; Turpín era el comandante de la otra mitad. Ganelón estaba tan irritado que incluso el robusto Gerbert de Roselló lo evitaba. Cuando alguien le dirigía la palabra, De Ponthieu respondía en tono mordaz o se limitaba a callar y darle la espalda a su interlocutor. Su ira ponía nerviosos a los demás paladines. A fin de cuentas, como cuñado del rey ocupaba una posición especial entre los paladines; desde la dimisión de Piligrim pertenecía a la generación mayor de la élite de Carlomagno y la mayoría de los jóvenes bajo el mando de los nueve antiguos paladines habían aprendido de él los trucos y ardidés, y sobre todo la paciencia en épocas de crisis. No obstante, Ganelón parecía haber perdido lo que siempre lo había destacado: la serena visión de conjunto y la capacidad de tomar decisiones frías y pragmáticas.

Roldán tenía la sensación de no encajar en ninguna parte, ni en el cuarteto de nuevos paladines ni en los ocho antiguos, pese a que desde su nombramiento ya no pertenecía al grupo de guerreros normales. Esa sensación de desarraigo en gran parte estaba alimentada por lo que Arima le había hecho. Si no fuese por Remi, habría permanecido callado y ensimismado; pero su amigo lograba involucrarlo en las conversaciones que por las noches se desarrollaban en el campamento en torno a las hogueras.

La incorporación de Roldán y Remi supuso un cambio en el trato entre los paladines y sus guerreros. Los nueve originales siempre se habían mantenido aparte, aunque sin parecer condescendientes ni desdeñosos. Solo se limitaban a mantener la distancia, lo que aumentó el respeto de los otros hombres por ellos. Pese a su juventud, Otker de Aregaua y el dux Beggo —ambos señores en sus respectivas provincias— también se distanciaron de los demás guerreros. Pero desde el principio Roldán y Remi se habían mostrado campechanos y acabaron por contagiar a Otker y Beggo, y eso supuso que en torno a las hogueras también se sentaran los decanos de sus tropas y discutieran libremente con los *comes*.

—Deberíamos habernos limitado a evitar esta ciudad roñosa —dijo uno de los decanos—, y luego aislarla rodeándola con un círculo de guerreros y soldados.

Remi negó con la cabeza.

—Iruña es la ciudad más grande de los vascones. Habríamos tenido que dejar demasiados hombres para aislarla de verdad e incluso entonces no podríamos evitar que de vez en cuando partidas de guerreros lograsen escapar para atacarnos por la espalda. Una vez que abandonamos el paso, sus ataques ya fueron bastante molestos.

—Afortunadamente que no nos atacaron en el propio paso, pues entonces las cosas no hubieran pintado bien para nosotros —comentó otro jefe de grupo.

—No se atreven a hacerlo debido a la fuerte guarnición del castillo de Roncesvalles, ¿verdad, Roldán? —dijo Beggo de Septimania, y le soltó un codazo.

Roldán se esforzó por sonreír. Todos consideraban que todo iba como la seda entre él, futuro señor de Roncesvalles, y Arima Garcez, la actual señora, y que se casarían en cuanto acabara esa campaña militar. Aparte de Remi y quizá de Turpín, al que casi nunca se le escapaba nada, nadie sabía que Roldán no había vuelto a pisar Roncesvalles desde el día que había descubierto a Afdza y Arima en el lecho. Le había encargado a su padrastro Ganelón que anulara la neutralidad del castillo e instalara en el castillo caballeros y tropa de infantería al mando de un *centenarius* experto. Hacía semanas que no veía a Arima y su ira había dado paso a un dolor impotente que le atenazaba el corazón. Había quemado dos mensajes sin leerlos; hubiese tenido que dárselos a alguien para que se los leyera, pero entonces todos habrían estado al corriente de su situación. Ahora empezaba a arrepentirse de no haberlos conservado y no haber buscado alguien de confianza que se los leyera. ¿Y si hubiera malinterpretado lo que vio en aquella habitación? Pero ¿qué podría haber malinterpretado?

Ni siquiera recordaba el aspecto del castillo de Roncesvalles, del cual sería legítimo señor. Aquel maldito día, cuando llegó allí, había estado demasiado exhausto para percatarse de ningún detalle. Creía recordar un cielo infinito por encima de las cumbres heladas de las montañas, el viento con aroma a hierba, bosques, frío y rocas. Una belleza salvaje, solitaria e implacable que no se abría a cualquiera. Una belleza que también era la belleza de Arima... de la cual ahora disfrutaba Afdza porque era un héroe, no un fracasado.

Durante la marcha hasta Iruña, de vez en cuando había escalado un trecho de montaña con la esperanza de escapar de su pena e ira, de dejar ambos sentimientos en el valle y luego descender convertido en un hombre más sereno. Se había equivocado. La soledad en las alturas había hecho que toda su atención se centrara en su situación actual. En cambio, lo que le ayudó a encontrarse a sí mismo fue sencillamente el transcurrir del tiempo. Sus heridas espirituales cicatrizaron y, aunque por debajo no habían sanado del todo, podía convivir con ellas mejor que antes.

Lo que apenas se había apaciguado era el odio hacia Afdza, quien lo había engañado doblemente: podría haber sido su amigo y en cambio le había quitado su mujer. No obstante, en las últimas semanas también había aprendido a reprimir esas ideas por temor a caer en una desesperación cuya única salida era una ira feroz. Y la ira feroz solo le proporcionaría otras derrotas.

—Hemos de encontrar una nueva táctica —dijo.

Los demás asintieron. Durante los últimos días, todos los guerreros habían comprendido que allí la acostumbrada dirección del ejército no surtía efecto. El adversario se negaba a emprender una batalla campal y el ejército franco no disponía del tiempo ni los medios necesarios para matarlo de hambre.

La lucha contra los sajones había sido relativamente sencilla: las ordenadas formaciones de los francos marcharon al campo de batalla, dejaron que los desorganizados grupos de guerreros sajones rebotaran contra ellos, los rodearon mediante una maniobra envolvente y los obligaron a retirarse a una zona donde los caballeros armados podían intervenir en la acción; después, los soldados de infantería observaron cómo la *Scara* Francisca aplastaba y pisoteaba a los sajones en diversas y brutales oleadas. Incluso durante los asedios, los comandantes francos lograron imponerle su táctica preferida al enemigo sin mayores dificultades. En los castillos fortificados de los sajones siempre había al menos un *edeling* que se ponía tan nervioso al oír los cánticos burlones de los asediantes que reunía a sus *hirdmen* y ordenaba un osado ataque. Otros *edelinges* habían seguido su ejemplo y el asedio se había convertido en una batalla campal con la consabida interacción entre infantería y caballería.

En cambio, los vascones habían adoptado una estrategia diferente. Eran un pueblo antiguo, acostumbrado a defender su cultura al pie de los Pirineos contra los conquistadores extranjeros, empeño en el que habían cosechado una larga serie de éxitos: desde los celtas, pasando por los romanos, hasta los godos, los francos y por

último los sarracenos. Esos sucesivos enemigos habían ocupado su tierra de un modo u otro, pero ninguno la había gobernado puesto que los vascones no reconocían a ningún señor y todos los extranjeros eran considerados enemigos. Su táctica consistía en desgastar al enemigo atacándolo por sorpresa. Constituían muchas tribus cuyos jefes se reunían en un consejo que tomaba decisiones rápidas y actuaba con rapidez aún mayor. Iruña era la ciudad más grande de su territorio y todas las tribus la consideraban su capital.

Los jefes de las tribus vasconas debían de saber muy bien que los francos no podían demorarse en Iruña mucho tiempo. Lanzaban sus fulminantes ataques con tropas de infantería y, antes de sufrir bajas, preferían replegarse y evitar los choques prolongados con los francos. Por su parte, los francos creían que en Iruña había pocos hombres capaces de luchar y que por eso los comandantes vascones intentaban reducir al máximo el número de bajas. Carlomagno procuró atraerlos fuera de las murallas mediante un muro de escudos: cientos de soldados de infantería hombro contra hombro, con el escudo en la mano izquierda, *spathas* y lanzas en la derecha; un muro de madera pintado de vivos colores y mortífero acero. Montar un muro de escudos suponía un desafío, un reto a medir fuerzas y a que el enemigo montara su propio muro. En un escenario así la táctica carecía de importancia; la caballería no podía intervenir, y disparar flechas desde lejos no servía. El combate entre muros de escudos consistía en que las filas empujaban y presionaban escudo contra escudo, midiendo así de manera sencilla y tosca cuáles guerreros eran más fuertes y capaces de controlar sus nervios.

—Los vascones se dejarían atraer fuera de Iruña si no fuera por vosotros —comentó Remi, lanzándoles una sonrisa a los decanos de los caballeros armados—. Vosotros tenéis la culpa.

—Vaya —dijo uno de los decanos.

—Hacer caso omiso de un muro de escudos es deshonroso —continuó Remi—. Y apuesto a que eso les toca el orgullo a los malditos vascones. Según se dice, son tan orgullosos como un joven esposo después de la noche de bodas. Pero saben muy bien que si salen al descubierto para atacar nuestro muro de escudos llevarían las de perder. No podrían retirarse porque vosotros les cortaríais la retirada con los caballos en cuanto se separasen de nuestro muro.

Los decanos asintieron con expresión pensativa.

—Al igual que los sajones, no disponen de caballería, los muy necios —dijo uno, con una sonrisa y un suspiro—. La guerra se vuelve aburrida cuando el enemigo no puede enfrentarse a ti con posibilidades de victoria.

Los otros hombres rieron ante semejante jactancia. Roldán, a quien la inocente comparación de Remi había causado una punzada, no se unió a la fanfarronada. Acababa de aclarársele una idea que le rondaba desde hacía tiempo y que solo necesitaba que alguien pronunciara la palabra clave para concretarse.

—¡Lo tengo! —exclamó de pronto, y alzó la vista al percibir las miradas

sorprendidas de los demás. Una sonrisa le iluminó la cara—. Sé cómo hacerlos salir de la madriguera y poner fin al asedio. ¿Dónde están las tiendas de los *centenarius*? ¡Necesitamos soldados de infantería!

Roldán sospechaba que Carlomagno y los paladines más viejos no aprobarían su plan, que se diferenciaba mucho de todo lo que el ejército franco siempre había emprendido con éxito. Por tanto, decidió mantenerlo mayormente en secreto y asumir el riesgo del posible fracaso. Claro que el corazón se le aceleraba al pensar en lo que se proponía, pero ¿acaso él mismo no le había dicho a Remi que siempre había que subir la apuesta si uno quería tener alguna posibilidad de éxito? Además, ya resultaría bastante difícil conseguir que Carlomagno aprobara la parte del plan que Roldán pensaba revelar.

Pero la suerte estaba de su lado.

La mañana siguiente, Ganelón, Berengar y Gerbert de Roselló partieron junto con sus jinetes porque los espías informaron de la presencia de pequeñas partidas de caballería sarracena. Los tres paladines debían averiguar si se acercaba un ejército enemigo más numeroso con la intención de acorralar a los francos contra las murallas de la ciudad. Los tres partieron con trescientos caballeros: un grupo lo bastante grande para detener incluso a un ejército de cinco mil infantes. Era de esperar que Ganelón y Gerbert presentaran una fiera resistencia: en el caso del primero porque tras el nombramiento de Roldán como paladín le resultaba muy difícil contemplar a su hijastro con mirada neutral, y en el del segundo porque el agresivo paladín se oponía a todo lo que no hubiera sido probado con éxito en el pasado.

—No sé, mi querido Roldán —dijo Carlomagno, suspirando—. ¿De qué serviría un tercer muro de escudos salvo para embotar y disgustar a nuestros guerreros? Los vascones rechazarán ese desafío al igual que los dos anteriores.

—Pero ¿y si ven que Remi y yo comandamos ese muro de escudos y que no ondea el estandarte del rey ni uno de tus gallardetes? —repuso Roldán, señalando a los paladines y procurando evitar la mirada penetrante de Turpín—. Considerarán que ambos somos inexpertos y que nos han dado el mando porque ya nadie cree que ellos vayan a salir al descubierto. ¡Y lo aprovecharán y saldrán, justamente por eso!

El argumento tenía sentido, y si los vascones se lo creían —algo que Roldán ponía en duda porque entretanto había descubierto que los vascones eran individuos taimados y curados de espanto, marcados por la estoica paciencia de las montañas en cuyas faldas vivían—, saldrían de su ciudad y Roldán los derrotaría.

Notó la mirada escrutadora de Turpín, que de pronto la desvió y se dirigió al rey:

—Deja que lo intente, señor. Quien quiere comprender lo que significa ser un guerrero debe formar parte de un muro de escudos, al menos una única vez en su vida.

—Y mejor en un muro de escudos en el que se combate —gruñó Anskar, a quien

todos llamaban «el Viejo» porque su rostro picado de viruela, marcado por la vida dura y surcado por algunas cicatrices, parecía el de un anciano. Después le guiñó un ojo a Roldán: era uno de los que habían aceptado con cordialidad bondadosa el nombramiento de los cuatro nuevos paladines—. No te ofendas, Roldán —añadió.

Roldán le devolvió el guiño; después de Remi y Turpín, era al que más apreciaba entre sus compañeros de armas.

—Ya nos encargaremos de que se combata —dijo—. Por eso también quiero pedirte que tú y tus hombres os retiréis lo más posible, a una distancia que os impida intervenir a tiempo en caso de que mi muro de escudos flaquee.

—¿Así que encima pretendes cubrir con miel el cebo que han de tragar? —preguntó Turpín.

Roldán intuyó que Carlomagno iba a comentar que le había prometido a su madre que él regresaría sano y salvo de la campaña militar, y eso reforzó su decisión de imponer su plan.

—¿Qué hombres has escogido para montar el muro de escudos? —preguntó el rey sin embargo.

Roldán hizo pasar a los dos *centenarius* a quienes había logrado entusiasmar con su plan. Ambos se inclinaron ante el rey y los demás paladines. Turpín arqueó las cejas, Carlomagno entornó los ojos.

—¡Solo serán poco más de doscientos hombres! —soltó Anskar—. ¡Un muro de escudos sensato requiere un número de soldados cinco veces mayor!

—Pues los vascones han de creer que pueden derrotarnos.

—¡Han de creerlo, pero no hacerlo!

—El peligro de que os arrollen o rodeen es grande —dijo Turpín en tono sereno—. Has de asegurar el muro mediante caballeros armados.

—Los caballeros armados son precisamente los que evitan que los vascones asomen la cabeza. No; si nos rodean formaremos un círculo y aguantaremos hasta que vosotros lleguéis y los ahuyentéis —dijo, sonriendo al obispo—. Nada de caballeros armados ni caballería a la vista.

Carlomagno todavía parecía pensativo. Por fin observó a ambos *centenarius* de arriba abajo, como si nunca los hubiera visto.

—¿Confiáis en mi sobrino? —preguntó.

Los dos eran guerreros experimentados en la flor de la edad. Carlomagno no se decidía a dar su aprobación. Roldán le lanzó una mirada inquieta, y después una disimulada a Turpín, que aún arqueaba las cejas. ¿Acaso no se esperaba que Roldán hubiese sido capaz de pergeñar ese inteligente ardid? De pronto sintió una gran confianza: ¡había logrado sorprender al astuto Turpín! Seguro que ello significaba que su plan supondría una sorpresa... ¡sobre todo para los vascones! El día anterior, cuando dijo que tenía un plan para derrotar a los vascones no solo se refería a que los obligaría a combatir y los derrotaría, sino que su plan era lo bastante bueno como para permitirles tomar la ciudad, y así podrían continuar con la campaña militar.

—Sí, señor —respondieron ambos hombres.

—Entonces te los confío, Roldán —dijo Carlomagno—. Muéstrate digno de su confianza y de la mía y regresa con mis guerreros, victoriosos, sanos y salvos.

—Lo haré, señor —prometió Roldán e hizo una reverencia.

—Y sobre todo regresa sano y salvo tú mismo, querido sobrino.

Roldán carraspeó. Al abandonar la tienda en compañía de los *centenarius*, deseó que el rey no hubiera formulado ese último pedido. De repente, su antiguo temor se mezcló con la confianza, el miedo de haber ido demasiado lejos y ahora fracasar.

Roldán no perdió el tiempo. Mientras los paladines y el resto de *centenarius* se ocupaban de sus guerreros y soldados, él organizó su muro de escudos. Se maldijo por dejar que la inquietud del rey volviera a despertar su inseguridad y, rogando que los guerreros no la notaran, elevó una silenciosa plegaria. Lo único que hasta entonces había favorecido a la campaña militar era el clima; no había caído ni una gota de lluvia desde que el ejército franco descendió de las montañas, así que una nube de polvo cubría los movimientos de los soldados y también el terreno rocoso en el exterior del asentamiento. Sin embargo, Roldán estaba seguro de que los habitantes de la ciudad podían verlos y se preguntaban qué nueva bellaquería tramarían aquellos invasores venidos del norte.

Las apariencias eran importantes, los símbolos eran primordiales: por eso Roldán se apresuró a acabar de disponer el muro de escudos antes de que el viento se llevara el polvo y todos volvieran a quedar nítidamente a la vista. Finalmente todo estuvo preparado y cuando la nube de polvo se disipó reinó un silencio que, tras el bullicio generado por los movimientos de tropas anteriores, casi parecía una especie de estrépito. El viento agitó los gallardetes de los portaestandartes a espaldas de sus correspondientes *centenarius*. El muro de escudos estaba formado, los guerreros eran expertos y aguardaban casi inmóviles, con los escudos apoyados en la tierra y los vistosos colores resplandeciendo al sol de mediodía. De pronto un rayo de sol hizo brillar una espada. Roldán trató de imaginar el efecto que el espectáculo obraría en los vascones: el terreno intransitable delante de la ciudad; el paisaje árido alfombrado de la hierba dorada; el bosque oscuro y el blanco óseo de las rocas al fondo, que formaban cadenas de montañas cada vez más elevadas hasta alcanzar el paso; el resto del ejército franco, retirado allá atrás, multicolor y de brillo metálico, que a esa distancia parecía diminuto; y el cielo azul por encima de todo, en cuyo centro la ciudad estaba posada en una inaccesible meseta rocosa, y en medio, dispuesto a convertirse en patética víctima, un muro de escudos de solo dos filas de profundidad y formado por doscientos guerreros. Debían de parecer náufragos en un inmóvil mar de piedra, resignados y aguardando que los tiburones los devorasen. Debían de parecer algo que se podía quitar de la mesa de un manotazo. Debían de ofrecer un aspecto tan lamentable que, para los defensores de la ciudad, supondría prácticamente una ofensa que intentaran atraerlos al exterior con esa estrategia.

Roldán tomó aire. Iruña se encontraba a unos doscientos pasos de distancia,

agazapada, dispuesta a defenderse y orgullosa. Allí donde las antiguas murallas romanas se habían derrumbado, los habitantes habían levantado grandes terraplenes fortificados apuntalados con postes y rocas. Por encima de las profundas hondonadas que daban a los accesos de las puertas surgían las multicolores barbacanas de madera donde ondeaban estandartes y banderas. Por encima de las murallas se apreciaban brillantes cumbreras blancas y arquitrabes de piedra: las antiguas edificaciones romanas. Las casas de madera situadas entre aquellos y construidas por los vascones desprendían reflejos plateados y negros allí donde no estaban pintadas de vivos colores, al igual que las barbacanas. Por detrás se elevaban las montañas envueltas en las brumas del mediodía. Roldán contuvo el aliento al contemplar esa belleza salvaje y obstinada, hasta que la sangre zumbó en sus oídos. La ciudad permanecía en silencio y también el muro de escudos. Roldán les había prohibido a los guerreros que soltaran gritos desdeñosos; confiaba en que el silencio enervara aún más al enemigo. El viento agitaba la coleta de su yelmo y su manto. De pronto el escudo blanco y negro sostenido en su mano izquierda se volvió pesado, y aún más pesada *Durandarte*, sostenida en su mano derecha.

Se volvió hacia el *centenarius* más próximo.

—¡Ahora! —ordenó.

El *centenarius* saludó a su portaestandarte con la cabeza, este alzó la lanza cuanto pudo y, con un movimiento repentino, hizo que se inclinara hacia delante. El corazón de Roldán palpitó. El plan que había callado ante el rey estaba a punto de comenzar y el día podía acabar de tres maneras: con el triunfo de Roldán si el plan tenía éxito, con su muerte si fracasaba, o con su vergüenza si fracasaba pero sobrevivía. Tenía una única oportunidad entre tres y eso debía bastar.



Turpín entornó los ojos y trató de ver qué ocurría en el muro de escudos. Detestaba reconocer que su vista ya no era la de antes. Por fin se dirigió a Anskar.

—¿Veo correctamente? ¡Él dijo que nada de caballería!

Anskar soltó un gruñido afirmativo.

—Sin embargo, allí hay al menos cien jinetes que galopan desde la quebrada. O quizá son hombres de Otker y Beggo... Roldán les pidió su apoyo.

—Me pregunto qué significa eso —gruñó Turpín, desconcertado—. Si los vascones notan la presencia de los caballeros armados, no entrarán en combate. ¿Es que al final resultará que el muchacho tiene miedo de su propio coraje...?

Anskar soltó un silbido.

—¡Santo Tor! —gritó.

—¿Qué pasa?

—El primer grupo está desmontando y... ¡se incorporan al muro de escudos! —

exclamó Anskar, atónito—. ¿Jinetes en el muro de escudos? ¡Pero si ese no es su lugar! ¡El muro no aguantará!

Turpín se enderezó en la silla de montar. Le pareció que el segundo grupo reunía los caballos sin jinetes y se los llevaba, pero entonces la polvareda se hizo tan densa que ya no vio nada más. Entonces se volvió hacia Carlomagno, montado en su caballo de batalla con el rostro pétreo.

—¿Deberíamos...? —preguntó Turpín.

Carlomagno negó con la cabeza, y bajando la voz dijo:

—Démosle la oportunidad de demostrar que reflexionó sobre el asunto.

Turpín suspiró. Por encima del muro de escudos de Roldán flotaba una densa nube de polvo y, a excepción de un ocasional brillo metálico, imposibilitaba distinguir algo. Desde las murallas de la ciudad se veían los mismos brillos: los defensores se apiñaban en el adarve y por lo visto procuraban averiguar qué se proponían los francos agrupados delante de la ciudad.

—Al menos ocupan una buena posición —dijo Anskar.

Turpín, que ya había comprendido lo que significaba el inquieto ajetreo bajo la nube de polvo, sacudió la cabeza.

—Ocupaban —lo corrigió—. Roldán ha hecho avanzar el muro.

Anskar abrió los ojos como platos. Por delante iban los guerreros de Roldán, marchando perfectamente en fila, todavía hombro contra hombro. El polvo que levantaban sus pies volvió a ocultarlos, pero Turpín alcanzó a ver que allí donde los caballeros armados se habían incorporado al muro, la fila empezaba a desordenarse.

—Maldita sea —refunfuñó Anskar—, no se ve nada. ¿Acaso el muchacho conduce a sus hombres a través de un arenal?

—No —replicó Turpín con gesto pensativo—. Les ha dicho que avancen levantando polvo adrede.

—Eso no le servirá de nada. Los vascones solo saldrán una vez que se haya disipado.

—Ya —dijo Turpín, todavía más pensativo—, pero en el ínterin no ven exactamente lo que está sucediendo. Humm...

Una vez más, se volvió hacia Carlomagno; este apretaba las mandíbulas pero la inquietud del obispo había disminuido. Por un momento creyó que Roldán se había puesto nervioso, pero parecía seguir adelante con algún plan, uno que había callado prudentemente ante Carlomagno y los paladines... Turpín esbozó una sonrisa, que desapareció cuando Anskar exclamó:

—¡Oh, no! ¡El muy novato! ¡Ese es el peor lugar!

Anskar tenía razón. En la posición anterior, un alto se elevaba a espaldas del muro de escudos, y en caso de necesidad podían subir a la cima y presentar batalla desde allí arriba. La nueva posición se encontraba más cerca de la ciudad, pero detrás de los guerreros se abría una hondonada a través de la cual no podrían retroceder. Y si antes el sol los iluminaba de perfil, ahora lo tenían de cara.

No cabía duda de que Roldán había escogido ese lugar para librar la batalla. ¿Pretendía sacrificarse para atraer a los vascones fuera de la ciudad? ¿A sí mismo y a trescientos de los mejores guerreros del reino franco?

Tras unos tensos momentos durante los que Turpín luchó contra el impulso de volver a rogarle al rey que enviara a la *Scara* Francisca en ayuda del muro de Roldán, los defensores de Iruña también se dieron cuenta de que los francos habían cometido un grave error táctico. De repente resonaron cuernos y redobles de tambor en la ciudad: Iruña había aceptado el desafío de Roldán.



Roldán, que durante los cambios de posición había avanzado junto a sus hombres, se incorporó al muro de escudos y procuró situarse en el centro, la parte más débil. Los dos *centenarius* se encontraban en los extremos, a derecha e izquierda, los caballeros armados estaban repartidos de manera irregular y debido a sus pequeños escudos de jinete hacían que el muro pareciera frágil y perforable. Uno de los decanos le hizo sitio a Roldán mientras todos avanzaban pegados unos a otros. Roldán contempló a los hombres que lo rodeaban, que a su vez lo miraban con rostros inescrutables. Sabía que el sitio escogido en el muro era suicida y también que los guerreros lo sabían. Empezaron a perder la confianza inicial en él. Su respiración era tan agitada como si hubiera echado a correr, pero Roldán se obligó a respirar más lentamente.

Su mirada se cruzó con la de Beggo, que se encontraba a pocos pasos de él ajustándose las correas que le sujetaban el escudo al antebrazo. Beggo llevaba un casco de combate de cuya punta colgaba una cola de caballo blanqueada por el polvo, una cota de malla hasta las rodillas y un manto rojo oscuro que indicaba que era un comandante. Beggo lo saludó con la cabeza; él, Otker —que había encabezado el otro grupo de jinetes y se había llevado los caballos sin jinete— y los dos *centenarius* estaban al tanto del plan de Roldán, pero no los otros hombres. Roldán desvió la vista y notó que los hombres no dejaban de mirar por encima del hombro hacia la hondonada que impediría su retirada.

Entonces en la ciudad sonaron más cuernos y redobles de tambor. Las puertas se abrieron para dar paso a un nutrido grupo de guerreros, seguido por un segundo grupo. Roldán jadeó.

—¡Conservad la calma, hombres! —gritó uno de los *centenarius*.

—¡Por Júpiter! —exclamó Beggo, estupefacto.

Roldán comprendió que los vascones los habían engañado a todos... ¡sobre todo a él! Todos habían supuesto que los habitantes de Iruña no disponían de caballería, pero al menos doscientos caballeros armados estaban saliendo junto a los guerreros vascones, rugiendo, gritando, silbando y haciendo sonar los cuernos, con las lanzas

en alto agitando gallardetes, colas de caballo y cintas. Los jinetes no eran vascones; llevaban armas similares a las de los francos y sus escudos estaban pintados de rojo y azul, y no tenían inconveniente en hacer gala de su origen.

El dux Lope de Gasuña, el padre de Adalric y oficialmente un aliado de Carlomagno, había cambiado de bando. Y sus doscientos caballeros provistos de armas francas y formados en las tácticas francas aniquilarían a Roldán y su pequeño ejército.

Mientras buscaba desesperadamente una solución, Roldán comprendió que ya no le quedaba tiempo para pensar.

—¡Quietos! —rugieron los *centenarius*—. ¡Alzad los escudos! *Scuta sursum!*

La ciudad había abierto las puertas de par en par para que salieran los guerreros y los caballeros gascones, y ahora los habitantes comenzaban a reunirse en el pasadizo junto a la puerta para observar el espectáculo: la primera derrota jamás sufrida por un ejército franco al mando de Carlomagno. El oscuro pasadizo se llenó de curiosos. Los caballeros armados trotaban junto a los guerreros lanzados al ataque, hasta que formaron un bloque cabalgando a la par y espolearon sus cabalgaduras. Los animales se lanzaron al galope, los jinetes bajaron las lanzas, doscientas afiladas puntas que brillaban al sol y apuntaban contra el muro de escudos de Roldán. La nueva posición de los francos estaba tan próxima a la ciudad que los jinetes los alcanzarían en instantes. Roldán oyó sus alaridos.

Beggo se dio la vuelta.

—¡Mucha suerte, Roldán! —dijo y luego gritó—: ¡*Scariti...* en retiradaaaa!

Los caballeros francos abandonaron el muro de escudos y escaparon detrás de su comandante. El muro se desordenó y, con expresión estupefacta, el resto de la infantería clavó la mirada en los *scariti* que huían. Los *centenarius* se desgañitaban gritando:

—¡Cerrad el muro! *Scuta premitte!* ¡Cerrad el muro!

Al tiempo que los guerreros trataban de rehacer la formación, Roldán era empujado de un lado a otro; no tenía ni idea de qué hacer. Su plan no había incluido la presencia de caballería enemiga. Se oyó afirmando que a veces había que doblar la apuesta, pero ya no le quedaba nada por apostar, lo había arriesgado todo. Solo quedaba el plan y se dijo que debía atenerse a este. Su recurrente sospecha de que su primera idea quizá fuese errónea podría significar la derrota. ¡Tenía que aferrarse a su plan!

Los jinetes estaban tan próximos que distinguió algunos rostros feroces bajo los yelmos.

—¡Separaos! —rugió—. ¡Separaos, *abite, abite!*

Era la contraseña acordada con ambos *centenarius*. El que ocupaba el extremo izquierdo del muro de escudos gritó:

—*Ad sinistram! Abite cursim!*

Su camarada del extremo derecho rugió casi la misma orden:

—*Ad dextram! Ad dextram!*

El muro de escudos se dividió. Los hombres a la izquierda de Roldán echaron a correr hacia la izquierda, los otros hacia la derecha, tal como habían ordenado sus comandantes. Roldán corrió hacia la derecha, siguiendo instintivamente al decano que antes le había hecho sitio, y le sorprendió ver con cuánta velocidad se dispersaban los soldados de infantería, cuán ágiles eran sus movimientos pese a los pesados escudos y las cotas de malla, y con cuánta destreza corrían. De pronto una idea le acudió a la cabeza.

—¡A cubierto! —bramaron los *centenarius*—. *Genua flectite!*

Roldán se arrojó al suelo arrastrando al decano. Los jinetes casi les habían dado alcance; mucho más atrás se acercaba la infantería vascona. Avanzaba con mayor torpeza que los guerreros francos aunque estos, con sus cotas de malla, los escudos, las armas y sus cuerpos robustos parecían casi inmóviles. Al verlos, la misma idea repentina le volvió a la cabeza.

De pronto surgieron guerreros por el borde de la hondonada, ocuparon sus posiciones y alzaron los arcos. Los caballeros gascones titubearon y los que reaccionaron con mayor rapidez tiraron de las riendas y refrenaron sus cabalgaduras.

La primera oleada de flechas pasó zumbando por encima de los guerreros francos, agachados. Roldán creyó percibir su parábola y al mismo tiempo oyó el relincho de caballos en la hondonada detrás de lo que había sido el muro de escudos, animales obligados a lanzarse repentinamente al galope.

Las flechas derribaron la primera oleada de caballeros que galopaban hacia ellos. Los vascones salían despedidos de los caballos y morían aplastados por sus propias monturas. Los animales alcanzados por las flechas rodaban por el suelo derribando a sus jinetes, pataleaban y hacían tropezar a la segunda y tercera oleada. La batalla se convirtió en un enjambre de cuerpos y miembros, de gritos y relinchos, y allí donde hombres y animales se revolcaban en la tierra se levantó una nube de polvo.

—¡Sí! —gritó Roldán, casi sin darse cuenta—. ¡Sí! ¡A por ellos, Puvis!

Al mismo tiempo aferró el hombro del decano y tensó los músculos: ya sabía qué debía hacer. Era como siempre: cuando no quedan posibilidades de alcanzar el éxito, ¡doblar la apuesta!

Entonces aparecieron los primeros caballeros vascones a derecha e izquierda de la nube de polvo. Habían logrado desviar sus corceles y esquivar el obstáculo formado por los cuerpos aplastados y desgarrados. Constituían la última oleada de jinetes y no por casualidad, puesto que eran menos experimentados que los guerreros de la primera. Sus *centenarius* y decanos habían caído junto con la primera oleada o estaban atascados. Los novatos no sabían qué hacer y se atuvieron a lo que habían hecho los otros: lanzarse al galope lanza en ristre y fueron diezmados por la segunda lluvia de flechas disparadas por los arqueros de Puvis. Unos cuantos caballos surgieron de la nube de polvo dando brinco y continuaron galopando, en su mayoría sin jinete, pero algunos caballeros lograron mantenerse en la silla, bajaron la lanza y

se abalanzaron contra los francos. Roldán vio cómo uno de sus guerreros se ponía de pie al tiempo que un vascón cargaba contra él. El guerrero apartó la lanza vascona con el escudo, la lanza se deslizó por la colorida madera y el franco brincó a un lado para esquivar el caballo. Entonces se volvió y arrojó el hacha. El jinete vascón se enderezó con el hacha clavada en la espalda y cayó al suelo. Los demás fueron derribados por las flechas de los hombres de Puvis. Entonces una nueva oleada de caballeros vascones rodeó el roto muro de escudos, al parecer desorientados como los anteriores. Sin que los *centenarius* tuviesen que dar la orden, los guerreros francos se lanzaron al ataque. Roldán oyó cómo Puvis indicaba a sus arqueros que cambiaran de posición para no darles a sus camaradas, y acto seguido el chasquido de los arcos y el zumbido de las flechas, el relincho de los caballos y los gritos agónicos de los jinetes cuando una nueva salva de flechazos hizo estragos en el enemigo. Roldán se preguntó si Puvis se había sorprendido al ver que sus blancos de repente se convertían en jinetes y no en infantes, pero si fue así, Puvis no tardó ni un instante en reaccionar. El decano a su lado rugía juramentos entusiastas y Roldán gritó varias veces:

—¡A por ellos, Puvis!

Cuando tomaron conciencia del desastroso espectáculo, la infantería vascona redujo el ritmo de su embestida y los hombres se reagruparon instintivamente, realizando los movimientos previos a la formación de un muro de escudos. Otros se detuvieron; parecían desconcertados y dispuestos a retroceder de inmediato.

Roldán no podía permitir que formaran un muro de escudos. Y tampoco que la infantería lograra regresar a la ciudad y allí sirviera de refuerzo a los defensores. Pero sobre todo debía impedir que la infantería descubriera dónde se habían ocultado Remi y sus hombres.

Allí, donde la profunda y estrecha hondonada daba paso al terreno llano, la caballería de Beggo y Otker echó a galopar, giró en una maniobra simultánea, alcanzó el llano y, formando dos amplias curvas, se dirigió a la ciudad. Los jinetes francos habían cambiado las lanzas por *spathas* y hachas. Roldán les había explicado que no necesitarían las lanzas, al contrario: que estas los estorbarían cuando se encontraran en las estrechas callejuelas de la ciudad. Y con ello había firmado su sentencia de muerte si su plan fracasaba.

Ese había sido el plan: los hombres debían aprovechar la confusión que se generaría en el muro de escudos cuando los jinetes francos se incorporasen a este con el fin de levantar el mayor polvo posible. El polvo evitaría que el enemigo descubriera que sus camaradas no se habían llevado muy lejos los caballos de los jinetes desmontados, sino que los habían escondido en la hondonada, la misma en la cual los arqueros de Puvis se habían ocultado la noche anterior. Roldán había escogido el peor lugar de la zona para disponer el muro de escudos para desviar la atención de los vascones y evitar que se percataran de los preparativos secretos. En cuanto la infantería vascona atacara el muro de escudos, los caballeros debían fingir que ponían pies en polvorosa. Ello animaría a los vascones a salir de la ciudad con

mayor imprudencia, y entonces los caballeros armados correrían hasta la hondonada y montarían en sus caballos. El muro de escudos franco, aparentemente a punto de disolverse, se dividiría en dos, dejando un amplio hueco por donde penetrarían los vascones... Y entonces aparecerían Puvís y sus hombres y diezmarían a los vascones con sus flechas. Al mismo tiempo, Beggo y Otker se lanzarían sobre la ciudad con los caballeros otra vez a lomos de sus animales y, armados para la lucha cuerpo a cuerpo, se encargarían de que la puerta permaneciera abierta. Roldán también conduciría su infantería a la ciudad y entre ambos defenderían la puerta hasta que Carlomagno y los demás paladines llegaran con el grueso del ejército. E Iruña estaría conquistada.

Pero resulta que en vez de la infantería, quienes cayeron en la hondonada y resultaron aniquilados fueron los jinetes enemigos, y la infantería vascona —situada a mitad de camino entre la ciudad y los guerreros de Roldán— podía volver a formar un muro de escudos y atrapar a los *scariti* francos, quienes desprovistos de sus pesadas lanzas no podrían hacerle mucha mella al muro, podían arrancarlos de los caballos y matarlos mientras un par de docenas de ellos regresaban a toda prisa a la ciudad, empujaban a los mirones detrás de la muralla y cerraban la puerta. Y encima, Remi, tendido en unos hoyos camuflados junto con otros arqueros, muy próximo a los guerreros vascones, se pondría de pie y, tal como habían acordado, dispararía contra los defensores apostados en las murallas para proporcionarles protección a los *scariti* que se acercaban a todo galope. Los vascones aún disponían de la fuerza suficiente para atacar a Remi y sus guerreros por la espalda y masacrar a los atacantes débilmente armados.

Todo eso pasó por la cabeza de Roldán al ver que la infantería vascona titubeaba. Y un instante después encontró la solución al dilema cuando se percató de cuán torpes eran los vascones.

Se puso de pie de un brinco y arrastró al decano consigo.

—*In agmen venite!* —gritó a voz en cuello—. ¡Formad columnas! *Cursim, cursim!*

Los primeros en acatar la orden fueron los *centenarius*, luego los decanos.

—*Cursim, cursim!* ¡A paso ligero! *Cursim, cursim!*

Los guerreros francos echaron a correr espada en mano en torno al campo de batalla —cubierto de caballeros gascones y caballos malheridos— hasta alcanzar a los vascones que en ese momento intentaban formar un muro de escudos. Roldán avanzaba en cabeza sin darse cuenta de que todavía arrastraba al decano detrás de él. Solo lo impulsaba una única idea: alcanzar la infantería vascona, destruir su formación y enredarlos en una batalla mientras los jinetes de Beggo y Otker pasaban al galope y los arqueros de Remi podían disparar a los defensores apostados en las murallas sin correr peligro. Era una acción que parecía un puro suicidio, una finta que no se le había ocurrido a nadie: lanzar una infantería que hacía un momento había formado un muro de escudos contra otro muro como si fuera una fuerza de caballería. Mientras se adelantaba a todos los demás —hacia algo que parecía conducirlo a una

muerte segura, pero que no lo era porque los vascones eran demasiado lentos para formar un muro impenetrable—, Roldán soltó un rugido pero no pensó en la muerte. Tampoco fue consciente de que los guerreros francos corrían tras él y, en vez de soltar las horrendas maldiciones habituales, gritaban:

—¡Roldán, Roldán!

No sabía qué sentía, no sabía qué haría cuando alcanzara al enemigo excepto arremeter, repartir mandobles, partir cabezas y atravesar cuerpos con *Durandarte*, y seguir luchando con uñas y dientes si lo derribaban, y matar al enemigo. No sabía que rugía como un salvaje al correr y que, cuando chocó contra el muro apresuradamente organizado por los vascones, parecía una fuerza de la naturaleza.

A lo largo de la noche, Iruña pagó cara la resistencia ofrecida por sus moradores. Los ataques de los sitiadores se mantuvieron dentro de un límite porque los *centenarius* y decanos tenían órdenes de refrenar a sus guerreros. Pero la propia ciudad no fue merecedora de semejante misericordia, ya que se habría convertido en una fortaleza a espaldas de los francos cuando estos prosiguieran su avance. Y un ejército que avanzaba no necesitaba una fortaleza enemiga a sus espaldas.

La ciudad fue pasto de las llamas.

El resplandor hacía danzar las sombras proyectadas por las rocas y brillar la hierba seca. Roldán estaba sentado en el lugar donde había derrotado a los infantes vascones. Ya habían arrojado sus cadáveres en una hondonada; después del combate, los francos habían quitado a los enemigos muertos todos los objetos de valor. Solo aquellos que no merecía la pena recoger aún estaban diseminados por la hierba y reflejaban las llamas que envolvían la ciudad: espadas rotas, yelmos abollados y partidos, talismanes perdidos, los restos de toda batalla.

Unos pasos se acercaron a Roldán. Alzó la vista esperando ver a Remi, pero era un guerrero. Roldán reconoció al decano que había estado a su lado durante el combate.

—Solo lo pareció, señor —dijo el guerrero.

—¿Qué? —dijo Roldán y le lanzó una mirada desconcertada.

El hombre tragó saliva y se apresuró a añadir:

—Soy el decano que acompañó a Arima Garcez a Roncesvalles. Cuando el señor Ganelón se hizo cargo del castillo, yo y mis hombres volvimos a unirnos al ejército.

—¿Y? —dijo Roldán en tono duro provocado por el repentino recuerdo.

El decano suspiró.

—Tras la reconquista, el sajón siervo de Afdza Asdaq y yo montamos guardia ante la puerta de Arima, señor. No sabíamos si Adalric de Gasuña regresaría con más hombres o si entre la servidumbre superviviente del castillo se encontraba un traidor al servicio de Adalric, pues no conocíamos a esa gente.

—¿Y? —repitió Roldán. Sospechaba adónde quería llegar el guerrero y con súbita incomodidad se preguntó si en las tiendas de los guerreros cotilleaban sobre él y Arima aún más de lo que se temía. El decano se ruborizó.

—No ocurrió nada, señor —balbuceó—. Afdza Asdaq pasó la noche en su habitación porque ella estaba desolada. Sé que entre nosotros eso es considerado como... como... incluso si no ha pasado nada... Pero quizá las costumbres de los sarracenos son distintas. Y el sajón me contó la clase de hombre que es su señor y...

—Vaya, pues entonces podéis dedicaros a elogiar a los sarracenos —espetó Roldán.

—Los hombres también te elogian a ti, señor —repuso el decano en voz baja—. Solo que tú no los oyes.

CASTILLO DE RONCESVALLES



Cuando los guardias de la puerta anunciaron la llegada de un jinete, Arima se encontraba en el patio. Era temprano por la mañana, pero ella no había logrado conciliar el sueño; debía de sentirse como el guerrero que sobrevive al ataque del enemigo y que, conmocionado, confuso e inseguro, procura adaptarse a la idea de que la lucha continúa.

A diferencia de Roldán, el sarraceno había permanecido en Roncesvalles, pero se había generado un malestar imposible de ignorar. De vez en cuando ella intuía los pensamientos de Afdza y lo que veía era lo mismo que ella también pensaba y sentía: que habían cometido traición. En parte, una traición a Roldán, a quien Arima pertenecía por derecho y quien, gracias a su gran corazón y su valor aún mayor, había renovado su amistad con Afdza cuando los sarracenos partieron de Patris Brunna con cajas destempladas. En parte, una traición a la lealtad de Arima para con Carlomagno y a una traición de Afdza a sus propios conceptos de moral y decencia. Y, sobre todo, una traición al amor de ambos. Mas no porque Arima hubiera dormido una noche entre los brazos de Afdza, tan intacta como si fuera su hermana, y tampoco porque en aquella fatídica mañana Afdza hubiese derribado a Roldán en vez de tratar de explicarle la situación.

La traición consistía en que, tras la repentina aparición de Roldán, ambos ya no osaron dar el último paso y consumir su amor. Cada vez que lo contemplaba, Arima era capaz de ver cuánto la ansiaba Afdza; y ella también lo anhelaba, con tanta intensidad que por las noches se revolvía en su lecho, ansiosa y sin poder conciliar el sueño. Pero ninguno de los dos osaba acercarse al otro, ambos aguardaban que el otro diera el primer paso... y el tiempo transcurría. El amor supone confiar en que los designios del corazón son lo correcto y tener el valor de obedecer a su llamado. Ellos no lo habían hecho, y así traicionaron su amor.

Al final, Afdza fue a despedirse de ella. Sus guerreros sarracenos ya estaban reunidos delante de la puerta de Roncesvalles. Afdza se arrodilló e inclinó la cabeza, y durante un momento ella temió el significado de aquel ritual: la reverencia del guerrero ante la señora a la que ha servido durante un breve lapso, nada más. Pero entonces Afdza permaneció inmóvil en esa posición hasta que ella le preguntó qué ocurría.

—Si me incorporo y te contemplo, ya no podré separarme de ti —susurró él.

Arima cayó de rodillas ante él, lo abrazó y lo besó con tanta pasión y anhelo que se quedó sin aliento y durante un breve momento su deseo superó el dolor de la despedida. Si los guerreros no lo hubieran aguardado en el exterior del castillo —y en ese instante Afdza lo tenía muy claro—, la hubiese llevado en brazos a su habitación

y se hubieran amado hasta que el cielo se precipitara sobre la tierra y las montañas ardieran en llamas. Y de pronto ella comprendió que Afdza había aguardado a que sus guerreros se reunieran fuera del castillo por ese motivo. Él la miró intensamente a los ojos una vez más, luego se incorporó, cruzó la puerta, montó a caballo y se marchó junto con sus hombres... El sarraceno era el hombre más decente que había conocido, su hombre, su compañero del alma, el hombre al que no volvería a ver jamás.

Abu Taur se quedó en Roncesvalles. Aquel sarraceno, que no podía morir ni sanar de verdad, que ya no estaba devorado por la fiebre sino por el reconocimiento de su propia derrota y traición, no comprendía por qué Afdza Asdaq lo había dejado con vida. Afdza había dejado su suerte en manos de Arima, que no fue capaz de ordenar que le dieran muerte pese a que era culpable de la tragedia acaecida en el castillo. Por eso lo hizo trasladar al convento situado por debajo del paso. Arima lo hizo así porque tenía claro lo que pronto ocurriría y que si lo encontraban en el castillo significaría la muerte segura para Abu Taur.

Poco después llegaron los guerreros francos esperados y ocuparon el castillo en nombre de Carlomagno. Su comandante era Ganelón, que estaba pálido y flaco, y más nervioso que nunca. Su disgusto por la misión era tan evidente que ella le apoyó una mano en el brazo y le dijo que no se lo tomaba a mal. El paladín escuchó sus palabras con alivio y nombró comandante del castillo a un *centenarius*. Luego, más que marcharse, huyó de allí.

Arima casi se sintió agradecida por el paso dado por Carlomagno, pues le provocaba la consabida ira que siempre la invadía cuando le faltaban al respeto. Aunque desde un punto de vista estratégico resultaba comprensible que Carlomagno ocupara el castillo, no dejaba de suponer una desconsideración hacia la reclamación de posesión de Arima y también hacia Roldán, que nominalmente era el señor de Roncesvalles.

Al principio su ira se dirigió contra Roldán, del que había esperado que se hiciera cargo del castillo. Eso al menos hubiera tenido visos de normalidad: el nuevo señor del castillo a quien su prometida le entregaba el castillo. Pero al parecer, Roldán estaba demasiado ofendido o era demasiado cobarde, o bien estaba ocupado con cosas más importantes. No obstante, a medida que transcurrían los días ella comprendió que Roldán se había visto obligado a reaccionar tras encontrar a Afdza y su prometida en la cama. No podía silenciar el hecho; demasiados hombres lo habían visto llegar al castillo aquella catastrófica mañana. Como prometido de Arima y señor del castillo debería haber impuesto un castigo. El castigo por la infidelidad de una mujer era la muerte por estrangulamiento. Nadie hubiese acusado a Roldán de crueldad, al contrario: si no hubiese hecho nada, habrían cuestionado su honor. Era de suponer que Roldán, sumido en su dolor, había pensado y actuado con la misma decencia que Afdza cuando se marchó.

Después la ira de Arima se dirigió contra el rey y la sumió en una confusión

todavía mayor, porque la lealtad a Carlomagno estaba tan arraigada en ella que su propio enfado le parecía un pecado. Su inquietud hizo que se inmiscuyera cada vez más en los asuntos del castillo, de los cuales en realidad debía ocuparse el *centenarius* de Ganelón. Por lo visto, el guerrero había recibido la orden de tratar a Arima con guante de terciopelo, pues sus objeciones se volvieron cada vez más débiles a medida que Arima no dejaba de demostrarle cuánto más eficaz resultaba el régimen de la señora del castillo.

Y así, la guerrera que habitaba en el interior de Arima, por encima de la cual había pasado el destino como una oleada de caballeros lanzados al ataque, herido, desorientado y casi paralizado por el impacto, cogió el escudo y la espada y se preparó para seguir enfrentándose a la batalla.

Esa era la situación cuando Roldán llegó a Roncesvalles.

Los guardias de la puerta volvieron a informar cuando el *centenarius* salió del edificio principal y Arima se quedó atónita al oírlo:

—Es el *comes* Roldán, señor.

—Dejadlo pasar —dijo sin reflexionar, antes de que el *centenarius* pudiera reaccionar. Cuando sus hombres le lanzaron una mirada interrogativa, el *centenarius* asintió con expresión resignada.

Roldán estaba cubierto de polvo y sudado, y los espumarajos de su agotado caballo le manchaban la ropa. Los guerreros se apiñaron en torno a él y le preguntaron por el desarrollo de la campaña militar, pero Roldán se abrió paso y se plantó ante Arima. Entonces ella vio que apenas lograba tenerse en pie y que su respiración era agitada. Tenía el pelo más largo, la barba le oscurecía las mejillas y la contemplaba con mirada escrutadora. Arima se refugió en el saludo formal.

—Con Dios. Sé bienvenido, señor.

Durante un instante temió que hubiese venido para exigir que la castigaran e incluso pensó: «Pero los hombres que estaban aquí en verano durante mi supuesta infidelidad ya se han marchado. ¡No tiene testigos!» Entonces lo miró a los ojos y comprendió que Roldán no había acudido en busca de venganza, y al ver el amor desesperado que reflejaba su mirada sintió una punzada en el corazón.

—Hemos tomado Iruña —dijo Roldán, jadeando; era evidente que no sabía cómo decir lo que quería.

—¿Cabalgaste de Iruña hasta aquí? —exclamó Arima, asombrada.

—Durante un día y una noche —contestó él y se estremeció—. Partí el día después de la batalla, y a decir verdad... —Se tambaleó y de pronto cayó de rodillas, como si las fuerzas lo hubieran abandonado—. Creo que caeré muerto en cualquier momento. No he dormido nada y...

«... y estoy segura que antes luchaste como un salvaje», pensó ella y volvió a sentir la misma atracción de antaño, al tiempo que constataba cuánto se parecían Roldán y Afdza: esa energía inacabable que siempre estaban dispuestos a derrochar por ella. Afdza con elegancia, Roldán más bien con violencia, pero ambos siempre

dispuestos a seguir los designios de su corazón.

Roldán le lanzó una mirada. Se había enjugado la cara sudorosa con las manos y dejado unas huellas mugrientas.

—Lo siento mucho... —dijeron ambos al unísono.

Arima se dio cuenta de que estaba sonriendo. Roldán suspiró, pero él también sonreía.

—Afdza se comportó como un amigo, eso fue todo —dijo ella.

Él adoptó una expresión seria.

—No quiero hablar de Afdza —replicó—, pero quiero pedirte disculpas.

—Y yo quiero disculparme porque en aquel momento no recibí mejor al señor en mi castillo y en mi vida. —Y se acuclilló a su lado—. Fue indigno.

Roldán quiso replicar, pero ella hizo un gesto negativo con la mano.

—Sé que en verano hiciste un esfuerzo tremendo para llegar aquí lo antes posible para protegerme de Scurfa.

—Llegué demasiado tarde —reconoció Roldán con amargura—. Afdza fue más rápido que yo. Igual que en Susatum —añadió, carraspeando—. Y que en tu corazón.

Arima no respondió, porque no había nada que responder.

—El segundo siempre lleva las de perder —dijo Roldán—. Arima... —Se interrumpió y la contempló. De pronto su mirada expresó un temor mayor que cuando formaba parte del muro de escudos y aguardaba el ataque del enemigo—. Se trata de... quiero decir... ¿amas a?... —No pudo acabar la frase y agachó la cabeza.

Arima comprendió qué intentaba preguntarle, pero ¿qué podía contestar? ¿«Os amo a ambos, pero tú solo estás en mi corazón, mientras que él está en mi alma»? Roldán tenía razón: el segundo siempre llevaba las de perder.

Arima se alegró de que no hubiese formulado la pregunta. Se puso de pie, lo cogió del brazo y le ayudó a levantarse. Después le rodeó las caderas con los brazos, se acurrucó contra él y susurró:

—Me alegro de que estés aquí, señor.

Solo después de pronunciarlas se dio cuenta de que eran palabras absolutamente sinceras, y de pronto le resultó incomprensible que hubiese aguantado el vacío de las últimas semanas sin volverse loca.

Arima encontró a Roldán en la plataforma de la torre del homenaje; estaba apoyado contra la balaustrada contemplando las estrellas que lucían en un cielo azul oscuro con un brillo que solo se apreciaba allí, en el cenit del paso: una resplandeciente diadema en la frente del firmamento, un torrente de diamantes de fulgor infinito, un camino real sembrado de luces que conducía a un reino allende la noche.

Arima había hecho preparar un baño para Roldán, sin decirle que había aprendido a disfrutar de ese lujo a través de Afdza; le había servido lo mejor que albergaban las

despensas del castillo; lo había dejado dormir y después hablar con los guerreros, y por fin llegó a saber con cuánta astucia él, Remi, Otker y Beggo habían derrotado a los defensores de Iruña. Durante todas esas horas jamás estuvieron solos y Arima se alegró de ello, porque notaba un incomprensible deseo de estar a solas con él. En Patris Brunna solo había sentido un afecto casi fraternal por Roldán; pero ahora, en medio de su soledad y su nostalgia por Afdza, de pronto había algo más. Solo era una chispita en comparación con el fuego que ardía en su corazón cuando pensaba en el sarraceno, pero la chispita estaba allí y, tras todas esas semanas de vacío, le entibiaba inesperadamente el corazón.

Allí arriba, en la plataforma, por fin estaban a solas. El guardia de la torre del homenaje había bajado y se encontraba en el adarve. Al parecer, Roldán lo había eximido de sus obligaciones. Arima tomó asiento junto a su prometido.

—Mañana de madrugada volveré con el ejército —dijo él—. Le prometí a Carlomagno que estaría presente cuando el ejército reanudara la marcha.

Arima asintió. No había esperado otra cosa.

—Tuve que venir, no pude evitarlo.

—Te lo agradezco —contestó ella en voz baja.

—Todos actúan como si yo hubiese ganado la campaña militar —dijo Roldán—, pero ni siquiera fue la batalla definitiva.

—¿Qué dijo Carlomagno al respecto?

—Les preguntó a ambas centurias de infantería y a sus *centenarius* si querían permanecer bajo mi mando. Como respuesta, me subieron a un escudo y cargaron conmigo a través de las callejuelas de la ciudad. Ahora no solo estoy al mando de un grupo de *scariti*, sino también de mi propio muro de escudos. Solo hay otro paladín al que Carlomagno le ha concedido tal honor.

—¡Lo dices como si lo lamentaras!

—¿No me preguntas quién es el otro paladín?

Al escuchar su tono, Arima no tuvo que reflexionar mucho.

—¿Ganelón?

—Antes ambas centurias estaban bajo su mando y cuando urdí mi plan solo pude dirigirme directamente a los *centenarius* cuando el comandante no estaba presente, de lo contrario hubiera supuesto una ofensa no pedir previamente su permiso. Carlomagno había ordenado a Ganelón que asegurara la zona junto con sus jinetes, así que estaba ausente. Ahora Ganelón cree que me dirigí a sus hombres adrede, para humillarlo, y que Carlomagno estaba de acuerdo. Ganelón cree que lo detesto.

—¿Por qué lo cree?

—Porque en cierta ocasión se lo dije. Fue cuando llegó la noticia de la muerte de mi padre. Le eché la culpa a Ganelón; yo era un mocoso y Ganelón me quería como si fuera su hijo, no solo su sobrino. Creo que entonces algo se quebró en su interior. Una maldición afecta nuestra relación; da igual lo que yo haga para ayudarle, él siempre lo toma como una humillación.

—Él se oponía a emprender esta campaña militar, ¿verdad? Considera que la victoria es imposible y entonces apareces precisamente tú y ganas la primera batalla importante.

Roldán asintió con aire entristecido.

—Con sus propios guerreros, y sin haberle pedido permiso para que participaran en la misión.

—Pues entonces es normal que te deteste.

—Creo que es el hombre más solitario del mundo —murmuró Roldán y encogió las rodillas. Después de un rato volvió la cabeza y la contempló.

»Ganelón no tiene buena estrella. No cometió ningún error y sin embargo ha perdido mucho. Eso es lo que lo vuelve solitario, Arima. Yo preferiría morir en el campo de batalla que ser un perdedor solitario...

—Tú no morirás en ningún campo de batalla ni vivirás como un perdedor solitario —repuso ella, y le rozó la mano, que temblaba.

—Te amo —dijo él en voz baja.

—Lo sé.

Entonces él se inclinó y la besó. Al principio ella se resistió, pero tras unos instantes empezó a devolverle el beso. De pronto la chispa que se había encendido en su corazón debido a su presencia se avivó en su bajo vientre. Se separó de él, se puso de pie y le tendió la mano. El corazón le palpitaba, las piernas amenazaban con dejar de sostenerla y sin embargo era como si flotara. Confuso y excitado, él alzó la mirada.

—Ven conmigo, señor —susurró ella—, y sé bienvenido en mi cama.

No sintió dolor, solo una breve punzada cuando él la penetró y aceptó el regalo que en realidad estaba destinado a Afdza Asdaq. Solo existía la ternura de Roldán allí donde ella la necesitaba, y su pasión allí donde ella la anhelaba. El pudor estaba ausente. Ella no tenía experiencia y él mucha, así que ella aceptó gustosa lo que él le enseñaba, y dio y recibió placer. Ambos se fundieron en un único cuerpo, hasta que Arima ya no supo dónde acababa el suyo y empezaba el de Roldán. Percibió sus manos, su lengua, su piel, saboreó sus besos y su ardor y dejó que él saboreara los suyos. Se amaron como leones salvajes y con la delicadeza de los amantes que acaban de conocerse, y se dieron satisfacción hasta que las estrellas comenzaron a palidecer en la ventana y una bruma gris cubrió el cielo.

Cuando el primer sol tiñó las cimas de las montañas Arima estaba sentada en la sala leyendo las líneas que había garabateado apresuradamente en un trozo de pergamino. Estaba tan concentrada en reprimir los sentimientos que bullían en su interior que ni siquiera notó que las lágrimas le humedecían las mejillas. Los había engañado a todos: a Afdza, porque lo que le quería dar a él se lo había dado a Roldán; a Roldán, porque toda la noche había procurado imaginarse que él era Afdza; y a sí

misma, porque se había convencido de que todo ese enredo podía salir bien. Pero cuando Roldán se durmió a su lado, comprendió que había cometido un error.

Bostezando, Roldán apareció en la sala, se acercó y, al ver sus lágrimas, la miró perplejo.

—¿Qué pasa...? —empezó.

Arima derramó una gota de lacre —que había calentado en la llama de la vela— en el pergamino y luego presionó su anillo en el lacre. Para ella era importante que él la viera hacerlo. Después le tendió el pergamino sin decir nada.

Roldán hizo una mueca.

—¡Ay, Arima, soy incapaz de leerlo!

Ella había confiado en no tener que leerle lo que había escrito. Entonces, al releer las palabras, notó con cuánta frialdad las había formulado para poder escribirlas. El dolor que la torturaba era peor que una puñalada. Cuando le explicó lo que significaba aquel pergamino, su propia voz le sonó extraña.

—Este documento te convierte en señor del castillo de Roncesvalles —dijo.

Hubiera resultado más fácil si él hubiese sido como muchos hombres. Si hubiese bromeado y dicho: «Pero ¡si ya lo soy! Y anoche lo sellamos bastante más que con una gotas de lacre.» Pero Roldán calló, se limitó a mirarla y el buen humor se desvaneció lentamente de su rostro.

—Cometí un error —susurró ella—. Intento ponerle remedio regalándote Roncesvalles.

—Ya me has hecho un gran regalo...

Arima asintió.

—Pero no me das... lo único que realmente deseo, ¿verdad? —añadió él, también susurrando.

Ella negó con la cabeza.

—Mi corazón y mi alma le pertenecen a él. Lo que sucedió anoche no lo ha cambiado en absoluto.

Roldán aceptó el documento mediante el que ella le daba su bien máspreciado. Lo contempló y deslizó la mirada por las líneas que no sabía leer.

—Una vez que haya acabado la campaña militar, lo haremos certificar por Carlomagno y por la Iglesia —dijo ella.

—No, no lo haremos —contestó Roldán en tono apagado, acercó el pergamino a la llama de la vela y observó cómo la llama lo consumía. Dejó caer el resto al suelo y desparramó las cenizas con el talón desnudo.

Cuando Roldán abandonó Roncesvalles, ella lo siguió desde el adarve con la mirada hasta que desapareció en el bosque por debajo del paso. Después regresó a su habitación y dio rienda suelta a sus lágrimas y su dolor. En vez de ponerle remedio al asunto, había sellado definitivamente el destino de ambos hombres. Porque Roldán haría todo lo posible por matar a Afdza... o este lo mataría a él.

MEDINA BARSHALUNA



Afdza contempló a los hombres reunidos en la sala de Solimán en torno a un mosaico de Al Andalus. El mosaico ocupaba gran parte del suelo del *diwan* de Solimán. La situación estaba representada mediante figuras de marfil: torres y castillos primorosamente tallados para las ciudades, jinetes y figuras a caballo para los ejércitos: allí los sarracenos, allá los francos. Los hombres tenían expresión seria: eran Al Husayn, valí de Saraqusta, el joven Musa bin Fortun, nuevo valí de Wasqa, y el propio Solimán. Afdza conocía a su señor lo suficiente como para intuir que ocultaba algo y aguardaba el momento idóneo para ponerlo en conocimiento de los demás, y temió que no se tratara de una buena noticia.

En el ínterin, los aliados demostraron la discordia existente entre ellos.

—Con todos mis respetos, señor —dijo Al Husayn—, el mando supremo sobre un ejército de nuestras tres provincias aliadas me corresponde a mí y no a... —Y clavó la mirada en Afdza, que simuló indiferencia al devolvérsela.

El hecho de que Al Husayn procurase encontrar una manera de referirse a Afdza que manifestara su desagrado pero sin ofenderlo hablaba a favor de la fama de este.

—... ¿mi mejor hombre? —concluyó Solimán en tono cordial.

—Comandar un ejército no es lo mismo que...

—... ¿eliminar a los enemigos de Medina Barshaluna por orden mía?

Al Husayn carraspeó y miró el mosaico, furibundo.

—Demostradle a Al Husayn que el *sidi* organizó la defensa contra los francos mejor que él, señor —solicitó Musa bin Fortun, quien, pese a su juventud, era el más versado en diplomacia y se encontraba en un aprieto porque debía su repentino ascenso a Solimán, pero al mismo tiempo había convertido a una de las hijas de Al Husayn en su esposa favorita—. A fin de cuentas, lo único que nos importa es salvar nuestras provincias.

—Bien —dijo Solimán, y Afdza se dio cuenta de que había esperado esas palabras clave; entonces el valí se dirigió a él—. Como sabemos, *sidi*, los francos asedian la ciudad vascona de Iruña y también sabemos que los vascones se han atrincherado y se burlan de los asediantes, que no pueden avanzar ni retroceder; además, el tiempo los apremia porque esta época del año ya es demasiado tardía para emprender una campaña militar y porque los vascones quemaron todas las provisiones de los alrededores, puesto que no tuvieron tiempo de trasladarlas detrás de las murallas. Los francos tienen hambre y sed. Lo único que deben hacer los vascones es seguir aguantando y la campaña militar de Carlomagno habrá acabado antes de empezar. De momento, eso es exactamente lo que están haciendo. Incluso renuncian a los ataques destinados a irritar a los asediantes, porque saben que

golpearán más duramente si se limitan a dejar que los francos se agrien ante sus murallas.

Afdza asintió con la cabeza; él y los otros dos estaban al corriente de los informes y su opinión sobre la situación era la misma que la de Solimán, que alzó la cabeza con aire sorprendido.

—¿Qué harías tú, *sidi*, si fueras el comandante en jefe de los infieles? —preguntó el valí.

—¿No sería mejor preguntarle qué haría si fuera el comandante en jefe de los creyentes? —objetó Al Husayn en tono desagradable.

Afdza sabía que una respuesta como «atraería a los vascones fuera de las murallas» no era suficiente y se preguntó adónde quería ir a parar Solimán.

—Depositaría un cebo ante las narices de los vascones; simularía que, en mi desesperación, me he vuelto insensato... o que uno de mis subcomandantes quiere obtener un privilegio sin pagar un precio elevado. Avanzaría con un grupo muy reducido de guerreros a fin de que los vascones se sintieran ofendidos, pero antes ocultaría el número suficiente de guerreros en alguna parte sin que los vascones se percataran. Entonces, cuando los vascones aceptaran el desafío supuestamente fácil y salieran de la ciudad, la caballería oculta se lanzaría al ataque, aniquilaría a los vascones, arremetería contra la puerta abierta de la ciudad y la defendería hasta que llegara el resto de su ejército.

—Eso supondría una muerte segura —refunfuñó Al Husayn.

—No, no la supondría —lo contradijo Solimán, que ahora sonreía abiertamente—. De hecho, solo hubo media docena de muertos entre los francos, pero las pérdidas de los vascones fueron cuantiosas y también perdieron la ciudad.

Todos lanzaron una mirada desconcertada al valí, que se encogió de hombros.

—Iruña cayó. Recibí el mensaje esta mañana y lo he mantenido en secreto hasta ahora.

—¡Eso significa que el camino hasta nuestras provincias está despejado! —gritó Musa bin Fortun, excitado—. Y lo próximo que harán los francos...

—... será atacar Saraqusta —gruñó Al Husayn—. ¡Dada la situación, debes nombrarme comandante en jefe, señor!

—A los francos no les interesa Saraqusta —replicó Solimán—. Quieren conquistar Medina Barshaluna, pero haremos que quieran conquistar Saraqusta. Os contaré cómo se las arreglaron para hacerse con Iruña. Depositaron un cebo ante sus narices que afectó su honor y que al mismo tiempo parecía muy fácil. Pero fueron engañados: caballeros ocultos, arqueros y un jefe valiente hasta la muerte proporcionaron la victoria a los francos.

Sorprendido, pero disimulando sus sentimientos, Afdza absorbió la información. Notó que ambos aliados de Solimán lo contemplaban, al principio atónitos y después con suspicacia. Y entonces pensó: «¡Roldán!»

—Tu... —empezó Al Husayn, señalando a Afdza.

—... ¿mejor hombre? —Solimán completó la pregunta en tono cortés.

—Lo sabía con antelación. ¡Eso es un truco barato, señor!

Solimán negó con la cabeza y, con mirada seria, dijo:

—No, él no lo sabía. Lo juro por la palabra del Profeta.

Musa bin Fortun trataba de encontrar las palabras.

—Entonces, ¿cómo... cómo podías saberlo? —le preguntó por fin a Afdza, sorprendido.

—No lo sé, señor —contestó Afdza, tan perplejo como el otro pero sin demostrarlo.

—¿Quién es el mejor comandante en jefe? ¿El que cree que le corresponde serlo o el que es capaz de evaluar al enemigo de manera correcta? —preguntó Solimán.

Al Husayn enrojeció de ira, y Afdza se dio cuenta de cuán furioso y al mismo tiempo desconcertado se sentía el valí de Saraqusta. Al Husayn se convertiría en su enemigo en el acto, y también en el de Solimán.

—Bien —dijo Solimán y desenvainó su espada. Dejó caer la punta en el mosaico con un sonido metálico y señaló un punto situado a escasas millas al noroeste de Saraqusta, junto a una pequeña ciudad llamada Siya que, como Afdza recordó, estaba sobre una meseta rocosa y rodeada por varios brazos del río Arba.

—Afdza detendrá a los francos aquí. El terreno es ideal: pantanoso, de modo que los caballeros francos tendrán dificultades para intervenir; solo existe un vado idóneo para cruzar el río y resulta fácil defender el puente, que se encuentra directamente bajo las murallas e impedirá que los francos realicen una maniobra de rodeo.

—¿Por qué los francos pasarán justamente por ese lugar? —quiso saber Musa bin Fortun.

—Porque haremos lo mismo que ellos ante Iruña —contestó Afdza, que de pronto había comprendido lo que planeaba Solimán—. Les ofreceremos un cebo: ¡Saraqusta!

Al Husayn le lanzó una mirada furibunda, pero Solimán alzó la mano antes de que su aliado pudiera manifestar otra objeción.

—Enviarás un mensaje a los francos diciendo que les abrirás las puertas de Saraqusta si te nombran valí de todas las ciudades del norte de Hispania. Ellos lo aceptarán porque lo que más necesitan es un aliado que alimente a su ejército. Marcharán a Saraqusta y en Siya se toparán con los guerreros de Afdza.

—¿Y cómo se supone que los guerreros de Afdza lucharán contra los francos si allí la caballería no puede atacar? —preguntó Al Husayn en tono burlón.

—Dispondremos un muro de escudos —respondió con calma Afdza, que había acabado de comprender el plan de Solimán. Lo admiró por su osadía pero al mismo tiempo se estremeció ya que el plan también le parecía un producto de la desesperación. El valí apostaba todo a un solo hombre: él.

—¿Un muro de escudos? —repitió Al Husayn, incrédulo—. Esa es la manera de combatir de los francos, ¡el método empleado por el infiel abuelo de Carlomagno en Poitiers para enfrentarse a nuestros guerreros!

—Y salió victorioso —le recordó Afdza secamente—. Es hora de que aprendamos de nuestros enemigos.

Afdza sabía por qué Al Husayn y el también vacilante Musa bin Fortun consideraban que el muro de escudos era una idea absurda. Era la herencia del pueblo sarraceno, que hacía doscientos años aún era una coalición de diversas tribus dedicadas a desvalijarse entre ellas y también a todos los demás. Su táctica consistía en atacar a los adversarios montados en veloces caballos, reventar sus filas, matarlos, saquearlos y volver a desaparecer. Permanecer estoicamente en el muro de escudos hasta que el enemigo se pusiera a su alcance, para después medir sus respectivas fuerzas y su coraje en la lucha cuerpo a cuerpo, no se correspondía con el espíritu dinámico de los sarracenos, era típico de los francos. Su sorpresa los paralizaría si de pronto se enfrentaran a su propia táctica.

Los rostros de los dos aliados de Solimán expresaban sus sentimientos. A diferencia de ellos, Afdza no se sentía rehén de la herencia sarracena: a él la idea de obligar a sus guerreros a luchar en el muro de escudos le resultaba natural; notó la mirada aprobatoria de Solimán y continuó describiendo su táctica.

—Los francos deberán luchar cuerpo a cuerpo en el muro de escudos: un ejército que avanza desde hace semanas no está bien alimentado, seguramente ha sufrido ataques de los vascones durante la marcha y ahora encima habrá de dar por perdida la esperanza de conquistar Saraqusta. Los detendremos.

—Detenerlos no es suficiente —gruñó Al Husayn y se dirigió a Solimán—. Hemos de aniquilarlos. Vos atrajisteis a los francos a Al Andalus con vuestro ofrecimiento de paz, señor, ¡demostradnos que ello no supuso un error!

Solimán pasó por alto la provocación, rozó el brazo de Afdza y alzó la mirada para contemplarlo.

—Sabes a quién siguen ahora los guerreros de Carlomagno, ¿verdad? Derrota a los francos, *sidi*. Derrota a Roldán de Roncesvalles.

Afdza regresó a sus aposentos sintiéndose más desgarrado que nunca. El inminente combate no era el primero que libraba para Solimán bin al Arabi, pero hasta entonces siempre le había resultado fácil despertar al guerrero que moraba en su interior y dejarse guiar por sus instintos. No obstante, ahora le resultaba difícil pensar como Afdza Asdaq, el *sidi* temido por sus enemigos y venerado por los soldados de Medina Barshaluna, y lo hacía como Afdza Asdaq, el que había encontrado a su gran amor y no sabía cómo conservarlo. Y en su fuero interno se negaba a marchar contra un enemigo donde había un hombre cuya amistad apreciaba. Él y Roldán se enfrentarían en el muro de escudos y ese encuentro ya no sería una competición divertida.

No era seguro que el muro de escudos de Afdza detendría a los francos. Lo había prometido, pero habría que ver. Los francos estaban acostumbrados a luchar mediante

un muro de escudos, pero no los sarracenos. ¿Lograrían resistir frente a los fornidos guerreros del norte? ¿O quizás Afdza había hecho una promesa que no podría cumplir?

Clodoveo lo estaba esperando. Había preparado paños calientes y agua caliente y perfumada en un cuenco de plata. Afdza se lavó las manos y la cara, se secó con los paños y se obligó a sonreírle al sajón.

—Estás pálido, amigo mío —dijo.

—Señor —repuso Clodoveo—, si no encuentras una ocupación para las tres mujeres que me regaló el valí, algo que de noche las haga caer exhaustas en sus lechos, soy hombre muerto.

—¿Es tan grave?

Clodoveo le devolvió la mirada inquisitiva, pero no pudo reprimir una sonrisa.

—Mucho peor. —Y sonrió.

—Vaya. Bueno, pronto podrás descansar. Marchamos contra los francos, debemos detenerlos ante las murallas de Saraqusta.

—No bastará con detenerlos —dijo Clodoveo—. Si uno quiere quitarse a los francos de encima hay que aniquilarlos.

—Acabo de oír esas mismas palabras —respondió Afdza con aire sombrío.

—Es lo que siempre decía Scurfa. Se oponía a un enfrentamiento directo, decía que no tendríamos ninguna oportunidad.

—Scurfa era un hombre astuto, pero no lo bastante como para mantenerse alejado del dux de Gascuña.

—Consideraba que los francos acabarían con una rebelión abierta —dijo Clodoveo—. Que Carlomagno irrumpiría inmediatamente con un ejército en tierras sajonas si se producía una rebelión, incluso si se veía obligado a recorrer medio mundo. Que las tierras sajonas eran demasiado importantes para asegurar la frontera oriental como para que Carlomagno pudiera renunciar a ellas. Y también decía que había que martirizar a los francos con muchos pinchazos de aguja, porque para atacarlos con la espada tenían demasiada grasa en las costillas. Y...

—¿Qué has dicho? —preguntó Afdza.

—¿Sobre los francos? Que son demasiado gordos...

Afdza sacudió la cabeza.

—¡Eres genial, Clodoveo!

Lo dejó con la boca abierta y salió apresuradamente de la habitación. No tuvo que ir muy lejos: cuando abrió la puerta que daba a los pasillos del palacio se topó con Solimán. Su vehemencia hizo que el apuesto valí arqueara una ceja.

—Ni siquiera he llamado a la puerta —dijo el valí con voz suave.

—¿Veníais a verme, señor?

—Si no interrumpo nada importante...

—De ninguna manera. Me disponía a ir a veros.

—Me alegro de haberle ahorrado el camino a mi comandante en jefe.

Afdza carraspeó y adoptó una actitud digna.

—¿Queréis pasar, señor?

—Claro —dijo, y entró en el aposento.

Poco después ambos estaban sentados en la sala de baños de Afdza, envueltos en amplias camisas de tela ligera. Hacía calor y los criados habían dispuesto hierbas aromáticas. Solimán cerró los ojos con una sonrisa de satisfacción; las gotas de sudor se deslizaban lentamente por sus mejillas. De momento no había revelado qué lo había llevado hasta allí tan pocos minutos después de que se reuniera el consejo, y Afdza, que intuyó que Solimán quería comunicarle algo decisivo acerca de la lucha contra los francos, también guardó silencio. Cuando Solimán sugirió que mantuvieran la conversación en el baño se sorprendió: a partir del respeto mutuo, el valí siempre había mantenido la distancia entre ambos; compartir el baño era algo destinado a los del mismo rango, pero Afdza barruntó qué se ocultaba tras el deseo de Solimán: en el baño nadie podía escuchar lo que decían, puesto que el personal que tenía derecho a seguir a su señor al baño estaba libre de toda sospecha. Al escoger ese sitio para hablar, Solimán le daba a entender a su recién nombrado comandante en jefe que deseaba su opinión sincera... y que temía que las opiniones de Afdza contendrían revelaciones desagradables.

Cuando Laila y Nuri se deslizaron dentro del baño Solimán abrió los ojos; ambas llevaban una bandeja con tarritos de aromas, almohazas, rasquetas y navajas de afeitar. Contempló complacido a las dos jóvenes, también solo con ligeras camisolas, pero luego meneó la cabeza.

—Tal vez más tarde, *sidi* —dijo—. Primero hemos de conversar.

Afdza les indicó que se retiraran y las muchachas abandonaron el baño en silencio.

—¿Qué pasa con tu siervo sajón? —preguntó el valí.

—Está delante de la puerta de mis aposentos e impide que entre nadie, señor.

—¿Está contento con el regalo que le hice?

—Dice que con un poco de suerte sobrevivirá, señor.

—Esos bárbaros infieles... —comentó Solimán en tono divertido—. ¿Acaso esa sería la solución del problema? ¿Enviarles un ejército de nuestras mejores odaliscas y aguardar a que mueran de tanto amar?

Afdza había hecho traer vino; Solimán cogió una copa e hizo girar el licor rojo, contemplando la copa con aire pensativo.

—No lo he contado todo durante el consejo de guerra —dijo.

Afdza asintió, comprensivo. Era otro motivo para que Solimán quisiera mantener la conversación en el baño y una demostración de que, entre todas las piezas del tablero de *shatranj* del valí, él era la más importante: la torre.

—Ha llegado a mis oídos que nuestro otro peor enemigo, el emir, está reuniendo un ejército para marchar al norte —continuó Solimán.

—¿Para marchar contra los francos?

—No. Para aguardar a ver quién pierde el duelo y después masacrar al vencedor debilitado.

—Si los francos salen victoriosos nuestras fuerzas estarán acabadas. Entonces el emir podrá derrotar al ejército debilitado de Carlomagno y después apoderarse de las ciudades de aquí, en el norte —dijo Afdza, admirando la lógica sencilla del emir—. Si nosotros salimos victoriosos habremos derrotado a los francos, pero estaremos demasiado diezmados para enfrentarnos a él. Acabe como acabe la historia, al final el vencedor será el emir.

—Si Al Husayn se entera, correrá a unirse a él —dijo Solimán.

—Detendré a los francos en Siya —afirmó Afdza.

—Seguro, *sidi*. No lo dudo, pero ¿también serás capaz de aniquilarlos?

—¿Permitís que sea sincero con vos, señor?

Solimán sonrió.

—No si se trata del número de canas que tengo en la cabeza; no si te pregunto si mi fuerza aún es la de un hombre joven, y no si pregunto si Laila y Nuri comparten la misma opinión al respecto. Pero de lo contrario, ¡siempre!

—Tus guerreros, los que están directamente a mis órdenes, resistirán en el muro de escudos. Los de Musa bin Fortun aún no han confraternizado con su nuevo valí y carecerán de la confianza necesaria. Los de Al Husayn huirán en cuanto la situación se vuelva crítica, porque un comandante inseguro y desleal también tiene guerreros inseguros y desleales. Pero, solos, los guerreros de Medina Barshaluna no podrán aniquilar a los francos.

—Los francos apenas tienen provisiones y el invierno está próximo.

—Eso también lo sabe Carlomagno y por eso sus hombres lucharán con fiereza redoblada.

—¿Así que según tu opinión, *sidi*, no podremos aniquilarlos?

Afdza le sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué haremos para detenerlos? —preguntó Solimán.

Afdza sonrió y pensó en las inocentes palabras pronunciadas por Clodoveo.

—Los obligaremos a hacernos una propuesta de paz que no podremos rechazar, señor.



Tras la conversación con Afdza y sin la menor prisa, Solimán se dirigió a sus aposentos privados en el palacio del valí, acompañado por los dos guardias de corps que habían estado apostados ante la puerta de Afdza Asdaq. Procuraba que nadie notara lo que sentía. Hervía de cólera por el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos, por la debilidad de los valíes de las ciudades norteñas de Al Andalus, indefensos tanto ante el emir de Qurtuba como ante invasores como los

francos debido a que se entretenían en rencillas intestinas en vez de mantenerse unidos. Había hecho una jugada muy arriesgada para provocar al rey franco y conseguir que emprendiera esa campaña militar, y por lo visto se había pasado de la raya. No había previsto que los francos atravesaran el paso ese mismo año y ahora parecía que su plan podría fracasar, puesto que los francos no solo habían llegado demasiado temprano: también el emir reunía sus fuerzas contra Solimán y sus aliados. En vez de evitar una guerra en dos frentes incitando a los francos a atravesar el paso antes que el emir Abderramán hubiese eliminado a sus propios adversarios políticos y se lanzara sobre las provincias renegadas del norte, prácticamente la había provocado. Era una reacción en cadena y Solimán se sentía arrastrado por ella: si no hubiese provocado a los francos, estos no habrían decidido ir a la guerra contra Al Andalus; si el ataque a Roncesvalles no hubiera tenido lugar, no habrían llegado ese mismo año; si no hubiesen llegado ese mismo año, Solimán habría dispuesto del tiempo necesario para organizar y entrenar a un ejército adecuado; si hubiera dispuesto de semejante ejército, habría podido derrotar a los francos en vez de verse obligado a confiar en la resistencia de los vascones, a quienes los francos acababan de barrer; y si hubiese derrotado a los francos, el emir de Qurtuba no habría osado poner en marcha su propio ejército. Y entonces Afdza Asdaq y su demencial plan no hubiesen supuesto casi la última esperanza de Solimán.

A pesar de su enfado, el valí sonrió al pensar en Afdza. Al menos esa largamente planeada jugada de *shatranj* había resultado buena.

Uno de los numerosos funcionarios de palacio se acercó a él. Los guardias de corps se interpusieron pero Solimán les indicó que lo dejaran pasar. El funcionario le susurró unas palabras al oído, el soberano asintió con la cabeza y, simulando una indiferencia que no sentía, continuó hacia sus aposentos. Como siempre, sus guardias de corps quisieron entrar con él, pero el valí les ordenó que permanecieran fuera: esperaba el encuentro que acababa de anunciarle el funcionario, un encuentro en el que no deseaba la presencia de espectadores.

Cuando entró, había una mujer sentada en el diván; ya no era muy joven, pero en la flor de la edad debía de haber sido una beldad y todavía era notablemente atractiva. La mujer no expresó ningún sentimiento bajo la mirada escrutadora del valí. Su abundante cabellera, solo semioculta bajo un precioso velo, era castaña y relucía gracias a los aceites cosméticos. Solimán se sintió invadido por el deseo y por enésima vez se preguntó por qué, a diferencia de los sarracenos, los francos no obligaban a sus mujeres a cubrirse el cabello en público. ¿Es que ignoraban cuán excitantes resultaban para cualquier hombre... o acaso ellos no experimentaban dicha excitación? Por otra parte, habría que preguntarse qué excitaría a un fornido y rudo guerrero franco. Era indudable que el deseo que podía despertar la mirada de unos ojos por encima de un rostro cubierto por un velo, o los motivos de alheña en el dorso de las manos delicadas de una mujer elegante, les resultaban desconocido.

En todo caso, la mujer sentada en el diván era una franca; quizás ignoraba las

costumbres de las mujeres sarracenas de depilarse el vello corporal. Era de suponer que considerara que el agua solo estaba destinada a dar de beber a los caballos y si no fuera por el brillo de su cabello, Solimán habría apostado a que no olía a perfume sino a grasa y sudor. No obstante, tenía algo que lo atraía. Sabía que tenía un esposo, y se preguntó si poseería la misma moral reservada e inflexible de las infieles con respecto a los placeres de la carne, o si se dejaría seducir por él. Pero se controló: no había accedido a su pedido de audiencia para averiguar cómo eran las mujeres francas en la cama. La había invitado a sus aposentos porque, aunque sin saberlo, ella se encargaría de que el plan de Afdza Asdaq tuviera éxito. Es verdad que dicho plan aún no existía cuando días atrás Solimán había recibido un mensaje secreto, pero había que aceptar los regalos del destino tal como se presentaban. Por eso había corrido un riesgo considerable al hacerla venir en secreto y, como todo el asunto estaba relacionado con una traición, se había encargado de que Afdza Asdaq no se enterase.

—¿Cómo he de dirigirme a ti, señora? —preguntó, sonriendo y en perfecta lengua franca—. ¿Qué tratamiento le corresponde a la hermana del rey de los francos?

Bertha de Laon miró más allá del hombro de Solimán. Este se volvió bruscamente, pero el hombre ya estaba ante él.



Una vez que Afdza le explicó su plan y Solimán se marchó sin aceptar las atenciones de Laila y Nuri, Afdza se inclinó hacia atrás, sumido en sus pensamientos. Se preguntó si habría sido desleal con Solimán. Seguro que si todo salía como Afdza había planeado, los principados sarracenos del norte de Al Andalus estarían a salvo de los francos, o al menos gozarían de un respiro hasta que Carlomagno regresara con un ejército más grande y mejor preparado. Los valíes del norte y aliados de Solimán bin al Arabi podrían aprovechar dicho respiro para olvidar sus diferencias y alcanzar un acuerdo con el emir de Qurtuba, a fin de presentar un frente sarraceno unido ante los francos. Pero eso era política y Afdza era un guerrero.

No: dudaba de su lealtad ya que, en primer lugar, no había concebido su plan para salvar Al Andalus, sino con el fin de devolverle a Arima la neutralidad del castillo de Roncesvalles. Si quienes ofrecían la paz eran los francos, la posición negociadora de Solimán y los demás valíes sería fuerte y ninguno de ellos permitiría que el paso permaneciera en manos de los francos. Por otra parte, Carlomagno no dejaría que Roncesvalles cayera en manos de los sarracenos. Así que se pondrían de acuerdo sobre el estatus que Roncesvalles ya había poseído con anterioridad. Era el regalo de bodas de Afdza para Arima, aun cuando ella jamás lo supiera y si bien la mera idea le hacía rechinar los dientes. Con un poco de suerte, el regalo de bodas también incluiría el regreso a casa sano y salvo del prometido... si todo salía bien.

Cuando Laila y Nuri entraron en la habitación, Afdza alzó la vista; solo traían una

bandeja con utensilios del baño. Le sonrieron y, al verlas, Afdza de pronto tomó conciencia de la soledad que lo atenazaba desde su despedida de Arima. Últimamente había evitado los servicios de las jóvenes y las había despachado con excusas, porque ya no aguantaba soñar con Arima mientras Laila y Nuri lo mimaban y porque al mismo tiempo lo consideraba un engaño a su amada. Entonces sintió una mezcla de autocompasión, rabia y hambre de amor.

—¿Deseas tomar un baño, señor?

Afdza asintió.

—Y un afeitado y un masaje. Y esta noche —añadió en el tono más formal que pudo para demostrarles cuánto las apreciaba—, vuestra compañía me haría feliz.

Las jóvenes sonrieron, complacidas. Afdza señaló la bandeja.

—También habéis de traer la otra bandeja y luego id en busca de Clodoveo, está vigilando la puerta. Una dosis de cuidados corporales no le hará daño —dijo y les guiñó un ojo—, a condición de que solo consistan en un masaje y un afeitado.

Al tiempo que las muchachas cumplían sus órdenes, Afdza se quitó la camisa. No se trataba de la higiene de Clodoveo sino de explicarle su plan al joven, pero en la seguridad que ofrecía el baño: aquel sajón desempeñaría un papel importante en dicho plan.

Los caminos de Dios eran asombrosos. En primavera de ese año Afdza le había salvado la vida al muchacho, y ahora este salvaría todo aquello que le importaba a Afdza. Incluso si en aquel entonces hubiera barruntado cómo se desarrollarían las cosas, no habría podido obrar mejor.

Un sonido repentino hizo que se volviera, todavía con la camisa en la mano. Clodoveo estaba de pie ante él, mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Afdza—. ¿Acaso nunca has visto un hombre desnudo? Clodoveo se encogió de hombros.

—Perdóname, señor —dijo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Desnudarte y tenderte allí —dijo Afdza, sonriendo e indicando a Laila, Nuri y sus utensilios—. Ahora te convertiremos en un hombre cultivado y después partirás en una misión consistente en enviar a los francos a casa.



Solimán no vaciló ni un instante. Aferró al hombre del cuello y lo empujó contra la pared.

—¿Qué significa esto? —siseó, y la cordialidad había desaparecido de su voz—. ¡Dijiste que tus jinetes barrerían a los francos de las murallas de Iruña en cuanto ordenaras que se lanzaran al ataque! —añadió, golpeando a su adversario en el pecho al compás de sus palabras—. ¡Y puede que la idiotez que supuso atacar Roncesvalles haya hecho que Carlomagno se nos eche encima un año antes de lo que él mismo se

proponía! ¡Y eso desbaratará todos mis preparativos! ¡Entre todos los necios que jamás cubrieron su gorda barriga con la túnica de un dux, tú eres el mayor, Lope de Gasuña!

El dux de Gasuña aferró las muñecas de Solimán.

—¡Basta! —gritó—. ¿Con quién crees que estás hablando, sarraceno?

Solimán se zafó de Lope y le pegó un puñetazo en el estómago a aquel hombre mayor. Lope jadeó y cayó sentado, y desde esa posición lo miró con expresión estupefacta. El valí se esforzó por dominar su ira, aunque disfrutó de dar rienda suelta a su cólera contra alguien que en parte era el culpable de los sentimientos que lo martirizaban.

—Sé muy bien con quién estoy hablando, dux —dijo—. Porque si me hubiese equivocado, hace rato que me habrías clavado tu puñal. ¡El único error fue convertirte en mi aliado secreto!

Lope se llevó la mano al puñal. Solimán soltó un bufido: sabía perfectamente que ese gesto reflejo no se convertiría en una acción. Lope volvió a bajar la mano. Poseía la figura delgada de la mayoría de gascones, pero el vino y la buena vida le habían proporcionado una panza que colgaba por encima del cinturón. Solimán no sentía mucha simpatía por un gobernante como él: el respeto de su pueblo por Lope residía en la costumbre y en una larga ristra de antepasados más que en su personalidad, y, una vez que sus *edelinges* tomaran conciencia de que quien los conducía era un fanfarrón intrigante cuyo coraje solo se manifestaba cuando su enemigo le daba la espalda, lo destituirían. Entonces Lope renunciaría sin presentar batalla y pasaría sus últimos años en sus posesiones en vez de defender su trono espada en mano, hasta la última gota de sangre.

—Sin él no hubiera llegado hasta aquí sana y salva —dijo Bertha de Laon en tono sosegado, acercándose a Solimán.

—¿De veras?

Bertha esbozó una sonrisa.

—De acuerdo: sin él, sin su media docena de caballeros armados y sin la escolta que tú me enviaste...

Solimán hizo una reverencia. Luego se agachó y obligó a Lope de Gasuña a ponerse en pie, lo apoyó contra la pared, le quitó el puñal del cinto y lo arrojó a un lado. Después le arregló la túnica arrugada, le quitó una hilacha imaginaria de la ropa y le palmeó el hombro como si fuera un viejo amigo.

—Hablemos —dijo, adoptando una expresión jovial—. Dux, señora, ¿puedo ofrecerles un refresco?

Poco después todos estaban sentados disfrutando del vino, los dátiles y los frutos secos con miel. Solimán, que sabía muy bien que con su repentina cordialidad confundía a Lope al igual que con su ataque de ira anterior, interpretó el papel del amable anfitrión. Para sus adentros, deseó que el gascón se atragantara con un dátil... pero solo cuando dejara de serle útil. Entretanto, le servía exquisiteces a Bertha de

Laon, le hacía cumplidos disimulados y observó cómo su actitud arrogante se desvanecía poco a poco. Tras recibir su mensaje había hecho averiguaciones, pesquisas que iban mucho más allá de lo que había sondeado a través de Abu Taur y Afdza Asdaq. Y puesto que era un consumado jugador de *shatranj* y también un excelente conquistador de corazones femeninos, no solo había hecho averiguaciones sobre Bertha sino también sobre Ganelón, su marido.

Todas las mujeres querían que los hombres las desearan. Sin embargo, en su mayoría —Solimán estaba convencido de ello— querían experimentar dicho deseo de un modo elegante y siempre jugueteando un poco y procurando que el hombre se sintiera un tanto inseguro, para que la mujer pudiese fingir hasta el final que ella dominaba la situación... cuando en realidad su corazón ya ardía en llamas. Y Solimán también estaba seguro de que, en el fondo, las mujeres francas no se diferenciaban de las sarracenas. Y por eso, cada vez que conquistaba una mujer casada, solía averiguar cómo era su esposo, para luego comportarse de manera exactamente opuesta. El amor exigía tanta táctica como la guerra, y si la guerra se podía decidir con la ayuda del amor, entonces cualquier táctica para lograrlo era correcta.

Por eso sabía que Ganelón de Ponthieu —esposo de Bertha y cuñado de Carlomagno, un paladín y uno de los hombres más inteligentes de la corte de Carlomagno— profesaba un amor profundamente devoto, grave y melancólico por su mujer, un amor que en realidad lo convertía en el compañero anhelado por cualquier mujer. Un hombre como Ganelón adivinaba los deseos de su esposa y, aparte de sus obligaciones como guerrero, su único objetivo consistía en hacer feliz a su mujer y amar todo aquello que ella amaba, y mataría por ella sin titubear, incluso se levantaría de la tumba para protegerla. Y por eso Solimán se esforzó por transmitirle a su interlocutora la sensación de que él era muy distinto, que en los asuntos del amor no se podía confiar del todo en él, que esperaba que su compañera de escarceos cumpliera con sus deseos y no al contrario... pero que ella podría reír con ganas, perderse en una pasión irresponsable, emprender vuelo, olvidar todo pesar y disfrutar de la vida a fondo mientras estuviera a su lado. Era necesario que Bertha se sintiera atraída por él, porque de lo contrario no cometería la traición a causa de la cual había acudido allí y cuyo objetivo consistía en salvar a Solimán de los francos para siempre. Al fin y al cabo, no solo supondría traicionar a su hermano Carlomagno sino también a su esposo, aun cuando ella no fuera muy consciente de esto último.

Pero primero debía ocuparse de Lope de Gasuña, quien parecía haber decidido que mostrarse sumiso le resultaría más provechoso que empecinarse en hacer ostentación del orgullo gascón.

—Mi hijo es un cascarrabias, señor —dijo—. Y por supuesto que habría puesto Roncesvalles bajo tu protección si hubiese podido conservar el castillo.

Eso era mentira, desde luego, Solimán lo sabía y se limitó a sonreír.

—¡Y que los francos los derrotaran a él y a mis caballeros fue gracias a un ardid, no a una lucha honrada!

—Claro que fue ardid, qué te creías —terció Bertha—. Además, mi hijo Roldán era el comandante de los francos que derrotaron a tu hijo. ¿Por qué dices que no fue una lucha honrada, solo porque uno de los comandantes en jefe era más inteligente que el otro?

—Creo que no podemos reprocharle a Adalric de Gasuña que haya perdido el combate —dijo Solimán, tras calcular el efecto de sus palabras, e inclinó la cabeza en dirección a Lope, como si quisiera disculparse por su acceso de ira anterior—. ¿Quién podía adivinar que el joven Roldán se lanzaría al combate con tal valor y luego encima lograría sobrevivir? —añadió.

Con el rabillo del ojo vio que Bertha se estremecía. «Bien —pensó—, bien.» La traición era la mejor arma cuando uno la cometía por amor y no por motivos egoístas.

Tras escuchar las palabras de Solimán, Lope pareció tranquilizarse.

—¡Un día mi hijo se convertirá en un buen gobernante! Pero debe hacerse un nombre para que mis comandantes lo acepten.

La mirada despectiva de soslayo que Bertha le lanzó al dux divirtió a Solimán. Ni el gascón ni la franca parecían darse cuenta de que la traición compartida frente a Carlomagno era el producto de un motivo compartido: la preocupación por el único hijo.

Entonces el valí se dirigió a Bertha y escogió sus palabras con cuidado.

—¿Qué me sugieres, señora, para salvar a tu hijo?

Bertha tragó saliva.

—Aquí no se trata de mi hijo, sino del honor de los francos y de Carlomagno —dijo en tono áspero.

—Por supuesto, señora, perdona mis torpes palabras. Solo he intentado comprender tu sufrimiento. Yo también tengo un hijo por el que estaría dispuesto a hacer lo que fuera.

La respiración de Bertha se agitó. Para ayudarle a recorrer el último tramo del camino, Solimán cogió la copa de vino de ella y se la tendió. Cuando ella la cogió, él sostuvo su mano: estaba helada. Los suaves y flexibles dedos de Solimán acariciaron delicadamente los de Bertha. Ella tardó unos momentos en retirar la mano. Él la miró a los ojos por encima de la copa de vino.

—Solo nosotros, los que somos padres, sabemos lo que significa la preocupación por el fruto de nuestros cuerpos y que todo cuanto lo protege está justificado.

Bertha parpadeó y Solimán se dio cuenta de que sus pensamientos se dirigían en la dirección elegida por él. Roldán era su hijo. El padre de Roldán había caído en Al Andalus hacía más de diez años y Solimán consideró que, tras todos esos años, era fantástico cosechar lo que en aquel entonces había sembrado. Si Bertha supiera lo que realmente había sucedido, lo que realmente les había ocurrido a Milan d’Otun y sus guerreros: que con una única acción osada, él, Solimán, había logrado que en ese momento los hilos del destino de todos ellos estuvieran en sus manos.

Temió que Bertha se percatara de su mirada triunfal y bajó la vista.

—¿Qué derecho tienen de juzgar nuestros actos quienes no sienten esa preocupación? —siguió murmurando.

—¿Aceptarías un ofrecimiento de paz? —preguntó Bertha en tono inseguro.

—¿De ti, señora?

Bertha negó con la cabeza.

—No tendría validez.

—¿Quieres enviarme a alguien cuya palabra tenga validez?

Ella titubeó... La expresión de Solimán no cambió. Para sus adentros, rogó que el mentecato de Lope de Gasuña no hiciera algún comentario grosero y estropease el momento, pero al parecer el ambiente creado por Solimán resultaba tan patente que incluso un tosco campesino como el dux de Gasuña lo percibió y calló.

—Mi esposo lo hará, si yo se lo pido —musitó Bertha por fin.

—El paladín de más alto rango —dijo Solimán, asintiendo—. ¿Crees que Carlomagno haría caso de dicho ofrecimiento difundido por su paladín y cuñado, aun cuando no ha sido consultado al respecto?

Bertha luchaba consigo misma.

—Casi no le quedaría otra opción, porque de lo contrario tendría que...

—... declarar que Ganelón, su propio cuñado y su paladín más importante, es un traidor —completó Solimán—. Y con ello la reputación y la posición ocupada por los paladines se arruinarían para siempre.

Bertha tenía los labios trémulos; bajó la cabeza y se echó a llorar en silencio.

—¿Qué he de hacer, Dios mío...! —susurró.

Solimán contuvo el aliento. Era importante que hallara las palabras adecuadas.

—Os daré un motivo —dijo—. Un motivo para que Ganelón, tu esposo, acuda a mí y me ofrezca la paz. Un motivo que impulsará a vuestro hermano Carlomagno a enviarme a Ganelón por su propia voluntad. Un motivo que en vez de convertir a vuestro esposo en traidor, lo convertirá en héroe y salvador del reino de los francos.

Con los ojos llenos de lágrimas, Bertha lo contempló y preguntó:

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Solo habéis de esperar —respondió Solimán con una sonrisa—. Reconoceréis la señal.

«Y Ganelón vendrá —pensó Solimán—, tal como también habría venido con que tú solo se lo hubieses rogado, sin necesidad de que Carlomagno lo enviara como mensajero. Porque su amor por ti es aún más desesperado que el tuyo por Roldán.»

Cogió la mano gélida de Bertha y la rozó con los labios.

—Os agradezco, señora, que traigáis la paz a nuestros reinos —musitó. Después se dirigió a Lope—. ¿Dónde está tu hijo? —preguntó.

Lope se sobresaltó y sacudió la cabeza como si tratara de regresar a la realidad.

—¿Eh? —barbotó—. Está... está con mi pueblo allende las montañas, y...

—Está aquí, en Medina Barshaluna —lo contradijo Solimán—. ¿Acaso crees que no dispongo de ojos y oídos en todas las callejuelas? Envíamelo.

—Pero...

—Dile que quiero hablar con él sobre Abu Taur.

—Señor —dijo Lope, casi en tono de súplica—, se dejó engatusar... Es mi único hijo, señor...

Solimán sonrió.

—Dile que quiero hablar con él sobre Abu Taur, pues deseo perdonarle y decirle que he comprendido cuán útiles me resultan sus servicios.

Lope se quedó boquiabierto. Solimán siguió sonriendo, pero ya estaba pensando en Ganelón, de cuya disposición a cooperar dependería todo lo demás.

Que Ganelón fuera el mensajero era importante, porque era el único de los paladines a quien Solimán podría convencer de que traicionara a quien Bertha quería más que a nadie: a Roldán. Por amor a Bertha, Ganelón cooperaría en la eliminación de aquel a quien más amaba su esposa. Había que deshacerse de Roldán, de lo contrario en unos años se convertiría en un peligro todavía mayor que Carlomagno para Solimán.

CASTILLO DE RONCESVALLES



Arima oyó que alguien aporreaba la puerta. Durante unos preciosos instantes, aún medio dormida, notó el brazo de Afdza rodeándole el cuerpo y la calidez de su proximidad, pero entonces se asustó porque quien llamaba solo podía ser Roldán, que los descubriría a ambos un momento después. De pronto despertó del todo: el brazo que le rodeaba el cuerpo era el de su doncella, que dormía a su lado en la cama, y quien aporreaba la puerta no era su prometido sino uno de los guerreros francos, que entonces empezó a gritar:

—¿Señora? ¿Estás despierta, señora?

Arima regresó a la realidad, una en la que ni Afdza ni Roldán estaban a su lado y en la cual solo se trataba de aguantar la soledad cotidiana y la sensación de haberlo hecho todo mal.

—¡Sí, estoy despierta! —contestó.

Medio dormida, la doncella soltó un quejido cuando Arima le pegó un codazo y se volvió hacia el otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Arima a quien llamaba tan insistentemente.

—Hunald desea que salgas, señora.

Hunald era el comandante de las tropas francas que habían ocupado Roncesvalles. En las muchas semanas transcurridas tras instalarse en el castillo se había desarrollado cierta confianza entre ellos, una confianza que aumentó después de la partida de Roldán. Hunald era un ejemplo de la subestimación que solían sufrir los francos debido a su contextura robusta. Era un hombre de cuello ancho, espeso bigote que le cubría los labios, cráneo aplanado y brazos gruesos. Había sido él quien se había percatado de la desesperación de Arima tras la partida de Roldán y quien había procurado consolarla mediante pequeños gestos. Hizo arreglar un par de desperfectos en el castillo; en reemplazo del pergamino que Arima fijaba a los marcos de las ventanas cuando el viento soplaba con demasiada fuerza, instaló delgados pellejos de cerdo en los huecos de las ventanas que dejaban pasar la luz y, en un gesto de inusual delicadeza, le trajo una jaula con un ave canora que le compró a un vendedor de aves ambulante. Le rogó que dejara el ave en libertad y simuló que le resultaba embarazoso hacerlo él mismo y así reconocer que el cautiverio de la pequeña criatura le desagradaba. Cuando Arima observó cómo el ave se alejaba volando fue como si se llevara una parte de su pena. Se sintió agradecida cuando Hunald permaneció a su lado en la torre del homenaje con la vista clavada en el horizonte hasta que ella dejó de llorar. Hacía mucho tiempo que Arima no necesitaba insistir —de manera tozuda e inoportuna— en que la guarnición del castillo le informara de todo lo que acontecía. Los hombres acudían a ella con naturalidad y si lo olvidaban, Hunald se encargaba de

recordárselo.

El guerrero franco que fue a buscarla estaba muy excitado cuando Arima bajó a la sala junto a él y luego se apresuró a cruzar el patio hasta la herrería. Era un día claro y gélido, las ramas de los árboles estaban cubiertas de escarcha y también las laderas de las montañas, así como todos los tejados, como un presagio del invierno. El aliento de Arima formaba pequeñas nubecillas y ella se arrebujó en su manto. Estaba descalza y el suelo helado le lastimaba las plantas de los pies. De día, el sol derretiría la escarcha y entibiaría el aire, pero incluso a mediodía la brisa era fría y otoñal. A esa altitud por encima del paso el verano era breve y el otoño solo un corto intervalo anterior al invierno. Pronto llegarían las tormentas de septiembre y después las primeras nevadas, y más abajo, en la llanura, los chaparrones otoñales.

—El mensajero procede de Patris Brunna, señora —informó el guerrero—. Y a juzgar por su aspecto, parecería que ha cabalgado sin parar y recorrido las últimas millas a pie. Hunald dudó en creerle porque el individuo es un sajón bautizado, pero afirmó que tú lo reconocerías porque estaba presente en la asamblea del reino celebrada en Patris Brunna, y que confirmarías que su mensaje es auténtico. Hunald y los demás no participamos en el desfile de la asamblea, solo nos reclutaron para la campaña contra los sarracenos y...

—¿Quién es el destinatario de ese importante mensaje? —lo interrumpió Arima.

—El rey. Y el mensajero dijo que es vital que alguien lo traslade cuanto antes al ejército.

—¿Dijo de qué trata el mensaje?

Habían alcanzado la herrería y Arima percibió el calor irradiado por las llamas de la fragua, que no se apagaba ni de día ni de noche. De pronto Hunald se plantó ante ella; por encima de su hombro ella vio un hombre sentado ante la fragua, envuelto en una manta y ocupado en devorar una papilla caliente de cebada.

—No son buenas noticias, señora —gruñó Hunald—. Los sajones se han sublevado en toda la zona oriental del reino.

Arima se quedó estupefacta.

—¿Y Carlomagno y el ejército?

—Están muy lejos —dijo Hunald, asintiendo con la cabeza y con expresión más sombría que de costumbre—. Perderemos las comarcas sajonas, por las que se ha derramado mucha sangre...

—¿Estás seguro de que el mensaje es auténtico?

Era como si Arima todavía fuera prisionera del sueño, un sueño que se había convertido en pesadilla. Si Carlomagno volvía a perder las recién conquistadas comarcas sajonas por haber emprendido una aventurada campaña militar contra los sarracenos en vez de asegurar su reino, su poder habría llegado a su fin... y con este la unidad del reino franco. Lo derrocarían, tal vez incluso lo matarían, y todo lo que su abuelo Carlos Martel y su padre Pipino habían conquistado con tanto esfuerzo se habría perdido.

—El mensajero dice que tú responderás por él.

—Me pregunto por qué —dijo Arima—. En Patris Brunna no tuve trato con ninguno de los *edelinges* sometidos de los sajones.

Al oír la voz de Arima, el mensajero alzó la vista y dejó a un lado el cuenco con la papilla de cebada. Entonces se puso de pie y apareció tras las anchas espaldas de Hunald. Hizo una reverencia y luego la miró a los ojos. Llevaba el pelo bastante largo, sucio y enmarañado, una barba descuidada y el rostro curtido por el viento y el frío. Arima no lograba reconocerlo, pero entonces titubeó. El mensajero le sonreía y ella conocía esa sonrisa: de algún modo, era típica de él. La había visto por primera vez cuando ella le lanzó un beso con la mano, para distraerlo y permitir que Afdza pudiera abalanzarse sobre él.

La mirada del sajón expresaba una súplica: «¡Créeme, créeme!»

—Sí, conozco a este hombre —admitió ella por fin y se preguntó qué pensaría Hunald del hecho de que hubiera titubeado. Entonces se le ocurrió una explicación obvia—. Pero casi no lo he reconocido porque está muy sucio...

—Perdóname, señora —habló el mensajero—. El camino estaba en muy mal estado.

Arima hizo un gesto negativo con la mano, al tiempo que se esforzaba por recordar su nombre.

—Respondo de él y de la veracidad de su mensaje —dijo—. Sé bienvenido al castillo de Roncesvalles, Aercenbryht de Sajonia.

—¿Qué diablos es todo esto? —siseó más tarde, cuando ella y Clodoveo pudieron conversar a solas—. ¡Tú no vienes de Patris Brunna!

—No; vengo de Medina Barshaluna. Pero créeme, señora, me duele el trasero como si hubiera cabalgado desde Patris Brunna. Y también los pies. Dejé mi caballo en un mesón a media altura de la ladera, porque lleva un enjaezado sarraceno y eso hubiera despertado la suspicacia de los francos. Recorrí el resto del camino a pie durante la noche y simulé llegar desde la dirección opuesta...

—Lloriqueas como una mujer, Clodoveo —observó Arima, un tanto divertida.

—Todo merece la pena, con tal de despertar tu compasión, señora —replicó él con la misma ironía agresiva de Afdza; el joven debía de estar imitándolo y Arima sintió una punzada de nostalgia. Clodoveo le guiñó un ojo, tal como quizá también hubiera hecho Afdza.

—Fue él quien te envió, ¿verdad?

Clodoveo asintió.

—Te echa de menos, señora —soltó de manera espontánea y Arima podría haberle dado un beso.

Entonces tuvo que desviar la mirada porque de pronto tomó conciencia de que habría sido responsable de la muerte de ese joven si en aquel entonces, en Susatum,

Afdza no se hubiese mostrado misericordioso con él. Pero ese antiguo enemigo se había convertido en un amigo capaz de reconocer los sentimientos de su señor y también los de ella, y de proporcionarle un consuelo sincero.

—Yo también lo echo de menos —musitó y después preguntó—: ¿Es verdad eso de la rebelión de tu pueblo?

—Por supuesto —respondió Clodoveo—. Solo que no tengo ni idea de cuándo tendrá lugar.

—No comprendo...

—Solo es un ardid, señora. Para impulsar a los francos a hacer un ofrecimiento de paz. Cuando la noticia sobre la sublevación llegue a Carlomagno se verá en un aprieto. No puede esperar hasta que llegue la confirmación, porque entonces habrá llegado el invierno. Solo puede reaccionar y ocuparse de que el ejército franco pueda retirarse de Al Andalus sin sufrir bajas si solicita la paz. Solimán y sus aliados aceptarán dicha solicitud, habrá acuerdos y los francos se largarán allende las montañas. Después romperán los acuerdos y regresarán, desde luego... o serán los sarracenos quienes los rompan e irrumpan en las comarcas francas. Pero el truco consiste en que, como muy pronto, eso solo ocurrirá el año que viene. Hasta entonces Solimán habrá reunido sus fuerzas y conseguido que los demás valíes se pongan de su parte. Y entonces será un adversario en igualdad de condiciones frente a Carlomagno.

Arima dirigió la mirada a lo lejos.

—Y Roncesvalles... —dijo.

—Mi señor se encargará de que tu neutralidad sea parte de las negociaciones —dijo Clodoveo, sonriendo.

—¿Por qué Afdza te ha enviado a mí con este ardid?

—Porque no sobreviviré a este encargo —contestó Clodoveo encogiéndose de hombros— y tú debes trasladarle este mensaje a Carlomagno, señora. —Sonrió—. O más bien dicho: el pobre Aercenbryht (quizá sería mejor que emplees otro nombre, señora, porque puede que Carlomagno lo recuerde), después de la cabalgada desde Patris Brunna, quedó tan exhausto que murió tras alcanzar Roncesvalles. Por eso, y porque este mensaje es tan importante, tú te hiciste cargo de su deber de trasladárselo al rey de los francos. Es esencial que el rey dé crédito a la mentira, señora. Seguro que a mí no me creerá, debe provenir de alguien en quien confía.

—¿Así que yo he de contarle una mentira al rey? ¿Es que Afdza espera eso de mí?

Clodoveo se puso serio.

—Antes o después, mi pueblo se sublevará contra los francos. Tú te limitarás a adelantarte a los acontecimientos. ¡Y no se trata tanto de mentirle a Carlomagno como de salvar a Roldán!

Arima parpadeó, sorprendida y también avergonzada: durante los últimos minutos no había pensado en Roldán, solo Afdza estaba en su corazón.

—Roldán se ha convertido en el comandante en jefe de la mayor parte del ejército franco —le contó Clodoveo—. Los paladines Beggo y Otker se han puesto bajo su mando y también sus caballeros, Gerbert de Roselló le ha confiado el mando de sus arqueros conducidos por Puvis, su hermano menor, y junto con los propios hombres de Roldán y la infantería a su mando, supone el mayor número de guerreros francos comandados por un solo hombre.

—Eso significa que él y Afdza...

—Mi señor ha sido designado comandante en jefe de todas las tropas sarracenas. Ambos se enfrentarán en la próxima batalla y solo uno de ellos abandonará el campo de batalla con vida.

Arima tragó saliva. No hacía falta mucha imaginación para concebir ese hecho, pero hasta entonces se había esforzado por reprimirla. Quiso decir «¡Que Dios proteja a Afdza!», pero se mordió la lengua. Si Afdza derrotaba a Roldán y le daba muerte, eso no significaba que su amor fuese a llegar a buen puerto, sino más bien que la muerte de Roldán proyectaría su sombra sobre ellos para siempre.

¿Y si Roldán era el vencedor? La idea era demasiado espantosa como para que Arima la considerara. Clodoveo guardó silencio y a ella le pareció que el joven podía adivinar su desazón.

—¿Regresarás junto a Afdza? —preguntó.

Clodoveo asintió.

—En cuanto pueda volver a montar. Mis posaderas...

—Ya, ya —repuso ella sonriendo, aunque con los ojos húmedos—. ¡Cómo puedes ser tan blandengue!

De pronto Clodoveo hizo un gesto impropio de él: apoyó una mano en el brazo de Arima y le dio un apretón.

—Todo irá bien —la animó en voz baja—. Confía en mi señor. Y mírame a mí: en realidad hace tiempo que debería estar muerto.

—Clodoveo, si al final Afdza y Roldán acaban por luchar, ¡prométeme que cuidarás de él!

—Por supuesto, señora.

—Le pediré a Hunald que reúna una escolta para mí. Espero que a nadie se le ocurra atacar Roncesvalles en mi ausencia, pues tendré que hacerme acompañar por un montón de guerreros para llegar al campamento de Carlomagno sana y salva.

—No se trata de que tú le traslades la noticia personalmente. Solo has de transmitírsela a un mensajero fiable. Mi señor jamás te expondría a semejante peligro.

—¿Y quién ha de ser aquel en quien Carlomagno confíe cuando reciba la noticia de una rebelión de los sajones?

—Un hombre que en muy escaso tiempo se ganó el respeto y la confianza de Carlomagno porque su fe en el Dios de los cristianos es tan grande como la del viejo abad Styrmi, pero que carece de su terquedad, que es tan erudito como diez

funcionarios de la corte de Carlomagno y que además comenzó a enseñarle a leer y escribir al rey antes de que se iniciaran los combates y fuera enviado a un convento para su protección.

Arima parpadeó.

—¿Ealhwine de York?

—Se encuentra en el claustro situado debajo del paso.

—Creí que había partido con el ejército de Carlomagno.

—Solo hasta que comenzó el asedio de Iruña. Después lo enviaron de vuelta.

—Estoy impresionada, Afdza está muy bien informado de todo lo que ocurre en el ejército del rey —dijo Arima, meneando la cabeza—. ¿O solo es que tú eres muy listo?

—Ay, señora, la listeza resulta útil cuando cabalgas a través de una comarca con el anillo de Afdza en el dedo, una comarca antes recorrida por los francos en la cual estos no hicieron muchos amigos. Todos estaban encantados de proporcionarme información, y Afdza me dio mucha libertad con respecto a la manera de llevar a cabo mi encargo.

—¿También la de no cumplir con él y escapar a reunirme con los tuyos? ¿Qué habría de detenerte?

—Mi honor —se limitó a contestar Clodoveo.

—Perdóname —dijo Arima, abochornada.

—No hay nada que perdonar, señora. De hecho, el viejo Aercenbryht no dejó de preguntarse lo mismo todo el tiempo. Estaré encantado cuando el condenado sajón pase a mejor vida de una buena vez, para que Clodoveo pueda regresar tranquilamente junto a su señor —dijo él, sonriendo como un pillastre.

—Entonces, ¿yo he de mentirle a Ealhwine para que él le mienta a Carlomagno? —Era una pregunta tan torpe como superflua.

Clodoveo contempló a la joven con expresión serena y, lentamente, ella tomó conciencia de que el destino de una campaña militar, el de un rey y el de los dos hombres que amaba reposaba en sus manos.

Dejó a Clodoveo al cuidado de las criadas que le habían preparado un baño y se retiró a su habitación para reflexionar sobre su proceder y sobre lo que el joven le había contado. Y cuanto más reflexionaba, tanto mayor fue su sospecha de que Clodoveo no le había contado toda la verdad: había algo más, y al parecer el sajón no sabía cómo abordarlo.

Cuando al atardecer del día siguiente se dirigieron al convento situado debajo del paso, Arima recordó el aspecto del claustro cuando ella aún era una niña: un único edificio de piedras y maderas elegidas aparentemente al azar y erigidas hasta que el resultado fue algo similar a cuatro paredes y un techo. El desconocido arquitecto había considerado que las ventanas resultarían sospechosas; los monjes eran media

docena de ancianos y ninguno de ellos parecía estar a la altura de los tiempos. El convento era un solitario apeadero entre colinas boscosas, un monumento a la voluntad de afirmación humana que se aferraba con uñas y dientes a ese trocito de tierra y sobrevivía dificultosamente gracias a las caravanas y los ejércitos que recorrían el paso y a veces hacían un alto en el convento.

Desde entonces hubo algunos cambios. Los monjes eran más jóvenes, su número se había duplicado y en vez del claustro medio en ruinas se elevaba un gran edificio de piedra de techo de ripio y una pequeña torre con una campana. Un poco más abajo del paso, a una distancia de una hora a pie, había crecido una pequeña población llamada Uilla Roscidaualis cuyos habitantes vivían sobre todo de las caravanas y de prestar servicios en el convento. Se oían los golpes de martillo de una herrería y también se percibía el olor fétido de una curtiduría que producía materia prima para zapateros.

Pero lo que más había contribuido a asegurar la supervivencia del convento eran los conocimientos médicos de los monjes. Su padre le había explicado a Arima que allí, en la frontera entre el mundo sarraceno y el franco, también se tocaban los saberes de ambas culturas. Con respecto a la curación de los enfermos suponía una ventaja, puesto que los precisos conocimientos quirúrgicos de los sarracenos se combinaban con los de los francos acerca de las hierbas curativas. Incluso los ancianos y temblorosos monjes de la infancia de Arima sabían curar enfermedades y heridas cuando su avejentada vista les permitía identificar los síntomas de la enfermedad o se los gritaban al oído.

Por eso resultó normal que Arima hiciera trasladar al agonizante Abu Taur hasta allí cuando Afdza lo abandonó en el castillo de Roncesvalles. Y por eso el sarraceno, pálido y flaco pero gozando de buena salud, salió a su encuentro con una sonrisa cuando ella se apeó del caballo. Arima todavía no le había perdonado lo ocurrido en Roncesvalles y él lo sabía, lo cual dificultaba sus relaciones. Ella le había salvado la vida dejándolo al cuidado de los monjes y tenía claro que el hombre antaño tan orgulloso estaba esperando que se presentara la oportunidad de hacerle un favor importante, porque eso en parte hubiera arreglado las cosas entre ambos.

—Señora —dijo e hizo una reverencia torpe, porque le faltaba el brazo derecho: para salvarlo, los monjes habían tenido que amputarle el resto del brazo. Por así decirlo, Abu Taur había pagado su traición con su carne y su sangre, por no mencionar los dolores padecidos.

—¿Te encuentras bien? —se obligó a preguntar Arima.

Abu Taur asintió.

—Dicen que Iruña ha caído y que muchos guerreros vascones se han retirado a las montañas.

—Es posible —replicó Arima.

Se dio cuenta de que Abu Taur trataba de superar el abismo que los separaba, pero no tenía ni tiempo ni ganas de hablar de ello.

—Busco a Ealhwine —dijo.

—Te llevaré con él, señora.

—Ya tengo un protector —repuso ella, indicando a Clodoveo.

Abu Taur asintió y señaló un pequeño edificio adosado al claustro.

—Está en la biblioteca.

—¿Qué biblioteca? —se extrañó Arima.

Abu Taur sonrió.

—Justo cuando uno empieza a encontrar divertido el entusiasmo ciego de vuestros hombres santos, te sorprenden con un acto previsor —dijo.

Ealhwine se encontraba en el edificio adosado, tal como había dicho Abu Taur. Estaba tan feliz como un hurón en una conejera. En las paredes en torno al erudito se amontonaban cráneos y huesos de extremidades en toscos estantes de madera. El edificio adosado era el osario del convento; pero lo que se acumulaba en un número mucho mayor entre los huesos eran rollos de pergamino. Resultaba curiosamente adecuado que los huesos de los muertos y los pergaminos estuvieran juntos: ambos tenían historias que contar.

Ealhwine alzó la vista de una mesa inestable, que quizá servía para velar los cadáveres de los monjes fallecidos antes de ser enterrados y para lavar sus huesos roídos cuando los exhumaban de las tumbas para proporcionar lugar a la siguiente generación de difuntos. Ealhwine la había convertido en la mesa de un bibliotecario y estaba ordenando los pergaminos.

—¡Ah, *Dúnaelf*! —exclamó—. Podría quejarme de que no me hayas visitado ni una sola vez en todo este tiempo, pero si he de ser sincero, estaba muy ocupado.

—No sabía que Carlomagno te había desterrado aquí.

—Es un destierro afortunado, puedes creerme.

Arima sonrió y señaló los rollos de pergamino.

—¿El paraíso de la palabra escrita?

—Así es, así es. Me alegra que hayas venido. He de mostrarte algo...

—Muéstramelo después, porque resulta que debo arrancarte de este paraíso.

Arima le soltó el cuento sobre la supuesta rebelión de los sajones y cuán importante era que él le llevara el mensaje a Carlomagno y le explicara que perdería todo lo esforzadamente conquistado si no regresaba con su ejército a través de las montañas y acababa con la rebelión. Ealhwine la escuchó con expresión tranquila.

—¿Cómo te has enterado de la sublevación? —preguntó por fin.

—Ha llegado un mensajero a Roncesvalles...

Ealhwine contempló a Clodoveo, que fingía leer un pergamino.

—El mensajero llegó por la dirección equivocada —comentó en tono seco.

—¿Qué? No, el mensajero llegó de las comarcas sajonas, directamente desde Patris Brunna. Alcanzó Roncesvalles con sus últimas fuerzas y después murió.

—¿Tras confiarte el mensaje con su último aliento y rogarte que cumplas con su deber en su lugar?

—Así es —dijo Arima, y empezó a darse cuenta de que su historia resultaba bastante inverosímil cuando alguien la ponía en duda, tal como hacía el erudito.

—Muy trágico —dijo Ealhwine—. Ya puedes ir escogiendo un lugar aquí —añadió, dirigiéndose a Clodoveo.

El sajón le lanzó una mirada perpleja. Ealhwine señaló los estantes donde reposaban los cráneos y huesos.

—Puesto que por lo visto has muerto...

—No, Ealhwine —dijo Arima—, no lo has comprendido...

—*Dúnaelf*, en las últimas semanas han pasado muchos fugitivos y aún más rumores por aquí. Creo saber lo que ambos os proponéis: queréis convencer a Carlomagno de que retire su ejército y abandone la conquista de Al Andalus.

—Queremos... —empezó Arima.

El erudito hizo un ademán negativo con la mano.

—¡Tienes mi bendición! Durante las últimas semanas he estado rodeado de suficientes huesos como para que me resulte desagradable la idea de muchos más desparramados por los campos de batalla a causa de esta campaña militar. He oído que los sarracenos (al mando de nuestro amigo Afdza Asdaq) quieren enfrentarse a los francos y que el propósito de estos (al mando de nuestro amigo Roldán) es aniquilar el ejército de aquellos. Pero eso no ocurrirá, porque ambos se aniquilarán mutuamente. Si los francos son derrotados, los sarracenos acabarán con ellos uno por uno mientras huyen hacia el norte. Si resultan victoriosos, estarán tan debilitados que, a más tardar durante el asedio a Medina Barshaluna, fracasarán y morirán. Solo existe una posibilidad de salvar al ejército de Carlomagno: causarle la primera derrota de su vida.

Ealhwine se rascó la cabeza.

—Existen maneras peores de permanecer leal a un señor generoso que salvarlo. Si bien no se sentirá agradecido cuando comprenda que todo fue una mentira y un engaño. ¡Ay por Dios, y yo que un día soñé con dirigir la escuela de Ravenna con el apoyo de Carlomagno!

—Ahora a mí me dirías que lloriqueo como una mujer —dijo Clodoveo a Arima.

—Un erudito está obligado a lloriquear cuando se le acaban los argumentos —repuso Ealhwine en tono digno.

—¿Informarás a Carlomagno? —preguntó Arima.

—Qué remedio...

—Gracias —dijo la joven y luego, no tanto por interés sino por amabilidad, preguntó—: ¿Qué pone en todos esos rollos de pergamino?

La actitud de Ealhwine pasó rápidamente de la resignación cómica al entusiasmo.

—¡No lo vas a creer! —exclamó—. Desde que existe este claustro los monjes han documentado todos los movimientos de quienes atravesaron el paso en ambas direcciones. Es una especie de crónica. E incluso trataron de anotar las noticias obtenidas a través de un grupo de viajeros. Por ejemplo... —añadió, rebuscando en

los estantes.

—¿Acaso también has encontrado algo sobre mí en los papeles?

—Tus lamentablemente escasas visitas a este lugar de la fe y de silenciosa erudición están documentadas. Es uno de los pergaminos más pequeños, si es que puedo expresarlo así. Pero no me refiero a eso... —Ealhwine miró en derredor y entonces cogió uno de los rollos que Clodoveo había examinado y, tras dirigirle una mirada desdeñosa al sajón, hizo girar el pergamino de modo que ya no estuviera cabeza abajo—. Mira: en verano del año 764 documentaron la misión de un *comes* franco que atravesó el paso con un reducido grupo de guerreros y escribientes para entablar negociaciones sobre una alianza con los sarracenos.

—¡La misión de Milan d'Otun! —exclamó Arima—. ¡El padre de Roldán! ¡El que quería negociar con Solimán bin al Arabi y que fue apresado y ajusticiado por los guerreros del emir de Qurtuba!

Clodoveo se acercó y miró por encima del hombro de Ealhwine.

—Yo también he oído hablar de ello —dijo, interesado—. Solo sobrevivió un único guerrero de esa misión: el hombre que durante la asamblea del reino traspasó su cargo de paladín a su hijo...

—Pilgrim de Vienne —precisó Arima—. Su hijo es el mejor amigo de Roldán. Pilgrim recibió órdenes de regresar a casa con un mensaje y por eso escapó del ataque.

Ealhwine titubeó, luego depositó el pergamino en la mesa y puso una piedra en cada punta para que no volviera a enrollarse.

—Creo que excepto nosotros, nadie sabe que este documento existe. Esto es lo que te quería mostrar hace unos momentos y el motivo por el cual me alegro de que estés aquí. Sé cuán próximos a tu corazón están Roldán y Afdza. Alguien debería conocer esta historia, alguien que entonces podrá decidir si se la cuenta a otro; sobre todo, a quién.

Ealhwine dio un paso atrás y, tras lanzarle una mirada perpleja al erudito, Arima empezó a leer. Las letras estaban apresuradamente garabateadas pero eran legibles; sin embargo, tras leer unas líneas se le nubló la vista. Con expresión incrédula, leyó la historia que narraban con palabras áridas... Incrédula pero cada vez más horrorizada. Los monjes no sospecharon la tragedia humana que documentaban, pero la habían documentado con letras temblorosas y tinta grumosa que allí y acullá había salpicado el pergamino, un pergamino escasamente trabajado que contenía partes oscuras y huecos... Huecos como los que se abrían en toda la historia de Milan, Roldán, Bertha y Ganelón. Un hueco que aquellos que conocían su existencia no habían vuelto a mencionar desde aquel entonces y que, de algún modo, Arima siempre había percibido. Su angustia aumentó a medida que leía; cuando acabó, su mundo se derrumbó y solo se dio cuenta de que se tambaleaba cuando Clodoveo la sostuvo.

—¡Dios mío! —susurró con labios trémulos, casi incapaz de pensar con claridad.

—¿Qué pone allí? —gritó Clodoveo.

—¡Es imposible! ¿Es tal como sospecho, Ealhwine?

—No lo sé, pregúntaselo a tu corazón. El mío dice que sí.

Ese era el secreto cuya sombra se proyectaba sobre la vida de tres personas desde hacía trece años: la de Ganelón, Bertha y Roldán. Los acontecimientos eran más trágicos de lo que Arima jamás hubiera imaginado y la sangre se le heló al comprender que también la afectaban a ella... debido a su amor por Afdza Asdaq.

—¡Siempre creí que todo eso había sucedido cuando Carlomagno ya era rey! Nunca reflexioné sobre el tiempo transcurrido desde entonces. Pero aquí figura la fecha, sin duda alguna... Ahora también comprendo por qué todo eso siempre fue un secreto. ¿Quién está al tanto de esta traición? —preguntó por fin, porque parecía más sencillo concentrarse en ese aspecto de la historia.

—¿A cuál te refieres? ¿A que Carlomagno se arrogó los derechos de un rey mientras su padre aún seguía con vida? ¿O a que el encargo de Milan en realidad no consistía en negociar con Solimán sino en encontrarse con el emir de Qurtuba, ofrecerle la amistad del rey de los francos y después juntos aniquilar a los valíes? Ay, *Dúnaelf*, lo que Carlomagno le hizo a Solimán, el hombre que le pidió ayuda, no fue una traición. Solo fue política. La zona de influencia de los valíes está más próxima al reino de Carlomagno que al emirato y por eso supone un peligro mayor... y a la larga, el emir hubiera sido un aliado interesante.

—Milan consideró que era una traición, de lo contrario no les hubiera confiado los acontecimientos a los monjes y rogado que los anotaran. Quería que en alguna parte figurara que tuvo que actuar contra su sentido del honor solo por lealtad a su rey, el hermano de su mujer —dijo Arima.

—Sí, yo también interpreté las notas marginales del mismo modo.

—Entonces la misión de Milan no fue aniquilada por los guerreros del emir, sino por...

—... Solimán bin al Arabi. Sí, eso es evidente. De todos modos, yo siempre sentí que existía un hueco en la historia: es imposible que el emir lograra enviar un grupo de guerreros lo bastante numeroso como para acabar con Milan d'Otun y su gente al territorio de Solimán sin que nadie se percatara de ello. Tiene que haber sido Solimán quien dio la orden de acabar con la misión. Quizá mediante sus guerreros de élite, si es que incluso no los encabezó él mismo. Era su única oportunidad de impedir la alianza entre Carlomagno y el emir. Lo único que tuvo que hacer para que el engaño fuese perfecto fue cubrir a sus guerreros caídos durante la misión con los emblemas del emirato y abandonar sus cadáveres. Carlomagno debía creer que su aliado deseado había tendido una trampa al grupo de Milan y que solo simuló aceptar las negociaciones para comprobar cuán fuertes eran los francos.

—¡Qué juego tan sucio practicaron todos! —dijo Arima.

—A veces hasta los reyes aborrecen ser reyes —pontificó Ealhwine—. Pero eso solo es una parte de la historia...

—Lo sé —dijo Arima, meneando la cabeza—. Dios mío, Dios mío... —Ignoraba cuántas veces lo había dicho, pero no encontró otras palabras.

—¿Qué pone en el pergamino, señora? —preguntó Clodoveo.

Cuando Arima se lo dijo, él también palideció.

—He visto a Afdza en el baño —musitó finalmente—. Allí donde no le da el sol, su piel es tan blanca como la mía.

Arima aferró al sajón del hombro y exclamó:

—¡Afdza no debe matar a Roldán si ambos llegan a enfrentarse en combate! Y Roldán tampoco debe matar a Afdza, y no solo por mí. ¡De lo contrario, ninguno de nosotros encontrará la felicidad! Debes impedirlo. Promételo.

—Me plantaré ante ambos y dejaré que me golpeen hasta que se cansen y hagan las paces —dijo Clodoveo, todavía consternado pero con su sonrisa acostumbrada.

Entonces Arima lo cogió de la mano y no la soltó. Y se obligó a hablar en tono sereno.

—No —dijo con voz grave—. Esa es la segunda promesa que has de hacerme: que también cuidarás de ti mismo. —Y le besó la mejilla, para sonrojo de Clodoveo. Después retiró las piedras del pergamino, lo enrolló y lo guardó.

—¿Qué haces? —preguntó Ealhwine.

—Lo llevaré al castillo —respondió Arima—. De pronto tengo la sensación de que aquí no está lo bastante seguro.

—¿Y después?

—Buscaré al hombre que puede decirme si lo que pone en el pergamino es verdad. El hombre que en aquel entonces escapó de la masacre porque iba camino de su hogar con un mensaje del que más adelante nunca volvió a hablar.

—El camino hasta Piligrim de Vienne es muy largo —advirtió Ealhwine.

—No, no lo es. Que yo sepa, su condado pasó a Remi cuando Piligrim le traspasó el rango de paladín. Durante la asamblea del reino Carlomagno le proporcionó un nuevo feudo a Piligrim... por supuesto, en una comarca que requiere mano dura porque los habitantes son levantiscos. ¿Acaso no lo recuerdas?

Ealhwine asintió y reflexionó un momento.

—Ortès —dijo después.

A pesar de la consternación que sentía tras leer el pergamino, Arima sonrió.

—¿Cómo nos las hemos arreglado sin ti durante todo este tiempo?

—A duras penas —repuso Ealhwine.

MEDINA BARSHALUNA



La mano suave de Laila, untada con aceite perfumado, sostenía cariñosamente el escroto y el miembro flácido; Nuri estaba en cuclillas frente ella. El hombre arrodillado entre ambas con el torso erguido resolló cuando Laila movió la mano con suavidad. Solimán se reclinó en el diván y contempló la escena.

—Solo he de dar la orden —dijo en tono cortés.

—No es necesario, señor —soltó el hombre.

Solimán hizo un gesto y Laila empezó a tirar, Nuri aferró el afilado cuchillo con más fuerza y lo mantuvo apoyado en la piel del escroto. El guardia de corps que sujetaba al prisionero lo agarró con más fuerza.

—¡No es necesario, señor! —aulló el hombre.

Solimán hizo otro gesto y Nuri retiró ligeramente el cuchillo.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Solimán.

—¡Perdóname, señor!

—¿Qué debo perdonarte?

—¡Que haya estropeado tus planes, señor!

—Tu estupidez me ha puesto en un aprieto.

—¡No volverá a suceder, señor!

—Puedes apostar la cabeza que no volverá a suceder —repuso Solimán, divertido—. Estuviste a punto de estropear trece años de preparativos incitando a los francos a emprender una campaña militar contra mí demasiado pronto. Ahora debo apresurarme a modificar mis planes, ¿y sabes lo que resulta realmente absurdo? Que al final tú y los de tu condición encima seréis recompensados. El mundo es injusto.

—Absolutamente injusto, señor —confirmó el hombre, y bajó la vista para contemplar su miembro viril, insensibilizado por el terror pese a las manipulaciones de Laila.

—Incluso eres una parte importante de mi plan modificado, Adalric de Gasuña. Pero pensándolo bien, también podrás cumplir con tu papel siendo un eunuco; entonces al menos habrías recibido un pequeño castigo por tu impertinencia —comentó Solimán, aguzando la vista—. Un castigo muy pequeño.

Adalric de Gasuña empezó a balbucear incoherencias cuando Nuri volvió a aplicarle el cuchillo en el escroto. Solimán oyó las súplicas de su prisionero con mirada desdeñosa, luego meneó la cabeza y dijo:

—Soltadlo, palomas mías, y en un solo trozo, por favor.

Ambas jóvenes se pusieron de pie e hicieron una reverencia ante Solimán. Laila se inclinó y le susurró al oído:

—¿Volveréis a enviarnos a nuestro amo Afdza, señor?

—Cuando haya derrotado a los francos, el mundo le pertenecerá al *sidi* —contestó Solimán—. Le daré todo lo que pida, porque él será mi salvador.

Laila y Nuri se retiraron y también el guardia de corps, tras recibir la orden del valí. Adalric se acurrucó en el suelo y se apresuró a meter sus genitales bajo los pantalones.

—Hace trece años, mi padre me traspasó el cargo de valí —dijo Solimán—. Yo era muy joven, no tenía idea de cómo cumplir con mi deber y se me había echado encima un obispo cristiano levantisco, que aprovechó el hecho de que mis antecesores siempre se mostraran tolerantes con los cristianos de Medina Barshaluna para plantearme exigencias descaradas. En cuanto ocupé mi cargo recibí un mensaje de Abderramán, el emir de Qurtuba, exigiéndome que me sometiera a su dictado. Durante cincuenta años, los valíes de Medina Barshaluna habían gobernado de manera casi independiente al mando de los emires de la familia Fihrid y entonces apareció ese usurpador de la familia de los omeyas y exigió el control total sobre Al Andalus. Yo estaba entre la espada y la pared. ¿Conoces esa sensación, Adalric de Gasuña?

Adalric, con la mano dentro del pantalón como si tuviera que asegurarse de que todo aún estaba en su lugar, asintió con expresión fervorosa.

—Me dirigí a un hombre para pedirle ayuda, al que creí capaz de mantener a raya tanto a los cristianos de Medina Barshaluna como al emir: Pipino, el rey franco de allende las montañas. Pero recibí una respuesta de Carlos, su hijo mayor, que accedió a enviar una misión a través de las montañas para entablar negociaciones con vistas a una alianza. Comprendí que no lo había consultado con su padre y que, en última instancia, lo hacía con el fin de ocupar una posición de privilegio frente a su hermano Carlomán cuando se produjera la sucesión. Pero resulta que siempre es mejor negociar con el futuro rey y no con el viejo cuando uno considera las cosas a largo plazo. Lo que no tuve en cuenta fue que el príncipe franco jugaba sucio: no solo con su padre y su hermano, sino también conmigo. La misión enviada por él debía averiguar las fuerzas de las que disponía Medina Barshaluna y después entablar conversaciones sobre una alianza con el emir de Qurtuba.

Solimán hizo una pausa para darle la oportunidad a Adalric de formularle la pregunta que esperaba.

—¿Por qué me cuentas todo eso, señor? —preguntó Adalric finalmente, tras reflexionar un rato, mientras Solimán aguardaba con impaciencia.

—Porque quiero que sepas por qué aborrezco a Carlomagno. Porque quiero que sepas que hace trece años que tengo una cuenta pendiente con él que ahora me cobraré. Carlomagno no sospecha nada, pues aún hoy sigue creyendo que quienes atacaron a sus enviados fueron tropas del emir. Porque quiero que comprendas que mi deseo es humillar a Carlomagno y aniquilar a los francos. Porque quiero que comprendas, y que nunca olvides, lo que espero de ti.

—¿La muerte de los francos? —preguntó Adalric.

—Te daré el suficiente dinero para reunir a los guerreros vascones que tras la derrota de Iruña se retiraron a las montañas. Tu tarea consistirá en detener a los francos cuando atraviesen el paso. Ya me he encargado en otra parte de que lo hagan y también de que no sospechen nada cuando tú y tus vascones los atacéis, al igual que yo en aquel entonces, cuando aguardaba la llegada de los enviados de Carlomagno.

—¡No lograremos derrotar al ejército franco a solas!

—Tú solo has de encargarte de que los francos se queden atascados en el paso. Afdza Asdaq llegará más tarde, con mis guerreros.

Al ver que Adalric se estremecía al oír el nombre de Afdza, Solimán sonrió divertido. Y despertar la codicia de Adalric le divirtió aún más, aunque hacía un momento el gascón todavía temía ser castrado.

—¿Qué pasa con el castillo de Roncesvalles? —preguntó Adalric.

—Los gascones y los vascones pertenecen a una misma tribu. ¿Por qué habría de separarlos un paso que ellos no controlan?

La mirada de Adalric se volvió brillante y Solimán tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja al comprobar con cuánta facilidad se dejaba manipular aquel memo.

—Además —prosiguió el valí—, el castillo necesita un nuevo señor y la actual señora del castillo, un marido.

—¿Sabes que tu comandante en jefe ya le ha echado el ojo a Arima Garcez?

Solimán ocultó su sorpresa.

—Dime más.

—Ayudó a Arima a reconquistar el castillo. Mató a Scurfa, el rebelde sajón, a sangre fría, y apuesto a que Arima ya le ha calentado la cama.

—¿Y sin embargo quieres poseerla, aunque haya sido deshonrada?

—Tanto mejor. Porque entonces estará a mi merced, ¿no?

Solimán sonrió y procuró que no se le notase nada. ¿Así que Afdza Asdaq estaba enamorado de Arima Garcez? Entonces empezaron a cobrar sentido unas cuantas cosas que antes no encajaban del todo.

—Compruebo que gobernarás Roncesvalles con mano enérgica.

—Mi gobierno estará relacionado con una alianza con Medina Barshaluna —declaró Adalric—, y con aranceles favorables para atravesar el paso.

—Con ninguna clase de aranceles —replicó Solimán.

—Muy bien, señor.

Cuando Adalric se despidió aún seguía afectado por el desarrollo de los acontecimientos, que pasaron de su casi castración al cumplimiento de su mayor deseo. «Y así he utilizado la segunda herramienta que el destino me proporcionó —pensó Solimán al tiempo que seguía al gascón con la mirada—. La primera me la proporcionaste tú mismo, Carlomagno, hace trece años. El Profeta tiene razón: a veces merece la pena luchar por una única vida, incluso cuando esta parece perdida.»

Recordó que había prometido a Laila y Nuri que les devolvería a Afdza y confió en poder cumplirlo. Al igual que Adalric, Afdza solo era una herramienta, pero la más preciada.

Entonces reflexionó sobre lo que acababa de descubrir. ¿Afdza Asdaq y Arima Garcez? ¿Con Roldán como el tercero engañado? Parecía demasiado perfecto para ser verdad. De pronto tuvo claras las jugadas siguientes: la torre volvería a dominar el tablero de *shatranj* y, como siempre, ignoraría con cuánta precisión había sido calculada la jugada.

SIYA



Afdza se encontraba a unos pasos del muro de escudos sarraceno, escuchando el redoble de los tambores francos y los gritos rítmicos y profundos de «HOMN! HOMN!» soltados por los guerreros. Sus propios guerreros guardaban silencio; no se oían las habituales risas nerviosas antes de una batalla y tampoco las maldiciones. El hueco en el muro de escudos se encontraba a espaldas de Afdza, el sitio que él ocuparía cuando comenzara el ataque. Confiaba que ese ejemplo apaciguara la inseguridad de los sarracenos. Podía sentir esa incertidumbre y sabía que reducía bastante la posibilidad de detener a los francos en ese lugar. Los guerreros sabían que intentaban imitar una táctica que sus enemigos dominaban a la perfección, y que no solo se enfrentarían a expertos soldados de infantería sino también a los temibles caballeros de la *Scara Francisca*. Si Afdza Asdaq se hubiera equivocado al posicionar el muro de escudos o si los caballeros hallaban el terreno adecuado para atacar al muro desde los flancos... entonces los soldados sarracenos serían masacrados en vez de detener el avance de los francos.

Afdza percibía la inseguridad, pero procuró que no lo afectara. Había hecho lo mejor posible, situando a los guerreros de manera que las murallas de la ciudad quedaran a su izquierda y el terreno escabroso atravesado de charcas y arroyuelos se encontrara a la derecha e impidiera la intervención de los caballeros. Para rodear la posición de los sarracenos, la *Scara Francisca* tendría que cabalgar en torno a la ciudad del otro lado, pero allí el terreno ascendía abruptamente hacia las primeras colinas y los jinetes deberían mantenerse tan cerca de la ciudad que se convertirían en un blanco fácil para los arqueros apostados en las murallas. Pero por si acaso, Afdza había dispuesto un destacamento de caballería al oeste de la ciudad, a espaldas del muro de escudos. Detrás de este, y de momento invisibles desde la posición de los francos, otros arqueros y guerreros armados de lanzas estaban acurrucados, dispuestos a atacar a quienes logran abrirse paso a través del muro de escudos. Afdza había hecho lo mejor posible y aún más: si su plan tenía éxito, ni siquiera habría una batalla. Sus soldados lo ignoraban, creían que en las horas siguientes se verían envueltos en una terrible batalla defensiva contra el enemigo infiel del norte.

Los francos avanzaron lentamente; ellos también habían dispuesto un muro de escudos y Afdza sabía que Roldán formaba parte de este. Solo descubriría su posición cuando el muro hostil se volviera cuneiforme a fin de perforar la posición defensiva sarracena. Roldán se encontraría en la punta: el lugar más peligroso de la formación de ataque de los francos. Una nube de polvo flotaba por encima de los francos y prácticamente impedía percibir cualquier detalle. Afdza supuso que Roldán había ordenado a sus guerreros que arrastraran los pies por la arena levantando polvo. Los

francos entrarían en combate tosiendo y con ojos lacrimosos, pero el polvo también los protegería de los flechazos y lanzazos.

Los redobles de tambor mantenían un ritmo constante, acompañado por los gritos de «HOMN! HOMN!». Entre el polvo se veían los gallardetes multicolores colgados de los estandartes portados por los guerreros. Los francos avanzaban con tanta lentitud que Afdza comprendió que Carlomagno aún no había dado la orden de atacar. Sin embargo, Roldán aprovechó el respiro anterior al combate para reducir la distancia entre él y los sarracenos. La lentitud de su avance era engañosa; Afdza se había grabado en la memoria las características del terreno a fin de juzgar a qué velocidad se desplazaban. Roldán lo estaba haciendo muy bien. A un comandante en jefe menos previsor, que solo hubiese fijado la mirada en el muro de escudos enemigo, le hubiera parecido que los francos apenas avanzaban, cuando en realidad se acercaban más y más. Afdza podía oler el polvo levantado por los pies del enemigo. Allí y allá, a través de la bruma, se distinguían los rayos del sol reflejados por las armas desnudas.

«HOMN! HOMN!»

Afdza notaba la vibración de los redobles de tambor en el cuerpo y las pisadas de cientos de botas francas en las plantas de los pies. El centro del muro enemigo comenzó a formar una punta roma: el cúneo. Dentro de unos instantes los comandantes francos harían sonar sus cuernos dando comienzo al ataque.

—No os mováis —dijo Afdza a sus hombres sin darse la vuelta. Después repitió la orden a viva voz, para que los guerreros más alejados también la oyeran.

Los subcomandantes repitieron la orden. Afdza echó un vistazo por encima del hombro e hizo una señal con la cabeza para animar a sus hombres al tiempo que sus ideas se arremolinaban: solo faltaban instantes para el inicio de la batalla. La misión de Clodoveo, consistente en convencer a los francos de que se había producido una rebelión sajona, debía de haber fracasado y entonces él, Afdza, se vería obligado a cumplir con la promesa de detener a los francos. Sabía que solo lo lograría si ocurría un milagro.

«HOMN! HOMN!»

Detrás del muro de escudos franco aguardaban los caballeros. Eran centenares, reunidos en grupos bajo sus estandartes; envueltos en sus resplandecientes cotas de malla formaban una masa multicolor, amenazante y sin rostro, y, a través del velo de polvo, curiosamente irreal. De pronto el muro franco entró en movimiento y los escudos de colores se movieron cuando la punta cambió de formación. Entonces un único guerrero dio un paso adelante y marchó en cabeza. Aunque los enemigos aún estaban a más de trescientos pasos de distancia, Afdza no necesitó ver el escudo blanco y negro ni que el guerrero le sacaba una cabeza a todos sus camaradas: ese era Roldán, que también sabría que el comandante sarraceno situado delante de sus hombres era Afdza y que no quería ir a la zaga de Roldán en cuanto a demostrar su coraje.

De repente, una oleada de cólera hacia Roldán invadió a Afdza. Intuyó lo que el

franco se proponía: batirse a duelo con él. Para sus guerreros Roldán era su heroico comandante, pero Afdza estaba seguro de que el joven franco no pensaba en la batalla ni en el muro de escudos ni en las dos culturas que medían sus respectivas fuerzas, sino solo en que enseguida lucharía con su rival en el amor. Afdza se enderezó. Durante todas las últimas semanas, al pensar en el choque entre ambos ejércitos, no había dejado de reflexionar cómo podría salvar la vida de Roldán, pero de pronto, con una ira aún mayor, él también deseó luchar con el paladín.

«HOMN! HOMN!»

Los subcomandantes sarracenos volvieron a gritarles a sus hombres que permanecieran inmóviles, que no debilitaran el muro y mantuvieran la disciplina. Afdza bajó la visera del yelmo, desenvainó la espada, alzó el escudo con la izquierda, vaciló un instante y luego lo golpeó con la espada.

Fue como una liberación. Un instante después las armas de cientos de guerreros sarracenos golpearon sus escudos, apagaron el «HOMN!» de los francos, el redoble de sus tambores y el sonido de sus pisadas. A espaldas de Afdza, el retumbo de las espadas golpeando los escudos sonó como un vendaval.

A espaldas de Roldán la punta del cúneo se dividió. Dos *centenarius*, que antes habían marchado detrás de la punta, dieron un paso a derecha e izquierda y los guerreros del muro de escudos franco los imitaron. Los caballeros entraron en movimiento y Afdza adivinó el propósito de Roldán: irrumpir con las dobles puntas de ataque en el muro sarraceno y obligarlo a separarse a derecha e izquierda para abrir un camino a través del cual los caballeros pudiesen lanzarse al galope. Una vez que se situaran a espaldas de los sarracenos, él y sus hombres estarían atrapados.

—¡Arqueros! —rugió Afdza; el corazón le palpitaba y tenía la boca seca. En parte seguía albergando la esperanza de que, en el último instante, la batalla se suspendiera, que de algún modo Clodoveo hubiera logrado comunicar a Carlomagno la falsa noticia de la sublevación sajona; pero por la otra también quería que los cuernos de los francos sonaran de una vez, que se abalanzaran rugiendo contra el muro sarraceno, que escudos, hombres y armas entrechocaran, que empezara el combate y la matanza. Golpeó su escudo al ritmo de los latidos de su corazón y sus hombres lo imitaron. El retumbo recorría el larguísimo muro sarraceno, penetraba en los músculos y la sangre y hacía que las manos aferraran los escudos con más fuerza aún. Afdza sabía que los arqueros arrodillados detrás de ambas filas del muro se preparaban para disparar sus flechas. Cuando les llegara el turno de intervenir, dispararían a ciegas y sin ponerse de pie, para que el efecto sorpresa fuera el máximo posible. Dispararían cientos de flechas en ángulo hacia el cielo, una vez que Afdza hubiese calculado la distancia y se la trasladara a gritos a los comandantes en el momento indicado. ¿Conque Roldán pretendía utilizar los caballeros como martillo para romper el muro sarraceno? ¡Pues Afdza disponía de una mortífera lluvia de flechas de puntas de hierro que derribarían a los guerreros y jinetes francos como la cólera de Dios cayendo del cielo!

«HOMN! HOMN!»

¡El golpe de las armas contra los escudos, sonoro y vibrante, la sangre palpitando al mismo ritmo!

Afdza vio que Roldán cogía su cuerno y se lo llevaba a los labios; parecía aguardar la orden del rey para iniciar el ataque y, aún separados por una distancia de más de doscientos pasos, ambos hombres se observaron fijamente.

De repente dos jinetes aparecieron desde ambos extremos del muro franco, galoparon uno hacia el otro ante los francos, se esquivaron y siguieron galopando. No llevaban armas sino dos estandartes de los que colgaban sendos gallardetes blancos.

La avanzada de los francos se detuvo y los gritos de «HOMN!» se apagaron. Los golpes de las espadas sarracenas contra los escudos se prolongaron unos instantes y entonces Afdza les puso fin abruptamente y sus guerreros lo imitaron. De pronto reinó el silencio en la llanura, un silencio en que apenas se oía el jadeo de los hombres, el tintineo de las espadas o el relincho de un único caballo.

Roldán se había detenido; se volvió hacia sus hombres y bajó la mano que sostenía el cuerno.

Afdza notó un movimiento en el muro a sus espaldas, pero no osó despegar la vista de los francos. Alguien se acercó tropezando, alguien que respiraba tan agitadamente que sus palabras resultaban casi incomprensibles.

—¡He llegado justo a tiempo, por Wotan! ¡Ya creía que el viejo desgredado había fracasado! —soltó.

Roldán se volvió una vez más, con la vista clavada en Afdza. Sus hombres permanecieron inmóviles y en medio del silencio resonó el golpe atronador de cascos de caballos; entonces dos jinetes galoparon ante el muro franco. Eran caballeros. Durante su estadía en Patris Brunna, Afdza había estudiado a los francos y ahora creyó reconocer a Ganelón de Ponthieu y al obispo Turpín. Ambos refrenaron sus cabalgaduras ante Roldán. Turpín se inclinó hacia el comandante franco e intercambió unas palabras con él. Roldán retrocedió violentamente. Desde muy atrás, allí donde la *Scara* Francisca aguardaba su turno de intervenir, un único jinete se acercó al galope. Afdza también logró identificarlo: Remi de Vienne, el compañero de armas de Roldán. Era evidente que para ese ataque le habían confiado el mando de la caballería.

Ganelón se enderezó en la silla de montar. Llevaba uno de los estandartes con el gallardete blanco, lo alzó por encima de su cabeza hasta ponerlo vertical y después clavó la punta con el gallardete en la tierra.

El muro franco se agitó. Afdza oyó que los *centenarius* gritaban una orden, luego repetida por los decanos. La orden recorrió el muro con la rapidez del viento.

Los francos bajaron los escudos y se dieron la vuelta.

Carlomagno había recibido el mensaje... y le había dado crédito. Ya no tenía sentido perder a centenares de hombres en una batalla que de pronto perdía su importancia.

El plan de Afdza había funcionado. No habría ninguna batalla.

Incrédulo, Afdza vio que los guerreros francos se retiraban y Ganelón y Turpín hacían girar sus caballos. Creyó ver que Turpín le lanzaba una mirada y, como en un sueño, Afdza alzó la mano para saludarlo.

Roldán se había quedado estupefacto, aún sostenía el escudo en la mano izquierda y el olifante en la derecha. De pronto dejó caer el cuerno.

—¡No! —rugió y, pese a la distancia, fue como si su mirada golpeará a Afdza—. ¡¡Noooooo!!

Desenvainó la espada y echó a correr hacia Afdza y el muro sarraceno. Y todos los guerreros francos se detuvieron, se volvieron y se dispusieron a seguir a su comandante en jefe al combate, desoyendo la orden de su rey.

Afdza sabía dos cosas: que debía detener a Roldán y convertir su ataque en un duelo para impedir que los guerreros francos se inmiscuyeran. Y también que él deseaba librar ese duelo.

Apenas notó que Clodoveo intentaba detenerlo. Arrojó su escudo a un lado y corrió hacia Roldán, desenvainando su cimitarra y aferrando la empuñadura con ambas manos. Los contrincantes chocaron justo en medio de ambos ejércitos.

Afdza había dejado de pensar y dado rienda suelta a sus instintos. Ni siquiera oyó los rugidos de sus hombres animándolo, y tampoco notó que los francos habían detenido su ataque. Solo era consciente de su adversario. Roldán sostenía su escudo blanco y negro delante de su cuerpo. Cuando ambos se acercaron lo suficiente, lo inclinó y trató de golpear a Afdza con el borde al tiempo que blandía su *spatha*. Pero Afdza, que tras deshacerse de su escudo se había vuelto mucho más ágil, esquivó los golpes, giró en torno a Roldán y trató de patearle la corva. Roldán también se había vuelto y esquivó el golpe. Las armas entrechocaron. Afdza miró a Roldán a los ojos y solo vio una ira ciega. El franco se lanzó al ataque, empujó al sarraceno con el escudo y arremetió con la *spatha*. Afdza paró ambos ataques con la cimitarra como si esta no pesara nada y, de hecho, apenas notaba su peso. El esfuerzo y el dolor vendrían después, cuando la última ira se hubiese apagado y la respiración del combatiente se hubiera convertido en un resuello pesado, pero no pensaba permitir que las cosas llegaran a ese punto. Conocía los impedimentos de su adversario, y cuando los guerreros francos —que por fin se habían detenido y obedecido las órdenes de sus *centenarius* y decanos— empezaron a gritar supo que volverían a afectar a Roldán.

—¡Roldán! ¡Roldán! ¡Roldán!

El miedo a perder. El temor de decepcionar a centenares de guerreros que lo veneraban.

—¡Roldán! ¡Roldán! ¡Roldán!

El pánico de parecer un perdedor, mayor que el temor a morir en el combate.

Afdza le sostuvo la mirada y después sonrió.

Roldán soltó un rugido y atacó. Era una danza, una danza brutal, implacable y sedienta de sangre la que Roldán le impuso, y lo único que Afdza podía hacer era detener los golpes, esquivar el escudo, agacharse y darse la vuelta. No prestó atención a la hoja arremolinada de *Durandarte* y tampoco al borde reforzado de hierro del escudo. Bloqueaba los mandobles y los esquivaba sin mirar. Toda la información necesaria para avivar su instinto guerrero y hacer los movimientos correctos estaba en la mirada de Roldán, así que Afdza se concentró en ella mientras simulaba retroceder, cuando en realidad solo caminaba en círculo sin ceder un palmo de terreno.

Entonces Roldán blandió el escudo, pero lo separó demasiado del cuerpo para poder arremeter con *Durandarte* del revés y Afdza pasó por debajo, se volvió para esquivar el golpe de la *spatha*, chocó de espaldas contra el pecho de Roldán, pasó la cimitarra de la mano derecha a la izquierda y agarró la muñeca del franco antes de que este pudiera retirarla. Se la retorció brutalmente y Roldán jadeó. La espada cayó de su mano, Afdza lanzó el codo hacia atrás y golpeó el mentón de su rival. Oyó el entrechocar de dientes del franco, volvió a aferrar la cimitarra con la otra mano y la pasó por debajo de la mano de Roldán, la que sostenía las correas del escudo y se había aflojado. El golpe en el mentón lo había dejado medio aturdido. Le arrancó el escudo de la mano, se giró a la izquierda esquivando los brazos de Roldán —que trató de rodearle el cuerpo— y aprovechó el impulso para golpear con el borde del escudo el yelmo de Roldán, que trastabilló hacia atrás y cayó de espaldas.

Los francos soltaron un grito. Los sarracenos soltaron otro, aún más sonoro.

Ágilmente, Afdza se acercó a Roldán, le apoyó un pie en el pecho y alzó la cimitarra.

—¡No, *sidi*, no! —oyó gritar a alguien y al mismo tiempo el estrépito de un caballo que se acercaba a él por detrás, y vaciló un instante que bastó para saber a quién pertenecían esos ojos que lo miraban fijamente, espantados y presas del miedo desde debajo del abollado yelmo.

Clodoveo corría hacia él blandiendo su propia espada y Afdza comprendió que intentaba detener el golpe que pondría fin a la vida de Roldán. Lo único que no comprendió fue el motivo por el cual Clodoveo quería evitar la muerte del paladín.

El golpeteo de cascos a su izquierda y el sonido de una cuerda de arco tensándose hizo que alzara instintivamente el escudo. La flecha dio contra el escudo con violencia y Afdza se tambaleó. Desde la derecha se acercaba otro jinete blandiendo un hacha. Una segunda flecha lanzó a Afdza hacia atrás. Ambas se hubieran clavado en su corazón de no haber sido por el escudo, y ambas habían atravesado la madera y surgían un palmo por dentro del escudo. Afdza se volvió bruscamente. La sangre le zumbaba en los oídos y también los rugidos indignados de sus soldados al ver que dos caballeros francos intervenían en la lucha de su comandante en jefe con el jefe enemigo. Un instante después romperían su disciplina.

Afdza logró ponerse de pie y arrojó la cimitarra a un lado; la ira abrasadora hacia Roldán se había difuminado. Dejó caer el escudo y abrió los brazos. La lucha debía

acabar de inmediato, antes de que desembocara en la batalla que él mismo había intentado evitar con tanta desesperación. Oyó las órdenes de sus comandantes instando a los guerreros a mantener la disciplina y las maldiciones de sus hombres. Los francos respondieron con maldiciones igual de sonoras. El arquero franco había hecho girar su corcel: era Ganelón. Le apuntaba con una tercera flecha, pero al ver que Afdza estaba desarmado, titubeó y su caballo se encabritó.

El segundo caballero no había vacilado, Afdza vio cómo volvía su caballo antes de chocar contra el muro de escudos sarraceno y reconoció a Remi de Vienne: él y Ganelón, haciendo caso omiso de todo honor guerrero, se habían apresurado a ayudar respectivamente a su amigo y a su hijastro... Remi sin duda había malinterpretado el intento de Clodoveo de salvar a Roldán.

Clodoveo se retorció en el suelo, entre el polvo.

Afdza se conmocionó incluso antes de echar a correr. Cuando cayó de rodillas junto al joven sajón, este ya escupía sangre: tenía el hacha de Remi clavada en su pecho y alrededor de la hoja negra la sangre manaba a borbotones. La arena en torno a Clodoveo ya estaba oscura.

Ciegamente, Clodoveo tanteó la arena. Afdza le cogió la mano y notó que los dedos del joven aferraban los suyos.

—*Sidi* —dijo antes de que la sangre volviera a brotarle de la boca.

Una sombra se proyectó sobre ambos. Afdza alzó la vista. Remi había detenido su caballo a su lado. Su rostro no dejaba adivinar si lamentaba lo ocurrido, pero mantenía los labios apretados.

—*Sidi*... —repitió Clodoveo. Aferraba la mano de Afdza con tanta fuerza que resultaba doloroso.

—Volveremos a vernos en el Paraíso, amigo mío —dijo Afdza con un nudo en la garganta.

Roldán cayó de rodillas junto a Afdza. Al parecer, toda su ira y su beligerancia habían desaparecido. Ganelón había detenido su caballo ante el muro de escudos sarraceno, como vigilando que estos olvidaran la disciplina y atropellaran al pequeño grupo. Seguía apuntándole a Afdza con la flecha, pero el arco ya no estaba tenso. Solo entonces, este se dio cuenta que el silencio volvía a reinar en el campo de batalla.

—Maldición —balbuceó Roldán, que aún parecía medio aturdido.

—Quiso inmiscuirse en la lucha —dijo Remi—. Él empezó.

—Quiso impedir que yo matara a Roldán —replicó Afdza sin mirarlo.

Clodoveo se incorporó torpemente.

—Por Wotan —susurró y empezó a toser. Su sangre salpicó el rostro de Afdza—. ¿Por qué no lo veis...?

—¿Qué es lo que no vemos? —preguntó Afdza.

Pero Clodoveo ya no contestó, sus dedos aferraron los de su amo como si nunca quisiera soltarlos, sus talones rascaron la arena y la vida lo abandonó.

Tras unos momentos, Afdza cerró los ojos del joven y se puso de pie. Estaba mareado. Roldán también se puso en pie. El paladín trastabilló pero sus piernas lo sostuvieron y contempló a Afdza con aire compungido. Trató de decir algo, pero el sarraceno se le adelantó.

—Buen regreso a casa, francos —dijo a nadie en particular. Después se alejó en dirección a sus guerreros y el muro sarraceno se abrió y se cerró detrás de él. Aún reinaba el silencio y, sin volverse, Afdza supo que el muro franco se disolvía definitivamente y los guerreros se retiraban.

Había vencido. Y el hombre a quien le debía la victoria era la única víctima de la misma.



Carlomagno, los paladines y algunos experimentados *centenarius* deliberaban en el campamento del rey. Ealhwine estaba sentado en el centro, en el sillón del rey. Aún parecía exhausto y desmejorado, y se sentía incómodo, tanto por ocupar el sillón del trono como por ser el centro de una sombría atención. Turpín contemplaba al anglosajón con aire pensativo y se preguntó por qué el erudito —que hasta entonces no había llamado la atención por exceso de humildad o temor ante una actuación importante— parecía estar sobre ascuas. Puede que su nerviosismo se debiera a que el rey lo había invitado a ocupar su sillón o quizás a la impaciencia de su público...

—Solo disponemos de la palabra de este anglosajón —refunfuñó Gerbert de Roselló—. Quién sabe, tal vez haya malinterpretado todo lo que dijo el mensajero de Patris Brunna o a lo mejor trata de engañarnos. Aunque es anglosajón, ¡resulta que también es sajón!

—¿Y si fuese verdad? —replicó Beggo de Septimania—. Si pretendiera hacernos daño podría haberse guardado el mensaje para sí en vez de comunicarlo.

—¡Quizás esté al servicio del condenado valí de Medina Barshaluna! ¡Precisamente ahora, cuando todo nos está saliendo a pedir de boca, llega esta noticia! —refunfuñó Gerbert, negándose a dejarse convencer.

—No matéis al mensajero —dijo Turpín, suspirando—. ¿Desde cuándo el mensajero tiene la culpa del mensaje que transmite? Por otra parte, de momento las cosas no nos están saliendo a pedir de boca.

Tal como Turpín había supuesto, Roldán montó en cólera. El joven paladín había entrado en la tienda sumido en oscuras cavilaciones, junto con Remi, tan callado como él y seguido de Ganelón, que ardía visiblemente de cólera. Carlomagno saludó al sudoroso hombre y le ofreció una copa de vino. Luego le tendió otra a Remi. No le ofreció ninguna a Roldán, pero Remi le alcanzó la suya a su amigo, que la rechazó, y a partir de entonces se mantuvo a un lado con expresión sombría.

—¡Mis guerreros y yo hubiéramos acabado con el ridículo muro de escudos de

Afdza en un santiamén! —exclamó Roldán en tono obstinado.

—Pero el hecho es que recibimos la orden de retirarnos —gruñó Ganelón—. Una orden que ignoraste atacando por tu cuenta al comandante en jefe enemigo y...

—¡Afdza también estaba solo ante sus filas! ¡Era un desafío! —dijo Roldán, interrumpiendo a su padastro.

—¡La orden de retirada ya había sido dada! —bramó Ganelón—. ¡Lo demás no cuenta! ¡Los guerreros estuvieron a punto de seguirte!

—¿Y qué? ¡Entonces los hubiésemos barrido y ahora el camino a Medina Barshaluna estaría despejado!

—¿Acaso crees que puedes engañar a un hombre como Afdza Asdaq con la misma facilidad que a los defensores de Iruña?

—Si lo de Iruña fue tan sencillo, ¿puedes explicarme por qué fui yo quien resolvió el problema y no tú?

Entonces Roldán y Ganelón se enfrentaron a grito pelado. Turpín suspiró. Quizá más adelante Carlomagno lo acusaría, y solo medio en broma, de haber roto la paz al provocar las iras de Roldán, pero Turpín opinaba que era hora de que el conflicto latente entre él y Ganelón a partir del nombramiento de Roldán como paladín saliera a la luz. Estaba afectando a todos los paladines de manera negativa, y ¿acaso ese no era el momento ideal para resolverlo, puesto que se enfrentaban a una decisión muy difícil? Aunque había confiado en que Roldán no reaccionara con tanta violencia, a fin de cuentas había sido Ganelón quien cabalgó hasta el muro enemigo junto con Remi para ayudarlo, contraviniendo el código de honor que regía a los guerreros.

Al oír la respuesta de Ganelón frente al reproche de su hijastro, Turpín comprendió por qué Roldán estaba tan enfadado.

—Si las cosas con Afdza Asdaq fueran tan sencillas, ¿puedes decirme por qué quien permaneció tendido en el suelo fuiste tú y no él? —gritó Ganelón.

Roldán jadeó. Turpín se maldijo por no haber tenido en cuenta el auténtico motivo de la rivalidad entre Roldán y Afdza Asdaq: Arima Garcez. Era un viejo necio que solo había tenido en cuenta su situación momentánea y había olvidado que las palabras de Roldán surgían sobre todo de su corazón y no de su cerebro. Roldán se sentía humillado debido a su nueva derrota frente a Afdza, por culpa de quien además había perdido el aprecio de su amada, y doblemente humillado debido a que Ganelón y Remi, contraviniendo toda convención, habían acudido en su ayuda. Turpín carraspeó procurando volver a atrapar el espectro que había soltado, pero solo empeoró la situación.

—Aquí se trata de que el rey dio una orden y tú obraste a tu antojo. Has de darles ejemplo a tus guerreros si pretendes que ellos acaten la disciplina.

—¿Una orden real? —siseó Roldán—. No me percaté de ninguna orden real. Quienes aparecieron ante mi muro de escudos con gallardetes blancos fueron los jinetes de Ganelón.

—¿Y eso qué importa? —replicó Ganelón—. ¡Una orden es una orden!

—¡Pero yo no acepto órdenes de ti! ¡Ahora soy un paladín y mi rango es el mismo que el tuyo!

—¡Cierra el pico, novato! —bufó Gerbert de Roselló—. ¿Acaso esa sería tu respuesta si yo te diera una orden? ¿O si te transmitiera la orden de otro? ¡Yo ya era un paladín cuando tú aún corrías detrás de los gansos en camisa!

Turpín puso los ojos en blanco. Gerbert había ascendido al grupo de los guerreros de élite de Carlomagno solo dos años antes que Roldán. Este soltó un gruñido irritado y parecía dispuesto a espetarle una réplica a Gerbert.

—De lo que se trata —terció el viejo Anskar— es de que tú, Roldán, no dejas de incumplir lo que manda la lealtad. Los paladines han de poder confiar los unos en los otros.

—¡Eso es lo único que oigo todo el tiempo! —gritó Roldán en tono amargo—. ¡Lealtad! ¿Acaso esta solo existe de abajo hacia arriba? ¿La lealtad de los jóvenes con respecto a los más viejos? ¿Dónde estaba esa famosa lealtad cuando logré engañar a los defensores de Iruña? ¡Los únicos que apoyaron mi plan fueron Remi, Beggo y Otker, nadie más! ¡Vosotros los viejos observasteis desde lejos! ¿Y aquí? ¿Es que alguno de vosotros dijo: «Eh, Roldán, nos pondremos a tu lado en el muro de escudos»? ¡Remi se ofreció, y también Beggo y Otker! Al igual que ante las murallas de Iruña. ¿Qué clase de lealtad es esa, solo ofrecida por una de las partes?

Turpín escuchaba la discusión con sentimientos mixtos. Lo que decía Roldán no era del todo acertado, porque no les había pedido ayuda a los demás paladines, pero en el fondo tenía razón. Entre los paladines había ahora una diferencia que antes no existía. Pese a todas las aseveraciones, los cuatro nuevos hombres no gozaban de un verdadero reconocimiento. Exagerando un poco, se podría afirmar que había dos grupos de paladines: los ocho viejos y los cuatro nuevos. Gracias a su idea idiota de aumentar el número de paladines según el modelo de los apóstoles, Styrmi había sembrado la discordia entre los vasallos más leales del rey.

Los demás hombres intercambiaron miradas. Ninguno replicó. Era evidente que sus compañeros de armas albergaban ideas similares a las suyas.

Carlomagno tomó asiento en un arcón. Ealhwine se puso de pie, pero el rey le indicó que volviera a sentarse y el erudito obedeció con expresión incómoda. Carlomagno contempló a todos uno por uno.

—Estoy decepcionado —fue lo único que dijo por fin—. Os peleáis como pescaderas. Quería vuestro consejo y las únicas palabras que oigo son de discordia y envidia.

Nadie negó lo que resultaba obvio. Ni siquiera Turpín fue capaz de decir que las rencillas habían comenzado cuando Carlomagno decidió hacer caso de las sugerencias de Styrmi.

—Te rogamos que nos perdones, señor —dijo Ganelón en tono tenso; evitó mirar a Roldán y este mantuvo la vista clavada en el suelo.

—Nuestro amigo Ealhwine nos ha traído un mensaje inquietante —dijo

Carlomagno finalmente, volviendo al tema inicial—. Al parecer, si continuáramos con esta campaña correríamos el peligro de volver a perder las comarcas sajonas. ¿Cuál es vuestra opinión?

—Pagamos un elevado tributo en sangre por las comarcas sajonas —dijo Ganelón.

—En la guerra contra los sarracenos también se derramó mucha sangre —dijo Roldán en tono duro, y todos sabían que no se refería a la actual campaña sino a la fracasada misión de Milan, su padre. Carlomagno le lanzó una mirada a su sobrino en la que se mezclaban el enfado y el dolor, una mirada que Turpín rara vez había visto con anterioridad. El obispo tenía la sensación de que esa conversación acabaría en catástrofe si ambos gallos de pelea no se tranquilizaban.

Se interpuso entre los dos y apoyó una mano en el hombro del joven paladín, aunque sin mirarlo. Luego dirigió la mirada a Carlomagno y los otros paladines.

—Y todos nosotros sabemos que fue una sangre muy cara —dijo, y luego rozó el brazo de Ganelón—. Y también sabemos que nadie luchó con más fiereza por la conquista de las comarcas sajonas que Ganelón de Ponthieu, y también con mayor sufrimiento.

—Es verdad —asintió el viejo Anskar.

—Así que debemos sopesarlo: sangre contra sangre, dolor contra dolor... —dijo Turpín. Los hombres asintieron—. Y una posible victoria contra una pérdida segura.

Su intento fue demasiado torpe y Roldán volvió a encenderse.

—¡La victoria está asegurada! —gruñó.

Turpín optó por fingir que no había oído el comentario y comprobó que no sentía enfado por Roldán; podía comprenderlo perfectamente, como también a Ganelón. Sabía que en realidad la discordia entre ambos no tenía solución: había durado mucho tiempo y las heridas espirituales eran demasiado profundas... y además, en el fondo ambos eran muy parecidos.

—Puede que hubieras logrado romper el muro sarraceno con tus hombres —prosiguió Turpín—. Quizás hubieras... —y calló hasta que Roldán no tuvo más remedio que alzar la vista; entonces Turpín lo miró a los ojos con mirada firme y concluyó—: quizás hubieras matado a Afdza Asdaq en el duelo.

Roldán no respondió, pero sus rasgos se crisparon levemente.

—Y es muy probable que los sarracenos no dispongan de otro comandante tan capaz como Afdza Asdaq, aparte de Solimán bin al Arabi. Pero disponen de los sarracenos de Medina Barshaluna que antaño también resistieron ante los propios sarracenos, de manera que estos se vieron obligados a negociar una rendición pacífica de la ciudad. No podremos tomarla por asalto. Y ellos tienen el invierno a su favor, lo que significa que no disponemos del tiempo suficiente para esperar que se produzca una rendición pacífica de la ciudad.

Roldán, que había sostenido la mirada del obispo y que de momento parecía dispuesto a aplaudirlo, de pronto frunció el ceño.

—¿Y nosotros de qué disponemos? —continuó Turpín—. Alimentos escasos, un ejército que ha marchado durante un tiempo condenadamente largo y que tuvo que superar una cadena de montañas para llegar a ver al enemigo. Y para colmo de males se nos ha echado encima una rebelión en las comarcas que acabamos de conquistar para acabar con las incursiones de los sajones en nuestros territorios fronterizos y hacernos con las vitales minas de sal y de metales.

Entonces Turpín se dirigió a Carlomagno.

—Señor —dijo—, con respecto a las comarcas sajonas, no solo se trata de llevarles el cristianismo a los paganos sajones.

El rey asintió con expresión pensativa y Turpín observó a Ganelón y Roldán.

—¡Y tampoco se trata solo de cuánta sangre derramó quién!

—¿Y entonces de qué se trata, reverendo padre? —preguntó Roldán.

—Sencillamente, de que si perdemos las comarcas sajonas no podremos volver a conquistarlas y entonces el reino franco se convertirá en una comarca que proporcionará una alimentación demasiado escasa a muchos pueblos sometidos y que estará encerrado entre los sarracenos al sur y los sajones al este, ¡y que no decidirá los destinos de la cristiandad sino que se alegrará de que el mundo lo deje en paz!

Carlomagno se alisó lentamente el bigote, un gesto siempre inquietante.

—Turpín tiene razón —dijo por fin—. El ejército debe regresar a casa. ¿Cómo lo haremos?

—Debemos entablar negociaciones de paz con los sarracenos —dijo Ganelón.

—¡¿Negociaciones de paz?! —saltó Roldán.

Ganelón se volvió hacia él.

—Sí, negociaciones de paz. No supone una derrota si uno comprende que ocupa la peor posición. Sería una derrota si dejásemos que sucediera lo que Turpín acaba de predecir.

—¡Deberías pensar en la victoria, no en las negociaciones! —espetó su hijastro.

—Y tú deberías olvidar tu temor de llevar siempre las de perder —dijo Ganelón, con un esfuerzo visible por hablar con calma—. Ya deberías haber comprendido que de vez en cuando hay que apurar el cáliz de la derrota.

Turpín hizo una mueca; sabía lo que Ganelón quería dar a entender: que, con el rango de paladín, Roldán también debía adoptar una actitud más serena pues ya no era un sencillo guerrero. Pero Roldán lo tomó como una burla por haber salido perdiendo ante Afdza Asdaq, y el rostro del joven enrojeció.

—¿A quién deseas confiarle las negociaciones, señor? —se apresuró a preguntar el obispo, antes de que Roldán y su padrastro volvieran a enzarzarse.

—No quiero que nadie cargue con ese peso —contestó Carlomagno—. Quiero un voluntario que vaya por su propia voluntad —añadió, mirando a Roldán.

Este se apartó. Carlomagno hizo el planteamiento con la mejor de las intenciones: el nombre de Roldán se había vuelto conocido entre los sarracenos como el de un luchador victorioso, y para el joven suponía la oportunidad de ampliar sus horizontes

y reforzar su prestigio. Si conducía las negociaciones a buen fin sería considerado el salvador del ejército franco y quizá de todo el reino. Era un regalo. Lo único que debía hacer Roldán era superarse a sí mismo y asumir algo que, según su opinión sobre el honor guerrero, suponía una derrota.

Pero Roldán no estaba en situación de reconocer una buena oportunidad. Como el paladín calló, Turpín meneó la cabeza y Carlomagno arqueó las cejas.

—Iré yo —dijo entonces Ganelón.

Turpín se sorprendió, pese a que toda solución sensata de un problema encajaba con Ganelón. Sin embargo, el obispo tuvo la sensación de que algo más se ocultaba tras su ofrecimiento y que, en realidad, Ganelón no lo había hecho de corazón.

—Negocia una bonita paz con los sarracenos —dijo Roldán en tono despectivo.

—¿Es que solo eres un obstinado, Roldán, o es que dejaste de usar el cerebro cuando el sarraceno te quitó la mujer? —espetó Ganelón.

Turpín y los otros paladines dieron un respingo. Hasta entonces nadie había osado manifestar algo que, a excepción de Turpín, solo unos pocos sabían pero sobre lo que muchos habían oído rumores.

—Ve a postrarte ante los sarracenos, Ganelón —susurró Roldán con voz ahogada—, puesto que ya estás acostumbrado al sabor del vino en el cáliz de la derrota. Mi madre te lo escancia todos los días.

Ganelón se plantó ante su hijastro con la velocidad del rayo y, mientras Turpín —a quien había apartado de un empujón— se aferraba a un poste de la tienda real, lo abofeteó. Incluso los reflejos del joven no fueron lo bastante rápidos para evitar el golpe y su mejilla se enrojeció. Sacudió la cabeza fingiendo recuperarse, pero solo fue una finta... prevista por Turpín. Se apartó del poste y logró aferrar la muñeca derecha de Roldán, quien ya casi había desenvainado a *Durandarte*.

—Si empuñas la espada en la tienda del rey contra otro paladín te deshonrarás —dijo en voz baja, confiando en que Roldán recordara que Turpín, en una situación similar ante la asamblea del reino, había evitado que Ganelón cometiera el mismo error. Una vez más, Turpín se dijo que ambos hombres tenían más cosas en común que las que los separaban.

Roldán se zafó de Turpín.

—No lo harás nunca más —murmuró con voz ahogada a Ganelón—. No volverás a golpearme otra vez.

Y, sin pedir permiso y sin despedirse, abandonó la tienda. Indeciso, Remi hincó la rodilla ante el rey y, antes de que pudiera formular una petición, Carlomagno ya había dicho en tono cansino:

—Síguelo y evita que cometa una estupidez.

Remi obedeció.

Turpín le lanzó una mirada de soslayo a Ganelón, pálido como la muerte, y se preguntó cuánto éxito podrían tener las negociaciones de paz emprendidas por un hombre cuya paz interior era casi inexistente. Su viejo compañero de armas lo

preocupaba cada vez más y, debido a ese sentimiento, de pronto dijo:

—Iré contigo.

El debate con Carlomagno acerca de la manera de llevar las negociaciones con los sarracenos se prolongó hasta altas horas de la noche. A la mañana siguiente, Ganelón y Turpín cabalgaron desde el campamento franco hasta la ciudad de Siya para reunirse con los sarracenos. No portaban armas; en vez de la cota de malla, Turpín llevaba su ornato obispal y Ganelón enarbolaba un gallardete blanco en la punta del estandarte real. Llegaron a la ciudad sin inconvenientes, observados por centenares de guerreros sarracenos apostados a la vera del camino, que no los molestaron. Solo una de las hojas de la puerta occidental estaba abierta; Afdza estaba allí, envuelto en una resplandeciente cota de malla, en la cabeza un lustroso yelmo rematado por un largo pincho del que pendía una negra cola de caballo.

Afdza los detuvo alzando la mano y dio un paso a un lado para que media docena de guerreros salieran por la puerta. Portaban una litera a hombros en la cual reposaba un cuerpo envuelto en una brillante tela de hilo blanco.

—Desmontad —dijo luego Afdza.

Turpín obedeció.

Tras una breve vacilación, Ganelón lo imitó. Afdza no presentaba un aspecto hostil, solo parecía cansado y compungido. Cuando se acercaron a él les tendió la mano. Turpín se la estrechó cordialmente. Afdza indicó la litera con la cabeza y empezó su avance lento y ceremonioso hasta un lugar apartado de la ciudad donde ya aguardaban varios guerreros; a sus pies se elevaba un muro bajo de piedra.

—¿Es el sajón? —preguntó Turpín—. He olvidado su nombre original...

—Adoptó el nombre que vosotros le disteis: Clodoveo.

Afdza sopesó a Turpín y luego señaló un hombre enfundado en un largo atuendo que aguardaba junto a los guerreros a un lado del muro de piedra.

—Es el *chatib* de la mezquita de Siya y tú eres un obispo cristiano cuando no luchas en el ejército franco.

—También soy un obispo cuando estoy luchando —replicó Turpín.

Afdza hizo caso omiso de sus palabras.

—Clodoveo no creía en el Profeta ni en vuestro Redentor. Si tú y nuestro *chatib* asistís a su entierro, a lo mejor sus dioses le abrirán las puertas del Paraíso.

—Será un honor —dijo Turpín.

El entierro de Clodoveo fue sencillo. Turpín, que había tratado con los sajones, sabía que habría sido más ostentoso enterrar a Clodoveo si este hubiera encontrado la muerte en su patria, como un guerrero respetado. Pero dadas las circunstancias, solo depositaron su cadáver en una tumba poco profunda y después la cubrieron con paladas de tierra. Desmontaron, le echaron piedras encima y Afdza colocó dos piedras grandes, a los pies y la cabeza de la tumba. Ni un nombre ni un símbolo

indicaban al hombre que yacía allí. Dentro de un par de semanas, nadie sabría que allí había una tumba. La vida proseguiría una vez más, como si ese difunto no existiera. Turpín consideró que esa idea ofrecía un extraño consuelo. El *chatib* entonó una oración, Turpín otra y entonces la ceremonia tocó a su fin. Afdza miró en derredor.

—He hecho cavar la tumba en el lugar donde lo mataron —dijo—. No se me ocurrió un lugar mejor.

—Buen lugar para un guerrero —dijo Ganelón para sorpresa de Turpín. Hasta ese momento había guardado un silencio tozudo.

Afdza indicó el estandarte que llevaba Ganelón.

—¿Un gallardete blanco?

—Carlomagno quiere proponer negociaciones de paz al valí —explicó Turpín.

—Mi señor os aguarda en Siya —repuso Afdza, asintiendo con la cabeza.

—¿Así que el propio valí entablará las primeras conversaciones? —preguntó Ganelón, sorprendido.

—Solo habrá una conversación —dijo Afdza—. Reconoceréis la importancia que el valí adjudica a los francos, puesto que ha acudido en persona.

—Querrás decir cuán importante le resulta al valí vernos las espaldas —repuso Turpín, y sonrió.

Afdza le devolvió cortésmente la sonrisa e hizo una reverencia. Después los condujo hasta la ciudad.

LA CASA DE PILIGRIM EN ORTÈS



Piligrim de Vienne y su esposa Ogilva saludaron a Arima y su pequeño grupo de guerreros francos; se dominaban, pero Arima no lograba desprenderse de la idea de que esperaban a otra persona cuando les anunciaron la llegada de una mujer y su pequeña escolta. Le dieron de comer y beber, pero ella rechazó el ofrecimiento de tomarse un descanso y cuando se sentaron en la sala de Piligrim fue directamente al grano.

—Los monjes del convento situado junto a la entrada sur del paso poseen una biblioteca extraordinaria —dijo—. Desde que existe el convento, han documentado el tránsito de todos los que han cruzado el paso de Ibañeta en una u otra dirección.

—Claro, por eso aprendieron a leer y escribir —comentó Piligrim a la ligera.

Arima suspiró.

—¿Nos facilitaremos las cosas o nos las pondremos difíciles, Piligrim? —preguntó.

Él escudriñó el rostro de Arima, pero su semblante no reveló qué vio o qué esperaba ver.

—Si lo deseara, señora, te lo podría poner tan difícil como a un hombre de una sola pierna en un concurso de puntapiés en el culo —respondió en tono seco.

Aquello despertó la sonrisa de Arima.

—No encontré tu nombre en los documentos. No obstante, figuras en ellos.

Piligrim guardó silencio.

Arima se volvió hacia Ogilva y cosechó una mirada que oscilaba entre la comprensión y el disgusto. Entonces la anciana suspiró y se puso de pie.

—¿Acaso alguna vez me has hecho caso, Piligrim? —preguntó.

—Todos los días de Dios, luz de mi vida.

Ogilva soltó un bufido.

—Primero callaste porque no querías poner a Ganelón y Bertha en un aprieto. Después callaste porque Roldán debía convertirse en un hombre sin cargar con semejante peso. Después callaste porque la hermana del rey te suplicó que dejaras en paz el pasado. Y finalmente callaste porque ya habías callado todos esos años. ¿Y de qué te ha servido? Ganelón y Bertha se han perdido el uno al otro, Roldán ignora cuál es su verdadero lugar en la vida y Bertha es la única en cuya alma el pasado aún es el presente.

—¿Y eso qué significa, oh guardiana de mi descanso nocturno?

—¡Que debes hablar, burro, más que burro! —soltó Ogilva—. Vuelven a morir francos en Al Andalus. ¡El círculo se ha cerrado!

—Quienes deben decidir si la historia ha de ser contada son Ganelón y Bertha —

dijo su esposo.

—No —replicó Ogilva—, no es así. Tú estás tan involucrado en el asunto como ellos. Ellos no te preguntaron si querías guardar silencio durante todos esos años. Si ahora quieres hablar, no necesitas pedirles permiso.

—A lo mejor no quiero hablar de ello...

—¡Ja! —exclamó Ogilva—. ¡Ya lo creo que quieres hacerlo! E incluso si no quisieras... esta muchacha tiene derecho a averiguar lo que sucedió. Está tan implicada en el asunto como los demás.

—En aquel entonces Roncesvalles no tenía ninguna importancia e incluso si la hubiese tenido, Arima era una niña pequeña...

Ogilva alzó las manos.

—Dios mío, ¿por qué finges ser tan tonto? ¿Acaso no sabes por qué Arima está involucrada? Perdona, señora, que hable sobre ti y no contigo, pero este burro solo comprende las conexiones importantes cuando le golpeas con un martillo en la frente.

—O si no dejas de hablarle a gritos —repuso Piligrim con una amplia y falsa sonrisa.

—¡Arima Garcez ama a los dos hombres de los que trata este asunto!

De pronto la aludida se llevó la mano al cuello, del que colgaba el talismán de Afdza de un cordón de cuero.

—Creo que hay un malentendido... —empezó en tono asustado.

—No me vengas con cuentos, muchacha. Ninguna mujer presente en la asamblea del reino podría haber malinterpretado las miradas que tú y el sarraceno intercambiasteis, excepto la reina, ocupada con su embarazo, además de Bertha de Laon, que hace trece años que ya no presta atención al presente.

—Roldán es el hombre al que estoy prometida —la contradujo Arima.

—¿Y eso qué tiene que ver? Antaño yo también estaba enamorada de otro hombre que aquel al que estaba prometida.

Arima se sonrojó y le lanzó una tímida mirada a Piligrim, pero el viejo guerrero se limitó a sonreír.

—Su familia tuvo que pagar mucho dinero para disolver el compromiso de manera pacífica, para que yo pudiera quedarme con ella —dijo.

Con gesto afectuoso pero torpe, Ogilva acarició los cabellos revueltos de Piligrim.

—Nadie debería disculparse por el amor, Arima Garcez, jamás —dijo con voz tan suave que, tras su arrugado rostro de ave de rapiña, la muchacha creyó vislumbrar a la hermosa joven de antaño.

Piligrim suspiró y guardó silencio un momento; luego pareció hacer de tripas corazón y dijo:

—Ganelón y Bertha eran amantes mucho antes de que Carlomagno enviara a Milan a Al Andalus. Muy pocos lo sabían. Eran muy cautos. Me lo dijeron ambos, antaño cuando regresé con mi noticia. Yo no me había dado cuenta, aunque en realidad siempre frecuenté la finca de Milan. A menudo me pregunté si Carlomagno

también se había enterado de su relación y escogió a Milan para la misión en el reino sarraceno adrede, con el fin de proporcionarles un par de meses a solas a Bertha y Ganelón... y para que, si Milan perecía durante la misión, el camino a la felicidad de su hermana quedara despejado. Carlomagno siempre fue blando de corazón con los miembros de su familia.

—Pero Ganelón y Bertha no encontraron la felicidad.

—No —dijo Piligrim, volviendo a suspirar—. Las intenciones de Carlomagno eran buenas, pero resulta imposible construir una nueva felicidad sobre la mala conciencia y la muerte. Bertha amaba a Ganelón, pero también a Milan.

—¡Dios mío! —dijo Arima.

Ogilva, que había ido en busca de una jarra de vino, le tendió una copa a cada uno y las llenó.

—Eso ocurre hasta en las mejores familias —dijo, lanzándole una sonrisa compasiva a Arima.

—¿Acaso sabes que Roldán en realidad es hijo de Ganelón? —le preguntó Piligrim a Arima.

Ella derramó un poco de vino, patidifusa.

—Según mi opinión, es algo que ni siquiera sabe Carlomagno —añadió el viejo guerrero—. En aquel entonces, cuando les llevé el mensaje que Milan me había confiado, Bertha y Ganelón se delataron a sí mismos. No sabría decir si Milan lo sospechaba; en todo caso, Roldán lo ignora.

—¡Dios mío! —repitió Arima—. Y Roldán... Cuando era un niño pequeño, Roldán le dijo a Ganelón que lo hacía responsable de la muerte de Milan y que lo odiaba.

—Las cosas siempre se le dieron muy mal a Ganelón —dijo Piligrim—. Quizá no des crédito a mis palabras si te digo que de joven era la viva imagen de Roldán: alegre, descarado, adorado por sus guerreros, enamorando a todas las muchachas, siempre dicharachero y el primero dispuesto a medir sus fuerzas.

—¿Y... y la otra historia? ¿La que figura en el pergamino del convento?

—Es de suponer que se corresponde con los hechos, de lo contrario tú no hubieses venido a verme. Cuéntamela, entonces podré confirmarla, o no.

—¿Y también el suplemento añadido?

—¿Qué suplemento?

Cuando Arima acabó su relato, Piligrim se limitó a mirarla en silencio. De pronto la delgada copa de asta se quebró en su mano derecha, el vino salpicó la mesa y las gotas resbalaron por el rostro de Piligrim, que había palidecido.

Ogilva le apoyó una mano en el brazo con aire preocupado.

—¡Debes decírselo a Bertha! ¡Es imprescindible! ¿Has traído el documento, Arima? Debe verlo. Santo cielo, enviaré un mensajero al dux de Gascuña de inmediato. Hace tres o cuatro semanas que Bertha se encuentra en su castillo, porque él la invitó y aquí las paredes se le venían encima. Era ella a quien estábamos

esperando. ¡Bertha debe saberlo cuanto antes!

—Yo misma cabalgaré hasta allí —dijo Arima en tono decidido.

SIYA



Solimán bin al Arabi se había instalado en un palacio de Siya que en la época romana había pertenecido a un patricio. Más adelante, el obispo cristiano de Saraqusta lo utilizó como parada durante sus viajes por el obispado. En el presente le pertenecía a un comerciante judío que lo había puesto a disposición de Solimán, junto con su servidumbre y un administrador vascón astuto y taimado que en ese momento lo conducía a través del amplio edificio. El hombre —tan escasamente impresionado por el importante huésped como por los dos paladines alojados bajo su techo— le hizo gracia a Solimán, que jugueteó con la idea de expropiárselo al judío y ofrecerle un puesto en Medina Barshaluna, en el palacio del valí. Además meditó sobre el destino del edificio, que ya había pasado por muchas manos y albergado a moradores de diversas creencias... Y que entonces también se convertiría en el lugar donde la aniquilación del ejército franco quedaría sellada.

Solimán había prolongado las conversaciones con los negociadores francos hasta altas horas de la noche y luego ofrecido a ambos hombres que disfrutaran de las comodidades de la casa y de su hospitalidad. Casi no lo consiguió en el caso de Ganelón de Ponthieu, pero el obispo estaba harto de alojarse en tiendas durante la campaña militar y había aceptado. Después, aunque de mala gana, Ganelón también aceptó pernoctar en el palacio. Solimán hizo enviar un mensaje de ambos para Carlomagno al campamento enemigo, a fin de que nadie se inquietara por los parlamentarios. Era importante que ambos paladines se relajaran.

Sobre todo, era importante que Ganelón de Ponthieu se relajara. A la larga, Turpín resultaría el más duro, curado de espanto y peligroso de los dos, por eso Solimán debía convencer a Ganelón.

El administrador condujo a Solimán a un pequeño patio interior donde las enredaderas y un estanque con peces formaban un diminuto oasis y demostraban que el comerciante judío había adoptado algunas ideas de los señores sarracenos. Desde allí se dirigieron a un sótano donde flotaba el aroma a especias; los almacenes estaban repletos de provisiones y el administrador apartó una brazada de largos palos envueltos en una tela resistente. Solimán reconoció una vieja tienda, igual a las utilizadas por los nómadas de su tierra. Al parecer, provenía de una época en la que el dueño de la casa aún no era tan pudiente y todavía vendía sus mercancías como comerciante ambulante. Por detrás se abrió una pequeña puerta que daba a un pasadizo tan estrecho que el atlético Solimán tuvo que apretar los brazos contra el cuerpo para lograr atravesarlo.

—¿Este es el pasadizo? —preguntó. El administrador asintió sonriendo—. ¿Tu amo sabe que existe?

—Él no hizo construir el pasadizo. Que yo sepa, lo ordenó el obispo que vivía aquí. Mi amo solo baja a los sótanos para observar el almacenaje de las nuevas mercaderías; quizá ni siquiera haya descubierto la existencia de esta puerta.

Solimán señaló la tienda, que no por casualidad estaba apoyada contra la pared de modo que ocultara la puerta.

—Algo de lo que tú te has ocupado de manera muy elegante —dijo.

La sonrisa del administrador se amplió aún más.

—Que el siervo sepa algo ignorado por el amo supone una ventaja.

Solimán le devolvió la sonrisa y pensó que quizá sería mejor no llevarse al administrador a su palacio de Medina Barshaluna. Señaló el oscuro pasadizo con la mano y dijo:

—Después de ti.

El administrador alzó una pequeña farola e iluminó el camino. Para sorpresa de Solimán, el pasadizo no olía a moho sino a polvo y sequedad, y ligeramente a excremento de ratón. La estrechez lo ponía nervioso y confió en que el recorrido no fuera demasiado largo. En el pasadizo el aire era fresco y seco; sin embargo, la túnica se pegó al cuerpo sudoroso del valí.

El administrador se detuvo, dejó la farola en el suelo y cerró las tapas hasta dejar solo una pequeña rendija. La oscuridad aumentó y Solimán creyó notar que el pasadizo se estrechaba más.

—Hemos llegado —susurró el administrador, indicando la pared delante de ellos.

—¡Chitón! —siseó Solimán.

—Los susurros resultan inaudibles al otro lado de la pared, señor, no os preocupéis. Es una pared muy gruesa; mirad: ¿veis esta rendija por la que pasa un rayo de luz? A través de ella se puede atisbar al otro lado sin que nadie lo note.

Solimán se situó ante la rendija y apretó el rostro contra la grieta. Su origen no era natural: un cantero había ensanchado la grieta vertical entre dos rocas, y bastaba para observar la parte principal de la habitación: la cama.

—Supongo que el obispo tenía un interés especial en sus huéspedes —dijo el administrador, soltando una risita.

Solimán resopló. Si se concentraba, oía los sonidos del recinto situado detrás de la grieta: alguien caminaba de un lado a otro. Entonces un hombre apareció en su campo visual, se sentó en la cama con la vista perdida y tamborileó los dedos en los muslos con gesto nervioso. Después se restregó la cara y el pelo, un gesto que le proporcionó un aspecto confuso. Solimán nunca había visto a nadie tan desconcertado y turbado.

«No te pongas tan nervioso, Ganelón de Ponthieu —pensó—, dentro de un instante se cumplirán tus mayores deseos.»

Como desde una gran distancia, oyó que alguien llamaba a la puerta de la habitación y Ganelón se incorporó. Su rostro se tensó, se llevó la mano a la bota que le llegaba al tobillo y extrajo un puñal de hoja curva. Solimán sonrió. Que un hombre como Ganelón se hubiese desprendido de todas sus armas durante una misión como

esa lo habría sorprendido. Ganelón desapareció de su campo visual y Solimán oyó la voz apagada del paladín.

—¿Sí?

El sarraceno no podía oír el chirrido de la puerta que se abría, pero el silencio posterior le informó que el visitante de Ganelón había llegado, tal como antes este había acordado con Solimán. Notó la presencia del administrador a su lado y también su impaciencia; desde luego, se moría de ganas de espiar a través de la rendija, pero sin atreverse a decirlo. De pronto aquel vascón le resultó repugnante, casi tanto como el hecho de encontrarse en un oscuro escondrijo que apestaba a excrementos de ratón, con la cara presionada contra una grieta en la pared y observando a dos desconocidos como un miserable espía. Apretó los dientes.

Ganelón volvió a acercarse a la cama; quizás era el único sitio para sentarse en la habitación. Con ademán torpe, invitó a su huésped a tomar asiento.

Era Bertha de Laon, la esposa de Ganelón. Solimán hubiese querido ver el rostro del paladín, pero este estaba de espaldas a la pared. Sin embargo, el hecho de que tuviera que carraspear varias veces antes de pronunciar palabra le reveló cuán atónito estaba al encontrar a su mujer en ese lugar.

—¿Qué estás haciendo en esta casa? —preguntó por fin.

Bertha no respondió y en vez de eso preguntó:

—¿Cómo te encuentras? ¿Has sufrido heridas en los combates?

—Solo un par de rasguños —contestó Ganelón tras una pausa que reveló su sorpresa ante la pregunta.

—¿Y... y Roldán?

—También está ileso —dijo Ganelón con voz tensa.

—Estás aquí para proponerle la paz al valí, ¿verdad?

—Sí, yo... ¿Qué diablos estás haciendo aquí, Bertha?

Ella le apoyó la mano en el brazo y Solimán vio que el paladín daba un respingo.

—¿Quién sino tú? —dijo la mujer con voz suave—. Entre todos los paladines, ¿quién sino tú posee la fuerza y la inteligencia necesarias para negociar exitosamente con el enemigo?

—No, no soy el único; el otro es el obispo Turpín —replicó Ganelón en tono brusco, pero su actitud desmentía su brusquedad: se había acercado a Bertha, que permanecía sentada en la cama y lo contemplaba.

La luz de las pequeñas lámparas de aceite era suave y hacía que el rostro de ella pareciese veinte años más joven. «No es ningún milagro que Ganelón desee a esa mujer», pensó Solimán, y de pronto deseó que la hermana del rey Carlomagno hubiera considerado necesario entregarse a él. De repente sintió envidia por Ganelón de Ponthieu y no a causa del papel que Bertha y él, Solimán, le habían adjudicado, sino porque hubo una época en la que ella le había pertenecido al paladín.

—Pero te ofreciste voluntario, ¿verdad?

—Turpín se ofreció a acompañarme.

—Me refiero a que tú fuiste el único que se ofreció voluntario para cargar con la derrota que en definitiva es el ofrecimiento de entablar negociaciones de paz.

—Era necesario —dijo Ganelón con voz áspera.

Bertha le acarició el brazo.

—Sí —dijo en voz tan baja que Solimán apenas pudo oírla—. Era necesario.

Su esposo tomó aire y sus hombros se agitaron.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Bertha? Solimán te trajo aquí, ¿verdad? Pero es de suponer que no te raptó de la casa de Piligrim, así que tú lo acompañaste a Medina Barshaluna.

—Supliqué misericordia para Roldán —explicó ella y bajó la vista, deslizó la mano hacia abajo y cogió la de Ganelón—. Llámalo traición si quieres, pero no lo es. Lo hice por nuestro hijo. Lo hice por Roldán.

Solimán dio un respingo y parpadeó, atónito. ¿Así que Ganelón era el padre de Roldán y no Milan d'Otun? Cuando lentamente empezó a comprender, una sonrisa le arrugó los labios y su admiración por la firme voluntad de Bertha aumentó. Esa mujer había engañado a su esposo con el hermano de este, le había dado un hijo a quien los francos consideraban el más poderoso de sus guerreros y no solo logró guardarlo en secreto durante veinte años, sino que también obligó a Ganelón a hacer lo mismo...

—Y lo hice por ti... esposo mío —añadió.

Ganelón soltó algo que parecía un gemido.

—Me cuesta creerlo —dijo en tono atormentado.

—Un día —susurró Bertha—, cuando todo esto haya pasado y comience un período de paz, le diremos la verdad a Roldán. Entonces comprenderá la carga que tú asumiste para salvarlo... la que ambos asumimos. Entonces la ruptura que existe entre vosotros desaparecerá. Por eso hago todo esto también por ti, y tal vez... —contempló la mano de Ganelón y la rozó suavemente con los dedos— tal vez entonces también desaparezca la ruptura que nos separa a ambos desde hace tantos años.

—¡Dios mío! —dijo él con voz quebrada.

—También hubo otros momentos, Ganelón. ¿Lo recuerdas?

—¡Ninguna de esas rupturas habría existido si le hubiésemos dicho la verdad desde el principio! —exclamó él, y su voz reflejó la esperanza y el dolor que lo desgarraban.

Bertha se puso en pie sin soltar la mano de su marido.

—Pero no lo hicimos. Fue un error, como ahora sabemos, y por eso ha llegado el momento de ponerle remedio y recuperar lo perdido.

—¡No habrá ninguna paz, Bertha! Una vez que hayamos acabado con la sublevación sajona, Carlomagno regresará aquí. El año que viene o el siguiente... qué sé yo. Pero regresará. El rey de los francos no se retira como un perro apaleado con la cola entre las patas. Regresa... y entonces muerde.

—Y todos tus esfuerzos, toda la humillación con que cargas para proporcionarle

una retirada ordenada al ejército en vez de una huida caótica, habrán sido inútiles. Habrías vuelto a sacrificarte en vano, solo para que mi hermano conserve su orgullo.

—Soy un paladín.

—Y Roldán volverá a acompañarlo y se jugará la vida. Nuestro hijo, Ganelón, es lo único que tenemos, lo único que nos queda. Carlomagno lo sacrificará para demostrar que el pueblo franco no acepta humillaciones.

—¡Él también es un paladín! —exclamó Ganelón, pero su voz era un quejido.

Bertha le cogió la otra mano y lo miró a la cara. El semblante de su marido se crispó.

—Ganelón —susurró—, solo has de encargarte de que Carlomagno abandone sus planes de regresar a Al Andalus.

—¡Eso solo ocurriría si los sarracenos aniquilan todo el ejército! ¡Y entonces todos estaremos muertos... no solo Roldán!

—No, no, Ganelón. ¿Escucharás lo que he de decirte?

Él titubeó; Bertha le acarició la mejilla y Ganelón empezó a parpadear, apoyó la mano sobre la de ella y su esposa se acercó a él.

—Deja que el valí Solimán te pague por la retirada del ejército. Lo aceptará, pero no por necesidad: podría infligirle una grave derrota al ejército de Carlomagno y dejar morir de hambre al resto de los francos ante las murallas de Medina Barshaluna. Pero le costaría mucho dinero, muchas comarcas arrasadas y muchos guerreros que le resultan más necesarios para su conflicto con el emir de Qurtuba, así que pagará... y Carlomagno se llevará a casa el dinero pagado como botín. Allí los *comes* y los *dux* verán el tesoro y le creerán cuando afirme que en Al Andalus aún pueden obtener más tesoros. Volverán a proporcionarle hombres para una segunda campaña militar, sobre todo si él, tal como lo conozco, reparte generosamente el botín con ellos y despierta su codicia.

—Pero ¡si eso es precisamente lo que nosotros pretendemos evitar! —gritó Ganelón.

Solimán asintió con expresión satisfecha. Bertha lo había conducido allí donde el valí quería, pues el paladín había dicho «nosotros»: le daba la razón a su mujer, aunque todavía no era del todo consciente de ello y Bertha no tendría dificultad en convencerlo de dar los últimos pasos.

—Hemos de encargarnos de que vuelva a perder el botín. Carlomagno se lo entregará a la retaguardia. Cuando el ejército atraviese el paso, el contingente se quedará atrás. Encárgate de comandar la retaguardia. Solimán enviará a Afdza Asdaq tras el ejército y os atacará en el paso de Ibañeta; deja que te quite el botín y entonces Carlomagno regresará con las manos vacías, habrá fracasado y luego se verá obligado a realizar grandes esfuerzos para encontrar los vasallos necesarios en el reino franco a fin de emprender otra campaña militar contra los sarracenos.

—¿Quieres que yo sufra otra derrota a sabiendas? —preguntó Ganelón en tono amargo.

—Será una derrota en el combate y tú quedarás como un héroe. Afdza Asdaq aparecerá con un número insuperable de guerreros y se encargará de que los combates se cobren la menor sangre posible. Desafíalo a duelo. Afdza derrotó a Roldán y si también te derrota a ti, nadie lo considerará una vergüenza. Al contrario: los demás te admirarán por haber sobrevivido al duelo. Porque has de hacerlo... esposo mío —añadió, apoyándose contra su pecho—. Si Solimán se lo ordena, Afdza te perdonará la vida, tú regresarás a mi lado y podremos volver a empezar desde el principio.

—¡Santo Dios! —murmuró él—. Eso sería maravilloso, es lo que más deseo.

Bertha se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos.

—Satisface ese deseo, tanto tuyo como mío, esposo.

Ganelón se estremeció visiblemente.

—Pero ¡eso es traición...!

—¿Traición? ¿Porque Carlomagno perderá el botín? ¿Un tesoro que jamás obtendría si prosiguiera con la campaña militar? ¿Y que tampoco obtendría si otro que no fuese tú llevara las negociaciones? No traicionarías al rey, al contrario: harías que pueda regresar a casa con todo su ejército en vez de con un derrengado grupo de fugitivos.

—¡No puedo hacerlo! —gimió Ganelón.

Bertha volvió a besarlo y luego lo abrazó.

—Ahora tienes tu destino, el mío y el de Roldán en tus manos. Te he dicho lo que quería decirte y ahora abrázame, esposo mío, porque siento un miedo atroz. Solo somos piezas en una partida jugada por otros y lo único que podemos hacer es darnos calor mutuamente.

—¡Dios mío, Bertha... Dios mío! ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así durante tantos años? Tu frialdad... tu desprecio... ¿Por qué no pudimos ser felices?

—No lo sé. Solo sé que ahora tenemos una oportunidad de serlo. Toma la decisión que has de tomar, pero satisface mi único deseo.

—¿Cuál?

—Deja que pase esta noche contigo.

Solimán apartó la vista de la grieta porque contemplar la expresión que recorrió los rasgos del paladín le resultó insoportable. Ya había espiado lo suficiente. Ganelón haría lo que Bertha le había propuesto, no podía evitarlo. Pero él, Solimán, no necesitaba perder aún más de su dignidad convirtiéndose en testigo de la derrota total del paladín, una derrota que Ganelón solo notaría cuando fuera demasiado tarde... porque junto a la felicidad del amor que ahora creía haber recuperado, era incapaz de reconocer su perdición.

Lo próximo que haría Solimán sería hablar con Afdza Asdaq y encargarle que emboscara a la retaguardia de los francos en el paso de Ibañeta. Y como sabía que Afdza era un hombre de honor, inmediatamente después enviaría un mensaje a Adalric de Gasuña y le informaría que él y sus gascones debían prepararse por si

Afdza no masacraba hasta al último franco y en cambio les permitía una retirada honrosa. Adalric no era un hombre de honor y se encargaría de que no hubiese supervivientes. La derrota de Carlomagno tenía que ser total para que la amenaza de allende las montañas llegara a su fin.

Después solo quedaría una cosa más por hacer: asegurarse de que el hombre indicado comandara la retaguardia. La muerte de Ganelón no suponía ninguna ventaja.

Solimán pensó que su conducta era tan vil como la de Carlos, el joven príncipe franco hacía trece años. Entonces oyó sonidos provenientes de la habitación de Ganelón y dio un paso a un lado. Sentía náuseas.

El administrador se abrió paso y atisbó a través de la grieta.

—Vaya —susurró—, alguien tiene mucha prisa por acostarse con esa mujer...

Solimán lo aferró del pelo y le golpeó la cabeza contra la pared. En ese instante le era absolutamente indiferente que Ganelón y Bertha lo oyeran. El administrador se desplomó gimiendo. Solimán volvió a agarrarlo del cabello y lo obligó a levantarse.

—Fuera de aquí, escoria —siseó—. Si dices una sola palabra sobre esto tardarás días enteros en morir.

La reunión en la tienda del rey, que Carlomagno celebró inmediatamente después del regreso de Turpín y Ganelón, transcurrió de manera breve y de común acuerdo. Turpín se esforzó por creer que la desdichada expedición al reino sarraceno todavía podría llegar a buen fin. Ganelón parecía tenso, pero, dentro de lo que cabía, bastante más contento de lo que Turpín lo había visto en mucho tiempo, y presentó los argumentos a favor de cerrar el acuerdo de paz de manera sosegada y convincente. También había negociado con Solimán del mismo modo apacible y persuasivo. De manera excepcional, Turpín había permanecido sentado en silencio, sin encontrar un motivo para apoyar a Ganelón. Solimán se había resistido hasta el final, negándose a endulzarles la retirada a los francos, pero Ganelón había acabado por vencerlo y el valí cedió. Por la mañana llegarían al campamento franco los carros cargados de joyas, oro y monedas. Las riquezas provenían de los ciudadanos de Siya, cuyas pérdidas serían compensadas recurriendo a la caja de caudales de Solimán... o quizá no, algo que en última instancia a Turpín le resultaba indiferente. Ganelón había convertido la humillante negociación de paz en un triunfo, puesto que gracias a la disposición de Solimán de pagarles a los francos por retirarse, la campaña militar podía ser considerada un éxito.

Entonces llegaron los enviados sarracenos para firmar los acuerdos y Turpín se dio cuenta de que su alegría había sido prematura, porque el jefe de la delegación no era Solimán sino Afdza Asdaq.

Cuando el rey le dio la bienvenida al sarraceno, los paladines estaban de pie a derecha e izquierda del soberano. Turpín se había situado junto a Roldán; el joven

mantenía la vista al frente y tampoco reaccionó cuando Afdza, que saludó a los paladines con la cabeza, hizo una pequeña reverencia ante Roldán. Turpín estaba preparado para sujetarlo en caso de que Roldán —debido a su enfado con el sarraceno— perdiera los estribos y frustrara la firma del acuerdo de paz.

—Actúo por encargo de mi señor el valí —dijo Afdza con voz clara y nítida—. He aquí su sello.

Turpín oyó el murmullo surgido entre los comandantes, apostados un poco más allá junto a sus correspondientes portaestandartes. El hecho de que solo el comandante en jefe sarraceno hubiera hecho acto de presencia equivalía a una ofensa, pero los paladines eran demasiado disciplinados para expresar su malestar. Turpín se preguntó qué se proponía Solimán al incorporar ese problema al cierre del acuerdo de paz. ¿Acaso quería favorecer a Afdza, convirtiéndolo en su cuasi representante en esa breve misión? Con respecto a los sarracenos, hubiese bastado con que le adjudicara algún título a Afdza; además, el respeto que los francos sintieran por Afdza debía de resultarle indiferente al valí. Lo único que conseguía era un disgusto silencioso y, en el caso de Roldán, una ira apenas reprimida. El joven volvería a experimentar la humillación que suponía su derrota frente a Afdza ante los sarracenos de Siya; era como si, enviando a Afdza, Solimán echara sal en la herida de Roldán. ¿Acaso era ese su propósito? Pero en ese caso, ¿por qué? ¿Solo porque Roldán era considerado el héroe del ejército franco?

—Me hubiera agradado conocer a tu señor personalmente —dijo Carlomagno, sin dejar traslucir lo que pensaba.

—Mi señor Solimán bin al Arabi lamenta que unos asuntos urgentes exigieran su inmediato regreso a Medina Barshaluna. Como señal de su gran respeto, te envía a ti, rey de los francos, este regalo.

Afdza le hizo una señal a uno de sus acompañantes, que dio un paso adelante: en los brazos sostenía un cofre ornado de tallas e incrustaciones. El cofre tenía un candado y un segundo sarraceno le alcanzó una llave a Afdza, que este entregó al rey.

—¿Qué contiene? —preguntó Carlomagno con una sonrisa.

—Es un regalo de mi señor, no mío. No lo sé.

Carlomagno abrió el cofre. Turpín bizqueó de soslayo para ver qué contenía. Carlomagno clavó la mirada en el interior y Turpín notó que luchaba por conservar la compostura.

—Mi señor dice que esto, más que un regalo, supone una devolución. Sus guerreros lo encontraron hace muchos años en un campo de batalla. Mi señor considera que es hora de que regrese a su hogar.

Un resuello recorrió las filas de los francos cuando Carlomagno extrajo un gran cuerno guarnecido de plata y lo alzó. Un mandoble lo había partido y un orfebre había intentado repararlo. Unas grapas unían la grieta, pero el cuerno nunca volvería a sonar. Era idéntico al cuerno que colgaba del cinturón de Roldán. Durante un instante, cuando Turpín reconoció el cuerno, fue como si el mundo diera vueltas.

Ganelón, de pie al otro lado de Carlomagno, se quedó boquiabierto: era el cuerno de Milan d'Otun.

El rey se puso de pie.

—¿Encontrado... en un campo de batalla? —preguntó en tono ahogado.

—Me dijeron que debajo del cadáver de un guerrero franco —contestó Afdza en tono indiferente.

Carlomagno recuperó el oremus.

—No soy su legítimo propietario. Ahora le pertenece a... —dirigió la mirada a los paladines situados a su derecha— a Roldán.

Este clavó la mirada en el cuerno de su padre. Turpín tensó los músculos por si se veía obligado a intervenir, pero Roldán no se movió.

Carlomagno le tendió el cuerno a Afdza.

—¿Puedo pedirte que se lo entregues a su legítimo propietario? —dijo.

—¡No lo toques, sarraceno! —gruñó Roldán.

Afdza no reaccionó. Había cogido el cuerno y entonces permaneció sosteniéndolo con ambas manos, con el rostro tan inexpresivo que durante un momento Turpín no lo reconoció. Parecía un hombre que había visto un espectro. No, se corrigió Turpín, que había tocado un espectro.

—Te dije que no lo tocaras —repitió Roldán e hizo ademán de abalanzarse.

Quien reaccionó con mayor rapidez fue Ganelón. Rodeó a Carlomagno, cogió el olifante de manos de Afdza, se acercó a Roldán y, para sorpresa de todos, se arrodilló ante su hijastro.

—Toma —dijo—, ojalá te traiga más suerte que a tu padre.

Roldán se lo arrancó de las manos.

Afdza, que entretanto había recuperado el control, carraspeó y dijo:

—Espero que el obsequio de mi señor sea adecuado.

—No cabe duda de que es... extraordinario —dijo Carlomagno—. ¿Qué regalo espera el valí de mí en compensación?

Afdza, que ya volvía a ser el mismo de siempre, sonrió.

—Las huellas de los pies de tus guerreros en el polvo, todas en esa dirección —dijo, señalando las montañas que se elevaban más allá de las colinas como un velo de humo azulado.

Pese al hecho de que se hablaba de una retirada franca, varios paladines intercambiaron sonrisas de satisfacción. Dado que Afdza se había referido a la retirada como un regalo de Carlomagno, los francos podían permitirse la fantasía de que se retiraban por propia voluntad, aun cuando solo se trataba de una elegante formulación diplomática. Turpín sintió un gran respeto por la refinada habilidad negociadora del sarraceno.

Luego hubo unas cuantas formalidades. Leyeron el acuerdo de paz en voz alta, una tarea de la que se encargó Ealhwine, quien había permanecido en el campamento de los francos. Carlomagno hizo su marca en el documento y la mandó sellar; Afdza

escribió su nombre mediante la escritura arábiga de su pueblo y lo selló con el anillo de Solimán. Poco después llegaron los carros con el botín entregado de manera voluntaria y Afdza cabalgó de retorno a Siya acompañado de su escolta. Carlomagno regresó a su tienda junto con los paladines para planificar la vuelta a casa. Todo parecía ir bien.

Pero entonces el mundo se salió de quicio.

La reunión aún no había dado comienzo cuando Roldán hincó la rodilla ante Carlomagno.

—Quiero comandar la retaguardia que transportará el botín, señor —solicitó.

Antes de que Carlomagno pudiese responder, Ganelón se apresuró a decir:

—¡No! ¡No! ¡Esa es mi tarea!

A oídos de Turpín, más que furiosa, su voz parecía angustiada.

—Aún no he tomado una decisión —dijo el rey.

—Cuando la tomes, señor, te ruego que tengas en cuenta... —empezó Roldán.

—¡Por todos los santos! —exclamó Carlomagno—. No necesito tus consejos sobre lo que he de decidir.

Roldán se dirigió a la entrada de la tienda principal. Turpín dio un paso a un lado y sostuvo la lona que la cubría. Ganelón siguió al joven. Turpín dudó un instante y después también salió fuera. Actuaba con indiscreción, pero le daba igual.

—¿Qué es lo que pretendes? —oyó preguntar a Ganelón, que había agarrado al joven del brazo—. ¿Quieres vengarte de Afdza Asdaq porque cuentas con que Solimán no cumplirá con la palabra dada y ordenará a Afdza que ataque la retaguardia? ¡Este no es momento para un ajuste de cuentas personal, Roldán! —Ganelón hablaba en un tono todavía más angustiada que antes.

Roldán se zafó.

—¡Lo único que quiero es que el hombre apropiado comande la retaguardia!

—En este caso, ese soy yo.

—No estoy muy seguro de ello.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Solo que creo que yo lo haré mejor —contestó Roldán, mirando fijamente a Ganelón sin parpadear.

—Te engañas a ti mismo.

—Porque tú sabes lo que siento, ¿verdad?

—Yo te crie. Claro que sé lo que sientes.

—Tú no me criaste, solo reemplazaste a mi padre en el lecho de mi madre.

Ganelón tomó aliento.

—¡Exijo que me respetes! —siseó.

—Si te respetaras a ti mismo, no te habrías arrastrado ante los sarracenos.

—Yo también fui a encontrarme con los sarracenos —intervino Turpín en tono

duro—. Cometes un error, Roldán.

—Pero ¡tú fuiste por camaradería! ¡Ganelón lo hizo por temor!

Ganelón alzó la mano como si quisiera volver a abofetear a Roldán, pero en ese preciso instante Carlomagno salía de la tienda con expresión furibunda, seguido de los otros paladines. Entonces Roldán fue más rápido y agarró la muñeca de Ganelón. Con ojos desorbitados, el viejo paladín comprobó que su propio hijo lo obligaba a bajar la mano sin el menor esfuerzo.

—¡Te dije que no volverías a pegarme por segunda vez! —siseó.

Ambos se contemplaron, inmóviles, lo suficiente para que Carlomagno rugiera:

—¡Separaos! ¡Ganelón! ¡Retrocede!

Ganelón le propinó un puñetazo a Roldán... o más bien lo intentó, porque el joven paró el golpe. Después todo sucedió tan rápidamente que ni siquiera Turpín logró intervenir. Dos o tres movimientos repentinos, un jadeo, unas fintas por parte de Roldán y Ganelón cayendo de espaldas sobre la gran mesa situada delante de la tienda. La violencia del impacto partió la mesa en dos, Ganelón arrastró a Roldán y el joven casi cayó encima de él, pero el joven se zafó y se puso de pie de un brinco. Ganelón se quedó tendido; pálido.

Roldán retrocedió y alzó las manos.

—¡Me defendí, eso ha sido todo! —jadeó—. ¡No le iba a permitir que me pegara de nuevo!

Carlomagno, que había retrocedido con sorpresa, les lanzó una mirada furibunda a ambos. Turpín nunca había visto tan furioso al rey.

—¡En mi tienda! —gritó Carlomagno—. ¡Ante mis ojos! ¡Dos paladines que se pelean! ¡Qué vergüenza!

Roldán bajó la vista, pero Turpín no vio humildad en el gesto, solo cólera.

—¡Me equivoqué al convertirme en paladín, sobrino! ¡Y creo que también me equivoqué hace muchos años cuando te concedí el honor a ti! —espetó a Ganelón, que estaba pálido como la muerte y seguía tendido entre los trozos de la mesa.

—No puedo acabar la campaña militar con diez paladines, los guerreros jamás lo comprenderían, pero cuando hayamos regresado, ambos le traspasaréis vuestro rango a otros hombres. ¿Ha quedado claro?

Un silencio tenso descendió sobre todos. El que era paladín seguía siéndolo hasta que él mismo presentaba su dimisión al rey o moría. Ninguno de los antecesores de Carlomagno en el trono de los francos había destituido a uno de sus paladines.

—Fue Ganelón el que empezó, señor —objetó Remi—. Él rompió la paz de la tienda real, Roldán se limitó a defenderse.

—¡Si quiero tu opinión —bramó el rey—, te la pediré!

Turpín notó que el desconcierto se apoderaba de los paladines.

—Nos convertiste en paladines para que manifestásemos nuestra opinión libremente —dijo el obispo.

Carlomagno le clavó la mirada. Turpín no la esquivó.

—He hablado —dijo el rey por fin, respirando agitadamente—. Ganelón comandará la retaguardia, Roldán permanecerá en el ejército principal. Cuando lleguemos a casa habrá dos nuevos paladines.

Anskar suspiró, se acercó a Ganelón y le tendió la mano para ayudarlo a ponerse en pie. El viejo paladín no reaccionó; jadeaba y tenía el rostro cubierto de sudor.

—Dios bendito —dijo Anskar y se arrodilló junto a su viejo compañero de armas. Ganelón murmuró unas palabras.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlomagno.

—Ganelón dice que no puede mover las piernas.

Todos miraron al paladín caído y un escalofrío recorrió la espalda de Turpín.

El rey cerró los ojos y luego se dejó caer pesadamente en un arcón.

—Santo cielo —dijo.

—Pronto me... encontraré... bien —balbuceó Ganelón entre dientes.

Carlomagno meneó la cabeza y se restregó el rostro.

—Id en busca de mis médicos —dijo con suavidad—. Se ocuparán de ti, cuñado. De momento, distribuiré tus hombres entre Turpín y Anskar. —Luego contempló a Roldán—. El destino lo ha querido. Tú comandarás la retaguardia en reemplazo de tu padrastro.

—¡No! —musitó Ganelón—. ¡No!

Los paladines abandonaron la tienda. Cuando los médicos del rey —convocados por uno de los guerreros— corrieron hacia ellos, los esquivaron. Ninguno intercambió una mirada con otro.

—Yo tengo la culpa —dijo Roldán, casi tan pálido como Ganelón.

Turpín negó con la cabeza.

Gerbert de Roselló gruñó:

—No, esta vez no. Tenías derecho a solicitar el mando de la retaguardia, todos hubiésemos tenido el derecho. Y vi que Ganelón quiso volver a golpearte; la primera vez ya fue demasiado. Tenías que defenderte.

—No quise que ocurriera eso... —dijo Roldán.

—Lo sé —dijo Turpín.

—Y ahora... ¡no puedo regresar y dejar que me quiten el rango de paladín! —dijo Roldán con voz quebradiza, como a punto de echarse a llorar—. Y tampoco puedo permitir que Carlomagno se lo quite a Ganelón. ¿Qué he de hacer?

—No puedes hacer nada. Es la decisión del rey.

—Ganelón tenía razón... —musitó Roldán en tono casi inaudible.

—¿Con respecto a qué?

—A que lo que más me importaba era desquitarme con Afdza Asdaq.

Los paladines callaron.

—El motivo es indiferente —gruñó el viejo Anskar—. Ahora eres responsable de la retaguardia, el puesto más peligroso durante la retirada de un ejército. ¿Qué planeas hacer? ¿Enfrentarte a Afdza Asdaq o transportar el botín sano y salvo a través

de las montañas, incluso si ello supone poner pies en polvorosa y eludir el combate con los sarracenos?

Roldán soltó un bufido.

—Transportaré el botín a casa —dijo tras vacilar un rato.

—¡Bien dicho! —aprobó Anskar con voz brusca y le palmeó el hombro—. Y nosotros apoyaremos a Roldán, hermanos míos, ¿o acaso me equivoco?



Cuando se enfrentó a Solimán —que en contra de la mentira diplomática de Afdza se había quedado en Siya, desde luego— se sentía agotado. La visión del olifante le había segado literalmente la hierba bajo los pies al comandante en jefe sarraceno.

Su antigua pesadilla de pronto había regresado en pleno día. Había cogido el cuerno y volvía a estar en el campo de batalla cubierto de cadáveres, había vagado por él y visto cómo se acercaban los jinetes. Era como si el contacto con el viejo cuerno hubiese convocado la pesadilla. Afdza no lograba explicárselo.

—¿Crees que los francos se atenderán al acuerdo? —preguntó Solimán.

—Seguro... hasta que vuelvan a ser lo bastante fuertes para regresar.

—Por desgracia comparto tu evaluación, *sidi*.

—Utilizarán el botín que les entregasteis para preparar una nueva campaña militar contra vos, señor.

Solimán asintió con la cabeza.

—Me vi obligado a darles el oro para obtener un respiro. Sabes lo que has de hacer, ¿verdad, *sidi*?

—¿Tenderle una trampa a la retaguardia de Carlomagno y recuperar el oro?

Solimán asintió con una amplia sonrisa.

—Eso significaría que nosotros también actuaríamos de manera tan refractaria como los francos, señor.

—Según mi opinión, solo tenemos dos posibilidades: o los bardos de Carlomagno se burlarán de nosotros presentándonos como unos mentecatos ingenuos que se tragaron un ardid de los francos y fueron aniquilados, o bien nos despreciarán como pérfidos cabrones que engañaron a Carlomagno y que solo por eso siguen alegremente con vida. ¿Tú que opinas, *sidi*? Nuestras opciones son escasas, ¿verdad?

—Cumpliré vuestras órdenes, señor.

—Pero consideras que son deshonorosas.

Afdza vaciló, pero al final asintió.

—Si una parte actúa deshonorosamente eso no significa que la otra tenga el derecho moral de imitarla.

—Deberías saber algo más —dijo Solimán—. Carlomagno tiene la intención de

destruir el castillo de Roncesvalles cuando regrese a través del paso.

Afdza le lanzó una mirada sorprendida. El alma se le cayó a los pies.

—Arima Garcez, la señora del castillo, la prometida de Roldán, deberá acompañarlo a su margraviato y vivir allí. De ese modo, Carlomagno pretende impedir que al final el castillo caiga en nuestras manos.

Afdza intentó encontrar las palabras adecuadas, pero no pudo. ¡Mantenían una conversación sobre el honor, pero de lo que se trataba era del futuro de Arima! La imaginó separada de Roncesvalles, lejos de su hogar. Se marchitaría y moriría como una planta transplantada a suelo equivocado. Entonces advirtió que Solimán había tomado nota de su creciente temor, porque el valí le lanzó una sonrisa compasiva, y también que Solimán debía de saberlo todo sobre Arima y él, porque de lo contrario no le habría contado todo aquello.

—Lo lamento —dijo Solimán—. Sería un pésimo comandante si no supiera lo que sienten mis hombres.

—Y... ¿cómo os habéis enterado de que Carlomagno tiene la intención de destruir Roncesvalles, señor?

Solimán reflexionó un momento.

—¿Espías en el ejército de Carlomagno? —sugirió.

Afdza negó con la cabeza.

—Los hombres de ese ejército son demasiado escasos para que los espías puedan infiltrarse entre ellos y pasar inadvertidos. Carlomagno ni siquiera lleva consigo a los prisioneros como esclavos.

—¿Entonces tal vez te he mentado?

Afdza le devolvió la sonrisa, aunque sus ganas de sonreír eran inexistentes. El temor por Arima aceleró su corazón.

—Digamos que lo formulasteis de manera inexacta.

Solimán le hizo una señal a uno de sus guardias de corps. El guerrero se marchó y regresó acompañado de una mujer y, para su sorpresa, Afdza reconoció a Bertha de Laon, la madre de Roldán; tardó unos instantes en hacerle una reverencia. ¿Qué estaba haciendo la hermana del rey de los francos allí, en casa de Solimán bin al Arabi? ¿Es que Carlomagno sabía que se encontraba allí? Pero la respuesta era obvia: no, no lo sabía. ¿Cómo se las había arreglado el valí para conseguir que precisamente ella se pusiera de su lado?

—Le he contado a mi comandante en jefe lo que tú me contaste, señora —dijo Solimán.

Bertha miró a Afdza. Sus caminos ya se habían cruzado en Patris Brunna, pero Afdza tuvo la sensación de que era la primera vez que ella lo miraba con atención.

—Es verdad —dijo ella—. Si quieres conservar a Arima Garcez, Afdza Asdaq, has de impedir que la retaguardia de Carlomagno atraviese el paso. Su misión consiste en destruir el castillo.

—¿Me estás aconsejando que salve a la prometida de tu hijo de tu propio pueblo?

—No es la mujer indicada para él —contestó Bertha fríamente.

—¿Porque ama a un sarraceno? —repuso Afdza.

Bertha lo contempló con rostro inexpresivo.

—¿Quieres salvarla? Entonces haz caer a la retaguardia de mi hermano en la trampa.

SIYA



Una vez que los paladines se dispersaron, Roldán se retiró. Ya no soportaba los sonidos que surgían de la tienda del rey: el murmullo de los médicos, el tintineo de los instrumentos metálicos, el jadeo de Ganelón mientras trataban de ayudarlo pero sin dejar de provocarle dolor. Remi le había lanzado una mirada inquisitiva, pero Roldán le indicó que se marchara. Quería estar solo.

El cuerno de su padre colgaba de su cinturón. Era mucho más pesado que la copia que Carlomagno le había regalado en primavera. Lo desprendió y recorrió con la mano la grieta que solo podía ser producto de un mandoble. Afdza parecía haber tenido una visión cuando lo sostuvo en la mano, pero Roldán no sintió nada al tocar el engarce de plata y el marfil. Roldán pensó en Arima y Afdza y en ambos juntos, y el odio por el sarraceno ardió como una chispa en las cenizas del presente... Pero la chispa se apagó y solo dejó atrás el vacío. Roldán se sentía cansado y exhausto... y en cuanto al odio, en ese momento a quien más odiaba era a sí mismo.

Se llevó el cuerno a los labios. Sabía que no sonaría, pero sopló con todas sus fuerzas. El cuerno permaneció mudo y Roldán se lo quitó de los labios.

A lo lejos, en el horizonte, resplandecían los Pirineos e imaginó que podía ver el lugar donde el paso atravesaba las montañas... y también que había logrado sacarle un sonido al olifante y que el eco rebotaba contra las paredes rocosas.

Entonces un escalofrío le recorrió la espalda. De repente quedarse solo dejó de ser una buena idea.

Regresó al campamento y tuvo que recurrir a toda su determinación para no echar a correr presa del pánico, como un niño pequeño que huye de los espectros.



Cuando Afdza se marchó, Solimán se dirigió a Bertha.

—Con ello he satisfecho tu deseo, señora.

—Lo he satisfecho yo misma, mintiéndole a tu comandante en jefe sobre el destino del castillo de Roncesvalles.

—Sea como sea, Afdza volverá a quitarle a tu hermano el tesoro que hubiese sido lo único que habría legitimado su campaña.

—Le perdonará la vida a Ganelón —dijo Bertha—, y Roldán regresará a casa sano y salvo. Eso es lo que importa.

Solimán asintió. «Lo único que importa —pensó— es que tu maldito pueblo recuerde esta campaña militar con lágrimas en los ojos y no regrese jamás, porque

habrá perdido al guerrero más importante que hubiese podido tener.»

Lo más atractivo del asunto era que, sin saberlo, la madre del guerrero acababa de pronunciar su sentencia de muerte.

El Paso

Finales de otoño de 777

EL PASO DE IBAÑETA



—No puedo salvar a Roldán, estrella mía —dijo Afdza—, él no lo permite. Si ayer solo hubiese hecho sonar su maldito cuerno podría haber hecho regresar al ejército de Carlomagno, y entonces mañana a más tardar hubiesen barrido a mis hombres y a mí de la faz de la tierra.

—Es un necio —afirmó Arima.

—No —dijo Afdza—. A diferencia de mí, es un héroe. Yo solo soy el carnicero del valí de Medina Barshaluna; ni siquiera puedo impedir que mañana comience la peor carnicería.

Arima le rozó la cicatriz, luego se inclinó y lo besó. Fue un beso prolongado y, al igual que el primero de todos, le despertó una oleada de pasión que, vista la situación, era casi vergonzosa, pero resultaba imposible de dominar. Notó que el rubor le cubría las mejillas mientras hundía los dedos en el pelo de Afdza y presionaba sus labios contra los de él.

—Tú eres el héroe —dijo después, respirando entrecortadamente—. Y tú puedes impedir la masacre.

—Pero ¿cómo, estrella mía, cómo?

—¿Quieres saber cuál es el auténtico origen de tu cicatriz? —musitó ella, y apretó la cabeza de él contra su hombro para susurrarle unas palabras al oído.

Afdza se apartó y le lanzó una mirada estupefacta. De pronto una lágrima se desprendió de su único ojo y se deslizó por su mejilla. Empezó a negar con la cabeza.

—Sabes que es verdad —murmuró Arima—. Lo sabes con el corazón. Y aquí está la prueba —dijo, señalando el rollo de pergamino.

Afdza procuró pronunciar palabras sensatas, pero fue en vano.

—Hemos de decírselo —añadió Arima—. Llévame con él mañana, antes de que empiece la batalla. Si ambos nos presentamos ante él, nos creerá. Ayúdame a salvar a Roldán, Afdza. Por nuestro amor.



Más tarde, ambos estaban tendidos en el lecho de Afdza, estrechamente abrazados. Se habían unido de manera natural. No fue el amor que Afdza experimentaba con Laila y Nuri, el amor juguetón que disfrutaba superando todas las fronteras como si se degustara un menú exquisito y cuyo único objetivo era obtener el máximo placer. Fue la necesidad de por fin ser uno solo, entregarse el uno al otro, estar tan próximos como solo pueden estarlo dos personas en el acto de amor y

únicamente si ambos sienten que solo viven por el otro y a través del otro. Fue la unión de dos seres que habían aguardado demasiado tiempo para satisfacer su amor, una unión tan ardorosa como tierna, breve y al mismo tiempo eterna. Albergaba la promesa de que, si existiera una oportunidad para ambos, su amor sería todavía más juguetón y más delicioso que todos los revolcones vividos por Afdza con sus compañeras de juego y con muchas otras mujeres. Y era bueno que fuese así.

Nunca había sido tan maravilloso.

Afdza rodeaba a Arima con el brazo, pensando en cuán corta podía ser una noche cuando uno temía que fuese la única y la última que podría pasar con la persona amada.

—Todo fue una mentira —murmuró él por fin—. Toda mi vida, toda la vida de Roldán. He vivido un tiempo prestado que en realidad no debería existir.

—Esto no es una mentira —dijo Arima y se acurrucó contra él.

Afdza volvió a preguntarse de cuánto tiempo dispondrían ambos y si realmente este solo se dejaba medir en horas.

—No. Esta es la única verdad de toda mi lamentable existencia.

—¡No eres lamentable! ¡Eres el hombre que amo!

—Incluso me encontré ante ella —prosiguió Afdza sin hacer caso de las palabras de Arima—. Ante Bertha. Hablé con ella. Cabría suponer que debió haber existido algo, una chispa de reconocimiento, por su parte o por la mía...

Arima le acarició la cicatriz que surcaba la cuenca vacía de su ojo.

—Eras un niño y te convertiste en un hombre —dijo ella—. Y Bertha vive tan sumida en el pasado y en el infierno de su supuesta culpa que el presente no tiene significado real para ella.

—¿Sabes que engatusó a Ganelón dándole la esperanza de que podría reconquistar su amor, pero que desde el principio aceptó el riesgo de sacrificarlo?

—Ganelón se encuentra en el castillo de Roncesvalles. Los médicos de Carlomagno lo dejaron allí cuando la vanguardia del ejército prosiguió su camino. Dijeron que continuar el viaje no le convendría. Se está muriendo, Afdza: a causa de su espinazo roto, que le impide volver a ser un guerrero, y también porque se le ha partido el corazón. Ayer hablé largamente con él cuando regresé de la corte del dux de Gascuña y me lo encontré en Roncesvalles. Siempre ha sido consciente de que Bertha aceptaría que él muriera con tal de asegurar la supervivencia de Roldán. Dijo que se hubiese sacrificado por su propia voluntad... para que su hijo pudiera sobrevivir. Pero creo que sobre todo porque le daba más valor a pasar una última noche con Bertha que a cualquier otra cosa.

Arima se incorporó.

—¿Me contarás lo que te ha ocurrido desde entonces?

—¿Quieres que te cuente una historia sobre la guerra?

—Quiero que me cuentes una historia sobre ti —dijo, y lo besó.

La persecución del ejército franco condujo a Afdza a través de una comarca ya saqueada por los francos durante el camino de ida. La primera vez que la atravesaron, los francos se habían llevado todo lo aprovechable. De regreso tenían prisa y no se mostraron muy considerados con quienes habían regresado a sus aldeas devastadas y fueron sorprendidos por la reaparición del ejército... sobre todo cuando intentaron defender los restos de sus posesiones. Afdza y sus guerreros se toparon con granjas en llamas, cadáveres de hombres, mujeres y niños. En algunas aldeas los saqueadores habían derramado las existencias de agua y vino de los campesinos a fin de descubrir posibles objetos de valor enterrados. Si bien la tierra removida había vuelto a ser apisonada, allí el líquido se absorbía con mayor rapidez y delataba el escondite. Los sarracenos se toparon con numerosos lugares desfondados y a menudo precisamente allí descubrieron la mayoría de cadáveres.

Los guerreros instaron a Afdza a marchar con mayor rapidez para obligar a los francos a avanzar y, de esa forma, evitar los saqueos. Pero Afdza debía apostar por el efecto sorpresa si quería que la vanguardia se adelantara. Carlomagno solo permitiría que la retaguardia se rezagara en el paso tras asegurarse de que ningún ejército sarraceno le seguía.

Afdza había rechazado los deseos de sus subcomandantes y ellos comprendieron sus motivos. Los hombres que condujo a paso forzado a través de los valles y las montañas hasta el pie del paso formaban un ejército triste, mudo y amargado. El ejército franco se desplazaba con velocidad asombrosa y los sarracenos tuvieron que darse prisa para no llegar demasiado tarde al paso.

Como era de esperar, la retaguardia había seguido la marcha del ejército todo el tiempo, y tampoco se rezagó cuando atravesaron la región desértica al norte de Siya y las colinas circundantes; solo lo hizo cuando después de dejar atrás Iruña el terreno empezó a ascender hacia el paso. Su tarea consistía en velar por la seguridad del contingente, que incluía a los herreros, armeros, curtidores, guarnicioneros, cordeleros, carniceros, panaderos y cocineros que acompañaban al ejército, y también a los portadores de las tiendas, los escribientes, los heridos y los mercaderes con los cuales los guerreros negociaban su botín. Los francos habían preparado esa campaña militar con excesivas prisas y el contingente no era tan numeroso como el de una campaña bien organizada; faltaban las mujeres y los hijos de los comandantes y oficiales, las putas de campamento, los músicos, los cuentacuentos y los demás negociantes que, generalmente, demoraban el avance de la vanguardia. Sin embargo, el contingente avanzaba cada vez con mayor lentitud, y ello se debía a los carros que transportaban el botín. Los había escogido Afdza, y adrede seleccionó los peores. Cuando el terreno se volvió más escabroso las ruedas empezaron a soltarse, los ejes se partían y las pértigas se astillaban, obligando a los carpinteros a realizar

reparaciones constantes. Afdza había procurado que el número de carros fuese el más reducido posible, para que el botín pareciera más abundante de lo que era ya que abultaba mucho, y porque suponía impedir el trasvase del botín a algún carro libre en caso necesario.

Con pesar, Afdza había pasado junto a numerosos objetos arrojados a un lado del camino por los francos, pues tras apoderarse de ellos no los consideraban lo bastante valiosos como para conservarlos: tallas de madera y de asta, vajilla, sobre todo alfombras, tapices y paños. Para los dueños sí habían tenido valor, pero ahora estaban ahí, tirados al sol, destiñéndose y estropeándose. A Afdza le hubiese gustado permitir que sus guerreros se apropiaran de algunos de esos objetos desechados, pero el ejército sarraceno marchaba ligero de equipaje y no tenía tiempo de cargar con cosas innecesarias.

—Dimos alcance a los francos en Zubiri, cuando tuvieron que cruzar el viejo puente romano sobre el río Arga —contó Afdza—. Eso los detuvo; los atacamos y derrotamos.

—Lo dices como si hubiese sido una simple maniobra —dijo Arima, y Afdza notó que temblaba.

—No lo fue, estrella mía, no lo fue... —susurró.

Hubo un silencio. Había cosas sobre las que no hacía falta hablar; sin embargo, las imágenes no dejaban de surgir, y con estas, los sentimientos.

Como la sorpresa cuando supo que quien comandaba la retaguardia era Roldán, no Ganelón, y que, a excepción de este, iba acompañado del resto de paladines, además de cuatro centurias de infantería y cinco de caballería.

El ataque casi se quedó atascado porque ni Afdza ni sus guerreros habían contado con que deberían luchar contra toda la élite del ejército franco. Para enfrentarse a la superioridad táctica de los francos con algo equivalente, hacía cierto tiempo Afdza había insistido en que los sarracenos siguieran el ejemplo de la única fuerza militar tan exitosa como la del reino franco: la de los romanos. Para alcanzar la velocidad necesaria, Afdza solo había conducido media legión de infantería hasta las montañas, además de una centuria de caballería ligera. Pero había elegido el lugar del ataque con inteligencia. La mitad del contingente ya había cruzado el puente, la otra aún se encontraba ante este y los pesados carros que transportaban el botín estaban a punto de cruzarlo. Dos destacamentos de caballeros al mando de Beggo de Septimania y Otker de Aregaua se habían adelantado y todavía no podían intervenir porque el puente estaba obstruido; lo mismo les ocurría a doscientos infantes que se encontraban al otro lado del puente, separados de los acontecimientos. El número de hombres de Afdza era diez veces mayor que la infantería de Roldán y, aun así, los sarracenos sufrieron bajas terribles. Los caballeros habían caído sobre la infantería como una tormenta sobre un campo de trigo, cobrándose una cosecha sangrienta.

Afdza no logró formar un muro de escudos y lo único que pudo hacer fue molestar a la infantería franca con su caballería ligera, de manera que Roldán tampoco pudo formar su propio muro, salvo el anillo defensivo que dispuso ante el puente. Los jinetes sarracenos a derecha e izquierda de Afdza fueron derribados por las flechas francas, sus soldados de infantería murieron bajo las lanzas de los caballeros, derribados por las hachas y pisoteados por la caballería enemiga. Los francos se dedicaron a dar caza a los pequeños grupos que no lograron formar unidades más grandes y que, debido a la estrechez del valle, tampoco podían esquivarlos; además, trataron de abatir sobre todo a los *centenarius* y decanos para dejar a la tropa sin liderazgo. En breve tiempo, un ataque muy bien planeado se convirtió en un combate desesperado, mientras que la vanguardia del contingente solo se había visto ligeramente entorpecida.

Los sarracenos habían estado a punto de perder el valor y Afdza recordó lo que Roldán había hecho ante Iruña.

El recuerdo del combate junto al puente era tan vívido como si aún se estuviera librando. Volvió a recordar cómo reunió a los jinetes restantes en torno a sí, cómo galopó a través del campo de batalla en una carrera enloquecida y zigzagueante entre los caballeros enemigos a fin de formar a los jinetes dispersos, porque había llegado el momento de acometer una acción osada. Se colocó en cabeza de un cúneo que se desprendió de la refriega más cercana y se lanzó contra el muro defensivo de Roldán, dejando atrás a los caballeros, más pesados y torpes que la caballería ligera sarracena. Sabía que con la caballería ligera no lograrían romper el muro de escudos situado ante el puente. Sabía que aquellos de sus hombres que sobreviviesen al ataque, después tendrían que enfrentarse a los caballeros que acudían al galope en defensa del muro de escudos... pero también sabía que era su única oportunidad de separar la caballería franca de su infantería e impedir que volviera a formarse.

Vio cómo Roldán abandonaba el muro de escudos y lo aguardaba.

Tuvo que recordarse que no quería volver a luchar con él, pero que debía matarlo.

Sospechó que algo del plan de Solimán no encajaba... o que, con sus mortíferas consecuencias, se desarrollaba exactamente como el valí lo había planeado en secreto y, presa de la furia, pensó que en el fondo él solo era una pieza en el tablero de *shatranj*.

Entonces vio que el destino, o el único Dios Todopoderoso, le ofrecía la oportunidad de modificar el curso de ese combate. Dos caballeros francos situados al otro lado del río habían espoleado sus caballos, lanzándose ladera abajo hacia la escarpada orilla junto a la que discurría el camino. El corcel de uno de ellos había tropezado y arrojado a su jinete al agua, pero el otro remontaba la orilla opuesta. Su jinete volvió a espolearlo en dirección al cúneo de Afdza.

Afdza reconoció a Remi de Vienne, que se aproximaba al galope y lanza en ristre.

—¡Conservad la formación de cúneo! —ordenó el sarraceno a sus jinetes.

Entonces se adelantó al cúneo, miró por encima del hombro y vio que un decano

sarraceno ocupaba su puesto en la punta del cúneo. Luego volvió su caballo y galopó hacia Remi.

Vio cómo el joven paladín preparaba la lanza, se acercaba y creyó oír el atronador golpeteo de los cascos del pesado animal. Lo sensato hubiera sido conducir su propio corcel para cruzarse por la izquierda, porque entonces Remi habría tenido que cambiar la posición de la lanza por encima de su caballo. Pero Afdza no se desvió y tuvo la sensación de cabalgar directamente hacia la punta de la lanza. Vislumbró los rasgos crispados de Remi y su boca abierta soltando rugidos de rabia. Pasó la cimitarra de su mano derecha a la izquierda y, en vez de apartar la lanza con la cimitarra, se inclinó sobre el cuello de su corcel. La lanza pasó por encima de su espalda a solo un palmo de distancia y oyó el alarido furibundo de Remi cuando ambos corceles se cruzaron a galope tendido. Se incorporó, tiró de las riendas e hizo girar su caballo. Remi también se disponía a imitarlo y Afdza se asustó al ver la rapidez con que lo hacía; el paladín volvió a espolear su caballo, una vez más lanza en ristre.

Afdza alzó el hacha que había arrancado del carcaj de la silla de Remi al pasar junto a él y lanzó su corcel contra Remi, que se enderezó con expresión sorprendida y bajó la vista al vacío carcaj.

Afdza arrojó el hacha cuando ambos contendientes se encontraban a unos veinte pasos de distancia. El paladín no podía esquivarla y su propia velocidad hizo que el golpe del arma fuese aún más violento. El hacha le partió el cráneo, Remi cayó hacia atrás y rodó por tierra como un muñeco. Su caballo pasó desbocado junto a Afdza mientras este visualizaba una imagen alegre y cordial de Remi de Vienne confundida con la del hacha clavada en su rostro ensangrentado. Afdza miró por encima del hombro sin detenerse. No podía hacerle el honor al adversario caído de inclinarse ante su cadáver, debía fingir que su muerte era algo accesorio que no debía desviarlo de su meta: el muro de escudos de Roldán. El paladín abatido quedó deslavazado en el suelo, retorcido y sin vida, como un desecho.

Afdza no podía oírlo, pero sabía que Roldán aullaba de espanto. El joven franco abandonó su posición ante el muro de escudos y echó a correr hacia el lugar donde había caído su amigo. Incrédulos, sus guerreros tuvieron que presenciar la derrota de un paladín y encima su comandante los dejaba en la estacada... mientras la caballería enemiga se acercaba al galope encabezada por Afdza, su comandante en jefe.

Los guerreros retrocedieron, el muro se deshizo y los cazadores se convirtieron en presas.

Una parte de la infantería sarracena cobró valor y se rehízo pese a que la caballería enemiga se lanzaba contra ellos. Los caballeros giraron ante el muro de escudos erizado de lanzas y detrás del muro los arqueros se prepararon. Los *centenarius* de Afdza recurrían a lo que su comandante en jefe había querido poner en práctica ante Siya. Las flechas silbaron. Durante la preparación para la defensa de Siya, Afdza les había inculcado a sus guerreros cómo diferenciar a los paladines de

los otros jinetes francos. Los arqueros lo recordaban y dieron en el blanco...

—La noche tras el combate volví a tener ese sueño —dijo Afdza—. Estaba de pie en la amplia llanura, los muertos yacían diseminados como siempre, el viento me azotaba... Pero de pronto todo había cambiado. Algo me rozó el pie y bajé la vista. Alguien había sobrevivido a la masacre: un niño pequeño. Estaba ensangrentado de pies a cabeza y aferraba algo: un cuerno agrietado engastado en plata. Justo a su lado yacía un guerrero empuñando una espada partida. Tenía varias flechas clavadas en el cuerpo y había perdido el yelmo rematado por una larga y negra cola de caballo, pero su rostro no presentaba heridas. Al parecer, había intentado proteger al niño hasta el final. Llevaba el acostumbrado bigote franco pero tenía el cabello largo, tan negro como el mío. Alcé al niño en brazos, lo llevé hasta el estanque y le lavé la cara. Había recibido un mandoble, un corte en el lado izquierdo del rostro que le había quitado un ojo...

Afdza notó el roce de los dedos de Arima por la cicatriz, le cogió la mano y la besó.

—Contemplé mi reflejo en el estanque y vi que mi propia cara estaba intacta. Y se parecía a la de Roldán.

Apoyó la mano contra la mejilla de Arima, que la apretó contra su mano, al igual que a la vera del camino de Patris Brunna, cuando ambos creyeron que nunca volverían a verse.

—Por fin comprendo el significado de mi sueño —continuó—. El guerrero muerto es Milan d’Otun: mi padre. El niño pequeño soy yo. El cuento de mis padres sarracenos, el de la astilla de vidrio que me quitó el ojo... Todo eso era una mentira a fin de convertirme en lo que soy: ¡el instrumento de Solimán para vengarse de Carlomagno!



Adalric de Gasuña tenía problemas.

Acampaba con los rebeldes vascones y algunos gascones que se habían unido a ellos en una zona boscosa, aguardando el momento para intervenir.

Gracias a los vascones, buenos conocedores de la zona, había podido observar tanto la retirada del ejército franco como el avance del de Afdza desde un escondite seguro, y también el combate junto al puente de Zubiri. La brutalidad de la lucha lo había conmocionado y había comprendido que él y su desordenada horda morirían si se entrometían en ese combate. Incluso los sarracenos finalmente se vieron obligados a retirarse ante las embestidas implacables de los caballeros francos y permitir que la mayor parte del contingente cruzara el puente. Si el comandante sarraceno no hubiera

encabezado el ataque al muro de escudos en torno a la cabecera del puente, quizás esos bastardos paganos habrían sido aniquilados.

Pero ese no era el motivo de los problemas de Adalric, sino esa condenada mujer que le había cogido el puñal y lo amenazaba. Aparentaba saber manejarlo, si bien de momento estaba desnuda. Tenía el cuerpo salpicado de verdugones y zonas amoratadas. Los hombres de Adalric la habían sorprendido en el bosque recogiendo setas y Adalric se la había llevado a su tienda y disfrutado de ella hasta que le quitó el puñal. ¡Maldita sea, debería haber maniatado mejor a la muy puta!

Se desplazaba en círculo con cautela, buscando tocar con la espalda la abertura de la tienda para huir.

—Tranquila —murmuró él—. Podemos hablar.

La muchacha solo lo miró fijamente, y sus ojos reflejaban un único deseo: ver muerto a Adalric y antes hacerlo sufrir lo indecible. Entonces se dio cuenta de su propósito y se detuvo, de espaldas a la entrada de la tienda, impidiendo que él huyera. Adalric carraspeó y tragó saliva.

De pronto, alguien sujetó a la muchacha por detrás y le quitó el puñal. Ella pateó y jadeó, y Adalric soltó un suspiro de alivio. Su salvador era el comandante vascón que se había unido a Adalric con sus vasallos.

El vascón contempló a la muchacha e hizo una mueca.

—Esta guarra quería apuñalarme —mintió Adalric.

El vascón le lanzó una mirada que le heló la sangre, después le dijo algo en su lengua a la muchacha, que se echó a llorar y señaló a Adalric. El vascón soltó un bufido y señaló la túnica arrugada; ella se la puso y quiso deslizarse fuera de la tienda, pero el vascón la detuvo.

—Te has olvidado de pagar —le dijo a Adalric.

Adalric cruzó los brazos y se apoyó contra el poste de la tienda con aire desenvuelto.

—Puede quedarse con el puñal —dijo, generoso.

El vascón lo miró y, con un rápido movimiento, clavó el puñal en el poste, junto a la oreja de Adalric.

—¡Santo cielo! —susurró este, y bizqueó hacia la empuñadura que aún se cimbraba.

—Está desequilibrado —dijo el vascón—. No he dado en el blanco. Si hubiese sabido cómo te gusta divertirme, habría dejado en libertad a esta muchacha. Si vuelves a tocar una mujer de mi pueblo, mi puñal dará en el blanco.

Poco después, la muchacha maltratada partió con un puñado de monedas del talego de Adalric y maldiciendo a todos sus descendientes hasta el día del Juicio Final. Adalric consideró conveniente fingir que todo estaba bien.

—¿Hay alguna novedad de tus hombres, los que vigilan a los francos? —le preguntó al vascón.

—Por eso he venido. Los sarracenos han vuelto a proponerles negociaciones de

paz a los francos. Entre mis hombres reina un gran disgusto. Los francos tomaron Iruña y la arrasaron. No merecen misericordia.

Adalric reflexionó: se le había ocurrido una idea.

—Los francos y los sarracenos todavía no saben de nuestra presencia, ¿verdad?

—Es de suponer.

—Y durante unas nuevas negociaciones de paz bajarán la guardia, porque creerán que en este lugar los únicos enemigos son los sarracenos.

—¿Pretendes atacarlos durante las negociaciones? Eso sería deshonroso.

—¿Quieres vengarte, vascón, o quieres que las ancianas junto a la hoguera digan que quizás actuaste honrosamente, pero que por ese motivo los francos se te escaparon?

El vascón lo contempló con expresión pensativa.

—Pues eso —dijo Adalric.



El recorrido hasta el campamento de Roldán emprendido por Arima, Afdza y Ealhwine al amparo de una bandera blanca entristeció a la joven.

Allí también los hombres se dedicaban a afilar sus armas, vendar sus heridas y enterrar a sus muertos; allí tampoco reinaban las ganas de combatir sino el abatimiento, y ella se preguntó qué pasaría si dos ejércitos que hacía poco habían luchado fieramente acamparan juntos en vez de separados. Y alguien procurase que los guerreros hablaran entre ellos. ¿Comprenderían que en realidad eran hermanos, que compartían los mismos miedos, los mismos dolores y el mismo cansancio? En ese caso, ¿quién podría impedir que se unieran?

Los francos los observaban. Habían talado árboles, amontonado tierra y piedras para ponerse a cubierto. El estrecho sendero que descendía a lo largo de una abrupta ladera hacia el valle estaba bloqueado por troncos en al menos una docena de lugares. Al otro lado del sendero el terreno caía casi vertical hasta el río.

—Nunca lograrás sacarlos de aquí, sarraceno —dijo Ealhwine en voz baja—. Y si envías a tus guerreros habrá una matanza. Has perdido. Roldán solo ha de esperar hasta que el ejército principal regrese en su ayuda.

—El ejército principal no sabe nada. Si Roldán hubiese enviado mensajeros los habríamos atrapado, pero no lo hizo y tampoco hizo sonar su cuerno. Mediante los cuernos, los francos se comunican a través de grandes distancias y al menos los destacamentos más rezagados del ejército principal hubieran oído la señal. Pero tampoco hizo eso, ha hecho lo de siempre: intentar no quedar como un fracasado.

Tras unos momentos, Arima preguntó:

—¿Por qué no te limitas a desistir y dejas que él y sus hombres se marchen?

Afdza luchaba visiblemente consigo mismo, pero se volvió hacia ella y dijo:

—Bertha... —carraspeó—. Mi madre dijo que Roldán tenía orden de destruir Roncesvalles y llevarte con él.

Arima creyó haber oído mal. Afdza se volvió y espoleó su caballo para adelantarse.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Arima con lágrimas de ira en los ojos—. ¿Que Roldán quiere destruir mi hogar? ¿Justamente él?

Ealhwine la miró con los labios apretados.

—Los sacrificios de la guerra —murmuró.

Pero Arima no le prestó atención; se quedó paralizada de espanto y no dejó de estarlo hasta que alcanzaron el corazón del campamento franco. Solo recuperó el oremus al ver a Roldán.

Estaba sucio y manchado de sangre, la suya o la de los enemigos muertos. Estaba ojeroso y un corte infectado le cruzaba la mejilla, una herida causada por una espada o una flecha. Parecía no haber dormido desde que el ejército emprendiera la retirada, pero permanecía de pie junto a una hoguera humeante: la madera estaba húmeda debido a la lluvia caída la noche anterior. Turpín, Beggo y Gerbert, los únicos paladines que quedaban, estaban a su lado, casi inidentificables con sus cotas de malla salpicadas de sangre. Roldán había montado el campamento a orillas del río, en un prado estrecho y alargado, a un lado protegido por el río y al otro por las abruptas laderas del valle, que a partir de allí se volvía cada vez más angosto. La niebla cubría las cimas; a un lado del campamento habían levantado toscas estructuras de madera y en dos de ellas reposaban cadáveres de guerreros enfundados en sus cotas de malla.

Si Roldán se sorprendió al ver a Afdza en compañía de Arima, no lo demostró. Parecía haberse convertido en despojo de sí mismo.

—¿Anskar y Otker? —preguntó Afdza en tono compasivo.

—Son los únicos que logramos recuperar —contestó Roldán. Quizá pretendía hablar en tono furibundo, pero solo parecía exhausto. Evitó mirar a Arima.

—Velamos a los demás a cierta distancia de nuestro campamento —dijo Afdza—. Si quieres recuperar sus cadáveres les proporcionaré un salvoconducto a tus hombres.

—¿También... —Roldán vaciló— también Remi?

Afdza asintió.

—Lo siento —dijo.

El franco bajó la cabeza.

—Yo lo siento por tu siervo Clodoveo.

—¿Clodoveo ha muerto? —exclamó Arima, dando un respingo. Se volvió hacia Afdza—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Cuando hubiese tiempo para llorar su muerte.

—Deberías sentir el mismo dolor por Remi —gruñó Roldán.

Arima había desmontado casi sin darse cuenta y se abalanzó sobre Roldán, que retrocedió sobresaltado, para aporrear su armadura con los puños.

—¡Ayer lloré por Remi! —gritó—. ¡Hoy lloro por Clodoveo! ¿Y mañana?

¿Mañana tendré que llorar por ti?

Alguien la apartó de Roldán, que no se había defendido, y, cegada por las lágrimas, notó que la alejaban de él. Se restregó los ojos; no era Afdza quien la sostenía sino el obispo Turpín, que la condujo hasta Ealhwine, que la rodeó con los brazos.

—Si esta vez has venido tú mismo para convencerme de que abandone, entonces tu viaje ha sido tan en vano como el de tus mediadores —oyó Arima decir a Roldán—. Y si crees que el hecho de que ella haya venido cambia algo...

—Arima y yo hemos de decirte algo... —empezó Afdza.

—¿Qué? ¿Que ya os habéis repartido Roncesvalles porque el auténtico señor, que por casualidad soy yo, dentro de poco se presentará ante su Creador?

La joven se zafó del abrazo de Ealhwine.

—¡Tú quieres destruir Roncesvalles! —lo acusó.

—¿Qué tontería dices? —repuso Roldán en tono irritado.

—¡Carlomagno te ordenó que destruyeras el castillo para que los sarracenos no pudieran hacerse con él! ¡Tú y Carlomagno queréis quitarme mi hogar, queréis quemar todo lo que soy, todo lo que me conforma!

—No he recibido ninguna orden de destruir Roncesvalles —dijo Roldán, desconcertado—. Y además nunca lo haría, incluso si ocurriese un milagro y todos saliéramos de aquí con vida.

—Yo mismo oí hablar de esa orden —terció Afdza.

—¿Dada por quién?

Afdza miró en derredor.

—¿Dispones de una tienda donde hablar en privado?

Arima volvió a inquietarse al oír el tono grave de Afdza.

—Sí. Pero quiero que Turpín esté presente.

—No, no, hijo mío —dijo el obispo—. Será una conversación que solo os atañe a vosotros tres; además, el erudito y yo hemos de hablar de ciertas cosas. He garabateado un discurso fúnebre para mí y quiero que él me corrija los errores.

—Empezaré por enseñarte a pronunciar mi nombre —respondió Ealhwine, y Arima notó que estaba conmovido.

Roldán los invitó a entrar en su tienda. No contenía muebles, el lecho solo eran unas mantas apiladas en un rincón. Todos se sentaron en el suelo.

Afdza contempló a Roldán con expresión seria y dijo lentamente:

—Fue tu madre quien me contó la falsa historia de destruir Roncesvalles, pero me mintió porque ignoraba a quién tenía ante sí, quién soy. Hasta hace escasas horas yo tampoco lo sabía. Escucha lo que Arima ha de contarte. Ella no mentará.

Así que la joven le narró la historia que ella y Ealhwine habían deducido a partir de los documentos de los monjes del convento y que había sido confirmada por

Pilgrim de Vienne y Ganelón de Ponthieu. Era la historia de dos niños pequeños, uno de seis y el otro de ocho años de edad, que creían ser hermanos y que un *comes* franco llamado Milan d'Otun consideraba sus hijos. Sin embargo, solo uno de ellos era su hijo carnal: Balduino, el mayor de los dos. El menor, Roldán, en realidad era hijo de su hermano Ganelón de Ponthieu, pero Milan d'Otun lo ignoraba, puesto que ni Bertha de Laon, su esposa, ni su propio hermano Ganelón jamás se lo habían confesado.

Arima le habló de la traición cometida por Carlomagno a Solimán bin al Arabi sin que Pipino, su padre, lo supiera, cuando aquel le pidió ayuda a los francos. Le relató la misión que Carlomagno montó en secreto y encargó a su cuñado Milan d'Otun, una misión para la cual solo fueron elegidos los jóvenes nobles que Carlomagno contaba entre sus amigos más íntimos. Entre ellos también había un hombre llamado Pilgrim de Vienne.

Milan partió de su finca con sus hombres. No sabía que en uno de los carros que transportaban las provisiones y los regalos se había ocultado otro viajero: Balduino, el hijo de Milan de ocho años. Tardaron bastante en descubrir su presencia.

A la edad de Balduino, la mayoría de los hijos de los nobles francos eran enviados a casa de un aliado o un pariente de rango más elevado, con el fin de reforzar los vínculos entre familias amigas. De todos modos, Balduino abandonaría el hogar familiar bastante pronto, así que Milan consideró que no le haría daño acompañar a su padre en una misión y adquirir cierta experiencia.

Quizás hacía mucho que Milan sospechaba que en su casa no todo era como debía ser y que su mujer y su hermano no solo compartían los sentimientos adecuados entre cuñados. Tal vez consideró que Bertha se lo tenía merecido si durante un tiempo sentía preocupación por su hijo mayor. En todo caso, solo le envió un mensajero con la noticia de que Balduino estaba con él cuando su grupo ya había alcanzado el último gran asentamiento antes de llegar a las montañas. Escogió a Pilgrim como mensajero, porque era su mejor amigo y además el jinete más veloz.

Ganelón de Ponthieu era el único que sabía lo que Balduino había hecho. El muchacho se lo confió y Ganelón lo animó. Sin el menor miramiento, le confesó a Arima que se había alegrado de pasar un tiempo a solas con Bertha y su hijo Roldán y que por eso no detuvo a Balduino. Además, ¿por qué habría de hacerlo? ¡Milan viajaba en misión de paz!

La delegación atravesó el paso de Ibañeta con lentitud debido a los carros, y después emprendieron camino a Medina Barshaluna, donde simularían negociar una alianza con Solimán. Pero en realidad solo debían tantearlo y después ponerse en contacto con el adversario de Solimán: Abderramán, emir de Qurtuba. Milan ignoraba que hacía mucho tiempo que el valí de Medina Barshaluna sabía que había sido engañado. En el convento situado debajo del castillo de Roncesvalles, los ancianos monjes documentaron fielmente el paso del grupo de Milan.

Cuando los jinetes sarracenos salieron al encuentro del grupo en algún lugar entre

Iruña y Medina Barshaluna, Milan los tomó por un comité de recibimiento y solo se percató de su terrible error cuando sus guerreros cayeron de sus caballos derribados por las flechas sarracenas. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir victorioso, pero se defendería a sí mismo, a sus hombres y sobre todo a su pequeño hijo cuanto pudiera y con el mayor coraje. Desmontó y ordenó a sus hombres que también desmontaran.

Entonces empezó la masacre.

Y dos semanas después, en el convento de Roncesvalles, los monjes documentaron el paso de un jinete solitario llamado Pilgrim de Vienne que iba de camino a la salida sur del paso. Unos días después documentarían su regreso, pero entonces era un hombre derrotado que lloraba la muerte de sus compañeros de armas, de su mejor amigo y de su hijo, y que sabía que aún lo aguardaba la misión más terrible: comunicarle a la joven viuda que había perdido a su esposo y a su hijo mayor. Callaría la verdad para no aumentar su dolor: que no había encontrado los despojos del niño en el campo de batalla y que los sarracenos debían de haberlo raptado para torturarlo hasta la muerte en una lóbrega mazmorra o venderlo como esclavo en África.

Tras el relato de Arima, un silencio incrédulo reinó en la tienda de Roldán.

Después de unos momentos, Afdza tomó la palabra.

—No recuerdo nada de todo aquello. Los sarracenos me raptaron, pero no me torturaron ni me vendieron como esclavo: me salvaron. Sospecho que el propio Solimán encabezó el grupo que aniquiló a Milan y sus guerreros. En mis sueños siempre he visto cómo los sarracenos se acercaban mientras yo permanecía solo en medio de un campo de batalla sembrado de cadáveres. En realidad, debieron de haberme encontrado malherido entre los muertos y, en vez de ordenar que me dieran muerte, Solimán me llevó consigo e hizo que me curaran las heridas. Después me regaló, pues yo todo lo había olvidado, un nuevo recuerdo de un padre muerto que supuestamente había sido uno de sus oficiales, y luego me proporcionó maestros que me enseñaron su lengua y una vida que ahora me ha traído a este lugar: a ti, hermano mío.

Roldán trató de decir algo pero no lo logró. Arima, que ya no soportaba lo que estaba presenciando y cuyo enfado por Roldán se había desvanecido hacía un buen rato, le cogió la mano. Roldán no la retiró.

—Hasta ahora no podía... no podía recordar que tenía un hermano —se lamentó por fin.

Afdza asintió con la cabeza.

—Perdí la memoria por completo, quizá debido a las heridas y a las semanas durante las cuales luché contra la muerte, pero ¿tú?

—No lo sé... Solo sé que siempre anhelé tener un hermano —dijo Roldán.

Los ojos de Arima se llenaron de lágrimas.

—Allí donde no llega la razón, ambos lo supisteis —murmuró—. Ni siquiera podíais odiaros al enfrentaros como adversarios en el combate.

Roldán sacudió la cabeza.

—¿Y dices que... dices que Ganelón...?

—Ganelón es tu padre —confirmó Arima.

—¡No! ¡No lo creo, no puedo creerlo! ¿Por qué me decís algo así? Es un truco del sarraceno, ¿verdad?

Roldán se volvió hacia Arima y ella notó que procuraba convertir su confusión en rabia, porque le resultaba más fácil enfurecerse que enfrentarse al hecho de que su mundo acababa de desmoronarse.

—¿Acaso esta es tu manera de vengarte porque tuve el atrevimiento de amarte, Arima?

Aunque fue como si le clavaran un puñal en el corazón, ella hizo caso omiso de esa acusación.

—El propio Ganelón me lo confesó, Roldán.

—¿Y entonces por qué no ha venido contigo? Puesto que ya es capaz de contar historias semejantes, debe de encontrarse mejor, ¿no? Pero ¡no se atreve a decirme esa mentira a la cara!

—Ganelón agoniza —dijo Arima en tono suave—. Se encuentra en Roncesvalles; la última vez que lo vi ya no podía mover los brazos ni las piernas.

—¡Dios mío! —exclamó Roldán, mirándola fijamente.

—Tú no tienes la culpa.

—Qué muerte tan atroz para un guerrero... Y qué sarta de mentiras... —Roldán carraspeó, avergonzándose de su comentario—. ¡Carlomagno jamás dio la orden de destruir Roncesvalles, Arima! Y aunque lo hubiese hecho, me habría negado a cumplir dicha orden, incluso si me hubiera visto obligado a defender Roncesvalles contra el ejército franco. ¿Me crees?

—Nuestra madre me contó esa mentira —terció Afdza—. Solimán la convenció de ello para asegurar la aniquilación de gran parte del ejército franco y para que Carlomagno jamás vuelva a atreverse a emprender una campaña contra los sarracenos. Creo que se trata de una venganza largamente planeada de Solimán por la traición de Carlomagno en aquel entonces. Todos somos piezas en los tableros de otras personas.

—Bertha consiguió que Ganelón le exigiera a Carlomagno el mando de la retaguardia —dijo Arima—. Eso debía impedir que Carlomagno te pasara ese mando a ti. Ganelón estaba dispuesto a ir a la muerte por amor, por amor hacia ti y hacia vuestra madre. Nadie contó con que tú y él os pelearais y que Ganelón sufriera heridas tan graves que el mando de la retaguardia acabara por recaer en ti.

—¡Sí, Solimán contó con ello! —dijo Afdza repentinamente—. Por eso me envié al campamento de Carlomagno durante la firma del tratado de paz, por eso me dio el

olifante para que lo llevara como obsequio: sabía muy bien cómo reaccionarías, Roldán. Quería golpear a Carlomagno donde más le dolía. La muerte de Ganelón durante la aniquilación de la retaguardia le hubiese dolido, pero no conmocionado. Sin embargo, tu muerte, de la cual Bertha lo acusaría... Creo que el plan de Solimán consistía en hacer que Carlomagno se sintiera tan solo y abandonado como él se había sentido antaño, cuando se dirigió a Carlomagno pidiendo ayuda y comprobó que pretendían engañarlo.

—Bertha también actuó impulsada por amor —dijo Arima—. Antaño traicionó a Milan engañándolo con Ganelón, y traicionó a Afdza sin saberlo... Y todo eso sucedió solo debido al amor y al miedo de perder a su supuesto único hijo: a ti.

—¡Qué tragedia tan absurda! —espetó Roldán—. ¿Y de qué nos sirve conocer los detalles?

—Todo aún puede salir bien —insistió Arima—. ¿Por qué no quieres rendirte a Afdza? ¡Dado lo que ahora sabes, eso ya no supone una vergüenza!

Roldán tomó aire. Tenía el rostro crispado, pero no llegó a replicar porque Turpín irrumpió en la tienda con la espada desenvainada.

—¡Salid, daos prisa! —gritó—. ¡Rápido!

Todos siguieron al obispo fuera de la tienda.

—¡Quédate en la tienda, allí estarás más segura! —gritó Afdza a Arima, pero ella lo ignoró.

Dos guerreros francos habían arrastrado a un hombre hasta allí; estaba tendido en el suelo y gemía. Tenía dos flechas clavadas en el cuerpo pero las heridas no parecían mortales.

—Soy amigo... —murmuró—. Traigo un... un mensaje —balbuceó, soltando otro gemido—. Soy amigo...

—No llevaba bandera de parlamentario y parece un sarraceno —explicó uno de los francos.

Arima se arrodilló junto al hombre.

—¡Porque es un sarraceno, so memo! —exclamó.

Afdza se inclinó por encima de ella; el herido parpadeó y alzó la mirada.

—*Sidi...* —gimió.

—¡Abu Taur! —exclamó Afdza, atónito.

Abu Taur trató de coger la mano de Arima.

—Os... atacarán. Atacarán a los francos. Una joven vino al convento esta mañana... la habían golpeado. Les dijo a los monjes que... —Abu Taur trató de incorporarse y luego bajó la vista—. Por la palabra del Profeta —murmuró y soltó la mano de Arima para tantear las flechas—, ¿es que no me han mutilado suficiente ya? —añadió y puso los ojos en blanco.

—¿Qué significa esto? —preguntó Roldán—. ¿Quién es este hombre?

Abu Taur volvió a abrir los ojos.

—Adalric de Gasuña encabeza a unos cientos de guerreros vascones —dijo

lentamente—. Quieren aniquilar a los francos. Yo... yo cabalgué hasta tu campamento, *sidi*, para informarte de ello. Allí me dijeron que tú y Arima Garcez habíais venido al campamento franco para volver a negociar. Quise... quise advertiros...

Afdza le clavó la mirada.

—¡Maldición! —dijo—, ¿cómo es que yo no sabía nada de esos vascones?

Abu Taur volvió a coger la mano de Arima.

—¿Ahora he pagado... mi deuda de gratitud, señora?

Arima asintió y le acarició la mejilla; Abu Taur suspiró y cerró los ojos.

—Llevadlo a la tienda de Roldán —ordenó, sin reparar en que allí ella no tenía derecho a dar órdenes—. Que alguien se ocupe de él. Si sus heridas son tratadas con rapidez se salvará.

De pronto resonó un alarido agudo que parecía provenir de todas partes: el campamento franco estaba rodeado.

Roldán clavó la vista en Afdza y Arima se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—¡Es una trampa! —rugió el franco—. ¡Me hiciste creer que estaba a salvo con tu palabrería y entretanto condujiste a tus aliados hasta aquí! ¡Durante las conversaciones de paz!

—¡No! —gritaron Arima y Afdza al unísono.

Roldán se llevó la mano al cinturón, pero había dejado la espada en la tienda. Ciego de ira, se inclinó hacia un montón de armas que debían de haber pertenecido a los guerreros caídos y recogió una espada.

—¡No eres mi hermano! —bramó y se lanzó contra Afdza, pero este no retrocedió—. Si tuve un hermano, fue asesinado por los sarracenos hace trece años. ¡Por tu gente! ¡Y Ganelón no es mi padre! —Parecía darle igual que lo escucharan los demás guerreros—. ¡Me engañaste, so miserable! —gritó y arremetió.

Algo interceptó el golpe y Arima se volvió bruscamente. Afdza mantenía la vista clavada en el rostro de Roldán. Tampoco había retrocedido ante la embestida y ni siquiera parpadeó cuando la espada de Roldán se detuvo a un palmo de su cuello.

Turpín había detenido el golpe con un largo bastón rematado en una punta dorada y en la otra por una pieza curva: un báculo de obispo.

Roldán soltó un grito de rabia y le pegó un empujón a Turpín. El obispo tropezó hacia atrás y Roldán volvió a blandir la espada, pero entonces Arima le hizo una zancadilla, como antaño cuando él la besó sin pedirle permiso, y Roldán perdió el equilibrio. Entonces por fin Afdza despertó de la parálisis y le asestó un golpe en la muñeca. Roldán perdió la espada, cayó de espaldas y cuando volvió a alzar la vista, Afdza se inclinaba sobre él empuñando la espada.

Los alaridos que retumbaban desde las laderas circundantes aumentaron de volumen y por todo el campamento resonaron las órdenes de los comandantes francos.

—Largaos —dijo Turpín, que se había puesto de pie y apartó a Afdza. Roldán

tosió y trató de incorporarse, pero Turpín le apoyó un pie en el pecho—. ¡Largaos los tres, vamos, deprisa! —rugió el obispo.

—Nosotros no tenemos nada que ver... —adujo Arima.

Entonces vio que Afdza y el obispo intercambiaban una mirada, y acto seguido el sarraceno arrastró a Arima hasta su caballo y la subió a la silla sin el menor esfuerzo; luego ayudó a Ealhwine a montar. Turpín se alejó de Roldán y le lanzó el báculo obispal a Ealhwine.

—¡Ponlo a salvo por mí! —gritó—. ¡Y no te atrevas a arrojarlo a un lado mientras cabalgas, so erudito!

Arima hizo bailotear su caballo y vio que Roldán todavía estaba tendido en el suelo y que Gerbert y Beggo ya estaban ocupados en reunir a sus guerreros. Turpín echó a correr en dirección opuesta y, sin detenerse, le lanzó una mirada por encima del hombro a la joven. Al tiempo que partían al galope, ella vio como Turpín se inclinaba y ayudaba a Roldán a levantarse.

Se inclinó por encima del cuello del corcel cegada por las lágrimas. Todo estaba perdido.

Abandonaron el valle al galope y sin aliento mientras los vascones surgían de sus escondites y se lanzaban ladera abajo, un caos de guerreros que corrían bramando y arrojando lanzas y hachas, de flechas que silbaban y derribaban hombres, de maldiciones y gritos de dolor. Afdza acercó su corcel al de Arima y quiso coger las riendas, pero ella le gritó y él, sin comprender sus palabras, supo que debía ocuparse de sí mismo. Habían acudido al campamento sin armas, pero Afdza tenía la espada que le había quitado a Roldán y la blandió trazando mortíferas curvas al tiempo que avanzaba a galope tendido junto a Arima y Ealhwine a lo largo del estrecho sendero. Las barricadas formadas por los troncos de árbol bloqueaban el camino y los ralentizaban, y ante la penúltima los vascones estaban tan próximos que uno de ellos se abalanzó sobre Arima. Ella le pegó una patada y el hombre cayó hacia atrás y las afiladas puntas de las ramas se le clavaron en el cuerpo. Otro se colgó de la silla de Ealhwine, se dejó arrastrar y procuró derribar al erudito mientras este se aferraba a su montura con expresión temerosa. Pasaron junto a un grupo de guerreros francos y uno de ellos le asestó un hachazo al vascón. Ealhwine casi cayó por el otro flanco del caballo, y entonces el vascón desapareció bajo los cascos. Afdza vio una lanza volando hacia él y la esquivó. Allí delante estaba la salida del valle; era como si centenares de hombres aparecieran entre los árboles y se derramaran ladera abajo para cerrar la salida. Era cuestión de segundos. O lograban alcanzar la estrecha salida antes de que los vascones llegaran al fondo del valle o bien los matarían.

—¡Más aprisa, más aprisa! —bramó Afdza.

Arima galopaba a su lado, los cabellos al viento, inclinada sobre el cuello de su corcel con expresión intrépida y concentrada y, pese al pánico que lo invadía, el

sarraceno sintió una oleada de amor por ella. Justo delante, un guerrero vascón fue el primero en alcanzar el fondo del valle, tropezó y se volvió con la espada en alto. Ellos lo atropellaron. Un segundo vascón alzó el hacha dispuesto a arrojarla, pero Afdza le lanzó la espada y se la clavó en la garganta. Casi habían logrado salir del valle.

De pronto, todo pareció haber sido en vano cuando otro vascón apareció a toda carrera con una red, la aventó por encima de su cabeza y la arrojó sobre Arima. Ella soltó un grito y las ásperas cuerdas la envolvieron. El vascón afianzó los pies en la tierra para derribar a su víctima de la silla. Arima se debatía, notaba el tirón de las cuerdas... Hasta que el vascón soltó la red y durante un momento corrió junto al caballo de Arima: un bastón guarnecido de oro surgía de su pecho y, mientras Afdza contemplaba la escena con expresión atónita, la sangre salpicó a derecha e izquierda de la herida. El vascón cayó boca abajo y el bastón se clavó en el suelo. La punta del bastón que surgía de su espalda estaba rematada por una pieza curva en forma de zarzo: era el báculo obispal de Turpín.

—Me matará por esto —gritó Ealhwine.

Todos abandonaron el valle al galope, Arima aún envuelta en la red del vascón pero fuera de peligro. Los vascones no los persiguieron y los fugitivos avanzaron por el valle donde se encontraba su verdadero enemigo.

Roldán estaba perdido.



Alcanzaron el campamento sarraceno, atravesaron los anillos exteriores formados por los guardias y solo se detuvieron ante la tienda de Afdza. Los comandantes apostados ante la tienda le lanzaron miradas extrañas a Afdza.

—¿Las conversaciones tuvieron éxito, *sidi*? —preguntó uno.

—Las conversaciones se vieron interrumpidas —resolló Afdza—. Atacar a dos partes que están negociando es un procedimiento absolutamente deshonesto. Fueron los...

—... vascones, *sidi* —murmuró uno de los comandantes, indicando la tienda de Afdza—. Ya lo sabemos. Alguien os aguarda en el interior.

Afdza irrumpió en la tienda. Allí había cuatro hombres, tres le resultaban desconocidos, pero a juzgar por sus armas y sus cotas, debía de tratarse de jefes vascones. El cuarto era...

—¡Adalric! —siseó Arima, que había entrado detrás de Afdza, y quiso abalanzarse sobre él. Adalric se sobresaltó y Afdza detuvo a la joven.

—Te doy tres segundos para desaparecer de mi tienda, gascón —gruñó—. Dos ya han transcurrido.

—Lee esto, sarraceno —se apresuró a decir Adalric y le tendió un pergamino

sellado.

Afdza lo desplegó, había reconocido el sello de Solimán. No dio crédito a lo que ponía y volvió a leerlo. Oyó la risa de Adalric.

—Sé lo que pone en el pergamino, sarraceno —dijo—. Porque tu señor me lo dijo antes de dármelo y encargarme que te lo diera.

—Nos mostró un documento idéntico —declaró uno de los comandantes de Afdza que también había entrado—. ¿Qué significa, *sidi*?

Afdza dejó caer el documento.

—Lo que pone... —dijo, con la sensación de estar asfixiándose. Lo único que pudo hacer fue permanecer inmóvil: si hubiese dado un solo paso se habría mareado.

Casi no notó que Arima recogía el documento. Solimán no lo había redactado con letra sarracena sino en latín, para que no hubiera malentendidos y tanto los sarracenos como los vascones pudieran leerlo. Oyó que Arima jadeaba al leer. Casi podría haber recitado las escasas frases de memoria, pues se habían marcado a fuego en su mente.

Quando leas esto habrás salvado Al Andalus. Has salvado tu patria, *sidi*. Medina Barshaluna te necesita. Mediante esta te ordeno que regreses junto con tus guerreros. Adalric de Gasuña y los vascones aniquilarán a los francos mientras yo pongo el mundo a tus pies en Medina Barshaluna. *Subha-lahi wa-amdu lillahi wa laa ilaha i-allahu wallahu ajbar* (loado sea Alá, el agradecimiento corresponde a Alá, el único Dios es Alá y Alá es grande).

Entonces se percató de que Arima lo miraba fijamente mientras sostenía el pergamino con manos temblorosas. El comandante aguardó que Afdza dijera algo, pero como calló, se marchó de la tienda.

—Fuera de aquí —dijo Afdza a Adalric y los demás.

El gascón hizo un gesto a sus acompañantes y todos salieron.

—Si no quieres llevarte la tienda de regreso, me la quedaré yo —dijo en tono desenfadado—. Me gusta, encajaría conmigo.

—En una de las aldeas al pie de las montañas he visto una pocilga vacía, esa sí encajaría contigo —masculló Afdza sin reflexionar. Los vascones soltaron un gruñido divertido—. Y ahora lárgate de mi campamento y ve a cumplir con tu tarea de verdugo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arima cuando se quedaron a solas.

—No puedo ordenar a mis guerreros que hagan caso omiso de las órdenes de Solimán. La mayoría me seguiría, pero eso significaría romper el juramento prestado a su señor, que nunca puedan regresar a casa y que se consideren a sí mismos como miserables vagabundos. No se lo merecen.

—¿Y tú? ¿Qué te mereces tú?

—¿Yo? —preguntó Afdza con un nudo en la garganta y la sensación de que le cortaban un trozo del corazón—. Yo ya soy un vagabundo. No pertenezco a tu mundo y tampoco al de Solimán. Me negaré a cumplir sus órdenes y sacaré a Roldán de la trampa.

—¿Qué te propones?

—Mi sueño me mostró un camino.

Afdza le acarició una mejilla. Ella le lanzó una mirada suspicaz, pero no le preguntó qué quería decir.

—¿Te cuidarás? ¿Regresarás a mi lado?

—Sí, estrella mía.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Hasta entonces él tendrá que aguantar.

Ambos se quedaron escuchando, estrechamente abrazados y sentados en el lecho de él.

Nadie entró en la tienda. En el campamento reinaba el silencio desconcertado de unos guerreros que habían recibido una orden incomprensible y aguardaban que su comandante la confirmara. Muy a lo lejos, Afdza creyó oír los gritos de los guerreros en el valle lateral, el fragor de francos y vascones que se masacraban los unos a los otros.



Para mayor seguridad, Adalric de Gasuña se retiró del campamento sarraceno. Luego se volvió a los tres guerreros vascones.

—¿Cuántos hombres habéis retirado del combate en el valle?

—Apenas doscientos. No podemos prescindir de más si queremos cerrar el valle lateral. De todos modos, los hombres necesarios para las patrullas nocturnas a través del valle ya escasean; solo podemos realizarlas con un único hombre.

—No te preocupes. Los francos no intentarán escapar durante la noche: va contra su honor. ¿De cuántos hombres dispone el *centenarius* franco que defiende el castillo?

—Tal vez de veinte.

Adalric sonrió.

—Pues considero que eso es un combate equilibrado. Anoche los últimos rezagados del ejército principal de Carlomagno debieron de haber alcanzado el otro lado del paso y el camino a Roncesvalles estará despejado. Primero nos haremos con el castillo y después me haré con Arima. Esta noche Roncesvalles será mío para siempre.



Afdza Asdaq —que una vez se había llamado Balduino d’Otun y que sabía que nunca se acostumbraría a ese nombre en la vida— estaba sentado en su tienda,

iluminado por dos lámparas de aceite. Mantenía su único ojo cerrado y percibía la proximidad de Arima. Se había quitado la cota de malla de escamas metálicas y su torso estaba desnudo. El roce de los dedos de Arima recorriendo las cicatrices que cubrían sus hombros y su pecho, producto de combates librados hacía tiempo, eran como el aleteo de un ave.

—Tanto dolor... —susurró ella.

Afdza sonrió sin abrir el ojo.

—Mereció la pena. Porque finalmente me trajo hasta aquí. A tu lado.

Se concentró en los dedos de ella, que recorrían la cicatriz del lado izquierdo del rostro y cuyas caricias eran como un beso. Cuando alcanzaron el parche que cubría la cuenca vacía se detuvieron y luego lo apartaron con gesto tierno. Un instante después, Afdza notó que ella besaba el lugar donde debería haber estado su ojo y suspiró.

Entonces ella acarició su largo cabello negro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Dios mío, recordaré esto eternamente —dijo Arima, soltando un gemido. Y recogió los cabellos de Afdza en la nuca para cortarlos con un cuchillo afilado.

No fue fácil, pero al final lo logró y los pelos cayeron al suelo formando un montón sedoso y brillante.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Afdza en tono burlón.

—No querrás saberlo —contestó ella, que seguía cortando mechones. Por fin acabó y lo observó con mirada crítica—. Si la situación no fuese tan trágica, reiría.

—Pues entonces he vuelto a tener suerte —dijo Afdza—. Vuelve a afilar el cuchillo, estrella mía.

Arima cogió agua tibia con ambas manos, le mojó la cara hasta empaparle la barba y volvió a usar el cuchillo.

—¿Es soportable o tironeo demasiado?

—Mmm —murmuró Afdza, notando que la hoja se deslizaba por encima de su labio superior.

—¡Qué bien! Por una vez tengo la última palabra —bromeó Arima.

Afdza sabía que la cháchara aparentemente trivial de Arima ocultaba el temor que la embargaba. Él mismo no tenía claro qué sentía, salvo un amor absoluto por ella y la firme voluntad de cerrar el círculo que los unía a los tres —a él, Arima y Roldán— de manera definitiva. Reprimió el miedo que sufría porque ella lo reconocería en su mirada, desconfiaría y no lo dejaría marchar. De todos modos, no tardaría en descubrir en qué consistía su plan en realidad. Hasta entonces quiso ahorrarle la pena.

—Listo —dijo Arima y dio un paso atrás. Lo contempló y exclamó—: ¡Dios mío!

Afdza deslizó la mano por su rostro inusualmente desnudo, con la sensación de que su piel estaba desprotegida. Cogió la cimitarra y contempló su reflejo en la hoja durante un buen rato.

—Es imposible determinarlo a través de los detalles —dijo ella—. Tenéis

diferente color de cabello, vuestras narices tampoco se parecen, y la boca... y además está tu cicatriz. Pero un desconocido que os viera por primera vez podría confundiros. ¿Era eso lo que te mostró tu sueño? ¿Viste tu imagen reflejada en el charco?

Afdza, cuyo rostro rasurado casi le parecía el de un desconocido, tuvo que darle la razón. Haciendo caso omiso de su cicatriz, un observador superficial se confundiría durante unos momentos. Además, él y Roldán eran de compleción y estatura similares, ambos de figura esbelta y miembros alargados...

—Bastará —dijo Afdza. Tenía que bastar.

—Cuando te vea, Roldán te creerá —dijo Arima—. Iré en busca de Ealhwine.

El erudito —que entró en la tienda y, suspirando, depositó un saco de cuero que al parecer contenía un objeto pesado— se quedó sorprendido al ver al rasurado Afdza de cabello corto y se percató de su parecido con Roldán. Al mismo tiempo no disimuló que desaprobaba el plan de Afdza.

—Todos los planes osados al principio son considerados una locura —observó Afdza.

—Eso se debe a que generalmente lo son.

Afdza le palmeó el hombro con gesto amistoso y señaló el saco.

—¿Es lo que te he encargado?

—El de mejor calidad —replicó Ealhwine en tono mordaz.

—¿Y el cementerio?

—No resultó difícil de encontrar. Los monjes recogieron a la mayoría de los caídos, pero todavía no han tenido tiempo de enterrarlos. Depositaron los cadáveres junto a su propio cementerio, entre el arroyo y los edificios del convento, donde han talado el bosque.

—Allí yace el mismo número de sarracenos que de francos, Ealhwine.

—Tampoco he dicho que la muerte de los unos fuese menos trágica que la de los otros.

—De acuerdo. ¿Entonces puedo pedírtelos, amigo mío?

—¿Ante Arima? —exclamó Ealhwine en tono espantado.

—¡Por amor de Dios! —dijo ella, alzando las manos—. Me daré la vuelta, ¿de acuerdo?

Sin dejar de protestar, Ealhwine se quitó el manto y la capucha, y por fin la túnica. Afdza señaló sus propias prendas que reposaban sobre un arcón.

—Escoge algo para ponerte.

Ealhwine señaló las prendas que acababa de quitarse.

—¡Ja! —exclamó Afdza.

—¿No quieres volver a pensártelo? —suplicó Ealhwine—. Si las cosas salen mal, dará igual en qué manos caigas, francas o vasconas. Ambas te darán la oportunidad de contemplar tus propias tripas.

—Si caigo en las manos francas me tomarán por Roldán, su comandante.

—Sí, puede, si son tuertos —refunfuñó Ealhwine.

Afdza se puso las prendas del erudito, se cubrió el rostro con la capucha y bajó los hombros. Cuando Ealhwine se dio cuenta de que procuraba imitar su propia postura encorvada se enderezó.

—¿Arima? —dijo Afdza.

—Iré contigo —repuso, y el humor había desaparecido de su voz, que parecía tensa y nerviosa.

—Buena suerte —dijo Ealhwine.

Afdza se detuvo: había supuesto que el erudito le desearía que regresara sano y salvo y le lanzó una mirada aguda al anglosajón; este se la devolvió casi con enfado. ¿Acaso intuía lo que Afdza planeaba?

—Gracias —replicó y cogió el saco de cuero antes de abandonar la tienda.

Con ese disfraz, sus propios guerreros lo tomarían por Ealhwine; nadie lo detendría y en las horas siguientes nadie notaría que el comandante sarraceno se había escabullido del campamento. Él y Arima irían por el bosque hasta el convento. Allí, Afdza le quitaría la cota de malla a uno de los francos muertos y se la pondría; después volvería a acompañar a Arima lo más cerca posible del campamento sarraceno para que ella le devolviese sus ropas a Ealhwine. Arima y el anglosajón aguardarían hasta que los guerreros apostados ante la tienda de Afdza fueran relevados y luego se dirigirían al punto de encuentro acordado con antelación. Entretanto, Afdza habría llevado a cabo la tarea que se había propuesto y se reuniría con ellos.

Esa era la parte más sencilla. Después las cosas se complicarían. Afdza no quiso pensar en ello.

Los monjes habían excavado una fosa común, pero los muertos todavía no habían sido enterrados. Arima y Afdza se acercaron subrepticamente hasta que el hedor a sangre, excrementos y muerte que mancillaba el fresco aire nocturno se volvió insoportable. Se detuvieron.

—Es como al pie del precipicio, debajo de Roncesvalles —musitó ella, y él notó que se esforzaba por disimular el temblor de su voz.

—No —susurró—. En aquel entonces creí que te encontraría entre los cadáveres. Ahora estás a mi lado.

—¿Por qué no podemos seguir caminando a través de la noche, tú y yo? Limitarnos a seguir y no detenernos hasta que amanezca, y entonces escondernos en alguna parte; y volver a caminar la noche siguiente, y seguir caminando...

—¿Hasta dónde, estrella mía?

—Da igual, a condición de que permanezcas a mi lado.

—¿Y Roldán?

Afdza notó lo que Arima habría querido decir: «¡Él forjó su propio destino!», así que añadió:

—¿Y Roncesvalles? El castillo no está completo sin ti. Y tú no estás completa sin él.

La joven no contestó. Permaneció oculta mientras Afdza se deslizó hasta el hediondo cementerio, se apropió de un yelmo, una cota de malla, un cinturón y unos pantalones, y regresó. Esas cosas rezumaban olor a muerte, la tela estaba rígida debido a la sangre seca y los anillos de la cota de malla estaban pegoteados. Arima recogió las ropas de Ealhwine, las enrolló y las guardó bajo su manto al tiempo que Afdza se ponía las cosas del guerrero franco muerto. Arima anudó los cordones de cuero que sujetaban la espalda de la cota de malla. Tardó bastante, pero Afdza no le metió prisa, pues notó que le temblaban las manos.

—Ya está —susurró ella por fin.

—Pues entonces larguémonos de aquí.

Arima se detuvo y él se volvió hacia ella. Su rostro era una mancha clara en medio de la oscuridad.

—Tengo mucho miedo —musitó.

—Todo saldrá bien —contestó Afdza.

La abrazó con cuidado, no quería manchar su vestido con la sangre del muerto. El miedo de ella hizo que Afdza reprimiera el suyo propio y se sintiera más fuerte: lo suficiente para ambos.

—Prométeme que regresarás —insistió Arima.

—Lo prometo.

—¿Qué me prometes?

—Que regresaré a tu lado, estrella mía.

Afdza la acompañó hasta las proximidades del campamento sarraceno. Ella conocía la contraseña de ese día y los guerreros ya la conocían: lograría volver a la tienda de Afdza sana y salva. Se despidieron con un beso apasionado.

—No olvides tu promesa —susurró ella, y luego desapareció entre los árboles.

Afdza se abrió paso encima de la ladera y pasó junto al campamento vascón para salvar a Roldán.

Los vascones habían montado su campamento justo ante la entrada del valle lateral. Rodearlo no fue difícil, porque los guardias mantenían la vista clavada en el valle donde habían atrapado a los francos. No esperaban un ataque por la espalda. Los sarracenos se habían convertido en sus aliados, se marcharían al día siguiente y el ejército principal de los francos ya habría atravesado la cresta del paso. Muy abajo, Afdza vio el resplandor de un par de hogueras entre los árboles. El valle lateral estaba tan oscuro que era como asomarse a una cueva.

¿Y si Roldán ya hubiese caído? Los vascones disponían de diez centurias de guerreros, alrededor del doble de los que aún disponía Roldán. Y esa era la situación del día anterior por la mañana. ¿Cuántos hombres habrían muerto durante el primer ataque de los vascones? Pero fueran cuantos fueran, Afdza estaba seguro de que el tributo de sangre pagado por los vascones era más elevado. Los francos ya no solo

luchaban por su rey sino para sobrevivir, y eso los convertía en temibles guerreros que seguirían arremetiendo contra el enemigo aun perforados por lanzas y flechas.

Afdza se dijo que Roldán debía de seguir con vida, porque si hubiera muerto el rumor se habría difundido de inmediato.

Tardó una eternidad en recorrer los últimos doscientos pasos. Hizo un largo trecho a cuatro patas, evitando las islas claras que la luna y las estrellas producían en el suelo del bosque. Su único ojo se había acostumbrado a la oscuridad y veía la luz como si fueran mortecinas columnas entre los árboles. Más que verlos, percibió la presencia de los guardias francos. Solo eran un puñado y se habían distribuido allí donde se podía atravesar el bosque con cierta comodidad y se ocultaban en las sombras de los troncos y las rocas. Los rodeó arrastrándose boca abajo, con el saco que contenía algo pesado en la espalda, sudando y rogando que su instinto no lo arrastrara directamente hacia una encerrona. Entonces los dejó atrás y, cuando se disponía a seguir avanzando agachado, oyó que alguien cruzaba el bosque con pasos suaves desde el campamento franco.

Entonces oyó el chasquido de un arco y un guardia que susurró:

—La oscuridad no me impedirá dar en el blanco. ¿El undécimo paladín?

Para sorpresa de Afdza, la voz de Roldán respondió:

—Remi de Vienne.

Era una contraseña. Entonces el guardia bajó el arco. Roldán pasó cerca de Afdza y se unió a los guardias. Afdza lo siguió de puntillas, aprovechando el murmullo de los saludos que apagaban el sonido de sus pasos.

—¿Todo en orden? —preguntó Roldán a los guardias.

—No podría imaginarme un lugar mejor, señor —respondió uno de ellos. Los otros rieron en voz baja.

Afdza vio que Roldán les palmeaba el hombro y después les ofrecía un odre para que bebieran. Supuso que Roldán había hecho lo mismo con los demás guardias apostados: en vez de dormir a pierna suelta, animaba a sus guerreros. Solo era uno de los motivos por los cuales sus hombres estaban dispuestos a seguirlo hasta la muerte. De pronto Afdza sintió orgullo por el hombre que era su hermanastro menor y deseó poder recordar algo de los escasos años en que compartieron la infancia.

—¿Cómo será el día de mañana? —preguntó un guardia.

—Sangriento —dijo Roldán—. ¿Alguno de vosotros aún cree en Wotan?

Nadie dijo nada, hasta que uno murmuró:

—Tener a los viejos dioses de tu parte no hace daño, ¿verdad?

Roldán soltó una suave carcajada.

—¿Queríais saber qué pasará mañana? Mañana todos estaremos sentados ante la mesa de Wotan, bebiendo su hidromiel, comiendo carne hervida y divirtiéndonos con las valkirias.

Los guerreros resollaron.

—Solo a Roldán se le puede ocurrir follar con una valkiria —soltó uno en tono

admirativo.

—La sala de Wotan quedará bastante vacía —dijo el jefe de la guardia riendo—, porque todas las valkirias harán cola ante ti, señor, en vez de recoger a los guerreros muertos del campo de batalla.

—Mejor: así habrá más lugar para nosotros —repuso Roldán—. Lo estáis haciendo muy bien, hombres. Nos veremos mañana en el campo de batalla y después en los lechos de las valkirias.

—Te las dejamos a ti, señor.

Los guerreros le palmearon el hombro para despedirse y Roldán echó a caminar en dirección al campamento. Afdza lo siguió sigilosamente. Mañana los seis hombres con quienes Roldán había bromeado estarían muertos: destrozados, asaetados, cortados en pedazos, atravesados por las lanzas, descuartizados, destripados... caídos en un combate que ellos creían honroso pero que en realidad era producto de la mentira, del engaño, el ansia de poder, los malentendidos y la traición. Pero el honor era lo único a lo que el coraje de esos guerreros aún podía aferrarse.

Solo unas pocas hogueras ardían en el campamento franco, ocultas tras los árboles o las rocas. Cuando Roldán llegó a una zona despejada, Afdza se ocultó tras un tronco. El rumor de un arroyo apagaba sus pisadas, pero la claridad era mayor porque las aguas reflejaban el claro de luna y las hogueras proporcionaban cierta iluminación.

Ahora empezaba la parte más difícil. Por Roldán se había puesto la cota de malla franca y se había cortado el pelo y rasurado la barba; por él y por todo lo que se añadiría y sobre lo cual le había mentido a Arima.

Mientras Roldán se dirigía a su tienda, Afdza avanzó a orillas del arroyo y rodeó el campamento franco. Allí donde los abedules y sauces eran demasiado densos, vadeó las aguas poco profundas confiando en que el rumor y el chapoteo constante apagarán el sonido de sus movimientos. Recogió agua entre las manos y se mojó las ropas manchadas de sangre seca. En un lugar escasamente iluminado salió del agua y simuló orinar, por si alguien del campamento dirigía la mirada hacia él. Después atravesó el campamento arrastrando los pies como si estuviera agotado, solo protegido por la cota de malla franca, y notó que el sudor le cubría el cuerpo.

La mayoría de los guerreros dormía al raso, envueltos en sus mantos. Junto a una hoguera más grande un par de hombres asaba un conejo y Afdza percibió el exquisito aroma. Lo saludaron con la cabeza sin prestarle atención; Afdza procuraba ir por las zonas menos iluminadas del campamento mientras avanzaba hacia la tienda de Roldán. Por fin la alcanzó sin inconveniente, pero bañado en sudor y con el corazón en un puño.

Los guardias de corps de Roldán estaban acucillados ante su tienda, medio dormidos. Dadas las circunstancias, solo cumplían con una función decorativa. Era completamente improbable que un enemigo se escurriera en el campamento y tratara de atentar contra el comandante franco, ya que por la mañana, cuando atacaran los

vascones, todos perderían la vida.

«Sin embargo —pensó Afdza, tragando saliva—, quien se escurre en el campamento es un amigo, si bien el comandante franco no estará dispuesto a creerlo.» Pronto podría comprobarlo.

Inspiró hondo y se plantó ante los guardias de corps, que alzaron la vista sorprendidos y cogieron la espada, aunque al ver la cota de malla franca se relajaron. Afdza se había encorvado para disimular su estatura y se congratuló de que los hombres permanecieran sentados.

—He de hablar con el *comes* Roldán —dijo, ocultando el lado izquierdo de su rostro.

—¿Y quién eres tú, y por qué has de hablar con el *comes*? —preguntó uno de los guardias.

—Soy Hunald, decano de la guarnición del castillo de Roncesvalles.

Si por casualidad uno de los hombres conocía al fornido decano que se había convertido en el guerrero más fiel de Arima, las cosas pintarían muy mal para Afdza. Por si acaso, añadió lo que consideraba su conjuro, y lo dijo en voz alta para que Roldán lo oyera.

—La señora Arima me envía con un mensaje para el *comes*.

—¿Y cómo lograste atravesar el anillo exterior? —insistió el guardia en tono suspicaz.

Afdza decidió imitar al malhumorado decano.

—¡Diciendo lo mismo que acabo de decir, so borrico! ¿Irás en busca del *comes* o he de ayudarte?

—Estás ensangrentado.

—Un par de guardias vascones creyeron que podían hacerme tantas preguntas como tú.

Entonces Roldán apartó la lona que cubría la entrada de la tienda y se asomó. Afdza hincó la rodilla y bajó la cabeza.

—Señor —murmuró en tono sumiso.

—¿Cuál es el mensaje que me envía Arima? —preguntó el franco, desconfiado.

—Uno que le confió al jefe de la guarnición de su castillo, señor —contestó Afdza en voz baja.

Roldán reflexionó; Afdza le lanzó una mirada desde debajo del yelmo. Notó como las gotas de sudor se deslizaban por su espalda.

—Pasa —dijo por fin Roldán, y se apartó.

Afdza vio que empuñaba a *Durandarte*. Entonces se enderezó y dijo:

—He traído provisiones del castillo, señor. —Y alzó el saco de cuero—. Carne fresca.

En realidad, la carne provenía de una granja de Uilla Roscidaualis: Ealhwine se la había comprado al granjero por encargo de Afdza y pagado una suma indignante por ella. Puede que los habitantes padecieran las consecuencias de la guerra cuando los

guerreros devastaban sus aldeas, pero si los guerreros se comportaban de un modo pacífico los granjeros sabían sacar ventaja de la situación.

Los guardias de corps clavaron la vista en el saco.

—Hombres —dijo Roldán—, allí delante están asando el conejo que se cruzó ante nuestros arcos esta mañana. Llevad estas cosas a la hoguera y llenaos las barrigas.

—Pero tu seguridad, señor...

Afdza notó que Roldán lo observaba y bajó la cabeza aún más.

—Nuestro amigo depositará sus armas delante de la tienda —dijo sonriendo—. Yo no soltaré a *Durandarte*. ¿Satisfechos?

—Si tú lo consideras así, señor...

Los guardias cogieron el saco de cuero y se alejaron.

—Hunald —dijo Roldán lentamente—. Oí tu nombre cuando me encontraba en Roncesvalles, pero no nos encontramos, ¿verdad?

—Yo te vi, pero tú no a mí. Pasaste muy poco tiempo en el castillo, señor, tras la conquista de Iruña.

Roldán asintió con la cabeza y le indicó la entrada de la tienda al tiempo que Afdza se quitaba el cinturón del que colgaba la *spatha* del muerto y lo dejaba caer. El corazón le latía aceleradamente: de momento todo iba tal como había previsto, pero aún faltaba lo más difícil.

Se orientó con rapidez al entrar en la tienda antes que Roldán. Allí estaban sus cosas: su yelmo con la cola de caballo, el olifante, el escudo, la preciosa vaina... Se trataba de superar los próximos instantes y Afdza se volvió y se enderezó.

Roldán lo miró fijamente. La tienda estaba en penumbra, pero no lo bastante como para que no reconociera a quien tenía delante de sí.

—¿Tú? —soltó, atónito.

Afdza —que no se había quitado el yelmo— le pegó un cabezazo y Roldán cayó de rodillas; a continuación le propinó un puñetazo. *Durandarte* cayó al suelo y, tras recibir otro mamporro, Roldán se desplomó inconsciente. Afdza lo recogió y lo tendió en el suelo con suavidad.

La cota de malla de Roldán estaba tan sucia y ensangrentada como la de todos los francos y era imposible que algún guerrero la reconociera. No obstante, Afdza lo volvió boca abajo, cogió a *Durandarte* y cortó las correas de cuero que sujetaban la cota de malla: Roldán ya pesaría bastante sin ella. Afdza respiraba agitadamente. Envainó la espada y se la sujetó al cinto. Después se quitó el yelmo, se puso el de Roldán y alzó al paladín, que murmuró unas palabras y no lograba mantenerse en pie; pero cuando Afdza le rodeó los hombros con el brazo, los reflejos del guerrero suplantaron al cerebro aturdido y consiguieron que las piernas lo sostuvieran.

Medio a rastras y medio cargando con Roldán, Afdza abandonó la tienda. Entretanto, los guardias de corps habrían alcanzado la hoguera donde asaban el conejo. No disponía de mucho tiempo, pero debía bastar. Volvió a orientarse; hacia el noroeste, las laderas del valle eran menos abruptas: debía llevar a Roldán hasta allí y

confiar que Ealhwine y Arima se encontraran en la cima con el tercer caballo, tal como habían acordado. Avanzó sin vacilar.

Llegó hasta un puesto de guardia sin inconveniente. Al ver el yelmo de Roldán, los hombres se pusieron de pie con expresión inquieta.

—¿Qué ocurre, señor?

Afdza confió en que el esfuerzo volviera su voz irreconocible y que la escasa iluminación impidiese que lo identificaran.

—Está moribundo —jadeó, indicando a Roldán, que soltó un gemido; le había colocado el otro yelmo en la cabeza cubriendo una parte de su rostro—. No quiere morir aquí, en este maldito valle, sino arriba, en la cresta.

—Nosotros cargaremos con él, señor.

—Es uno de mis guardias de corps. Llevarlo hasta allí es mi deber —replicó Afdza en tono duro.

Los guerreros intercambiaron una mirada y asintieron con expresión respetuosa.

«Por todos los diablos —pensó Afdza—, encima lograré que el nombre de Roldán se vuelva legendario.»

Un poco más adelante tuvo que volver a detenerse porque Roldán amenazaba con recuperar la conciencia. Afdza le pegó otro puñetazo en la frente, con la mano que empuñaba a *Durandarte*, pero sin demasiada fuerza. Roldán soltó un quejido. Por fin alcanzaron la cresta de la colina. Afdza sabía que el peligro de que allí merodearan vascones era muy grande y que si se topaba con ellos supondría la muerte, tanto la suya como la de Roldán. Pero los vascones parecían conformarse con cerrar la salida del valle, sobre todo porque podían confiar en que, más que huir como ladrones en medio de la noche, los francos preferían morir combatiendo. Resollando, arrastró el pesado cuerpo de Roldán entre los árboles hasta el punto de encuentro acordado y maldijo al franco por no haber dado crédito a sus palabras el día anterior. No obstante, sabía que con ello Roldán le había proporcionado el único medio de ponerle punto final a la historia iniciada hacía trece años.

Mientras sujetaba las manos y los pies de Roldán con las correas de cuero de su cota de malla y lo amordazaba con tiras de su túnica, aparecieron Ealhwine y Arima. Entretanto, Roldán había recobrado el conocimiento a medias. Tironeó de las correas y, al comprender la inutilidad de sus esfuerzos, se limitó a contemplar fijamente a Afdza. Este hubiese querido decirle a su hermanastro que hiciera caso de lo que les decía el corazón: que ambos sentían que eran hermanos de verdad, pero sabía que Roldán se negaría a escucharlo.

Cuando Roldán vio que Ealhwine y Arima se acercaban los miró estupefacto.

—Te quitaré la mordaza —dijo Afdza—, pero si empiezas a gritar, los primeros en acudir serán los vascones y no tus hombres. Y si tus hombres llegaran antes, tendrán tan poca consideración con Ealhwine y Arima como los vascones con todos nosotros.

Roldán titubeó, pero luego asintió con la cabeza. Afdza le quitó la mordaza.

Roldán escupió y Arima le tendió un odre de agua. Bebió un trago, pero después la sed lo venció y siguió bebiendo: estaba sediento. Cuando se sació, Arima le pasó el odre a Afdza.

—Raptarme no os servirá de nada —dijo Roldán—. Turpín, Gerbert y Beggo seguirán combatiendo; no se rendirán, son los últimos paladines.

—No se trata de que los francos quieran seguir combatiendo o no, Roldán —repuso Afdza en tono serio—. Los vascones no dejarán con vida a ninguno de vosotros. Tus hombres morirán en el combate o serán ajusticiados en cuanto caigan prisioneros. Los vascones quieren venganza por Iruña.

—¿Entonces qué significa esta mascarada? ¿Y vosotros tres...? —dijo, soltando un bufido porque no se le ocurrió cómo denominarlos.

—Afdza quiere salvar a su hermanastro —intervino Ealhwine—. Arima quiere salvar al hombre que habita en su corazón y yo los he acompañado porque en toda misión insensata siempre debe haber alguien sensato.

Entonces le lanzó una mirada de soslayo a Afdza, quien volvió a preguntarse si Ealhwine había adivinado lo que se proponía. En realidad, le había pedido al erudito que lo acompañara porque era necesario que alguien se encargara de que Arima regresara sana y salva al campamento sarraceno.

—¿Así que pensáis ponerme a salvo? ¿Y qué pasa con mis guerreros? —preguntó Roldán, incrédulo.

—Te desataré los pies —dijo Afdza—. Ealhwine y yo te ayudaremos a montar.

—No lo lograréis, no lo permitiré.

—No quiero volver a golpearte y tú no querrás atraer a un montón de vascones con tus gritos y pataleos.

Mientras lo montaban a lomos del caballo con las manos atadas a la espalda y Afdza le sujetaba los pies por debajo del vientre del animal, Roldán no dejó de soltar maldiciones.

—¡Dame mi espada, sarraceno! —dijo, lanzándole una mirada furibunda.

Afdza negó con la cabeza.

—*Durandarte* entrará en combate. Monta, amigo mío —le dijo a Ealhwine, y este no se resistió, demostrando que sabía lo que Afdza se proponía.

—No puedes hacer eso —dijo Arima, pálida.

—Debo hacerlo, estrella mía, es nuestra única posibilidad —replicó Afdza.

—¡No!

—Mañana por la noche, cuando los vascones se den cuenta de que el comandante franco no se encuentra entre sus hombres, la historia de la cobardía de Roldán se difundirá hasta el último rincón del mundo. Dirán que huyó antes de la última batalla, que dejó a sus hombres en la estacada, que escapó como un perro.

Roldán soltó un graznido de espanto. Su mirada expresaba el pánico más absoluto y su rostro se crispó.

—Mañana, en medio del fragor de la batalla —continuó Afdza—, tus hombres no

se fijarán en el rostro del hombre que lleva tu cota de malla. Y ningún vascón te ha visto de cerca, ni siquiera Adalric. No te preocupes: todos creerán que mañana Roldán encabezará a sus guerreros.

El espanto de Arima aumentó; Afdza lo percibió en el alma y notó que el corazón se le aceleraba. Percibió el frío que invadía a Arima y el horror ante la propia muerte, a la que pensaba salirle al encuentro.

—Te amo tanto, estrella mía... —dijo.

—¿Pretendes ir allí y librar la última batalla de Roldán en su lugar? —preguntó Arima en un susurro de incredulidad.

Afdza negó con la cabeza.

—No será Afdza Asdaq quien libraré el combate, sino Balduino d'Otun.

Resultaría sencillo en cuanto Arima y los otros dos se hubiesen marchado. Todo lo que venía después solo sería muerte. Le pareció que le arrancaban el corazón mientras imaginaba cómo podría haber sido... él y Arima en alguna parte bajo un cielo azul, él y Arima en el castillo de Roncesvalles, observando jugar a sus hijos en el patio del castillo desde la plataforma de la torre del homenaje... Apartó esas imágenes con un supremo esfuerzo de voluntad. Sintió que le arrancaban el corazón y el dolor más atroz. Después la muerte resultaría casi bienvenida.

—Será muy fácil, porque en realidad hace trece años que Balduino d'Otun está muerto. Solo que olvidó morir. He vivido un tiempo prestado.

—¡No! —susurró Arima—. ¡No, no y no!

—Deja que regrese —dijo Roldán en tono áspero.

Afdza se volvió hacia él; Arima se encontraba a unos pasos, como paralizada. Más que nunca, Afdza quiso abrazarla pero no pudo acercarse a ella.

—Afdza Asdaq ha cumplido con su finalidad —dijo—. Solimán me regaló trece años, porque yo debía ser la herramienta de su venganza. No puedo quejarme, porque gracias a ello conocí a Arima y también te encontré a ti, hermano. Es mucho más de lo que Solimán previó para Afdza. El pequeño Balduino quiso seguir a su padre. En alguna parte, en otro mundo, hace trece años que mi padre me aguarda. Ya ha esperado lo suficiente.

Los ojos de Roldán estaban húmedos.

—No lo hagas... —dijo, y vaciló antes de añadir—: hermano.

—¿Recuerdas que quería decirte lo que significaba «tú también a mí» en mi lengua? —preguntó Afdza—. Por desgracia he dejado el junco y el pergamino en mi tienda.

—Pero si acabas de decirlo en tu lengua —murmuró Roldán—. En la lengua franca.

—Por favor —dijo Arima—, no me abandones aquí.

—Sí —replicó Afdza—, te abandonaré. Es la única posibilidad que tengo de permanecer aquí yo también. Si tú sobrevives, también una parte de mí sobrevivirá.

—Corta las correas, Arima —pidió Roldán—. He de ir con mis guerreros.

Cuando ella metió la mano en su bota y no encontró nada, Afdza sacudió la cabeza.

—Te lo he quitado cuando nos despedimos en mi campamento. Para impedir que sucediera algo así.

—¡Dame tu cuchillo, Ealhwine!

El anciano suspiró.

—No tengo ningún cuchillo, *Dúnaelf*.

Arima se abalanzó sobre el caballo de Roldán y tironeó de los nudos, pero de pronto bajó las manos y se echó a llorar.

—Haga lo que haga o deje de hacer, condenaré a uno de vosotros a la muerte —dijo entre sollozos.

Afdza la abrazó.

—Vete —dijo—, vete por ambos.

—No puedo. Deja que permanezca a tu lado cuando vengan los vascones. Deja que... muera a tu lado —dijo, y se estremeció.

—Los vascones no te matarán, Arima —repuso Afdza—, en todo caso no de inmediato y tampoco rápidamente, pero si caes en manos de Adalric desearás estar muerta. Aunque más no sea por ese motivo, no puedo llevarte conmigo. Quiero que vivas, estrella mía. Vive para que algo de Afdza Asdaq pueda vivir, aun cuando Balduino d'Otun sucumba.

Arima cayó en sus brazos sollozando tan violentamente que Afdza tuvo que sostenerla. Le hizo una señal a Ealhwine y el erudito se acercó a caballo, se inclinó y cogió a la joven del brazo.

—¡No! —gritó Arima y se aferró a Afdza—. ¡No! ¡No! ¡¡Nooooo!!

—Daos prisa —dijo el sarraceno, con los ojos empañados por las lágrimas. Hubiera deseado un último beso, pero ya no era posible—. Seguro que los vascones han oído los gritos.

Se soltó de Arima, que agitaba la cabeza y sollozaba, negándose a aceptar el sacrificio de Afdza. Ealhwine tiró de su brazo, Afdza la empujó y Arima fue aupada al caballo de Ealhwine.

—¡En marcha! —ordenó Afdza.

—Buena suerte —dijo Ealhwine, repitiendo las mismas palabras de despedidas anteriores.

—¡No! —gritó Arima, debatiéndose—. ¡Deja que permanezca contigo, Afdza! ¡No!

Afdza le pegó una palmada al caballo de Roldán, que pegó un brinco y galopó tras el de Ealhwine.

—¡Que te vaya bien, hermano! —susurró Afdza y siguió a Roldán con la mirada hasta que los árboles y la oscuridad se tragaron a su hermano, a Ealhwine y al amor de su vida. Después se apoyó contra el tronco de un árbol, procurando dominar el temblor que lo agitaba. Había superado lo peor, había muerto. Ahora todo estaba en

manos de Dios.

Trató de rezarle a ese Dios, pero no sabía cómo. ¿Quién era su Dios: el único dios de los sarracenos? ¿Jesucristo, bajo cuyo nombre había sido bautizado aunque a lo largo de los años lo hubiera olvidado? ¿O Wotan, que invitaba a los guerreros más valientes a un banquete eterno ante su mesa?

Al final rezó como si se dirigiera a Arima. «Estrella mía, me regalaste tu amor. Creí que me acompañaría toda la vida, pero ahora me ayuda a morir de pie. Quédate junto a Roldán, estrella mía, él te amará casi tanto como yo te amé, y en algún momento espero que tú también lo ames tanto como ahora me amas a mí. Si la vida no nos ofrece nada peor que amar casi perfectamente y ser amados casi perfectamente, ya podemos contarnos entre los afortunados. La perfección solo dura un instante. A veces hemos de cambiar las llamas ardientes por el calor del hogar, y a veces un gran amor debe permanecer irrealizado para que siga siendo grande. Me diste los momentos más bellos de mi vida. No temo enfrentarme a la muerte, porque sé que pude vivir lo mejor de esta vida. Te lo agradezco.»

Y como consideró que era lo correcto, añadió:

—*Alá humma salli alá rasulika wa abdika*. Bendice a tu siervo, oh, Señor.

Volvió a descender por la ladera, con el yelmo de Roldán puesto y *Durandarte* colgando del cinturón. Saludó a los guardias que le gritaron unas palabras desde lejos y siguió caminando sin detenerse. Cuando le preguntaron si había oído los gritos, dijo por encima del hombro:

—Puede que provengan del campamento vascón. Quién sabe qué están haciendo esos perros.

Los guardias de corps sentados en torno a la hoguera donde asaban la carne hicieron ademán de ponerse de pie cuando lo vieron pasar. Afdza fingió que tosía y graznó:

—Quedaos. Todo está en orden, he llevado a Hunald fuera del campamento.

Vio que dudaban y se obligó a seguir andando, simulando indiferencia. Los guardias volvieron a sentarse y Afdza supuso que creían que «Hunald» había acompañado a Roldán a un último encuentro con su prometida. Había escogido la excusa del mensaje de Arima adrede, contando con que no solo despertaría la curiosidad de Roldán sino que también haría que los guardias desviarán la mirada por discreción.

Después alcanzó la tienda de Roldán sin inconveniente y se dispuso a aguardar la muerte. Hacia el este, tras las copas de los árboles, empezaba a asomar la aurora y apagaba la luz de las estrellas por encima del valle.

Cuando entró en la tienda, se quedó atónito: allí estaba el obispo Turpín. Y sostenía al olifante en la mano.

El obispo sonrió y le tendió el cuerno.

—Hola, Roldán —dijo e hizo una reverencia—. *A-alamu ‘alaykum*.



Los vascones atacaron cuando el cielo se volvió lo bastante luminoso como para ver al enemigo. Tenían prisa, porque su odio a los francos por las bajas del día anterior clamaba por dar muerte al enemigo atrapado en el valle. Sus comandantes ocupaban la primera línea y solo tenían un objetivo: luchar contra Roldán, el comandante de los francos, el responsable de la caída de Iruña, su ciudad, y el mayor héroe de su pueblo. Matarlo volvería inmortal a un guerrero... a él y al resto de los paladines que aún siguieran con vida.

Los guerreros corrieron a lo largo del sendero y entre los árboles, y se lanzaron ladera abajo. Brincaban por encima de las rocas, superaban las barricadas y echaron a correr a lo largo del arroyo. Una lluvia de flechas los clavó de repente contra los árboles, fueron ensartados por las lanzas y derribados por las hachas arrojadas por los francos, que surgieron repentinamente de sus escondites. Cayeron por docenas durante los primeros doscientos pasos; estaban descansados y sedientos de venganza, pero para sus adversarios, mal dormidos y mal alimentados, suponía el tercer ataque en tres días. Los vascones no cedieron y se abrieron paso por encima de los cadáveres de sus compañeros y de sus enemigos, resbalando en la sangre y las vísceras, tropezando con las manos agonizantes que se aferraban a sus piernas, con muertos y trozos de cuerpos. La sangre les empapaba manos y rostros, sus brazos y piernas se volvieron pesados por el esfuerzo, pero siguieron avanzando hacia el centro del valle desde todas las direcciones. Golpeaban los escudos y las cotas de malla, y lenta pero implacablemente fueron dejando una huella de sangre, hedionda y pringosa, hasta el corazón del campamento.

La tienda de Roldán debía ocupar el corazón del campamento, aunque no se encontraba en el centro. Allí se cerraba el anillo formado por los defensores. Hacía mucho rato que los francos luchaban hombro contra hombro en dos o tres filas; cuando caía uno de la primera fila, otro ocupaba su lugar. El terreno era demasiado irregular para desplegar un muro de escudos, pero allí donde resultaba posible los guerreros protegían a su vecino con el escudo y, a su vez, eran protegidos por el siguiente vecino.

Los francos se reunían en torno a los escasos comandantes que aún seguían vivos.

Beggo de Septimania había intentado bloquear el sendero, estaba rodeado por un pequeño muro de media docena y después de abatir una docena de vascones era el último de su grupo todavía con vida, pero las fuerzas lo abandonaron y los vascones lo mataron a garrotazos y pedradas. Junto con sus hombres, Gerbert de Roselló había logrado resistir y coordinaba el último combate desde el centro del círculo defensivo, hombro con hombro con un hombre que solo tenía un brazo, cuya sangre brotaba entre las vendas que cubrían las heridas de dos flechazos y que rugía maldiciones en una lengua que Gerbert reconoció como la sarracena, pero no se preguntó qué

significaba aquello puesto que el hombre luchaba a su lado y contra el enemigo. Cuando el manco de pronto cayó con una lanza atravesada en la garganta, Gerbert se situó ante él para impedir que su último aliento fuera aplastado por los pies de los vascones. Aún protegía a su desconocido compañero de armas cuando cayó bajo los mandobles enemigos.

Turpín, con una flecha clavada en el hombro pero que ni siquiera parecía notar, contempló a su último compañero de armas y señaló el olifante.

—Debería sonar al menos una vez, ¿no crees? No tengo ganas de sucumbir en silencio.

—No sonará. Está partido.

—Creo que aún conserva un sonido. Te ruego que hagas un pequeño esfuerzo, puesto que quieres morir a mi lado.

El llamado del olifante resonó a través de la joven mañana. Resonó entre las paredes del paso y se quebró contra los troncos de los árboles. Se elevó hacia el cielo profundamente azul y retumbó por encima de las crestas de las laderas. Era agudo, porque el cuerno del que surgía estaba partido y porque el pulmón que lo animaba casi estalló debido al esfuerzo.

Quien lo oyó en el castillo de Roncesvalles fue Hunald, que corría de un lado a otro por el adarve, jadeando y sin saber durante cuánto tiempo podría impedir que los vascones derribaran la puerta sur con el tronco que usaban como ariete. En el aposento de Arima lo oyó el moribundo Ganelón y rompió a sollozar, porque sabía de qué cuerno procedía el llamado y porque todos sus sacrificios y toda su vida habían sido en vano.

Al pie del precipicio, por debajo del castillo, lo oyó Arima, a quien Ealhwine había llevado hasta allí porque consideró que el campamento sarraceno estaba demasiado cerca del campo de batalla y porque el castillo de Roncesvalles era asediado por los vascones. Arima soltó un grito de pena y dolor y se debatió, y Ealhwine la sujetó como pudo, rogando que las fuerzas no lo abandonaran, porque si ella lograba zafarse podría hacerse daño a sí misma.

Al borde del bosque, ante la meseta del castillo, quien lo oyó fue Adalric de Gasuña; aguzó el oído, sonrió, meneó la cabeza, siguió animando a los vascones con gritos de entusiasmo y procuró no ponerse a tiro de los arqueros del castillo.

Un poco más allá de la cresta del paso lo oyeron media centuria de caballeros francos a quienes Carlomagno había ordenado regresar en ayuda de la retaguardia cuando esta atravesara el paso. Los *centenarius* y los decanos intercambiaron miradas sorprendidas: reconocían el llamado de un cuerno franco cuando lo oían. El *centenarius* trató de recordar si entre las órdenes recibidas alguna le prohibía volver a recorrer el paso, pero no recordó ninguna y espoleó a su corcel.

Muy a lo lejos, como si lo oyera más con el corazón que con los oídos, Carlomagno percibió el llamado y de pronto refrenó su caballo y palideció.

A muchos días de viaje del paso de Ibañeta, donde ningún oído podía percibir el

llamado del olifante, Bertha de Laon se enderezó en la silla de montar. Se llevó la mano a la garganta y el mundo giró en torno a ella, que se cayó del caballo. Cuando el mundo dejó de girar, el corazón de Bertha se había roto para siempre. Los guerreros sarracenos y gascones que formaban su escolta la atendieron en el acto, pero Bertha mantenía la vista clavada en el immaculado cielo otoñal que sus ojos ya no veían.

La media centuria de caballeros salió atronadoramente del bosque y se lanzó sobre los vascones reunidos ante las murallas del castillo como la cólera de Dios. La confusión se instaló entre los guerreros repentinamente atacados por la espalda. En el adarve, Hunald maldijo aliviado y reunió a los defensores sobrevivientes a fin de atacar a los vascones desde ambos flancos. Una vez más, la muerte se cobró una gran cosecha de sangre en el paso de Ibañeta hasta que los últimos vascones —que no se habían rendido porque no esperaban misericordia y tampoco la recibieron— estuvieron tendidos en el suelo, muertos y bien muertos.

Adalric de Gasuña no había esperado tanto tiempo. Había montado a caballo y huido por el paso en dirección sur, porque hacia el norte se habría topado con el ejército franco. Estaba seguro de que los caballeros lo perseguían y huyó camino abajo a galope tendido, pasó junto al convento y alcanzó la aldea de Uilla Roscidaualis. Allí se apeó del caballo, completamente exhausto.

—Ayuda —gruñó resollando—. Ocultadme, ocultadme.

Tropezó con sus propios pies hasta que un hombre que llevaba las toscas ropas de un campesino lo sostuvo.

—Yo... yo... —balbuceó Adalric y tragó saliva—. He huido de los francos. Mataron a todos. Ocultadme, te recompensaré.

El hombre lo contempló con expresión suspicaz, luego lo llevó a una choza situada entre las otras casas. Adalric se dio cuenta de que el hombre no era un campesino, sino un herrero. No aguardó a que le abriera la puerta de su choza: lo apartó y entró tropezando.

—¡Ah! —soltó con alivio y notó que su terror remitía lentamente.

Ante una mesa había una figura sentada, ocupada en limpiar setas con un cuchillito romo. La figura llevaba los largos cabellos trenzados en torno de la cabeza y lo miró fijamente.

—¡Ah! —volvió a suspirar Adalric y saludó a la mujer con la cabeza—. Es muy noble por vuestra parte que me permitáis ocultarme aquí. No lo lamentaréis —añadió con una sonrisa.

El herrero entró detrás de él. Adalric se volvió y le dijo:

—¿Es tu hija, herrero? Mis respetos: es una beldad.

En tono estupefacto, la joven dijo:

—¡Este es el cerdo asqueroso que me deshonoró, padre!

Adalric parpadeó sorprendido y oyó que la puerta de la herrería se cerraba. El herrero echó el cerrojo y se volvió hacia él. Cuando la mujer se puso de pie, del fondo de la choza surgieron dos muchachos y le lanzaron sonrisas malévolas a Adalric.

Más arriba, al pie del paso, los monjes se encontraban en su cementerio entonando salmos por los muertos. Los aullidos de Adalric de Gascuña no llegaron hasta allí.

En la herrería, la hija deshonrada manipulaba su cuchillo romo y no lamentó que su padre hubiese llevado a su torturador a la choza.

EPÍLOGO

Roldán de Roncesvalles

Primavera de 801

CASTILLO DE RONCESVALLES



En el castillo preparaban una fiesta; hacía pocos días habían llegado mensajeros para preguntar formalmente si Carolus Rex, el soberano del Sacro Imperio Romano Germánico, podía pasar una temporada en el castillo junto con su escolta.

Para Arima ya no suponía una novedad que en las navidades del año anterior Carlomagno, su tutor, hubiese sido coronado emperador por el papa León III. Semejantes noticias arribaban incluso a Roncesvalles con rapidez asombrosa. Encantada, les había informado a los mensajeros que Carolus Rex siempre era bienvenido en el castillo y no pudo resistirse a la tentación de añadir que dicha bienvenida también valía para Carlomagno, rey de los francos; después se dedicó frenéticamente a preparar el castillo para la visita.

Entonces ya había sido hecho todo lo que había que hacer. Solo debía aguardar la llegada de Carlomagno y dejar que sus doncellas la engalanaran. No tenía intención de presentarse ante el emperador vestida con las prendas desgastadas que usaba cada día, y no debido a la pobreza, puesto que Roncesvalles se había vuelto pudiente, sino por comodidad y porque de ese modo era más fácil montar y salir a cabalgar si uno tenía ganas. Ciertas costumbres no se habían modificado con la edad, al contrario: se volvieron más pronunciadas.

Cuando sus doncellas consideraron que su preciosa túnica le sentaba como era debido, cepillada y libre de pelusas, Arima salió al patio del castillo. Durante unos momentos y con expresión pensativa, contempló su imagen en una de las barricas de agua situada a la sombra del adarve. En los últimos años, su pelo ya no poseía el mismo brillo castaño cuando lo iluminaba el sol y, observado con atención, se notaba la presencia de varios mechones grises. Arima suspiró y se arregló unos rizos rebeldes.

Entonces una voz áspera dijo a sus espaldas:

—Si tu imagen reflejada te desagrada, señora, es que miente. Eres tan bella como siempre.

Arima se volvió. Un calvo fornido se había acercado a ella y su amplia sonrisa dejaba ver los huecos de su dentadura. Tenía la nuca más ancha que el cráneo y ello le proporcionaba un aspecto brutal, pero su sonrisa era muy cálida.

—Si los años han sido bondadosos con alguien, lo han sido contigo, Hunald — dijo Arima, riendo.

Hunald, ahora mayordomo de Roncesvalles, se tocó la barriga.

—Pues he hecho todo lo posible, señora. ¿Quieres subir al adarve para observar? El emperador debe de estar por llegar.

Ella subió la escalera. De vez en cuando se preguntaba si un hombre tan valiente

y leal como Hunald no hubiera sido un excelente candidato a paladín... si aún hubiera paladines. Carlomagno nunca había vuelto a elevar a ningún guerrero a ese rango: la idea de que fueran doce había desaparecido junto con la de que fueran nueve. Las cosas habían cambiado.

Un poco por debajo del castillo se elevaba un monumento conmemorativo junto al camino que recorría el paso. En ese momento llegó un jinete solitario junto al monumento y desmontó. A su lado, su cabalgadura parecía delgaducha. El jinete era alto y fornido y, pese a sus años, su postura era erguida, como la de un rey.

Cuando Arima llegó junto al monumento, el emperador estaba ocupado en quitar el musgo y los líquenes de una de las altas piedras. La otra ya estaba limpia. Como de costumbre, Carlomagno vestía con sencillez: había ciertas cosas que no habían cambiado.

A primera vista, el monumento parecía las ruinas de un santuario pagano: piedras altas y delgadas dispuestas en círculo. Eran doce. Carlomagno se enderezó y le lanzó una sonrisa a Arima y, cuando ella quiso arrodillarse ante él, se limitó a alzarla y abrazarla. Tras vacilar un instante, ella le devolvió el abrazo y se acurrucó contra su pecho.

Él la contempló.

—No has envejecido ni un día —constató—. Hace mucho tiempo que no nos vemos, Arima de Roncesvalles.

Ella dirigió la mirada al monumento. En la primera piedra que el emperador había limpiado solo había una inscripción: «Turpín Uí Néill», y por encima de esta, una cruz.

—Mi viejo amigo —murmuró el emperador—. ¿Qué habrías dicho si me hubieses visto llevando la corona imperial?

—Es de suponer que te hubiera aconsejado que en la mesa te la quitaras, para que no cayera en la salsa.

Con gesto burlón, Carlomagno la amenazó con el dedo. Arima se había acercado a la otra piedra y recorrió la inscripción con el dedo. Eran dos nombres, uno debajo del otro: «Roldán de Roncesvalles y Balduino de Medina Barshaluna.»

—Cada vez vuelvo a preguntarme por qué hiciste eternizar sus nombres precisamente de este modo —dijo Carlomagno.

—Porque durante un tiempo Roldán fue el señor de Roncesvalles. Tú lo convertiste en ello. Que me hubiese devuelto el castillo no cambia nada. Y Balduino... era tanto franco como orgulloso sarraceno. Debía aparecer aquí con su nombre verdadero, pero también con el lugar donde se desarrolló su vida.

—Lamento mucho todo lo ocurrido, Arima.

—Lo dices cada vez que nos encontramos.

Carlomagno suspiró.

—Es una pena que ocurra tan rara vez, porque siento que no puedo decirlo tan a menudo como quisiera.

—¿Cómo se encuentra Bertha?

El emperador se encogió de hombros.

—Tiene momentos de lucidez. Las monjas del convento se ocupan muy bien de ella.

Giró sobre sí mismo y deslizó la mirada por las cimas de las montañas que retrocedían al sur y al norte a lo largo del paso, las laderas boscosas y el resplandor de las rocas blancas y doradas que surgían entre los precipicios. De pronto sonrió.

—Cada vez que estoy aquí vuelve a desconcertarme la belleza de este lugar.

—Sí, es muy bello —confirmó Arima.

—¿Lo bastante para justificar tu sacrificio?

Ella sonrió para sus adentros. Esa pregunta a traición era típica de Carlomagno.

—Solo quien lo hace puede saber si un sacrificio merece la pena —replicó ella.

—¿Él acudirá?

—Siempre acude cuando lo llamo —dijo Arima y se apartó, como si ya hubiera percibido el golpeteo de los cascos antes de oírlos. Una nube de polvo se acercaba a lo largo del paso desde el sur.

—¿Siempre?

—Si un día no acude, sabré que me aguarda allí donde podremos estar juntos para siempre.

Carlomagno la miró a la cara.

—Tanta belleza... —dijo con sentimiento—. Y no me refiero a las montañas, al paso o a Roncesvalles. Tanta belleza... y ningún hombre que dé calidez a esa belleza durante las frías noches, ninguna risa infantil que ilumine los días tristes. Todo ello sacrificado en aras de la neutralidad de Roncesvalles.

Arima no contestó. No había nada que contestar.

—Lo siento tanto... —volvió a decir Carlomagno.

Hubo un silencio. Por fin, ella le apoyó una mano en el brazo. En las escasas ocasiones en que se encontraban siempre cumplían el mismo ritual: Carlomagno se disculpaba hasta que Arima lo consolaba apoyándole la mano en el brazo. Nunca le había dicho que le perdonaba, y ese día tampoco pudo hacerlo.

Con un dedo, él eliminó el último líquen que cubría las letras talladas del nombre de Roldán.

—Ealhwine y yo no logramos detenerlo —comentó Arima y contempló el monumento donde aparecían los dos nombres. Eso también formaba parte del ritual: ambos revivían los acontecimientos de aquel entonces—. Mientras Ealhwine me llevaba fuera del valle lateral, de algún modo él logró aflojar las correas que lo maniataban. Cuando se soltó, también se desató los pies, nos dijo adiós y regresó al galope. Ealhwine hizo lo único sensato y siguió cabalgando conmigo...

Carlomagno carraspeó y suspiró.

Arima se encogió de hombros.

—Él me amaba, pero al final el amor por su hermano fue mayor. Murió por él y para proporcionarnos la paz tanto a él como a mí.

—Y al reino —observó Carlomagno.

—No —repuso ella en tono decidido—. ¡No luchó por el reino durante su último combate, señor!

Carlomagno calló. Los jinetes que recorrían el camino del paso habían dejado atrás el convento y espoleaban sus caballos para remontar la última abrupta subida hasta el paso.

—Cada vez vuelvo a preguntarme cómo lo hizo —suspiró Carlomagno.

Arima se encogió de hombros.

—Roldán fue el más gran guerrero franco —contestó—. No le resultó difícil regresar a hurtadillas a su tienda. Allí derribó a Afdza por la espalda, lo maniató y lo alejó de la zona de peligro. Fue la única vez que derrotó a Afdza; ya no tenía miedo de ser derrotado, porque sabía que su auténtica victoria residiría en su derrota. Supongo que el obispo Turpín lo ayudó. Ambos eran los últimos paladines... puede que Turpín deseara caer a su lado y no junto a Afdza, a quien apreciaba pero de quien no se sentía tan cercano como de Roldán.

Los jinetes habían alcanzado la cima del paso y giraron para dirigirse al monumento. Formaban una mezcla variopinta vestida con prendas francas, vasconas y sarracenas, pero aun así presentaban un aspecto homogéneo: como si hubiesen adoptado lo mejor de los tres pueblos y constituido algo nuevo. Eran una docena. Un jinete se separó del grupo e impulsó a su caballo ladera arriba. Cuando los alcanzó, desmontó, abrazó a Arima y ambos se besaron. Después se arrodilló ante el emperador, que lo instó a ponerse en pie y lo abrazó.

—Sobrino mío —dijo. Sonreía, pero Arima vio lágrimas brillando en sus pestañas.

Rodeó el talle del jinete con el brazo y lo contempló. Con el paso de los años, la cicatriz que le atravesaba la cara casi había desaparecido, sus cabellos ya no eran tan largos como antaño y el negro resplandeciente se había convertido en un gris sedoso.

—Hemos traído un jabalí para ti, señor —dijo Afdza sonriendo—. Asaremos la carne, claro está, y si tus médicos tienen algo que objetar, los enviaremos a la plataforma de la torre del homenaje durante tu estadía.

—Los médicos siempre tienen algo que objetar —refunfuñó Carlomagno.

—Entremos —dijo Arima—. Todos se mueren de ganas de conocer al nuevo emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Remontaron el prado hasta la puerta del castillo acortando el sinuoso sendero que conducía hasta allí, Arima y Afdza aún cogidos del brazo. Si bien no lo miraba, Arima percibió la sonrisa de su amado al igual que desde el principio, y alzó la mirada para contemplarlo.

—Yo también me muero de ganas —dijo ella, sin preocuparse de que

Carlomagno la oyera.

—*He walá bahebak habibi* —dijo Afdza Asdaq, como siempre—. Juro por Dios que te amo, estrella mía.

Y como siempre, permanecería un par de días en el castillo, tiempo en que ambos reirían juntos y se amarían; después, él y sus hombres se volverían inquietos o les llegaría una noticia: una caravana se encontraba en dificultades, habían atacado una granja solitaria, o un par de cascarrabias se habían peleado en ese lugar de encuentro de tres pueblos: los sarracenos, los francos y los vascones. Y entonces él volvería a abandonarla e intervendría con sus hombres, que eran una mezcla de los tres pueblos. Ese día solo lo acompañaban una docena, pero a lo largo de los años, su grupo había adquirido el tamaño de una *Scara Francisca* y era igual de respetado y temido.

Afdza Asdaq jamás regresó junto a Solimán, ya no era el comandante en jefe ni el verdugo del valí. Era su propio amo en esas montañas salvajes, maravillosas e indómitas y, a su manera, se encargaba de mantener la paz, al igual que Arima hacía lo suyo. Y cada dos meses llegaba a Roncesvalles y durante unos días ambos olvidaban su soledad y simulaban que la vida era sencilla, como si la muerte de miles de hombres, la élite del reino franco y del héroe más grande que jamás tendrían los francos hubiese logrado cambiar un poco la estupidez del mundo.

Dejaron atrás las doce piedras del monumento recordatorio, dos limpias, las otras todavía cubiertas de musgo y líquenes. Arima sabía que cuando Carlomagno abandonara Roncesvalles, las habría limpiado todas con sus propias manos. Recorrería los nombres con el dedo y los susurraría para sus adentros. Tal vez volviera a verlos a todos ante sí, de pie a derecha e izquierda de su trono: Gereon, Berengar, Gerold, Samo, el viejo Anskar, Gerbert de Roselló, Otker de Aregaua, Beggo de Septimania, Remi de Vienne, el obispo Turpín y su sonrisa irónica, Ganelón... y Roldán, el más grande guerrero franco, el más grande paladín. El último paladín.

Carlomagno limpiaría las piedras y tras su partida los líquenes y el musgo volverían a cubrir los nombres, y algún día alguien acudiría y volvería a limpiarlas hasta que las piedras se desmoronasen y cayeran, porque una piedra no servía para albergar historias heroicas. Para ello era mucho mejor el pergamino.

Entonces la columna formada por el séquito de Carlomagno salió del bosque por debajo del paso, encabezada por un jinete que se aferraba a la silla de montar, de espalda encorvada y una corona de cabellos blancos mecidos por la brisa. Arima se separó de Afdza y corrió prado abajo al encuentro del jinete.

—¡Ealhwine! —exclamó, feliz—. ¡Me alegro tanto de volver a verte!

Asustado, el caballo del erudito pegó un brinco y su jinete casi se cae de la silla. A su lado, un joven monje evitó que el anglosajón cayera. Ealhwine no se dejó impresionar, luchó por recuperar el equilibrio y gritó:

—¡Yo también me alegro, *Dúnaelf!* ¡No sabes cuánto! ¡Por fin he escrito toda la historia! ¡En una escritura totalmente nueva, *Dúnaelf!* ¡En *mi* escritura totalmente

nueva!

Comentarios finales

Chanson de Roldán

Esta novela está basada en la historia más célebre del grupo de leyendas sobre Carlomagno: *El cantar de Roldán*, cuya creación se remonta al siglo XI. Sus raíces históricas residen en la fracasada campaña militar de Carlos, rey de los francos, contra los sarracenos de España alrededor del año 778.

Quien se tome la molestia de comparar mi novela con *El cantar de Roldán* comprobará que existen divergencias, en su mayoría de naturaleza dramática. La leyenda de Roldán surgió en la Edad Media como discurso oral o musical; no se adjudicaba ningún valor a un hilo argumental lógico-consecuente ni a los motivos comprensibles de los héroes, porque lo importante no era la historia sino el mensaje. Por eso me vi obligado a introducir nuevos argumentos y personajes o a modificar ligeramente los rasgos de las figuras existentes, con el fin de redactar una historia que resultara comprensible para el lector actual, partiendo de la versificación francesa más poderosa de la Alta Edad Media.

Solo por nombrar un par de ejemplos: en la leyenda no aparecen personas como Afdza Asdaq o Arima Garcez; al furibundo Ganelón le adjudiqué una historia de trasfondo trágico con el fin de que su manera de actuar bastante unidimensional como traidor se volviera más comprensible y también he ampliado en gran medida el papel jugado por Bertha de Laon, la madre de Roldán.

Pero en la medida de lo posible, no he modificado la caracterización de los héroes de la leyenda: de vez en cuando, el gruñón e irónico Turpín del *Cantar de Roldán* también disfruta mostrándose gruñón e irónico en mi historia.

He modificado los nombres de los legendarios paladines de Carlomagno. En su mayoría, los paladines del *Cantar de Roldán* llevan nombres que no se corresponden con la tradición franca: Olivier (el mejor amigo de Roldán en la leyenda) no es un nombre franco, y tampoco Samson o Gerhard. Por eso extraje nombres de los documentos disponibles que fueran lo más parecidos a los de la leyenda desde un punto de vista fonético o etimológico, o, cuando resultaba posible, hice salir a escena los modelos históricos más probables de uno u otro paladín: por ejemplo, reemplacé al duque Engelier de Gascuña que figura en la leyenda por el históricamente más probable Beggo I, duque de Septimania. En el caso de Olivier no hallé ningún equivalente que me gustara y por eso lo llamé Remi... y que me perdonen todos los puristas históricos.

Trasfondos históricos

La novela se desarrolla en el año 777 y unifica dos acontecimientos históricos: el

parlamento de Paderborn y la campaña militar franca contra los sarracenos. El parlamento del año 777 está precisamente documentado; la fecha de la campaña militar de Carlomagno a través de los Pirineos, que en general se sitúa en 778, es bastante más dudosa al menos en cuanto a la fecha. Por eso me tomé la libertad de situar ambos acontecimientos en el 777.

La campaña de Carlomagno contra los sarracenos fue el resultado directo del parlamento de Paderborn, en el que —según la tradición histórica— los enviados de los valíes sarracenos instaron a Carlomagno a invadir España y apoyarlos contra el emir de Córdoba. Así que, en ese sentido, la novela reproduce los contextos históricos correctamente. Dado que hoy resulta imposible comprobar los motivos de los negociadores individuales, he adaptado sus móviles a la historia que quería narrar de un modo dramático. Y también adapté el desarrollo cronológico: una pausa de un año entre los dramáticos acontecimientos de Paderborn y la campaña militar hubiesen ralentizado la narración de manera insoportable, por eso en mi novela el parlamento y la campaña militar ocurren en el mismo año.

En todas las novelas históricas la autenticidad se vuelve un tanto complicada cuando se trata de las protagonistas femeninas. Por regla general, en la Edad Media las mujeres tenían mucha menos libertad y autonomía para tomar decisiones, a diferencia de lo que se relata en las novelas por motivos dramáticos necesarios. Pero en primer lugar, el objetivo de las historias es entretener y a condición de no exagerar demasiado con respecto a la independencia de las mujeres, cierta agudización resulta absolutamente aceptable.

En cuanto a su independencia personal, las mujeres de la era carolingia tampoco son comparables con las del presente. Sin embargo, el dominio total del esposo sobre el cuerpo y la vida de la esposa, la así llamada *munt* que proviene de la tradición germánica, se relajó ligeramente entre los francos cuando estos entraron en contacto con las leyes matrimoniales galorromanas comparativamente más liberales. Bajo la influencia del derecho borgoñón y del romano incluso resultó posible una especie de separación matrimonial; el antiguo derecho germánico desconocía semejante cosa y, sin excepción, equiparaba a una mujer que quería disolver el matrimonio con una adúltera, lo cual significaba la muerte por estrangulación y el enterramiento del cadáver en un pantano.

Pero existen tantas descripciones procedentes de la era carolingia sobre damas de la nobleza que lucharon abiertamente por los hombres, la tierra, los bienes o contra sus rivales que al menos entre las mujeres de rango no solo podía haberse tratado de seres sometidos. Al contrario, uno tiene la sensación de que se trataba de personajes apasionados, decididos y en el peor de los casos, asesinos, que con respecto a alcanzar sus metas apenas actuaban con mayor consideración que los hombres.

Los hombres de aquella época eran muy conscientes del enorme poder que de vez en cuando podían ejercer las mujeres cuando se trataba de los sentimientos —y con ello no debemos considerar que se trataba de los sentimientos que vinculan a las

parejas— y dicho poder era visto como algo salvaje, indomable, sumamente irresistible y casi destructor. Paul Veyne escribe que para los hombres de la temprana Edad Media la mujer había sido «un misterio, ora bienhechora, ora bruja, fuente de la felicidad y también de la desgracia». La costumbre de alcanzarles una copa de hidromiel a los recién casados (de donde proviene la tradición de la «luna de miel») procede de la idea de que la pareja de novios necesitaba una droga, una combinación de un tranquilizante y un filtro de amor, con el fin de cobrar el valor necesario para investigar juntos los misterios de la carne. Eso no parece indicar que consideraran a las mujeres como objetos carentes de voluntad. Y precisamente en ese sentido también di forma a mis personajes femeninos de *El héroe de Roncesvalles*.

Durante el gobierno de Carlomagno, el reino franco aún estaba formado por numerosos pueblos, en los que los auténticos «francos» —o «hugos», como a veces se denominaban a sí mismos—, que a su vez también eran una mezcla de diversos pueblos, formaban una especie de capa superior en cuya cima se encontraba el rey. Pero su reivindicación del poder residía en la aprobación del pueblo, no era un soberano absoluto. Claro que la denominación de «pueblo» no se refería a todos los campesinos y artesanos sino a la nobleza: los condes, los funcionarios, los eclesiásticos y los guerreros que se habían vuelto poderosos.

Los francos rescataron el concepto de *Königsheil*: el rey con poderes mágicos, de la cultura germánica. Dicho «poder», que los hombres como el abad Styrmi solo podían concebir en armonía con las enseñanzas de Jesucristo y en conformidad con el Santo Padre de Roma, se corresponde aproximadamente con la manifestación de Napoleón acerca de la *fortune* que había que tener como comandante en jefe del ejército. Representa la suerte, la destreza, el talento y el éxito, desde luego, y aparece en todos los aspectos de la vida franca. Quien era un buen orador poseía el «poder de la palabra», un buen estratega poseía el «poder de la estrategia», etcétera. Así que el *Königsheil* de los francos no solo era el carisma personal del soberano, sino también a gran escala la capacidad de dirigir su pueblo con éxito.

Debido a la influencia cada vez mayor del clero romano, el *Königsheil* fue reemplazado por la idea de la «gracia divina». La diferencia sutil entre ambos conceptos consiste en que la personalidad del rey influía directamente sobre sus «poderes mágicos» y que a causa de ello la nobleza participaba de estos eligiendo al hombre indicado como rey. No obstante, según dicha interpretación la «gracia divina» solo proviene de Dios e incluso un rey totalmente inepto (o uno sometido a Roma) no podía ser suplantado así sin más, porque eso suponía actuar en contra de la voluntad de Dios. En la medida en que Carlomagno integró esa ideología en la sociedad franca, en cierto modo logró independizarse de la benevolencia de la nobleza, pero al mismo tiempo se sometió a otra dependencia: la del papado, que en aquel entonces no se podía descontar. Pero con ello, Carlomagno les dejó una

herencia muy pesada a sus descendientes de la Alta Edad Media muy seguros de sí mismos, tales como Enrique IV o Federico II.

En la descripción del recibimiento de la delegación sarracena me apoyé en gran medida en los informes de los testigos oculares que existen sobre el recibimiento en Paderborn en el año 799 del papa León III, huido de Roma. Carlomagno recibió al jefe de la Iglesia —que a duras penas logró escapar de un atentado— con todos los honores militares y políticos, quizá para demostrar que estaba de parte del Santo Padre. León III agradeció dicho gesto del rey de los francos coronándolo emperador en la Navidad del año 800, cuando volvió a ocupar su puesto tras ciertas idas y venidas.

La jerarquía del ejército franco refleja la articulación de la sociedad: el rey encabezaba el ejército. Sus suplentes terrenales eran los *comites* terminales o *marchiones* (margraves) y los *comes* (condes). Después venían los *centenarius* comparables a los centuriones romanos, aunque no se sabe cuántos guerreros comandaban; en la vida civil eran los suplentes de los *comites* y al mismo tiempo una especie de jueces de distrito. El rango más bajo estaba ocupado por los decanos, que mandaban sobre grupos de diez guerreros y comparables con un sargento mayor. Y para complicarlo todavía más: los guardias de corps, guardias y guerreros de élite de los reyes francos no estaban bajo el mando de los comandantes militares normales y la organización del ejército, sino que estaban organizados en *scaras* (grupos) comandados por los *comites scariti*, sus correspondientes jefes.

Para destacar a *comites* individuales, ya sea por la extensión de sus comarcas, sus orígenes o debido a su importancia en la organización del reino franco, también se adoptó el título de dux (duque) del ejército romano. En el reino franco dicho título no era hereditario y estaba vinculado a las correspondientes provincias sobre las que mandaban los dux. Por tanto, existe una diferencia considerable entre el dux franco y el *heritogo* sajón, que era un comandante en jefe elegido por los guerreros y que solo podía ejercer el mando durante una campaña militar.

Me inspiré en la insistencia de Carlomagno de celebrar un proceso medianamente correcto contra Clodoveo en sus esfuerzos posteriores como emperador, consistentes en reunir las numerosas leyes de las tribus sometidas por él en un único conjunto jurídico. Básicamente, se trataba del ya existente ordenamiento jurídico, la *Lex Francorum Chamavorum*, del que brotaban los demás textos jurídicos y bajo estos no debemos imaginar algo de algún modo relacionado con los derechos humanos básicos, un principio de igualdad ante la ley o la justicia para todos. Sin embargo, ese esfuerzo técnico-administrativo, cuya conclusión fue proclamada en el parlamento de Aquisgrán del año 802, demuestra que Carlomagno se encargó de crear una

legislación lógica y comprensible en su reino... aun cuando muchos asocian el nombre del soberano franco con una práctica gubernamental totalmente distinta. Afirman que en Navidad del año 782, como «carnicero de los sajones», mandó celebrar el así llamado juicio de sangre de Verden en el que fueron ajusticiados cuatro mil quinientos sajones rebeldes. No obstante, que dicha masacre haya tenido lugar está en discusión; lo que no está en discusión es la introducción de leyes universales por parte de Carlomagno.

Una de las fuentes de inspiración para la actividad legislativa de Carlomagno fue Ealhwine, el erudito anglosajón, más conocido como Alkuin de York. Sin olvidar que gracias a sus esfuerzos, ciertos artículos especialmente brutales del derecho franco fueron reemplazados por versiones más humanas del derecho sajón.

La escritura en mayúsculas mencionada en el texto es la del Imperio romano: una escritura consistente en letras mayúsculas con las que incluso se formaban cifras. La escritura *uncialis* (del latín *uncia*: arancel) tampoco diferencia entre las letras mayúsculas y minúsculas. Y finalmente la *futhorc* es la escritura nórdica rúnica, que fue utilizada en las comarcas sajonas, frigias y anglosajonas.

Como futuro consejero de Carlomagno, Ealhwine de York no solo desarrolló la idea del Sacro Imperio que caracterizaría toda la Edad Media, se opuso a la evangelización obligatoria de los sajones e inició el Renacimiento carolingio, sino que mediante el uso de la «minúscula carolingia» también inventó una escritura única para el reino franco. Nuestro alfabeto actual de letras minúsculas está basado en la minúscula carolingia.

Los paladines

Según la tradición, Carlomagno reunió a doce paladines en torno a él desde el principio. Pero el nueve es una cifra mucho más sagrada en la mitología germánica que caracterizó el universo religioso precristiano de los francos. Dado que el inicio del gobierno de Carlomagno también marca el avance triunfal del cristianismo romano al norte de los Alpes, no pude resistirme a la tentación de destacar dicha tradición dejando que Styrmi, fiel a Roma, aumentara el número de los paladines. Los héroes mencionados por Styrmi como ejemplos provienen de la leyenda de Thidrek, que estaba de moda en la época de Carlomagno y más conocida como la leyenda de Dietrich von Bern. En ese contexto, resulta interesante que en los escritos posteriores de la Alta Edad Media de la leyenda de Dietrich también pone que los compañeros de armas más estrechos de Dietrich eran doce.

Roldán

Como ya he mencionado, el modelo histórico del legendario Roldán es Hruotland, margrave de Bretaña... o como habría que decir de manera históricamente correcta, conde de la Marca Bretona, que en aquel entonces también era conocida bajo el nombre de Cenomania. Los margraviatos de Carlomagno eran formaciones artificiales creadas en las fronteras del reino, destinadas a constituir una especie de zona tapón defensiva entre el reino franco y las comarcas enemigas (todo lo que no era franco, era considerado enemigo). Cenomania constituía el tapón entre los francos y los bretones aún no sometidos, lo que podría impulsarnos a modificar una célebre cita: «Toda Galia está ocupada por los francos.» ¿Toda Galia...?

Desde el siglo XIV el blasón de Bretaña, al que hoy pertenece la antigua Cenomania, es blanco y negro o para hablar en términos heráldicos: el esmalte es negro-plata; el blanco no existe como color heráldico. El así llamado forro, es decir el «patrón» del escudo bretón, es el armiño. Como en la época de Carlomagno en los blasones todavía no aparecían patrones ni figuras, adopté el blasón medieval de Bretaña para el nuevo escudo de Roldán.

El equipo del héroe de la leyenda de Roldán estaba formado por su espada *Durandarte* con las reliquias supuestamente grabadas en la hoja y mencionadas en el texto, y el olifante, el cuerno. La supuesta espada de Roldán aún puede verse hoy en día: está clavada en una roca en Rocamadour, un lugar de peregrinaje, donde dicen que permaneció clavada después de que Roldán, al final de su último combate, la arrojó presa de la frustración. Teniendo en cuenta la distancia entre el paso de Ibañeta —donde Roldán murió como un héroe— y Rocamadour, se podría hablar de un lanzamiento casi milagroso. Es verdad que la espada de Rocamadour ostenta todas las características de una espada medieval y no la de una *spatha franca*, típica de la época de Carlomagno. Si bien la oficina de turismo de Rocamadour menciona la espada, se refiere a ella como una falsificación.

En la Edad Media, todos los cuernos para emitir señales eran conocidos como olifantes, porque estaban hechos con el colmillo de un elefante, pero el único que se volvió famoso es el legendario olifante de Roldán. Una versión de la leyenda incluso afirma que el olifante de Roldán proviene de un unicornio.

Los sarracenos

Los sarracenos, una mezcla étnica formada sobre todo por árabes y beréberes, dominaron gran parte de España —a la que denominaban Al Andalus— entre los años 711 y 1492. La conquista se desarrolló en el marco de la expansión violenta del islam, que condujo a los guerreros musulmanes más allá de los Pirineos, hasta Poitiers, donde fueron detenidos por Carlos Martel.

La sociedad de Al Andalus estaba formada por cristianos, judíos y musulmanes, y

estos últimos se dividían en diversas etnias. La inmigración secular de judíos y de las sectas cristianas consideradas herejes en territorio sarraceno y la tolerancia de la que disfrutaban allí parecen indicar que la España sarracena era mucho más tolerante que el mundo occidental. Pero también existen pruebas de la explotación económica de los habitantes de otras creencias por parte de las capas superiores musulmanas y también de los resentimientos muy conocidos de los cristianos frente a los judíos.

Aparte de eso, podemos considerar la España sarracena como muy culta, en la que se realizaban estudios científicos y filosóficos y en la que la arquitectura islámica produjo construcciones muy descollantes. Sin embargo, los baños sarracenos, que juegan un papel importante en la novela y de los cuales se encontraron restos en Granada, demuestran un notable parecido con los baños romanos de Pompeya. Al parecer y en relación con la arquitectura de los baños, los romanos sirvieron de modelo y su nivel técnico era tan elevado que setecientos años después incluso los arquitectos sarracenos apenas lograron mejorarlos.

En cierta ocasión, en la novela se remite al cálculo diario de las horas de los musulmanes. Este no debe de haber diferido demasiado del cristiano de aquella época porque se regía según la hora de las oraciones cotidianas. La fe islámica prescribe cinco oraciones repartidas a lo largo del día: la matutina (*fajr*), la de mediodía (*dhuhr*), la de la tarde (*a'sr*), la del atardecer (*maghrib*) y la nocturna (*i'scha*).

Solimán bin al Arabi, valí de Barcelona y Girona, solo aparece como figura histórica en las crónicas del historiador musulmán Abu al Hassan. Estas surgieron en el siglo XIII y lo describen como el hombre que provocó la invasión franca en la España sarracena cuando trató de obtener la ayuda de Carlomagno frente al emir de Córdoba. Según Abu al Hassan, Solimán bin al Arabi fue asesinado por Husayn, el valí de Saraqusta, en el año 780. Por tanto, hemos de concluir que ello no habría ocurrido si en aquella época Afdza Asdaq aún hubiese estado a su lado.

Los vascones

Hoy en día, el pueblo de los vascones es conocido como los vascos y siguen siendo tan inquietos y orgullosos como antaño. La cultura vasca se encuentra entre las más antiguas de Europa y las raíces de su lengua se remontan a la Edad de Piedra. Divididos en tribus individuales y sin olvidar que sus vínculos estaban definidos por su lengua, en la época carolingia los vascones se encontraron entre dos bloques de poder: los francos al noroeste y los sarracenos al sur. Y en última instancia lograron

conservar su independencia tenazmente defendida gracias a que su territorio suponía una especie de zona tapón.

El parentesco entre los gascones —que también en la antigüedad no se consideraban un pueblo galo sino aquitano— y los vascos aún existe. La lengua gascona, una subespecie de la antigua lengua occitana, contiene numerosos términos vascos. Ello también se aplica a la lengua aquitana.

En la leyenda, quienes acaban con Roldán y los paladines en un desfiladero próximo al actual convento de Roncesvalles son los sarracenos. Pero según todas las opiniones, el Hruotland histórico cayó en una trampa tendida por guerreros vascos que querían vengarse por la destrucción de Iruña por parte de los francos y además querían saquear el contingente.

Los lugares

Hoy en día, casi todos los lugares en los que se desarrolla la historia han sufrido cambios; en su mayoría ni siquiera es posible comprenderlos históricamente de manera precisa. El Palatinado imperial de Paderborn supone una excepción, puesto que ha sido admirablemente reconstruido a escala arqueológica. El edificio principal es originario de la Alta Edad Media, pero en el pequeño museo palatino, amueblado y decorado de manera excelente y con una gran sensibilidad para representar la historia viva, aún se pueden observar los cimientos de la gran sala de Carlomagno y algunas maquetas que reproducen los diversos estados de la construcción.

Iruña, la capital vasca cuyo nombre solo significa «la ciudad», obtuvo su nombre actual, Pamplona, de la plaza militar romana llamada Pompeiopolis. Sin embargo, es de suponer que el asentamiento ya existía en la época prerromana. A lo largo de la historia, Iruña fue destruida varias veces, entre otros por Carlomagno durante la campaña militar contra los sarracenos. Según la tradición histórica, ello sucedió durante la retirada y no durante el avance, como se describe en la novela; no obstante, eso me resulta ilógico desde un punto de vista táctico y por eso adelanté temporalmente la conquista de Iruña. La ciudad era el centro de la evangelización del pueblo vascón, pero que solo se completó en el siglo x.

En las callejuelas de Pamplona no quedan rastros de la época en la cual la ciudad era el centro de la cultura vascona. La Pamplona actual, fantásticamente emplazada en un amplio valle, es célebre por los encierros anuales celebrados durante las fiestas de San Fermín y por su encanto bronco. Este se aprecia mejor por las noches, cuando abren los bares y comienza la alegre y ruidosa vida española después de la jornada laboral; o cuando uno se sienta en la plaza del Castillo, situada en el corazón de la

ciudad e iluminada por la luz del atardecer y observa cómo poco a poco el noventa y nueve por ciento de los habitantes se reúnen allí para charlar, chutar balones por encima del monumento situado en el centro y animar su ciudad.

La escena en que Roldán se demuestra como el héroe de Iruña no ocurre en la leyenda. El lugar en que la desarrollé en la novela ya no existe. Para quienes desean orientarse aproximadamente según la orografía del presente, se encontraría un poco al sur de la plaza de toros, en la calle de Mayama donde hoy en día una tienda tras otra intenta atraer a los clientes.

El paso de Ibañeta es el tramo principal del Camino tanto del medieval como del moderno, de peregrinaje a Santiago de Compostela. Según la leyenda, quien fundó la peregrinación a Santiago fue el obispo Turpín, pero ello solo le fue adjudicado a la legendaria figura obispal en la Edad Media, con el fin de vincular el camino de los peregrinos con la epopeya de Roldán y con la vida de Carlomagno. La sencilla capilla situada en lo alto del paso junto al gran aparcamiento es un lugar de descanso para los peregrinos (tanto para los que recorren el camino a pie como para los que viajan en autobuses climatizados). Muchos peregrinos también remontan las docenas de metros que separan el parking del monumento a Roldán, una roca errática vertical en la que aparece el nombre español del héroe y la fecha de su muerte en letras de bronce. En la hierba junto al monumento yacen los restos de unos arcos de piedra que indican que tiempo atrás, el monumento debió de haber presentado un aspecto más impresionante. Junto al parking del convento de Roncesvalles situado justo al pie del paso, que a diferencia del castillo inventado de Roncesvalles existe de verdad, se puede admirar un monumento dedicado a Roldán un poco más costoso y lujoso: el héroe está representado con aspecto exhausto, sentado en el campo de batalla y apoyado contra su caballo moribundo, aguardando su último combate. Si uno se apoya contra el grupo de figuras, el supuesto monumento metálico empieza a tambalearse: solo se trata de plástico cubierto de pintura metálica mate.

Desde Pamplona, se llega a Siya, la actual Ejea de los Caballeros, tras un recorrido de dos horas en automóvil a través de estrechos valles, pasando por el abrupto paso de Sos del Rey Católico y después a través de la comarca de las Bardenas Reales, que podría haber surgido de un filme de western italiano. No existen pruebas de que los francos se hubieran detenido allí; según la leyenda, incluso llegaron hasta Zaragoza, pero en vista de la topografía del lugar podríamos considerar que si el ejército franco llegó hasta Ejea sería un milagro. Como de todos modos no existen pruebas auténticas, opté por situar el mayor avance franco en Ejea. Me pareció más realista que situarlo en Zaragoza.

Lo dicho: el castillo de Roncesvalles es producto de la ficción; Roncevaux, la versión francesa del nombre, significa «valle de los zarzales». La existencia — aceptada por los historiadores— de una aduana romana en lo alto del paso supuso una inspiración. Lo que sí existe es la meseta situada en lo alto por encima del camino del paso, en la que está edificado el castillo en la novela. Desde el monumento a Roldán se alcanza la meseta en media hora de escalada y entonces uno se encuentra por encima del bullicio del parking y del ir y venir de los coches de los turistas, envuelto en un ventoso silencio. Las cimas de las montañas se elevan en derredor, pero la perspectiva se encarga de que uno crea encontrarse en el punto más alto de todos; a veces un águila se desliza por debajo del observador a lo largo de la ladera. Si hubiera existido un castillo de Roncesvalles, no cabe duda de que lo habrían construido en ese lugar.

Bibliografía

DESCHNER, Karl-Heinz, *Kriminalgeschichte des Christentums*, volumen 4, Rohwolt, Berlín, 1994.

DURANT, Will y Ariel, *Kulturgeschichte der menscheit*, volúmenes 5 y 6, Naumann und Göbel, Colonia, 1985.

EWIG, Eugen, *Die Merowinger und das frankenreich*, Kohlhammer, Stuttgart, 2006.

GAI, Sveva, *Die pfalz Karls des Grossen in Patris Brunna*, en *Kunst und Kultur der Karolingerzeit*, Philipp von Zabern, Darmstadt, 1999.

GÖTTE, Georg, *Karl der Grosse und die kriegsführung*, http://www.homepage-baukasten-dateien.de/waslostvkarldgr_kriegsfuehrung.pdf.

ROUCHE, Michel, *Abendländische Frühmittelalter en Geschichte des privaten lebens*, volumen 1, S. Fischer, Fráncfort, 1989.

SCHMEER, Siegrid, *Die mauren in Spanien*, Universidad de Marburgo, Marburgo, 1999.

Agradecimientos

Tomado al pie de la letra, desde la concepción hasta la conclusión de esta novela han transcurrido más de cuarenta años.

Entre mis primeras lecturas, cuando de niño me convertí en el orgulloso dueño de un carnet de biblioteca, se encontraban las leyendas sobre héroes y caballeros de la Edad Media. Entre estas también estaba la leyenda de Roldán de Roncesvalles y los paladines. A partir de entonces no me soltó y ahora por fin he encontrado la oportunidad de narrarla a mi manera.

¡Así que primero quiero dar las gracias a mi abuela, que me compró mi primer carnet de biblioteca!

Mi familia casi no consiguió verme, sobre todo durante la última fase del trabajo en esta historia, y si me vieron fue casi siempre frente a la pantalla o durante las comidas mientras yo hablaba de algunos pasajes de la historia no relacionados entre sí. En caso de que los haya enervado a todos con ello, procuraron que no se notara. ¡Gracias, Michaela, gracias Mario y Rafael por vuestra paciencia, vuestro afecto y también por las dosis absolutamente necesarias de café recién preparado!

El héroe de Roncesvalles no fue gestionado por Anke Vogel, mi agente y amiga de muchos años, sino por Bastian Schlück. Querida Anke: quiero agradecerte los muchos años de bonita colaboración y me alegro de que hayas encontrado otra tarea a la cual dedicar tu vida. Querido Bastian: quiero agradecerte nuestra relación, que desde el primer momento fue de confianza y amistosa, y me alegro al pensar en todos los futuros proyectos que ambos queremos realizar.

Durante la redacción de la novela también conté con la ayuda de mis lectores: Friederike Achilles y el doctor Kai Lückemeier. ¡Muchas gracias por su compromiso, querida señora Achilles, querido señor Lückemeier: vuestras sugerencias hicieron que la historia fuese mejor que antes! Nuestras conversaciones sobre la novela siempre me resultaron aclaradoras, emocionantes y marcadas por nuevas ideas; y además me resultaron muy divertidas. Espero que nosotros también emprendamos muchos nuevos y bonitos proyectos. Y también aprecio mucho la participación de todos implicados en la elección del título de la novela y la maravillosa portada, que como siempre supone un logro del departamento de diseño.

Al igual que en todas mis otras novelas, mis comentaristas se sumieron osadamente en las numerosas páginas de texto no corregidas y me proporcionaron sus impresiones... mediante largas conversaciones telefónicas, en mails detallados enviados desde el quinto pino y en conversaciones nocturnas en las *highlands* de Escocia. Sabine Stangl, Angela Seidl, Toni Greim, Manfred Wittschier y Thomas Schuster: quiero agradeceros vuestra sinceridad y poder confiar siempre en ella. Y aquí quiero volver a dar las gracias a mi esposa Michaela, que no se cansó al perseguir las últimas erratas.

Mis viajes de investigación me llevaron hasta Paderborn a lo largo del antiguo

Hellweg, y por supuesto desde el paso de Ibañeta hasta Ejea de los Caballeros (la antigua Siya). Disfruté de un gran apoyo por parte del doctor Arnold Otto, del archivo del arzobispado de Paderborn, donde por cierto se encuentra un fantástico museo en el antiguo Karlsburg. Muchas gracias doctor Otto, sobre todo por nuestra profunda convicción compartida de que a lo largo de la historia los seres humanos siempre albergaron los mismos objetivos, deseos y anhelos, y que lo único que ha cambiado a lo largo de las épocas son las circunstancias externas de la vida.

¡Y como siempre en este punto, quiero daros las gracias a vosotros, apreciados lectores y lectoras! ¡Es para vosotros que escribo!